





1176JT
DR J207

A. Roldán —
1946

AGUADO

PRIMERA PARTE

DE LA

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE
SANCTA MARTA Y NUEVO
REINO DE GRANADA

TOMO III



PRIMERA PARTE

DE LA

RECOPIACIÓN HISTORIAL RESOLUTORIA DE SANCTA MARTA Y NUEVO REINO DE GRANADA DE LAS INDIAS DEL MAR OCEANO

EN LA CUAL SE TRATA

DEL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE SANCTA MARTA Y
NUEVO REINO, Y LO EN ÉL SUBCEDIDO HASTA EL AÑO
DE SESENTA Y OCHO: CON LAS GUERRAS Y FUNDA-
CIONES DE TODAS LAS CIUDADES Y VILLAS DE ÉL

HECHO Y ACABADO POR EL REVERENDO PADRE

FRAY PEDRO DE AGUADO

Fraile de la orden de Sanct Francisco de la regular
observancia, ministro provincial de la Provincia de Sancta Fee, del mismo
Nuevo Reino de Granada

EL CUAL VA REPARTIDO EN DIECISÉIS LIBROS

*Dirigido a la S. C. R. M. del Rey Don FELIPE nuestro señor,
segundo deste nombre*

TOMO TERCERO

PRIMERA EDICIÓN

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

5207

ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO

MADRID \diamond BARCELONA
Rios Rosas, 24 Cortes, 579

1931

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A.
Madrid, 1931
Published in Spain

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24. — MADRID

LIBRO DOCE

En el libro doce se escribe y trata de la provincia de los Musos, y quién fué su primer descubridor. Cómo en ella entraron diversos capitanes en diversos tiempos, y sin hacer ningún provecho ni cosa notable se tornaron a salir, con pérdida de su gente; y cómo Pedro de Orsúa pobló en ella la cibdad de Tudela, la cual se despobló por temor y violencia que los indios les hicieron; y cómo después desto entró el capitán Luis Lancho con gente, enviado por el Audiencia del Nuevo Reino a fin de que se evitasen los daños y ruinas que los Musos solían hacer en los naturales y gente Moxca. Lancho entró y tuvo grandes y prolijas guerras con los indios, y pobló la cibdad de la Trinidad, que hoy permanece.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe la situación de la provincia de los Musos, donde al presente está poblada la cibdad de la Trinidad, y cómo fué descubierta por el capitán Lancharo, y después entró en ella el capitán Martínez y se pasó de largo sin hacer ningún efeto bueno ni poblar

Los Musos es una provincia o región que está entre las poblaciones de los indios Moxcas del Reino, que por la mayor parte la cercan, y el río Grande de la Magdalena, a quien ha hecho en estas partes famosa no sólo la obstinación y brío con que los naturales desta provincia, llamados Musos, han pretendido defender y conservar su libertad, la cual cuesta harta sangre así de españoles como de naturales, pero las ricas minas de piedras esmeraldas que en ellas se han descubierto, de donde los españoles han sacado y han habido muchas y muy ricas piedras verdes de gran valor y precio.

La guerra y pacificación desta gente ha durado desde el año de cuarenta y tres, que fué descubierta por el capitán Luis Lancharo, que en ella pobló después la cibdad de la Trinidad, hasta este nuestro tiempo, en el cual discurso de años han entrado en esta provincia diversos capitanes a poblarla y pacificarla, y han sido siempre rebatidos de la furia de los bárbaros, con daño y pérdida de parte de la gente que con ellos entraba, que una larga y prolija guerra

de contar, por lo cual de lo subcedido antes quel capitán Lancharo poblase la cibdad de la Trinidad, que hoy permanece, iré abreviando y contando o narrando lo principal o substancial y que más hiciera a nuestro propósito, y de allí por delante se escribirá por extenso el subceso y guerra de la tierra. Y para que lo que se escribiese sea mejor entendido es de saber questa provincia de Musos la mayor parte della cae cuasi en triángulo de las cibdades de Sancta Fee, Tunja y Vélez; porque los naturales Musos confinan con indios de Sancta Fee, que la tienen a la parte del Sur, y con indios de Tunja, que la tienen al Levante, y con indios de Vélez, que la tienen al Norte, a los cuales indios los Musos tienen por contrarios, y así los que caen en los confines y términos es como gente de frontera, porque a otra parte tiene la gente llamada Colimas, dondestá poblada la villa de la Palma. Pero estos Colimas dicen ser ansimesmo Musos, y por tales son tenidos. Y siendo todos unos y una gente diremos que confinan por otra parte e por la mesma con los indios y nación llamados Panches, así de Mariquita como de Tocaima y villa de San Miguel, los cuales son muy grandes contrarios y enemigos, y se comen y hacen grande estrago los unos a los otros. Y por la otra parte, como dije, tienen estos Musos el río Grande de la Magdalena, aunque por algunas partes están apartados dél por causa de las grandes y montuosas sierras que los dividen; y así está esta provincia toda cercada, de suerte que aunque los naturales della se quieran recoger y retirar y apartar de no hallarse tan cercanos a los españoles y a sus pueblos, no lo pueden hacer, y a esta causa se ha hecho más turable su guerra; porque si ellos se hobieran retirado a alguna parte donde no hicieran daño a los pueblos dichos poblados de españoles, nunca hobieran sido tan perseguidos y molestados como han sido; y de los más de los daños que han recibido han dado ellos la causa, porque diversas veces ha cesado su guerra y pacificación apartándose los jueces de

todo punto de enviarlos a poblar. Y son de tal condición, quen hallándose que se hallaban un poco ociosos y descansados, luego tomaban las armas, y no sólo salían a damnificar y arruinar los indios sus comarcas, pero a saltar los caminos por donde los españoles pasaban, y a matarlos y robarles lo que tenían, extendiéndose su rústica desvergüenza a persuadir a los indios Moxcas que tomasen las armas generalmente contra los españoles para que todos fuesen muertos; donde no, aquellos les harían cruel guerra y los destruirían; y con estos acometimientos y saltos que hacían constreñían a los jueces y pueblos quenviasen contra ellos capitanes y juntas de soldados, de donde, como he dicho, unos salían huyendo y otros desbaratados, y los indios, con las victorias que habían, se hacían cada día más bellicosos e indómitos, y, como he dicho, ofrecían y ponían en los mismos jueces nuevas y evidentes ocasiones para que enviasen contra ellos junta de gente.

El capitán Lancharo, que dije haber descubierto esta provincia, como de lo escrito y subcedido en tiempo del adelantado don Alonso Luis de Lugo constará, no fué enviado allá por ningún juez superior ni inferior; mas la causa del descubrirse en este tiempo fué que viendo el adelantado el excesivo trabajo que los que a este Reino subían padecían por la maleza y aspereza de las tierras y sierras de Opón, ques por dondel general Jiménez de Quesada descubrió el Reino y lo pobló, envió al capitán Luis Lancharo con cuarenta hombres que fuese a descubrir nuevo camino más cerca y menos trabajoso y acomodado para que por él pudiesen meter en el Reino las cosas necesarias que de España se trujesen.

Lancharo, después de haber cumplido la voluntad del adelantado y descubierto el desembarcadero que hoy llaman de Carare, se volvió descubriendo por diferente camino del que había llevado, atravesando por valles y sierras montuosas y bien trabajosas de caminar, por la cual vía vino a dar a la vía de Tumun-

gua, donde a la sazón estaba recogido el cacique Saboya con gran número de indios y rebelado por el acometimiento que pocos días antes él y su gente habían hecho al capitán Ribera y a ciertos españoles que con él estaban. Lanhero y los que con él iban tuvieron tan buen orden en el tratar con este cacique y sus indios, que los atrajeron a su amistad y los dejaron quietos y pacíficos en sus casas y con fee y palabra de que serían verdaderos amigos y feudatarios de los vecinos de Vélez, a quien estaban encomendados; pero como en estos bárbaros haya tan poca firmeza y constancia en el cumplimiento de las palabras y fee que dan, en pocos días la quebrantaron y se tornaron a su rebeldía, la cual casi les tura hasta hoy.

A Lanhero paresciéndole que dejaba muy fija aquella amistad, prosiguió con sus compañeros a meterse la tierra adentro de los Musos, los cuales, como aun en este tiempo no estaban cebados en la sangre de los españoles, antes, como otros muchos bárbaros han hecho, teniéndoles por inmortales, no les acometían con la desenvoltura que agora, y ansí tuvieron lugar estos españoles de andar gran parte desta provincia sin recibir daño ninguno de los indios, y sanos y salvos salieron a tierra de paz. Desta jornada hobo Lanhero algún oro, porquen lo de Saboya y en otros algunos pueblos Musos, donde de repente y sin ser sentidos de sus moradores llegaban, siempre hallaba oro, y ansí hobo diez o doce mill pesos.

Llegado que fué a Sancta Fee dió cuenta al adelantado de lo que había hecho y descubierto y visto, y juntamente con esto le suplicó que le diese comisión y licencia para que pudiese haber gente y entrar o volver a la provincia de los Musos por donde había andado, y poblar en ella un pueblo; porque decía haber en ella muy gran número de naturales. El adelantado, como estaba ocupado en otras cosas que le importaban más, respondió que por entonces no había lugar, pero que andando el tiempo se había de ir a poblar aquella tierra, y que pues él la había descubierto, que ningún

otro iría a poblarla sino él. Desta respuesta y de otros subcesos que después se ofrecieron Lanchoero coligió quel adelantado no tenía voluntad de darle la comisión que le había prometido y él le había pedido, por lo cual no curó de hablar más en ella. El adelantado se fué dende a cierto tiempo a España y quedó el gobierno en Montalvo de Lugo, en el cual tiempo andaban tan ensañados y coléricos los negocios de la tierra, por las revoluciones quen ella había y dejó hechas el adelantado, que no hobo quien por entonces pretendiese jornada ninguna hasta que al Reino subió el licenciado Miguel Díaz Armendáriz, con cuya licencia y presencia se mitigó la aceleración de los vecinos, porque fueron restituídos en los repartimientos de quel adelantado les había despojado. Y luego se comenzaron a dar y hacer jornadas y pueblos y se intentó segunda vez la facultad y comisión para entrar a poblar esta provincia de Musos por el capitán Martínez, hombre antiguo en las Indias, quen el Reino había entrado en compañía del capitán Fredemán, al cual le fué concedida por el licenciado Miguel Díaz; y para este efeto juntó cantidad de sesenta hombres de pie y de a caballo, con los cuales entró en esta provincia por la tierra y términos de la cibdad de Vélez; porque a la sazón estaba rebelado el cacique de Saboya con sus sujetos, y eran perjudiciales a los indios amigos y que servían en aquella cibdad, a los cuales el capitán Martínez y los que con él iban sujetaron y pacificaron, y se metieron la tierra adentro de Musos, donde los naturales comenzaron a tomar las armas y a hacerles algunas resistencias y ofensas, por defender sus personas, mujeres, hijos y sus haciendas, donde tuvieron los españoles algunas guazabaras con los indios, a los cuales Martínez hizo poca resistencia, que fué ocasión y causa de muchos daños y malos subcesos que después en esta tierra ha habido. Porque como a los indios, saliendo a dar guazabaras, no se les hiciese otra ofensa ninguna más, en rebatiéndolos y desbaratándolos, pasar de largo, enten-

dían ellos que por temor que los españoles dellos habían no osaban parar en sus tierras y se iban huyendo, de donde vinieron a tener principio en seguir a los españoles y a damnificarles y a tener y cobrar bríos. Porque cuando Martínez con su gente caminaba por las poblaciones desta provincia, los indios le iban siguiendo y dañando en la retaguardia, y él como no le había contentado la tierra, no curaba, como he dicho, de detenerse a pelear con los indios, antes caminaba tan apresuradamente que casi daba a entender irse retirando con infame temor; y así sin detenerse en ninguna parte caminaron y atravesaron la provincia casi al Norte Sur, y vinieron a salir a ciertos indios Panches queran sufraganos a la cibdad de Sancta Fee, con pérdida de algunos soldados que los indios Musos le mataron, y éstos infamaron esta provincia de suerte que después por muchos días no hobo persona que desease ni quisiese intentar a pedir conduta para irla a poblar y pacificar, hasta que los propios indios Musos ofrescieron ocasión para ello.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo dende a poco tiempo que Martínez salió de Muso, en la provincia, entró el capitán Pedro de Orsúa y se pasó por ella sin poblar; y después de Pedro de Orsúa entró el capitán Melchior de Valdés por comisión de los oidores Góngora y Galarza

Según he dicho, la pasada del capitán Martínez por esta tierra de los Musos dejó a los naturales tan briosos, que tomaron avilantez a salir de sus tierras juntos en escuadrones y meterse por algunos pueblos de indios Moxcas destruyéndolos y arruinándolos, llevando cautivos todos los que podían haber para comer. Porque toda esta gente Musa come carne humana y ponen muy gran solicitud y diligencia en haber los indios Moxcas o Panches o de otras naciones para comer; y con estos daños y males que hacían atemorizaban tanto los indios Moxcas que los constreñían a dejar sus tierras y pueblos e irse a vivir a otras partes.

El licenciado Miguel Díaz, que todavía gobernaba el Reino, para obviar y estorbar los daños que los Musos en los Moxcas hacían, dió conduta y encargo a Pedro de Orsúa, su sobrino, que juntase la gente que pudiese y entrase a poblar y pacificar esta provincia y a dar orden cómo los indios Musos no saliesen a hacer los daños que hacían.

Orsúa era capitán afable y bienquisto de los sol-

dados y plebeyos por sus buenos medios y términos de quen todas las cosas con discreción usaba, por lo cual en pocos días juntó ciento y cincuenta hombres bien aderezados de a pie y de a caballo, y por ver mejor lo que la provincia era y los naturales quen ella había comenzó su entrada y jornada por ciertos pueblos y nación de indios llamados los Canapeyes, cercanos al río Grande de la Magdalena, por aquella parte por donde está el camino que de la cibdad de Vélez va al río Grande de la Magdalena al desembarcadero de Carare, que Lancharo descubrió.

Era esta gente Canapeyes bellicosa y caníbal y muy indómita, y en aquel tiempo tenía fama de muy rica, que fué principal ocasión para quel capitán Orsúa y sus soldados tomasen esta vía, quera la más mala y trabajosa que para entrar en la provincia había.

De los particulares subcesos y recuentros quen esta jornada tuvo Pedro de Orsúa no trataré aquí por extenso, porque dello y de todo lo subcedido en las Indias a este capitán, hasta quen el Marañón fué muerto por ciertos traidores, a quien llamaron después Marañones, con todo el subceso y fin de López de Aguirre, he hecho particular compendio en la segunda parte, y así para cumplimiento deste lugar bastará decir que, atravesando y andando los bandos por toda la más desta provincia de los Musos cierto tiempo, tuvo muchas guazabaras con los naturales que con obstinación le seguían y pretendían dañar, de los cuales siempre se libró con buena fortuna, antes dañando a los enemigos que recibéndolo dellos; y queriendo poblar un pueblo, los soldados no estaban contentos de los naturales y de su territorio y les parecía gente miserable y pobre, aunque guerrera y bellicosa, y tenían por cosa dura pelear con gente de quien no esperaban gratificación y remuneración de sus trabajos; demás que la ponzoña quen las flechas con que herían traían, y puyas que por los caminos ponían, les ponía doblado temor, a causa de que vían morir a los heridos rabiando; porque como entonces

aun no tenían casi experiencia del modo cómo se habían de curar, los heridos de hierba morían todos sin escapar ninguno muertes bien penosas y trabajosas; y así dejó Orsúa por esta vez de poblar y vino a salir a una provincia de indios Panches llamada Calamoina, que hoy sirve y es sufragana a la cibdad de Sancta Fee, cuyos naturales estaban entonces rebeldes y hacían toda la guerra que podían contra los españoles, por lo cual le fué necessario o forzoso al capitán Orsúa detenerse algunos días entre la gente desta nación, de los cuales fué acometido diversas veces, y siempre hobo entera vitoria dellos. Y de allí se salió con su gente a este Reino, donde intentó la jornada de los dos ríos, y sobrella hobo el efeto quen el lugar dicho se escribe.

Pasado el gobierno de Miguel Díaz, el emperador envió audiencia al Nuevo Reino de Granada, y por oidores della a los licenciados Góngora y Galarza, quentraron en este Reino el año de cincuenta y hallaron la tierra algo temerosa de ser mucha parte della assolada y destruída por los indios Musos, que, como de antes, salían a los caminos y pueblos de indios Moxcas a saltear y llevar gente para comer, por lo cual dieron orden en cómo se fuese a poblar y pacificar; e ya questo no se pudiese hacer, se les hiciese alguna resistencia para que tan desvergonzada y atrevidamente no saliesen a hacer los daños que hacían; para el cual efeto nombraron por capitán a Melchior de Valdés, de quien tenían toda confianza por su antigua experiencia. Es este Valdés el que Benalcázar traía por su maese de campo cuando entró en el Reino, y al presente es vecino de la cibdad de Ibague, y allí es persona muy principal.

El capitán Valdés, con la más presteza que pudo, juntó hasta sesenta hombres mal aderezados de las cosas necessarias para semejantes entradas, y con ellos desde la cibdad de Sancta Fee se fué y entró en Muso; porque como los oidores eran recién venidos de España y traían muy a cargo el mirar por los

indios y no consentir el que les hiciesen daños ni guerras ni malos tratamientos, querían obviar el mal que los Musos hacían a los Moxcas, sin que a los Musos se les hiciese ningún daño; y así en la comisión que a Valdés le dieron no se extendieron a más de que, sin hacer ni tener ninguna guerra con los indios, los pacificasen o llamasen de paz. Como el capitán Valdés y los soldados entendían tener pocas guazabaras con los indios, salieron tan desproveídos de lo necesario y tan pocos en número, que en breve tiempo fueron rebatidos de los indios y constreñidos a que se saliesen fuera, con pérdida de algunos españoles, de lo cual fueron a la entrada avisados del cacique llamado Paja, que les dijo que no se descuidasen ni fiasen en ninguna paz que los indios les diesen, porque había de ser cautelosa y versuta, con la cual los habían de matar o damnificar en pudiendo, o en dividiéndose en alguna parte los unos de los otros. Mas los españoles, no haciendo caso deste aviso y noticia que Paja les daba, se entraron en la tierra con más confianza y descuido del que debieran llevar, saliéndoles al camino algunos indios con su cautelosa paz, sólo por reconocer y ver los españoles queran y los caballos y otros aderezos de guerra que traían consigo, sin hacer otra novedad ni alboroto alguno. Y desde que fué Valdés bien la tierra adentro, hizo su alojamiento cerca de donde dicen la Lagunilla, en la parte que le pareció más acomodada para poder ofender y defenderse si los indios viniesen sobrellos a damnificarles o dañarles o darles guazabara, con designio de intentar desde allí traer los indios a su amistad y comunicación, donde estuvieron alojados más tiempo de un mes, sin ver ni parecer indios de la tierra, de paz ni de guerra, en todo aquel territorio que el alojamiento señoreaba y tenía presente, que hacía estar en gran confusión al capitán y a los soldados; pero los más lo tenían por clara presunción o señal de que los indios se congregaban y coadunaban para venir sobrellos y mover alguna sangrienta pelea.

Estando los españoles en esta confusión vinieron a su alojamiento dos indios de paz, o fingiendo venir a tratar paces, cuyo principal intento era reconocer mejor y con más certidumbre el alojamiento de los españoles y la gente de pelea quen él había, para mejor determinarse en lo que debían hacer. Valdés, sospechando lo que podía ser, prendió los dos indios que con esta fingida paz habían venido a su alojamiento y con todo rigor se procuró informar dellos dónde estaban los demás naturales de la provincia y pueblos comarcanos, los cuales luego confesaron y dijeron cómo se congregaban y juntaban para que, tomando las armas en las manos, venir sobrellos.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo Valdés envió a Machín de Oñate con gente para que diese en donde los indios estaban congregados y los desbaratase; y cómo por el mal gobierno deste caudillo fueron heridos muchos soldados y puestos todos en grande aprieto de los indios, y él fué muerto de los indios, y los demás soldados se escaparon

Informado el capitán Valdés de la parte y lugar donde los indios hacían junta y borrachera, porque, como en otras partes desta historia he tratado, todas las veces que los indios han de tomar las armas para venir sobre los españoles, si hay lugar y tiempo para ello, hacen antes grandes borracheras, así para determinarse de poner en efeto el hecho como para ir a la guerra con más ánimo, porquestos bárbaros, como tienen puesta toda su bienaventuranza, así presente como futura, en el comer y beber, tienen por opinión que yendo a la guerra embriagados y hartos pelean mejor y con más ánimo. Y el lugar dondestas borracheras se suelen hacer siempre suele ser señaladamente el del cacique más principal o más bellicoso quen la provincia hay. Sabida la certidumbre de dónde era este lugar, Valdés determinó enviar españoles a él para que, tomando y hallando a los naturales embriagados y en su regocijo y algo descuidados, fuesen sobresaltados y a menos riesgo y peligro de los españoles desbaratados.

De la gente quen el alojamiento había fueron apercebidos cuarenta soldados, y con ellos por caudillo Machín de Oñate, vizcaíno, que fué en tiempo de Cubagua con otros soldados en descomponer a Jerónimo Hortal de su dignidad de gobernador, cuando entró a descubrir la tierra adentro, según quen la historia que de Jerónimo Hortal escribimos se trata largo.

Machín de Oñate salió con sus cuarenta compañeros y se apartó del alojamiento a dormir aquel día legua y media a una loma alta questá cerca de la Lagunilla, donde otro día de mañana los indios, que por sus espías y atalayas tuvieron noticia de su salida, amanescieron a vista dellos con las armas en las manos. El caudillo, reconociendo la mucha gente de questaba cercado, aunque no creyó que fueran tan briosos que le osaran acometer, quiso usar de algunos ardidés de guerra que fueron bien en daño y perjuicio suyo; porque conforme a la diciplina que de semejantes aprietos se suele en las Indias usar, dejó en el lugar donde había dormido emboscados doce soldados para que, acudiendo allí los indios, como lo tienen de costumbre, fuesen de repente asaltados de los emboscados, y heridos y espantados. Y, demás déstos, envió otros doce soldados una loma abajo a emboscarse en una quebrada para de allí salir a hacer salto. Pero todo esto fué, como he dicho, en gran perjuicio y daño de Machín y de los soldados; porque como los indios eran en tanta cantidad y vieron los pocos españoles que con el caudillo iban, marchando la loma arriba con su rústica ordenanza y escuadrones cerrados, de los cuales salían grandes nubadas de flechas, se vinieron acercando adonde Machín iba caminando. El cual, luego que vió la multitud de los bárbaros que sobrél venían, que, según certifican los que presentes se hallaron, pasaban de cuatro mill, comenzó a llamar a los demás soldados que habían quedado emboscados. Pero como los indios por todas partes se les venían acercando y aun los

venían cercando, con designio de llevarse los españoles a mano para comérselos, para el cual efeto traían consigo grandes sogas con que atar los prisioneros, no tuvieron a esta causa lugar de juntarse y favorecerse los españoles los unos a los otros con la brevedad que convenía; y así fueron tan de golpe combatidos de los indios, que antes que se juntasen en el lugar dondel caudillo estaba habían muerto ya dos soldados y herido al caudillo; y cuando se vinieron a juntar todos los soldados, se hallaron los treinta dellos heridos de hierba o ponzoña con questaban untadas las flechas con que los habían flechado; pero, aunque heridos y lastimados tan malamente, porque ya se sabían los tocados de la ponzoña cuán irremediable era su mal, con estar todos juntos, eran parte para impedir la canalla y multitud de los bárbaros que no les ofendiesen ni perjudicasen con el rigor que de antes; pero no para que fuesen bastantes ni poderosos a echar y ahuyentar de sobre sí a los indios, que, aunquestaban con sus escuadrones algo apartados de los españoles, teníanlos cercados de tal suerte, que no eran parte para retirarse por ninguna parte ni salirse seguramente de aquel peligro en questaban, porque ya no deseaban más de poderse retirar y salir al alojamiento donde Valdés estaba, y esto érales muy imposible, porque los indios les tenían tomado el paso por donde los caballos habían de salir de aquella alta loma dondestaban, y lo tenían fortificado con más guarnición de gente que otra ninguna parte.

Y aunque Machín de Oñate, para ahuyentar los indios de aquel lugar, envió seis hombres de a caballo bien armados con otros cuatro peones, para si alguno de los jinetes cayese fuese socorrido y favorecido, fué su trabajo destes soldados en vano; porque como llegasen adonde los indios estaban y arremetiesen con sus caballos y lanzas para desbaratarlos y ahuyentarlos de aquel lugar, los indios, abriendo sus escuadrones, dejaban pasar el ímpetu de los ca-

ballos sin que atropellasen a ninguno, y en teniéndolos en medio disparaban contra ellos gran cantidad de flechas, las cuales empleaban así en los caballos como en los jinetes, sin que rescibiesen mucho daño. Pero como estos hombres de a caballo ellos y sus jumentos iban bien cubiertos con las armas que llevaban encima, hacía les poco daño la flechería que sobre ellos llovía, los cuales, después de haber andado batallando buen rato sin hacer ningún efeto, se retiraron adonde el caudillo estaba, bien afligido de ver el mal subceso de su salida y cuán opresos los tenían aquellos bárbaros. Pero como el detenerse más tiempo en aquel lugar era para mayor daño y perdición suya y de sus compañeros, acordó arrojarse con los caballos por un muy derecho y empinado derrumbadero que la loma hacía a una quebrada, de la cual podían con facilidad subir a otra loma más acomodada para su defensa. Mas como en todo se le mostraba adversa la fortuna a este caudillo, así fué este remedio último para total perdición suya y de otros soldados que le siguieron; porque parece quel demonio daba aviso a los indios de lo que los españoles pretendían hacer, que al tiempo quel caudillo fué a echar los caballos por el derrumbadero abajo, estaban dos escuadrones de indios en la quebrada esperando que llegasen los caballos a ella, y como cuando vió los indios había ya echado los caballos, fué forzoso arrojarse él y otros soldados tras ellos, y al tiempo que Machín de Oñate iba descendiendo por el derrumbadero o volcán abajo, como iba ocupadas las manos en tenerse para no rodar, saliósele la espada de la vaina y quedósele en el derrumbadero, de suerte que cuando llegó abajo adonde los caballos y los indios estaban, se halló sin ningún género de armas más de con las espuelas a los pies; y como los indios lo vieron sin espada, arremetieron a él sin ningún temor y tomaronlo vivo para usar con él de diversos géneros de crueldades; pero Machín de Oñate, que conocía ya la inhumanidad de los indios, tuvo por mejor

morir allí quesperar a experimentar los tormentos que se le habían de dar, y para incitar a ello a los indios, sacóse una espuela del pie y con ella comenzó a herir con buen ánimo en los bárbaros que lo tenían preso; de tal suerte que los forzó a que lo soltasen, y aunque después procuraron tornarlo a haber vivo a las manos, nunca pudieron, porque Machín se defendía tan valerosa y briosamente con la espuela, que no consentía que ningún indio llegase a él a prenderle. Y visto por los bárbaros que su deseo no se podía cumplir, comenzaron a herirle y flecharle desde afuera con tanto ahinco, quen breve tiempo lo pusieron de extraña figura con infinidad de flechas enherboladas que por todo el cuerpo le hincaron, y algunos procuraban acercársele con unas largas macanas que tenían del grandor de montantes, con las cuales ansimesmo le daban recios golpes hasta que lo derribaron en el suelo y allí lo acabaron de matar, viendo que no podía vivir para cumplir en él su deseo.

A los demás soldados que con Machín de Oñate se arrojaron tras los caballos les fué resgate de la vida la muerte de Machín de Oñate; porque como los indios pusieron toda su eficacia y motivo y la fuerza de sus armas en detener al caudillo que no se les fuese, tuvieron lugar de escaparse de sus manos e irse la quebrada adelante, quera muy arcabucosa, por la cual fueron a media noche cada uno de por sí a salir al alojamiento dondel capitán Valdés con el resto de la gente había quedado, y le dieron noticia del mal subceso de Machín de Oñate y de los soldados que con él habían salido. La demás gente que quedó en lo alto de la loma cuando los caballos y Machín de Oñate se arrojaron por el derrumbadero, viendo el mal subceso del caudillo y de los que con él habían bajado, paresciéndoles tiempo acomodado aquel en que parte de los indios estaban ocupados en la muerte del caudillo, considerando que si más tiempo allí se detenían que había de ser para

ver su destrucción y ruina, animándose todos, sanos y heridos a una arremetieron a los escuadrones de indios que les tenían tomado el alto y defendían el paso por donde habían de pasar, y rompiendo por ellos con ánimos y bríos españoles, atravesaron con gran presteza la multitud de los bárbaros, sin recibir cuasi daño ninguno más del que antes habían recibido en vida de su caudillo; pero los indios fueronlos siguiendo hasta encerrarlos en el alojamiento donde Valdés estaba.

Entrestos españoles y soldados había ido un herrador a quien antes de tiempo le faltó el ánimo de guarecerse con la vida; y paresciéndole quera imposible escapar ninguno de los españoles con la vida, queriendo alargar la suya algo más, tomó por remedio esconderse en un balsar, teniéndolo por competente reparo y paresciéndole que los indios no le veían esconder; pero como estas sus consideraciones fuesen vanas y le saliesen muy al revés, fué en breve tiempo preso de los indios que le habían visto esconder, y llevándole vivo a su pueblo le horadaron la barba por entre las dos quijadas, de suerte quel agujero le salía a la boca debajo de la lengua, por el cual le metieron una cabuya o sogá algo gruesa, y con ella le traían atado de mercado en mercado y de borrachera en borrachera, celebrando con él grandes fiestas y regocijos, en los cuales le iban quitando cada miembro por sí, cortándole un día una mano, y otro un pie, y otro un brazo, porquen ir martirizando este hombre desta suerte y dándole tan cruel muerte recibían estos bárbaros gran delectación y contento. Y son de tal condición, que se entiende dellos que aunque en poder de los españoles estuvieran muchos prisioneros indios de su nación y pueblos, todos se los dieran por este soldado o por otro cualquiera que tuvieran preso, quen ninguna manera vinieran en hacer este trueque, sólo por ejercitar en los españoles que prenden todo género de crueldad; y ansí, conociendo los soldados este género de

brutalidad y fiereza en los indios, si alguno se ve en aprieto de ser tomado y haber de venir a manos de indios, procura morir peleando antes que rendirse a arbitrio de tan bárbaros y crueles enemigos, porque pocas veces se ha visto que una vez preso de indios se haya escapado de sus manos.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo Valdés ordenó la gente de su alojamiento para recibir la furia de los bárbaros, de los cuales estuvieron cercados y fueron acometidos diversas veces, y cómo temiendo ser muertos de los indios se retiraron y salieron de Muso al Reino

Llegados que fueron todos los soldados que de la guazabara pasada habían escapado al alojamiento, el capitán Valdés comenzó a acelerarse contra ellos, paresciéndole que no habían hecho el deber, pues dejaban el caudillo muerto y en poder de los indios; pero como los soldados le dijesen y significasen la culpa quel caudillo tenía del mal subceso acaescido y la ocasión que había dado a recibir la muerte que recibió, fué aplacado Valdés, y perdiendo la cólera en que se había encendido, viendo lo poco que se podía remediar lo hecho con su aceleración y sentimiento, perdió de todo punto la furia y con toda presteza dió orden en curar los que venían heridos, conforme en lo quen aquel tiempo se usaba, quera echarles cantidad de solimán en la herida y labrársela o quemársela con fuego, cura o remedio de bien poca importancia y que con ella no se remediaba y atajaba cosa alguna la fuerza de la hierba o ponzoña que no pasase adelante y fuese penetrando por las venas y coyunturas hasta llegar al corazón; donde luego era envarado el herido y trastrabillaba los dientes y le daban unos temblores y paroxismos que lo privaban

de todo punto de su juicio; y de aquí le venía una rabiosa desesperación, que le hacía decir y hablar cosas varias y vanas y a veces heréticas, por tenerles el dolor y fuerza de la ponzoña privados, como he dicho, de todo punto de su natural juicio.

Valdés y los que con él estaban luego presumieron que con la vitoria que los indios habían habido de Machín de Oñate que habían de acudir sobrellos y ponerles en gran trabajo; y para que los caballos pudiesen correr y escaramuzar contra los indios, por ser el sitio dondestaban alojados estrecho y de mal país, fué necesario deshacer los más de los ranchos que a una parte del alojamiento estaban hechos, que podían causar el estorbo e impedimento dicho. Y porque para el siguiente día esperaban la venida de los indios sobre sí, ordenaron que todos amanesciesen puestos en esta orden: quen cierto buhío grande que allí tenían se metiesen ciertos hombres de a caballo con algunos peones para que de allí saliesen a dar en los indios, y la demás gente questaba para pelear se repartiase en tres cuadrillas; el capitán Valdés con la una, y Diego García de Paredes con la otra, y Trujillo con la otra, y estuviesen puestos en paradas y casi emboscados, para que como los indios fuesen entrando en su alojamiento los fuesen acometiendo. Y juntamente con esto hizo Valdés a muchos indios ladinos que los españoles habían llevado Moxcas para su servicio que hiciesen hondas aquella noche para que, tirando con ellas grandes piedras contra los indios Musos, ayudasen a pelear a los españoles.

El siguiente día amanescieron de parte de los nuestros todas las cosas puestas a punto en la forma dicha, y sobrel alojamiento más de veinte mill indios, muy pintados con bija y jagua y cubiertos con grandes bonetes hechos de pluma de diversas colores y con algunas joyas de oro que tenían, y con grandes fotutos y cornetas y otros instrumentos de que suelen usar en semejantes guazabaras, y sobre

todo gran abundancia de flechería, y no arrojándose ni arremetiendo de golpe al alojamiento de los españoles, mas deteniéndose en lugares aventajados y dondestaban muy seguros, flechaban desde allí a los españoles muy a su salvo; y aunque algunas veces algunos escuadrones de indios intentaron la entrada en el alojamiento y apoderarse dél, fueron rebatidos por los nuestros con gran daño suyo las veces que lo intentaron hacer; y ansí tenían por mejor y más seguro guerrear desde lejos y a pie quedo.

Estuvieron estos bárbaros cuatro días continuos sobrel alojamiento de los españoles, que desde quel sol salía hasta que se ponía nunca cesaban de tirar flechas y dar gritas y hacer visajes y personajes contra los españoles, y amenazarles y decirles todos los vituperios e improprios de questos bárbaros usaban entre sí; y aperciendo a los nuestros questuviesen a punto y sobre aviso, porque al cuarto día habían de volver sobrellos con más pujanza y llevárselos a manos para comer, se fueron por su orden y concierto sin que los nuestros fuesen parte para salir en su seguimiento.

Al cuarto día el capitán Valdés puso su gente por su orden y forma arriba dicha, y con ella esperó la venida de los indios, los cuales a mediodía vinieron sobrel alojamiento de los españoles, y con su bárbara determinación, confiados en su gran multitud, se vinieron a meter por el alojamiento y ranchería de los españoles para cumplir lo que habían prometido; pero los nuestros no les dieron lugar a que lo cumpliesen; porque saliendo a ellos los de a caballo y la demás gente de a pie, comenzaron a atropellarlos con los caballos y a herirlos y picarlos con las lanzas, y los peones a darles grandes cuchilladas con las espadas, de suerte que con los muchos quen esta primer arremetida derribaron constriñeron a los demás a volver las espaldas y retirarse fuera del alojamiento a los lugares donde antes habían estado alojados, donde se estuvieron otros cuatro días tirando su

continua flechería contra los españoles, y aunque con ella y con su cerco hacían poco daño a los nuestros, impediales el no poderse apartar ni dividir uno de otro a ninguna parte; pero al fin recibióse gran contento en que los bárbaros se fuesen de sobrel alojamiento por descansar y dejar algún rato las armas de las manos.

Ibanse cada día muriendo de los españoles que los indios flecharon en el acometimiento que a Machín de Oñate hicieron, y el día que levantaron este último cerco murieron once españoles juntos en bien trabajosa muerte, y éstos y todos los demás que morían eran enterrados en el lugar donde tenían los caballos por que no fuesen halladas por los indios las sepulturas y desenterrados los muertos para comer; porquesta malvada gente es tan caníbal, o a lo menos lo era en este tiempo, que por comer de un español cavaran todo un campo donde presumieran quedaba enterrado, sólo por haberles dado en la imaginación que comiendo ellos carne de españoles habían de ser valientes y animosos guerreros.

Estaba la gente y aun el capitán con tanto recelo de verse en esta provincia, en la cual cada día se iban apocando y muriendo de las heridas que habían recibido, que no sabían qué remedio se tomar para ser socorridos del Reino, ni para salirse de la tierra; porque se les hacía dificultoso y de gran riesgo el haber de pasar por entre muchas poblaciones de indios Musos, que bastaban a hacerles resistencia y aun a dañarlos harto. Valdés, deseando haber algún socorro para asegurar su vida y la de los demás que con él habían quedado, prometió libertad a un esclavo suyo por que saliese a su aventura con cartas a Sancta Fee para dar noticia a los oidores y pedirles que les favoreciesen; mas el esclavo, aunque tenía buenas ganas de hacer lo que su amo le mandaba y por conseguir su libertad, volvióse del camino, porque sintió quen todos los pasos había centinelas y gente que los guardaba. Los soldados, que no querían de-

tenerse más tiempo allí para ver su ruina y destrucción de todo punto, hicieron ciertos requerimientos a Valdés que se saliese de la provincia. Valdés, mostrando que dello le pesaba, fué forzado a salirse, y, para más seguridad suya y de los demás españoles, las jornadas que habían de andar de día las andaban de noche, porque a la sazón hacía luna con muy acomodada claridad para caminar, y esto se hacía de industria, porque les parecía que si de día caminaran que todas las horas y momentos serían guerreados de los indios y maltratados dellos en cualquier mal paso que se les ofresciese. Pero con todo eso, en siendo de día, que se comenzaban a alojar, eran los indios sobrellos en muy gran cantidad, tanto que algunas veces se juzgaban los españoles por perdidos de todo punto, y ansí les era el trabajo doblado; porque de noche caminaban y de día peleaban, y algunas veces mientras los unos estaban almorzando o comiendo los otros andaban en la pelea con los indios. Y visto por el capitán que con esta manera de caminar y retirarse les era a los españoles el trabajo doblado, acordó reposar de noche y caminar de día; y ansí se mudó en los indios la orden del pelear, porque procuraban ponerse emboscados y hacer asaltos y defender algunos malos pasos; mas las noches no acudían a hacer daño en los alojamientos de los españoles.

Y con este continuo trabajo y algunos soldados quen el camino le hirieron, vinieron a salir al pueblo de Siminjaca, ques en términos de la cibdad de Santa Fee, donde cada soldado se fué y esparció por su cabo.

En esta sazón, por otra vía diferente desta había entrado el capitán Ribera en Muso con diez y seis compañeros a cavar y buscar ciertas noticias de sepulturas y sanctuarios, y acaso atravesó el camino por donde Valdés se había retirado, y reconoció por las huellas y vestigio de los caballos y vacas haberse salido, y también porque los indios Musos habían ya venido sobrél y pretendían matarlo. Ribera, recono-

ciendo el peligro en que estaba, envió un indio de Siminjaca que se saliese en seguimiento del capitán Valdés con ciertas cartas suyas a pedirle socorro. Las cartas llegaron a tiempo que los soldados eran yaidos, y así Valdés no tuvo otro remedio más de enviarle doñciendos indios Moxcas del repartimiento de Susa para que le ayudasen a defenderse de los Musos. Mas Ribera y sus compañeros habían ya dado en un buen ardid para escaparse de las manos destos bárbaro, y era, cuando en más aprieto los tenían puesto, soltar un caballo de los que tenían, en el cual se detenían los indios corriéndolo de una parte a otra, y daban lugar a que los españoles se les alejasen y apartasen; y así sin peligrar ni morir ninguno salieron a Siminjaca, y de allí se esparcieron y fueron cada cual por su parte como los demás.

CAPITULO V

En el cual se escribe el daño que el Reino se siguió de la retirada de Valdés, y cómo los oidores Galarza y Góngora enviaron al general Pedro de Orsúa con gente que fuese a poblar y pacificar la provincia de Muso, y cómo en ella pobló Pedro de Orsúa un pueblo llamado Tudela, el cual desde a pocos días se despobló

Como con estos vitoriosos subcesos iba de cada día creciendo la elación y altivez de los indios Musos, íbanse ellos más desvergonzando contra todos los Moxcas sus comarcanos, oprimiéndolos a que se rebelasen; porquestos bárbaros Musos, después quecharon tan vergonzosamente al capitán Valdés de su tierra, tuvieron sus juntas y borracheras, en las cuales trataron de que se persuadiese a toda la gente Moxca que juntamente con ellos se rebelasen y tomasen las armas contra los españoles y los procurasen echar de todo el Reino y despoblar los pueblos poblados; y que hecho esto podrían ellos por sí con facilidad sujetar y vencer los Moxcas y ponerlos debajo de su subjección y servidumbre; y con este acuerdo no curaron de usar con los indios Moxcas de las crueldades que antes solían; mas por todas las vías los persuadían a que negasen el feudo y tributo a los españoles y se retirasen hacia su tierra. Y así se coligaron con ellos muchos principales y caciques moxcas y se retiraron a vivir con todos sus sujetos a los pueblos Musos, y a los que estos casos no querían seguir su

opinión les hacían toda la guerra que podían; y así estaba toda la gente del Reino puesta en gran alteración y temor de alguna general rebelión; porquen la provincia de Vélez todos los indios Moxcas de aquel pueblo se habían coligado y mezclado con los Musos, y los unos y los otros se venían acercando al pueblo de los españoles, arruinando y destruyendo los lugares y poblaciones de los indios que no querían seguir su opinión y tomar las armas contra los españoles, y con más rústica desvergüenza que de antes lo habían hecho salían al camino que los españoles siguen desde Vélez a Tunja, y les salteaban y llevaban y quitaban lo que traían, y si a ellos podían haber, los mataban.

En el tiempo destas cosas subcedían, Pedro de Orsúa, a quien por su afabilidad y buen gobierno en el arte militar que contra los indios se debía seguir habían dado sobrenombre de general, salió de la población de la cibdad de Pamplona, quél y Hortún Velasco habían hecho entre ciertas gentes e indios, que al presente llaman Chitareros. Los oidores Góngora y Galarza, queriendo remediar los males y daños referidos, viendo la buena loa y fama que Orsúa tenía, le cometieron la pacificación de los Musos, dándole comisión quen ellos poblase un pueblo. A Pedro de Orsúa se le hizo grave esta comisión y jornada que los oidores le habían encargado sin él pretenderla ni pedírsela; porque al tiempo quél salió de la población de Pamplona su designio era hacer la jornada del Dorado, y así la pidió a los oidores, los cuales le respondieron que desque hobiese conquistado y pacificado la tierra y provincia de Muso y sujetado los naturales della, aquellos le darían la conduta que pedía. Y con esta esperanza el general Pedro de Orsúa dió principio a su jornada; y era tanta la confianza que los soldados tenían en su buena fortuna y disciplina de guerra, que a ninguno se le hacía dificultoso el pacificarse la tierra; y así se llegaban los soldados quen la tierra había, y en pocos días juntó en Tunja,

Vélez y Sancta Fee ciento y veinte soldados y algunos arcabuces y ballestas y otros pertrechos y armas ofensivas y defensivas, y con ellos entró por la provincia de Vélez, porque por aquella parte siempre habían estado y estaban los indios más desvergonzados y salían con más osadía a hacer daño en las gentes sus comarcanas, según he dicho.

Estuvo ciertos días alojado en el valle de Tunungua, que es la poblazón de la gente subjeta al cacique Saboya y donde a la sazón estaban recogidos muchos indios principales, así Moxcas como Musos, de los cuales prendió algunos y los tuvo presos muchos días; y después vino a matar algunos dellos de los más culpados en las rebeliones y alzamientos. Y de allí pasó adelante por diversas poblaciones y valles de la provincia por donde los naturales, pretendiendo estorbarle el paso y aun rebatirle y hacerle volver atrás, le dieron muchas guazabaras y le hirieron algunos soldados. Y llegado Pedro de Orsúa al comedio de la provincia, en la parte que más acomodada le pareció pobló un pueblo, al cual llamó la cibdad de Tudela, donde ansimesmo fué acometido diversas veces de los indios, y siempre los rebatió con poco daño de sus soldados.

Pero los bárbaros, viendo que como buenos guerreros no eran parte para ofender a los españoles, intentaron ofenderles por vía de cautela, la cual fué descubierta y manifestada al general, y en lugar de engañar fueron engañados estos bárbaros, y el daño que ellos pretendían hacer en los españoles lo recibieron ellos, y aun creo yo que aventajado; porque, como en el compendio de los hechos de Pedro de Orsúa se escribe, fué grande el número de los indios que por esta ocasión fueron muertos, con el cual daño no fueron constreñidos ni forzados a humillarse y ofrecerse a la servidumbre de los españoles y a vivir pacíficamente y en conformidad con ellos, antes estaban en su obstinada rebelión, como si no hubieran recibido daño alguno. Lo cual visto por el general Pedro de

Orsúa, dejando el recaudo necesario quen el pueblo necessitaban para la conservación y sustento dél, se salió con treinta hombres a dar cuenta a los oidores de lo que había hecho y de cuán indómitos estaban los indios Musos y a ver si le querían dar la jornada del Dorado para ponerla en efeto. Pero como los oidores deseaban en gran manera el asiento y pacificación desta provincia de los Musos, y vían que no había nada efetuado, tornaron a enviar a Pedro de Orsúa que con la gente que había sacado de Muso y otros soldados que de nuevo se le llegaron volviere a entrar en la tierra y no saliese hasta dejar de todo punto de paz los naturales; y para que fuesen castigados los Musos que confinaban con los Moxcas, le mandaron que fuese bojando los confines de la una y otra gente haciendo e oponiendo en ellos algún temor y terror.

Fué Orsúa por las partes que le fué mandado, donde los indios le salían al encuentro muchas veces, y aunque siempre iban desbaratados y, como suelen decir, descalabrados, no por eso escarmentaban ni castigaban, mas siempre volvían sobrel a hacerle nuevos acometimientos.

Llegado el capitán Orsúa a la cibdad de Tudela, halló los españoles y naturales como los había dejado, sin quentrellos hobiese habido ninguna confederación ni amistad, ni después que allí estuvo Orsúa y la demás gente que con él entró en muchos días la tuvieron, aunque los españoles hicieron diversas salidas a muchas partes y pueblos de indios, dando de noche en sus alojamientos y rancherías. Orsúa, vista la obstinación de los indios y quel detenerse él allí era perder tiempo, determinó salirse con algunos amigos y buenos soldados que de muchos días antes le habían seguido; y poniéndolo por obra, dejó en la cibdad de Tudela hasta sesenta soldados o vecinos que la sustentasen, y él se vino al Reino, sin embargo de que fué requerido con mucha instancia por los soldados que no se saliese ni desamparase el pueblo.

Dende a pocos días questo se hizo, los vecinos y

personas quen la cibdad de Tudela habían quedado, considerando la poca parte queran para se sustentar aquel pueblo ni subjeter a los naturales, pues Pedro de Orsúa con ciento y veinte hombres no lo había podido sustentar ni subjeter los indios, concertaron de salirse y desamparar el pueblo que tenían poblado; y ansí lo pusieron en efeto; y se dieron tanta priesa a caminar tras de su general, que casi tan presto como él llegaron a la cibdad de Sancta Fee, donde ni a los jueces superiores ni inferiores ni a todos los demás vecinos del Reino dió buen gusto lo que habían hecho e hicieron Orsúa y los demás soldados; porque claramente vían que no había de tardar mucho tiempo que no hobiese novedades entre los indios Moxcas y Musos, en gran perjuicio de todo el Reino y de los pobladores y moradores dél.

Destá jornada segunda que Pedro de Orsúa hizo a los Musos se trata y escribe más largamente en el lugar alegado. El que la quisiere ver más copiosa, acuda allí, porque aquí va escrito muy sucintamente.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo por respeto de los daños que los indios Musos solían hacer en los Moxcas y en la provincia de Vélez fué nombrado por el Audiencia por capitán para poblar y pacificar a Muso el capitán Lancharo, el cual entró por la vía de Vélez y se alojó en el pueblo de Paca. Escríbese lo que allí le subcedió

Bien quisieran los oidores y jueces que gobernaban la tierra, y aun los vecinos y otros españoles quen el Nuevo Reino residían, que los indios Musos se quedaran con las vitorias referidas, con tal que se estuvieran en sus tierras y poblazones sin salir a hacer nuevas opresiones en los indios Moxcas, según lo tenían ya de costumbre. Pero la maldad y desvergüenza desta gente es tanta, que, confiados en su multitud y en la ponzoñosa hierba de que usaban, con que hacen tanto daño en los nuestros, luego que Pedro de Orsúa y los demás españoles despoblaron el pueblo de Tudela y se salieron de la provincia, ellos comenzaron a hacer correrías y asaltos en los indios Moxcas sus comarcanos, y de un solo asalto que dieron en el pueblo de Ubate, ques en términos de Sancta Fee, prendieron y captivaron más de setecientas personas questaban labrando o haciendo una sementera; y si se hobiesen describir aquí los daños quen muchos pueblos hicieron los indios Musos, sería dar con ello pesadumbre al lector. Sólo bastará decir que se extendía tanto la elación destes bárbaros, que salían a hacer

salto en los caminos reales que van de Vélez a Tunja y a Sancta Fee, y que corrieron algunos españoles pasajeros en el camino de Vélez y les quitaron el hato y lo que llevaban, y ellos escapaban a uña de caballo. Y tuvieron esta última vez puesta en tan grande aprieto y riesgo a la cibdad de Vélez, que fué necesario que la Real Audiencia enviase al capitán Gonzalo Suárez Rendón, vecino de Tunja, con gente, a que la favoreciese y socorriese y ahuyentase los indios que casi la tenían cercada. Porque los Musos, con su rústica desvergüenza, no sólo juntos en grandes escuadrones corrían las estancias y apriscos de los vecinos de Vélez, y les llevaban los ganados y les mataban los pastores y gañanes y otros indios quen los tales estalajes tenían, pero pretendían matar a los propios vecinos y arruinar y destruir de todo punto la cibdad, de suerte que no quedase más memoria della; porque para estos efetos tenían los indios Musos juntos y coadyunados a sí toda la gente Moxca que llaman el Rincón de Vélez y otros muchos pueblos sufraganos a esta cibdad, que los guiaban y llevaban por las partes y caminos que los Musos no sabían y les ayudaban a hacer la guerra; pero con todo esto los oidores aborrecían tan entrañablemente el hacer daño a indios y el pacificarlos por evitar el pagar justos por pecadores, que aunque a sus oídos llegaban los daños que los Musos hacían y los clamores de muchos particulares o de todo el común, jamás querían ni quisieron proveer de persona que los fuese a castigar y a domar y sujetar, pues no se contentaban vivir en su libertad, hasta que forzados y constreñidos los cabildos de Vélez, Tunja y Sancta Fee de ver los daños que los indios sus sufragáneos recibían y la poca seguridad quen los caminos había, eligieron sus procuradores para que pidiesen en el Audiencia Real que se proveyese de un capitán que, haciendo y juntando la gente necessaria, entrase en la tierra de los Musos y castigase los culpados y rebeldes y allanase la provincia de suerte que cesasen

los daños que hacían aquellos indios en la tierra de los Moxcas, y se poblase entrestos indios Musos un pueblo de españoles.

Residían a esta sazón en el Audiencia del Nuevo Reino el licenciado Grajeda y el doctor Juan Maldonado y los licenciados Tomás López y Melchor Pérez de Artiaga, los cuales entretuvieron algún tiempo el proveer de persona que remediase e hiciese lo dicho esperando si en los indios habría alguna enmienda y cesarían de hacer los daños que hacían, para que los que por mano de los españoles ellos habían de recibir no hobiesen efeto; pero viendo que aunque el cabildo de Vélez había de su auctoridad nombrado algunos caudillos, como fué un Francisco Morcillo y Pedro de la Cuesta y otros, los cuales con gente habían entrado por aquella parte de Vélez en algunas poblaciones de indios rebeldes y hecho en ellos algún castigo, aunque blandamente, por no ser parte para más, lo cual no había sido parte para que las incomodidades y dañosas correrías que los indios Musos hacían cesasen, antes con más obstinados bríos las llevaban adelante, derramando mucha sangre de inocentes y haciendo otros incendios y ruinas de pueblos de indios Moxcas, que daban grandes insignias de ver en la tierra una general calamidad, fueron estos jueces casi constreñidos y forzados de las ocasiones que los Musos les ponían en las manos a nombrar persona que los fuese a domar y pacificar. Y ansí eligieron por capitán a Luis Lancharo, que a esta sazón era vecino de Tunja y encomendero del repartimiento llamado Siminjaca, persona que había algunas veces antes deseado esta jornada.

La comisión que se le dió fué no más de para castigar los culpados y pacificar los rebeldes y poblar un pueblo donde le pareciese desta provincia de Muso.

Lancharo, luego quen la cibdad de Sancta Fee se vió eleto capitán, luego por sus cartas lo hizo saber a los cabildos de Tunja y Vélez, rogándoles que le ayudasen con juntar cada cual en su pueblo y jurisdicción

la gente que ser podiese para que con más brevedad él efetuase su jornada y cesasen los daños que los indios Musos cada día hacían.

A esta sazón, y por causa de la tardanza que la Audiencia tuvo en proveer este capitán, tenía ya el cabildo de Vélez proveído y nombrado por caudillo para que con gente entrase en los Musos a poblar y pacificar a Pedro de la Cuesta, que poco ha nombré, el cual como supo el nombramiento que la Audiencia había hecho de Luis Lancharo, cesó de hacer la gente que ya tenía comenzada a hacer y quedó todo puesto en las manos del propio Lancharo, el cual se dió toda la priesa que pudo a juntar soldados; pero como la jornada era más peligrosa que provechosa, así por la causa de la hierba y aspereza de la tierra y bellicosidad de los naturales della como por la general pobreza que en ella había, eran pocos los soldados que de su voluntad libre quisiesen seguir a Lancharo ni ir con él; y así fué necesario que la Audiencia diese provisiones para que los españoles y soldados que en la tierra hobiese, que vivían ociosamente, fuesen forzados a ir a esta jornada, con el cual auxilio y favor juntó Lancharo hasta sesenta hombres, y con ellos los más aderezos de la guerra destes indios. Y por respeto de ser la más trabajada y apretada de los indios, así Musos como Moxcas, la cibdad de Vélez, les pareció a Lancharo y a otras muchas personas que fuesen pacificando los indios rebeldes que había de aquella parte queran de los términos de Vélez, siguiendo también en esto la costumbre que algunos de los capitanes que antes habían entrado en esta provincia de Muso habían tenido.

Y metiéndose el capitán Lancharo con la gente que había juntado por la tierra de guerra, se fué a alojar al rincón y pueblo que dicen de Paja, que cae en el valle de Tumingua, gente Moxca, aunque mezclada ya con Musos y que, con haber sido diversas veces trillada y hollada de españoles y aun castigada, jamás

había querido conservar ni sustentar la paz por amor ni por temor. Lancharo entró con mansedumbre y blandura por ver si por esta vía podía con más facilidad y menos riesgo traer a su amistad a los indios; pero como estos bárbaros estaban redomados y algunas veces habían sido vitoriosos contra españoles, no estimaban ni tenían en nada la paz y amistad que Lancharo los ofrescía, antes le daban por baldón con ella diciendo que de miedo y temor suyo les convidaba y rogaba con la paz; y tomando las armas en la mano venían muchas veces sobrel alojamiento de los españoles a intentar de ofenderles y echarlos de la tierra. Y aunque hacía más de ocho días que Lancharo estaba alojado en esta poblazón de Paja, no habían podido haber a las manos ningún indio desta tierra para se informar y saber del designio y propósito de los naturales, y aunque por respeto de haberse apartado del alojamiento obra de media legua vió un pequeño humo de lumbre quera señal de haber allí indios envió a un Alonso Ramírez y a otros tres soldados que fuesen a tomar algún indio para que les diese claridad de lo que pretendían, no hicieron cosa alguna; porque como llegasen los cuatro españoles adonde se había visto la lumbre, hallaron un buhío en que había treinta indios de guerra, los cuales se defendieron con obstinación hasta que fué pegado fuego al buhío, por temor del cual los indios se salieron hechos un cerrado escuadrón, sin que los españoles que allí estaban fuesen parte para tomar ninguno dellos vivo, aunque hirieron y mataron algunos de cuchilladas que les alcanzaron.

El capitán Lancharo, visto el poco efeto que la salida de los soldados dichos había hecho, y que de no tener claridad y noticia de lo que los indios pretendían hacer se les podía seguir muy gran daño, envió a un Alonso de Aguilar con otros españoles que fuese a dar en alguna junta o buhíos de indios donde pudiesen haber quien les sacase de la duda en questaban. Aguilar fué y mediante la buena diligencia suya y de

los que con él iban hobo algunos indios, de los cuales supo cómo los naturales desta provincia se habían ligado y confederado con los Musos, y todos juntos poco antes habían estado determinados de dar sobrel alojamiento de los españoles, y por ciertos discordias quentre la una y la otra nación se engendraron vinieron a reñir y tratarse mal de palabra y los Musos se volvieron a su tierra, con que se desbarató la junta, que no fué poco contento para los españoles.

En tanto que Lanhero pasaba las cosas referidas subcedió en Vélez questando un Bartolomé Hernández Herreño y un hijo suyo en una estancia suya, quera bien cerca de Vélez, se juntaron cantidad de indios desta provincia y fueron a dar sobre el Bartolomé Hernández y su hijo con ayuda de cierto cacique del dicho Bartolomé Hrnández, donde los indios pelearon gran rato con los dos españoles, los cuales se defendieron muy briosamente ofendiendo y haciendo todo el daño que podían en los enemigos, a los cuales ahuyentaron y echaron de sobre sí; pero como las flechas de los bárbaros eran muchas y muy llenas de ponzoña o hierba ponzoñosa, hiriéronles malamente con algunas de ellas a padre y a hijo, de suerte que, aunque llegaron vivos a la cibdad de Vélez, dentro de poco tiempo murieron entrambos rabiando con el dolor de la cruel ponzoña que les atormentaba y abrazaba los corazones.

Lanhero, viendo el poco efeto quen el pueblo de Paja hacía, alzó sus toldos y caminó con su gente adelante la vía del Muso; y acercándose lo que podía a esta provincia se alojó en otro pueblo de indios Moxcas llamado Cazacota, questaría apartado de Paja como cuatro leguas.

CAPITULO VII

En el cual se escribe cómo estando Lanhero alojado en el pueblo de Cazacota forzó a los indios a que viniesen de paz y los dejó pacíficos, y de allí se fué al pueblo de Tonungua, donde le tuvieron cercado los indios ciertos días, y la ocasión por qué alzaron el cerco. Escríbese aquí la diferencia que hacen estos indios del Rincón de Vélez a los otros Moxcas

Después quel capitán Lanhero hizo su alojamiento en el pueblo de Cazacota, en parte cual convenía para seguridad suya y de sus soldados, procuró ver si por bien, como antes lo había hecho, podría pacificar los indios Moxcas quen este pueblo y en los demás comarcanos había; pero como estaban coligados por muchas vías con los Musos y con firme propósito de seguir su opinión y rebelión, no se curaban de los halagos que Lanhero les quería hacer, por lo cual este capitán mudó en todo propósito y dióse a pacificarlos por rigor y fuerza, haciendo por mano de sus caudillos y soldados muchas correrías a unas y a otras partes, hasta entrar en algunos pueblos y tierras de los Musos, donde no pequeño trabajo padescían los soldados; porque como esta comarca del Rincón de Vélez es toda tierra muy montuosa y cerrada, doblada, áspera y lluviosa, y los indios, como he dicho, muy bellicosos, y siempre que se había de ir a dar en alguna ranchería de indios habían de caminar de noche, por no ser sentidos y tomar descuidados los indios, y

habían de llevar los soldados las armas a cuestras, según la costumbre quen esto se tiene, claro está el excesivo e intolerable trabajo que padescían los españoles, dejado aparte el riesgo de la vida, quera grande, pues cualquier leve rasguño que se diesen con flecha o puya enherbolada les ponía en condición de perder la vida.

Con estas circunstancias, en dos meses que Lanche-ro estuvo alojado en este pueblo de Cazacota no cesó, como he dicho, de hacer salidas de noche y de día, dando continuas alboradas a los indios, desasosegándoles y haciendo en ellos algunos ejemplares castigos para poner terror en los demás y hacerles que con violencia y fuerza viniesen a efetuar lo que por amor y regalo no habían querido hacer pocos días antes; y aprovechó tanto este rigor y ardid de Lanche-ro, quen pocos días después que lo comenzó a poner por obra vinieron de paz todos los rebeldes deste Rincón, así el cacique Saboya como todos los demás indios a él sujetos y sufragáneos, sin quen esta comarca quedase ningún pueblo de indios Moxcas que no se redujese a la obediencia antigua y fuesen dados a sus encomenderos que iban allí con Lanche-ro; y los que estaban ausentes por haberse quedado en Vélez el capitán les enviaba los indios a la propria cibdad con cartas para que los admitiesen con benevolencia; y desde este tiempo cuasi ha permanecido este Rincón en paz y amistad, sin rebelarse generalmente como antes lo hacían; y si alguna alteración o novedad había, era de algún pueblo o principal particular, que prevalecía poco tiempo. Esta gente Moxca deste Rincón de Vélez es más serranilla y pequeña de cuerpo que la demás del Reino. Crían todos los más indios e indias, por causa de algunas aguas que beben, en la garganta grandes papos, que los hacen muy feos y de mal parecer. Su mantenimiento es turma y maíz y otros muchos géneros de legumbres que se dan así en tierra fría como caliente, porque de ambas calidades de tierras participan: en lo caliente crían

grandes algodinales y hayales, de que tienen gran contrato con la otra gente Moxca sus comarcas. Son muy buenos ollereros, que es particular oficio y contrato entrellos, y hacen buenas mantas de algodón; pero con la inclinación y afición que a la idolatría tienen, siempre se cubren con las más ruines mantas y de menos valor, y las otras venden por tener oro que ofrescer a sus simulacros. Son grandes cazadores, así de venados como de conejos, vaquiras, lagartijas, culebras, ratones y otras sabandijas, todas las cuales comen sin ningún escrúpulo ni asco. Y con tener el continuo trato que tienen con los indios Musos, que son caribes, nunca a éstos se les ha sentido comer carne humana.

En sus entierros y otras cerimonias y ritos siguen la costumbre de los demás indios Moxcas, aunquéstos lo hacen más bestialmente, porque después de hecha la sepultura, que un hoyo hondo y redondo y tal cual conviene, hacen en lo hondo dél una barbacoa a manera de escañillo o banquillo, donde asientan al difunto, y con él meten a la más querida mujer que tiene y a los esclavos y esclavas que le sirven, todos vivos, y todas sus armas y mucuras o cántaros y piedras de moler, y casi todas las baratijas señaladas que hay en casa, y todo el oro que tiene, lo cual le ponen por las orejas y narices y en la boca y en otras partes de su cuerpo, y luego les cubren el hoyo, de suerte que quede hueco en donde está el muerto y la demás gente, pero de suerte que jamás puedan salir de allí, y esto solamente lo hacen los caciques y algunos capitanes de mucho posible.

El capitán Lanhero, ya que tuvo toda esta gente pacífica y puesta en la servidumbre de sus encomenderos, alzó sus toldos y fardajes y caminó la vía derecha para éntrase en Muso; pero el día proprio que salió del alojamiento de Cazacota, ya quera hora de ranchar, dió en el río de Tracungua, a quien por otro nombre llaman los españoles río de Sedeño, por haber muerto en él un soldado deste nombre con un

árbol que fué cortado para puente, como adelante se dirá. El cual, por ir tan furioso y con tanta agua y no tener vado acomodado, no se pudo pasar este día, y por no tener en su ribera playa en que poderse alojar los españoles, les fué forzoso volver atrás a lo alto de una loma que a las espaldas estaba, y aunquel día siguiente se intentó por la propia parte pasar el río, no dió lugar a ello la velocidad del agua y la hondura de la canal, que lo estorbaba, que puso en condición al capitán y soldados de volverse atrás a entrar por otra parte, que fuera harto dañoso para el Reino; porque si los soldados se vieran fuera de la jornada e entraran en tierra que pudieran sin temor esconderse, los más desampararan al capitán y le dejaran burlado; pero él lo consideró mejor, porque envió ciertos soldados con Francisco Morcillo que corriesen el río abajo y arriba y diesen orden, si no hallasen vado para pasar, en cómo se hiciese una puente. Morcillo y los que con él iban lo anduvieron diligentemente, y vieron estar de la otra banda del río un muy crecido y grueso árbol, que, según dende a poco la experiencia lo mostró, cuatro hombres los brazos tendidos alrededor dél no lo podían abarcar o abrazar.

Pasaron el río a nado seis soldados, con harto riesgo de sus personas, llevando hachas para cortar el árbol, y poniéndolo por la obra, lo que parecía dificultoso y quen dos ni tres días no se haría, se hizo en menos de media hora; porque, según parece, estaba el árbol puesto en una barranca e ladera, por cuya causa tenía descarnadas y limpias de tierra todas las más de las principales raíces, y sólo una que de la parte de arriba tenía lo sustentaba. La cual cortada, comenzó el árbol a hacer sentimiento y a declinar. Los que lo cortaban comenzaron a dar voces a los que de la otra banda estaban que se apartasen, que iba el árbol sobrellos. No quisieron creerlo, antes se reían de lo que les decían, por parecerles cosa imposible que tan en breve viniese el árbol a

tierra. Y así cuando acordaron estaba ya la copa del árbol sobre ellos, y cogiendo a los más debajo, mató a Francisco Sedeño, buen soldado, natural de Arévalo, y lastimó a otros españoles e indios ladinos y de servicio que allí cerca se hallaron. El palo o árbol era de tan buen grosor, que allanado con hachas y aderezado con barrotes y fajina quencima le pusieron, por él pasó toda la gente que Lancharo consigo traía y todos los caballos y ganados y otros fardajes y carruajes que llevaban, sin que se perdiese ni pareciese cosa alguna, que fué muy mucha ayuda y parte para que la provincia de Muso se pacificase y poblase como hoy lo está.

Por las causas arriba dichas, los naturales Musos que por allí cerca estaban pretendieron defender el pasaje de la puente a los españoles, para el cual efeto vinieron al paso del río mucha cantidad dellos armados y emplumajados y a uso de guerra; pero los nuestros lo hicieron tan bien con los pocos arcabuces y sobrados ánimos que tenían, quen breve tiempo ahuyentaron y echaron los indios de sobre la puente, con algún daño quen ellos hicieron, y pasaron todo lo que había que pasar con la seguridad dicha, sin que ningún español peligrase ni fuese herido.

Siguió su jornada Lancharo y fuése a alojar al valle de Tunguana, al mesmo pueblo dicho deste nombre, donde por la fertilidad y abundancia de comidas determinó el capitán holgarse en la Pascua de Navidad, que venía cerca, y algunos días más, que fué causa de que los indios comarcanos y del proprio valle tuviesen lugar de apellidarse y congregarse para venir a dar sobre los españoles. Pero aunque se juntaron más de veinte mill indios que acordada y determinadamente vinieron a dar sobre los españoles, ningún daño hicieron en los nuestros, antes fueron por ellos recibidos animosamente y rebatidos con daño y muerte de algunos de los bárbaros, los cuales no por eso se apartaron mucho de la ranchería y alojamiento de los españoles, antes se alojaron en círculo

redondo a vista dél, casi tomándolo en medio, a manera de cerca, dondestuvieron muchos días rescibiendo y haciendo daño, porque los españoles nunca cesaban de dar en ellos algunas alboradas por parte aquellos no pensaban, con que los desasosegaban e inquietaban y maltrataban. Estaban en este cerco estos bárbaros puestos por su orden en parcialidades, de tal suerte que la gente de un pueblo con su cacique o capitán estaban por sí, y las del otro por sí, y así todas por esta orden, aunque no muy apartados unos de otros. Turó este cerco por algunos días sin que los indios se quitasen dél, hasta que por cierta ocasión que aquí diré se fueron ellos de su voluntad.

Acaso un día de mañana se acercó al alojamiento de los españoles una destas parcialidades, cuyo capitán o cacique traía en la mano una lanza jineta que antes habían habido de los españoles que mataron, el cual la hincó en el suelo y se sentó o puso a par della, y otros muchos indios hicieron lo mismo, dando grandes voces y alaridos en vituperio de los españoles, significando por ellos quen breve tiempo los habían de matar a todos y comérselos, y otras barbarerías e improperios. Lancharo, viendo la rústica desvergüenza deste bárbaro, tomó un arcabuz a quien por su grandeza llamaban el mosquete y cargólo y echóle tres pelotas, y apuntándolo donde el principal o cacique estaba, quera el de la lanza jineta, con la una pelota llevó la lanza y el indio o cacique que la había traído, y con las otras dos mató otros dos indios que junto a él estaban; y atemorizados los indios deste tiro y estrago que Lancharo había hecho, se retiraron y todos de conformidad alzaron el cerco y se fueron de la presencia de los españoles. Algunos soldados tuvieron por muy venturoso esto, por respeto de la mucha distancia que había desde donde se disparó hasta donde hizo el daño, tanto quentre todos los arcabuces que llevaban no hallaron ninguno que llegase con mucha parte a este tiro que Lancharo hizo, aunque después lo experimentaron muchas veces.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo salido Lanhero y los demás españoles de Tuningua, y caminando, tuvieron algunas refriegas con los indios, y se fueron a alojar a la loma que llamaron de San Sebastián, de donde salieron al Reino por municiones; escríbese aquí lo subcedido durante el tiempo questuvieron alojados en esta loma de San Sebastián

Pasada la Pascua, Lanhero envió algunas escuadras con gente a que corriesen la tierra y procurasen haber algunos indios para guía y tomar dellos lengua y noticia de lo que le convenía; pero los naturales habían fortalecido los caminos con grandes trampas, quen partes peligrosas tenían armadas de muy gruesos, largos y pesados maderos, y con muy hondos y anchos hoyos quen ellos hacían, poblados de muy grandes estacas las puntas arriba untadas con ponzoñosa hierba y cubiertos por encima, según quen otras partes desta historia queda declarado. Y ultra desto, hacían en los caminos otros más pequeños hoyos, quanto cupiese en ellos el pie solamente, en los cuales ponían puyas de palma enherboladas para que se las hincasen por las plantas de los pies. Pero todos estos ardidés y cautelas de los indios no eran bastantes para ofender a los nuestros; porque como los españoles conoscían ya cuán belliosa y guerrera gente era ésta, y que se habían de aprovechar contra ellos de todas las traiciones que

podiesen inventar, caminaban siempre con cuidado y vigilancia, mirando con diligencia lo que el camino había. Dieron ansimesmo los nuestros en unos lazos que los indios tenían puestos en el suelo en lugares altos y conjuntos a muy hondos despeñaderos, para en poniendo cualquier persona los pies dentro del círculo del lazo, tirar dellos los indios que de la parte de abajo estaban puestos a punto para el efeto; y si acaso con el lazo hacían o hicieran presa en los pies de algún español, no había remediarlo, porque con muy gran presteza daban con él de la barranca o despeñadero abajo, donde se había de hacer pedazos. Mas, pasando por todos estos riesgos, siempre iban a dar en algunas rancherías y alojamientos de indios, con los cuales tuvieron algunas refriegas y guazabaras, como suelen decir pie a pie, pero siempre quedaba la vitoria por los nuestros. Porque como los indios creían estar seguros en sus alojamientos, vivían con algún descuido y eran de repente asaltados de los nuestros, de lo cual les redundaba tanta alteración y turbación, que cuando venían a tomar las armas por defender sus personas y mujeres y hijos estaban ya los más descalabrados.

A cabo de seis meses y medio que Lanhero había estado alojado en el pueblo de Tunungua, se movió con su gente para adelante, donde el propio día que comenzó a marchar dió en una montaña áspera y muy cerrada y de muy peligrosos pasos y entradas, en los cuales se pusieron gran cantidad y número de indios a defender el pasaje a los nuestros. Venían todos los indios, según su costumbre, muy embijados, pintados y emplumajados, y aun bien borrachos, y con gran estruendo de cornetas, fotutos y otros bárbaros instrumentos de que las guerras y en las fiestas usan; y por ser tantos en número defendían obstinadamente el pasaje a los nuestros; porque, según afirman algunos de los que presentes se hallaron, estaban en esta defensa más de quince mill indios, a los cuales les era muy favorable el arcabuco

o montaña, en la cual cuando les convenía se metían, y de allí, sin poder ser ofendidos de los arcabuces de los españoles, ofendían a los nuestros. En esta refriegan dieron estos bárbaros un flechazo a una mujer sevillana quen esta jornada iba con su marido, quera portugués, llamado Juan González, natural de Mertula. La flecha le dió por la garganta y llevaba hierba ponzoñosa, y ansí murió luego rabiando. Tomaron los indios a los españoles una botija perulera llena de pólvora, que les hizo harta falta, y otras muchas petacas y puercos, y con todo se quedaron. Turó la pelea desde horas de misa mayor hasta la noche, sin que pudiesen salir los españoles de la maleza desta montaña, y ansí les fué forzoso alojarse aquella noche en ella, sin osar encender lumbre, a causa de que los indios toda la noche estuvieron sobrellos sin cesar de tirar a tiento sus flechas. Los españoles ansímesmo disparaban sus arcabuces contra los indios sin puntería, porque con la escuridad de la noche y espesura de la montaña no podían tirar si no era a tiento hacia donde oían las voces y alaridos de los indios, queran grandes y lo habían sido todo el día, con grandes amenazas que contra los nuestros hablaban y decían, mostrándoles ciertas cabuyas o sogas que consigo traían para llevar atados a los españoles, de quien loca y vanamente pensaban, en llegando a haber entera vitoria, llevarlos para comer; pero jamás tuvieron atrevimiento, con ser tantos y tan bellicosos, de barloar ni romper con los nuestros.

La noche se pasó con harto trabajo de los españoles, sin que ninguno de todos ellos durmiese ni reposase; porque, demás de la guerra que los indios les hacían, era tanta el agua que llovía, que los tenía bien afligidos y trabajados. Y el siguiente día Lanchero caminó por la montaña adelante con harta pena de que con la escuridad de la noche había enviado a Alonso de Poveda con cinco compañeros a que viese si estaba embarazado el camino que habían

de llevar, y nunca habían vuelto, porque perdieron el camino y no pudieron atinar dónde el capitán estaba; pero en saliendo de toda aquella montaña los topó en lo raso y reprehendió su descuido. Y prosiguiendo su camino hasta llegar al pueblo llamado Puriqui, cuyos naturales, aunque habían desamparado el pueblo, volvieron a dar desasosiego a los españoles, y arrojando en el alojamiento algunas flechas a la ventura hirieron algunas piezas e indios ladinos, que dello murieron rabiando.

En este pueblo de Puriqui estuvieron poco los españoles, aunquestaba bien proveído de comida; y pasando adelante se fueron a alojar a una loma alta questá en términos de los pueblos Musos llamados Topo y Pauna, a la cual los españoles llamaron la loma de San Sebastián por respeto de haberse alojado en ella la víspera de San Sebastián, mártir bienaventurado y glorioso, y porque el capitán y los soldados, considerando el peligro en que andaban, instituyeron una cofradía del propio y glorioso mártir.

En esta loma y alojamiento se detuvo la gente algún tiempo a causa de que les fué necesario enviar por municiones y socorro al Reino, porque de todo tenían falta y necesidad. Y a este efeto fueron nombrados Alonso de Aguilar, vecino de Tunja, y Alonso de Poveda, vecino de Vélez, y con ellos para volver y meter el socorro Benito de Poveda, persona de quien Lancharo hacía mucho caso y confianza; y para que fuesen seguros de las acechanzas de los indios fueron ciertos españoles otros, y Alonso Ramírez por su cau-dillo, a echarlos fuera de la tierra de guerra por donde habían de pasar, cuyos naturales se juntaron y salieron al camino a estos españoles y los fueron siguiendo y flechando casi todo el tiempo que caminaron por su tierra, con grandes alharacas y alaridos que de placer daban, paresciéndoles questaba en su mano el matarlos; pero todavía les damnificaron, porque les hirieron cuatro españoles, uno de

los cuales fué Alonso de Aguilar, quen llegando a Tunja murió, con grande tormento y dolor, de la hierba.

Llegados adonde reconocieron tierra del Reino, Alonso Ramírez despidió los que habían de salir y él dió la vuelta para donde había quedado el capitán Lanhero, contra la voluntad y opinión de algunos de los que con él habían salido, que quisieran no volver a entrar dentro de la tierra de los Musos, por verse libres de tan evidentes peligros y temiendo que los indios les siguiesen con la obstinación que antes a la salida habían hecho.

Los indios, que cerca de la loma y alojamiento de los españoles tenían sus poblaciones, viendo la división que había y paresciéndoles tiempo acomodado para haber vitoria, se juntaron con gran presteza y vinieron a poner cerco en los españoles, con designio de destruirlos y matallos; pero no hicieron el acometimiento tan presto como lo habían de hacer, que fué causa que quedasen frustrados de sus designios, como luego se dirá. Lanhero tuvo gran temor de ser esta vez desbaratado de los indios, porque no tenía en su compañía más de veinte hombres que pudiesen pelear, porque todos los más estaban heridos de flechazos que habían rescibido y otros se habían muerto con la ponzoña de la hierba, y así le fué necesario mostrar más ánimo y coadunar a los suyos para que, si los enemigos llegasen a rompimiento con ellos, que se pudiesen defender mejor. Los indios que a Lanhero tenían cercado enviaron dos mensajeros a los españoles con color de que querían tener tratos de paz; pero cautelosamente para que viesen y reconociesen la gente quen el alojamiento había. El capitán entendió su cautela y usó de otra mayor, que fué que después de haber dicho a los indios que se holgaba de que los caciques e principales y los demás indios viniesen de paz, se entró con ellos a platicar en una casa o buhío que tenía dos puertas, por las cuales hizo que, mudándose los soldados los trajes y

vestidos que tenían diversas veces, entrasen unos y saliesen otros, con lo cual hicieron ostentación y muestra de mucha gente. Unos soltaban arcabuces y otros cabalgaban en los caballos, y los indios mensajeros, informados de la mucha gente que les pareció que habían visto, se volvieron a lo alto donde estaban los caciques e indios que cercados tenían a los españoles y les significaron y dijeron mucho más de lo que habían visto, que fué principal causa para que los indios no acometiesen a los españoles como lo quisieron hacer. Pero ellos estando en esto, los indios que habían ido siguiendo a los españoles que salieron por el socorro se pusieron a vista del alojamiento y comenzaron a decir a grandes voces que venían de matar a los demás españoles y que lo mismo pretendían hacer a los cercados; y para certificación dello hicieron desde dondestaban demostración de la cabeza de un perro que habían tomado y muerto a los propios españoles, y de otras cosas que los tiempos de antes habían habido de españoles, por lo cual se les dobló el temor a Lanhero y a los que con él estaban y tuvieron que fuese así verdad lo que los indios decían, por las señas que mostraban.

A esta sazón Ramírez se acercaba a la loma, donde oyó la gritería y vocerío de los indios que cercado tenían el alojamiento, y poniéndose a punto de pelear él y los otros españoles que sanos con él venían, se fué acercando a los indios lo más escondidamente que pudo, llevando cargados los arcabuces y las mechas en las serpentinas, y ansí de repente dieron por las espaldas en la mayor parte de los indios que daban las voces, en los cuales hicieron tal estrago y los amedrentaron y alborotaron tan de veras, que dende a poco tiempo no paró ni pareció indio por toda la comarca del alojamiento. Fué gran consuelo y aun remedio para Lanhero y los que con él estaban este asalto que estos españoles hicieron en los indios, y ansí

fueron por ellos rescibidos con mucho contento y alegría de todos, sanos y enfermos.

El capitán Lanhero, como estaba determinado y lo había prometido, desperar en este proprio sitio a Benito López de Poveda, que había ido por la munición y socorro al Reino, comenzó a enviar soldados fuera con caudillos a ver si podía efetuar la paz con los indios; pero estas salidas no sólo no hicieron ningún buen efeto, pero redundó en daño suyo y de sus soldados; porque en ellas le hirieron en veces algunos soldados que le hicieron harta falta; porque ninguna vez salieron, ansí por comida como al efeto dicho, que no fuesen acometidos de los indios y tuviesen con ellos refriegas y guazabaras y otros alborotos; y aunque los indios iban siempre maltratados y descalabrados, no por eso se aplacaban y humillaban, antes se encendían más en odio y cólera iracunda, y con pertinacia y dureza perseguían y acometían a los españoles do quiera que iban, aunque no fuesen a buscarlos ni hacerles daño alguno.

Cumplido el tiempo en que Poveda había de volver con las municiones y socorro, Lanhero envió al mesmo Alonso Ramírez con diez o doce compañeros que les fuesen a meter y a asegurar de los indios de guerra. Salió con estos españoles hasta Susa, pueblo de indios Moxcas en términos de Tunja, de la encomienda del mesmo Lanhero, donde hallaron a Benito López de Poveda a punto con mucha pólvora y plomo y gran cantidad de bizcocho y harina, tocinos y pernils y otras cosas de comer, de las cuales tenían mucha necesidad; porque había ya días que no comían si no era maíz y legumbres, y si acertaba a morir algún caballo de flechazos que los indios le daban se comían la carne, que no les debía de saber mal; y con toda la presteza a ellos posible dieron la vuelta y se entraron en Muso con más de trecientas cargas de indios que de todos mantenimientos y municiones llevaron, con que dieron gran contento a los demás españoles. Y luego el capitán ordenó de pasar adelante,

porque había ya más de mes y medio o dos meses que estaba en este alojamiento, donde tan poco habían ganado con los indios, pues le habían muerto ciertos españoles que, como he dicho, le hicieron harta falta, y herídole otros muchos que no estaban para tomar armas y pelear.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo Lanhero pasó adelante, siendo siempre perseguido de los indios, y fué en el camino herido de un flechazo, de que estuvo muy malo, por lo cual pobló la cibdad de la Trinidad en la loma de la Trinidad, dondestaba alojado, y lo que allí les subcedió a los españoles con los indios

Lanhero dió orden cómo había de caminar la gente de suerte que fuesen en resguardo unos de otros porque los indios andaban tan desvergonzados, que ya no temían el llegarse a pelear persona por persona. Echó delante de avanguardia el capitán los más sueltos y briosos soldados, para que con la presteza necesaria subiesen a tomar los altos por donde habían de pasar, por que los indios no les ofendiesen en ellos; y así prosiguió su jornada desde la loma de San Sebastián adelante, y sin haber caminado muchas millas más, antes de llegar a la loma de Minipí, se les ofresció y puso delante una honda y mala quebrada o arroyo, en cuyo paso estaban ya puestos los indios para defender y estorbar a los nuestros el pasar adelante, sobre lo cual pelearon porfiadamente los unos con los otros, sin que hobiese ventaja de una parte a otra, hasta que la declinación del Sol o del día los apartó e hizo cejar el flechar de los indios y arcabucear de los españoles, los cuales, aunque tarde, pasaron la quebrada con harto riesgo y peligro suyo, por no esperar a la defensa y ofensa quen el siguiente les

habían de poner los bárbaros. Y así fueron a descansar esta propia noche a la misma loma de Minipí, aunque no tuvieron mucho reposo, a causa de que los indios no se apartaron de sobrel alojamiento de los españoles, tirando a bulto continuamente rociadas de flechas; y así les fué necesario y forzoso a los nuestros estar toda la noche en vela y con las armas en las manos para resistir a los enemigos si les quisiesen acometer.

Pasada la tempestuosa y trabajosa noche, los españoles marcharon con su orden y concierto que antes traían, y los indios siempre se les iban poniendo delante para estorbarles el pasaje, y haciendo otros acometimientos en la retaguardia y batallón. Y algunas veces se emboscaban por hacer saltos en las piezas e indios ladinos de los españoles que acertaban a quedarse algo zagueros.

Yendo caminando los nuestros, se cerró el día con una obscura niebla, que fué causa que los que llevaban la vanguardia perdiesen y errasen el camino derecho que habían de llevar y tomasen la vía del Reino. Pero como los indios, con su bárbara reputación y presunción, se juzgaban por vitoriosos y les parecía que sus simulacros e ídolos les traían aquesta gente a su tierra para haber entera venganza y vitoria dellos y les ponían en las manos una tan buena ocasión, pusieron en escuadrones por algunos altos que había por la errada derrota que llevaban y comenzaron a dar grandes voces y a decir: “¿Dónde vais perdidos, que os volvéis al Reino, de lo cual nosotros no nos holgamos nada, pues tenemos tan cierta la vitoria de vosotros y el haber de perecer y morir todos en nuestras manos, con que esperamos dar contento a nuestros vientres? Volved y tomad vuestra vía derecha, si no es ya que os salís o vais huyendo de temor o miedo de no perecer a nuestras manos.” Los que llevaban la vanguardia, echando de ver en lo que los indios decían y en el camino por donde iban, vieron claramente la vía errada que llevaban, y así

caminaron e volvieron atrás, continuando siempre los indios sus acometimientos por todas partes, que causaba harto trabajo así al capitán como a los españoles. Porque como los bárbaros eran muchos y acometían por muchas partes, era necesario socorrer a todas o a las más por que no les matasen los indios de servicio que llevaban consigo ni les tomasen el carruaje.

Pasado el pueblo de Minipí y algunos malos pasos que antes dél tuvieron que pasar, donde los caballos corrieron riesgo de despeñarse y los indios hicieron alguna resistencia, salieron a un llano raso y limpio de montaña, dondel capitán Lanhero llegó tan cansado y quebrantado del trabajo pasado, que tuvo necesidad de desnudarse el sayo de armas que llevaba vestido para quel cuerpo se refrescase; porque, demás de ser muy áspera esta tierra, es muy cálida y calurosa, que causa sentirse el trabajo con doblado tormento y pena. Acabado Lanhero de quitarse el sayo de armas, llegó una flecha enherbolada tirada de ciertos indios que cerca estaban y dióle por cima de la teta izquierda, que le metió buen pedazo de flecha por entre las costillas, herida cierto peligrosa y de gran riesgo. La gente se alborotó demasadamente de ver herido tan mal al capitán, y por no ser el sitio dondestaban acomodado para defenderse de los indios, caminaron con presteza y fuéronse a alojar a una loma que llamaron de la Trinidad, donde con la diligencia possible fué curado Lanhero de su flechazo con cortarle toda la carne que de la herida y sus comarcas se le pudo cortar; pero como el lugar era peligroso y en partes donde no se podía hacer la anatomía que los cirujanos querían y era menester, llegó Lanhero al extremo de su vida, que fué causa de anticiparse a poblar antes de tiempo, porque, como se vía tan al cabo del vivir, consideraba que si la gente quedaba sin capitán y de la manera questaban, que muchos habrían de pretender salirse, como antes lo habían hecho e intentado, y

que la tierra quedaba perdida y quel trabajo que se había hecho hasta allí sería en vano y de ningún fruto ni efeto. Y así, aunque en el extremo que digo, hizo juntar todos los soldados que a la sazón había porque ya faltaban una buena parte dellos que habían muerto de flechazos enherbolados que habían rescibido, les habló generalmente, poniéndoles delante lo mucho que habían trabajado y grandes peligros y riesgos que habían pasado, y lo que merecían por sus personas, de lo cual no podían haber ninguna remuneración si no se disponían y aparejaban a llevar adelante la conquista y pacificación de aquella tierra quentre manos tenían, de cuya riqueza había habido algunas opiniones y conjeturas que hacían cierta la esperanza de su felicidad; y quen verse propincuo a la sepultura sólo sentía y le daba pena el no dejar el asiento en la tierra que convenía para descanso y quietud de los que estaban presentes, a los cuales les era necesario quél de su mano los dejase en forma de república y pueblo, para que con mejor concierto se gobernasen y sustentasen, quera poner entrellos firmeza y asiento.

A todos les pareció quera cosa acertada hacer lo que Lanhero decía y que les venía bien; quedando poblados estaban obligados a sustentar el pueblo, y así no había ninguno que lo osase desamparar ni dejar. Sobreeste poblar Lanhero hizo sus autos y diligencias judiciales, nombrando los alcaldes y regidores y otros oficiales quen semejantes fundaciones de pueblos se suelen elegir; y a la cibdad puso por sobrenombre de la Trinidad; y porqué no se podía levantar, nombró por su sustituto a Francisco Morcillo, para que tomase la posesión del pueblo en nombre del rey e hiciese las otras exteriores cerimonias que se acostumbran. Lo cual hizo Lanhero con aditamento de que se pudiese mudar el pueblo desta loma de la Trinidad al lugar más acomodado y mejor para edificar cada y cuando se hallase; sobre todo lo cual se hizo muy cumplidamente lo ordinario y se regocija-

ron los soldados por la fundación y poblazón de su ciudad.

Detuviéronse aquí algunos días esperando la mejoría del capitán, que daba muestras dello, en el cual tiempo siempre tuvieron refriegas con los indios que les venían a ofender y se les acercaban hasta tanto que les tomaban las indias ladinas questaban en los arroyos lavando la ropa, de lo cual subcedió que ciertas camisas que los indios tomaron con una india que las estaba lavando se las vistieron y encamisaron todos los más y comenzaron a subir por una loma cantando y dando grandes voces de placer. Los españoles, como vieron subir los indios todos de blanco, representóseles ser sobrepellices de clérigos y canónigos que iban cantando en procesión; y así llamaron a esta loma por donde los indios encamisados subían la loma de los Canónigos; y porque, aunque bárbaros, estos indios entrellos no deja de haber alguno que tenga conocimiento de gratitud, diré lo que subcedió e hicieron con la india dicha que tomaron lavando las camisas.

Poco antes questo subcediese vino sobrel alojamiento de los españoles un indio quen su loco atrevimiento y desvergonzadas palabras daba clara muestra de venir borracho, el cual traía una macana en la mano, y comenzó a jugar con ella de montante de una parte a otra, haciendo grandes personajes y ademanes, diciendo a voces que de aquella vez no le había de quedar español a vida que por su mano no matase o fuese muerto, y aunque los españoles le tiraron algunos arcabuzazos, nunca le acertaron con ninguna pelota, más de con un perdigón que le dió o acertó en la cara. Fué este indio tomado vivo por ciertos indios amigos que escondidamente salieron a él, y trayéndole ante el capitán y pareciendo venir y estar furioso del vino, fué mandado curar y hacerle buen tratamiento, y dende a ciertos días le soltaron. Hallóse este indio en la toma de la india referida, a la cual querían los demás indios matar y comérsela, y por respeto del

buen tratamiento que a este bárbaro le fué o había sido hecho defendió y no consintió que la matasen, la cual dende a cierto tiempo volvió por mano del propio indio a poder de los españoles, así questo bárbaro, conociendo el beneficio que se le había hecho, lo quiso pagar aventajado, porque para él fué de doblado merecimiento lo que hizo en comparación de lo que los españoles con él hicieron. Y pocas veces se pierde el bien hacer, aunque sea en gente ingrata, porque ya que por mano de los ingratos no sea remunerado, el todopoderoso Dios, que tiene el cuidado de gratificar el bien, provee de los medios por donde se ha de hacer.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo Lanhero y sus soldados salieron de la loma de la Trinidad y caminaron, teniendo algunos debates con los indios, hasta alojarse en el volcán de Capacapi, donde se determinaron otra vez enviar a pedir socorros al Reino de gente y municiones

Lanhero iba ya mejorando y convalesciendo de su herida y flechazo, de suerte que, aunque no estaba para pelear, podía bien caminar, y paresciéndole que no debía detenerse ni perder más tiempo en la loma de la Trinidad, apercibió su gente y poniéndola en concierto para que más seguramente pudiesen caminar sin rescibir notable daño de los indios ni de sus flechas, con las cuales salían de ordinario a los caminos a hacer acometimientos y daño en los españoles y en sus criados, alzó sus tiendas o toldos y prosiguió su viaje y jornada, metiéndose siempre en el riñón de la poblazón de los Musos, y corriendo y hollando la tierra; porque dondequiera que se alojaba con propósito destar algunos días enviaba caudillos y gente de una parte a otra, y de otra a otra, que vían lo quen la tierra había.

El proprio día que los españoles salieron del alojamiento de la loma y pueblo de la Trinidad salieron a ellos al camino más de veinte mill indios, que se habían juntado y congregado muy acordadamente sólo para salirles al camino, como a lugar aventajado, y

destruirlos de todo punto; donde caminando y peleando fué la guazabara muy porfiada y reñida, a causa de que los bárbaros, confiados en su multitud, no sentían el daño que los españoles con los arcabuces les hacían; y así andaban tan coléricos y encendidos en la pelea, que ciertamente pusieron a los nuestros en grande aprieto y en riesgo de tomarles a manos y matarlos a todos, porque se hallaban ya los arcabuceros sin munición de pólvora ni pelotas; y quiso su fortuna que una sola carga de arcabuz que quedaba por disparar fuese tan bien empleada, que con ella mataban un indio principal quentre la demás gente se señalaba y daba muestras de ser capitán o cacique, cuya muerte fué tan sentida por los indios, que por aquel día dejaron de seguir a los españoles y les dieron lugar a que llegasen a alojarse a parte cómoda, que fué a la loma de Maripí, con sólo un soldado y un caballo de pérdida. A la noche volvieron los indios sobre los españoles, pero como la obscuridad era grande, hicieron muy poco daño; solamente se daban grita los unos a los otros.

El siguiente día caminaron los españoles, siendo también seguidos y perseguidos de los indios; pero rescibiendo poco daño dellos en el camino, se fueron a alojar a la loma de la Lagunilla, donde se detuvieron cinco o seis días, que la falta de la comida les necesitó a ello por haberla de ir a buscar a pueblos cercanos y proveídos de lo necesario. Envió el capitán a Morcillo con ciertos soldados que fuese a buscar vado al río de Yacopí, llamado desta manera por estar en sus riberas un pueblo de indios deste nombre. Y aunque los españoles pusieron toda diligencia en buscar vado, no lo hallaron, por ir el río muy crecido y con gran corriente; lo cual sabido por el capitán, no por eso se detuvo más tiempo, antes luego otro día siguiente caminó casi por las riberas del río Yacopí, por donde los indios no dejaron de hacer sus acometimientos contra los españoles, como lo tenían de costumbre; y aunque los nuestros rescibían poco daño

por ir siempre vestidos con sus pesados sayos de armas, morriones y antiparras, herían los enemigos algunas piezas, indios e indias ladinos del servicio de los españoles, y los caballos, de que morían rabiando.

Este día se fueron a alojar los nuestros, a pesar de los contrarios, a un volcán questá cercano al lugar o pueblo de indios llamado Capacapi, donde hallaron algún maíz, yuca y otras raíces y legumbres que los indios siembran para comer y sustentarse, que no eran pequeño regalo para los españoles y sus criados de servicio, que comúnmente se ha dentender por otros indios ladinos e indias que los españoles llevan para su servicio, habidos de otras partes; los cuales, por ir algo necessitados y fatigados del hambre, dieron presto cabo de todo ello; y solían en semejantes entradas llevar cada soldado, por sencillo que fuese, su media docena de piezas destas que le siguiesen, y aun no le tenían contento. A este volcán vino gran junta de indios a dar guazabaras y ofender a los españoles; pero detuviéronse en un alto a vista del alojamiento, despendiendo algunas flechas y la furia con dar grandes alaridos y voces, por lo cual salieron a ellos el capitán y algunos otros de a caballo y los ahuyentaron y echaron de dondestaban, sin recibir ningún daño.

Tuvieron aquí noticia los españoles cómo en el pueblo de Capacapi tenían los indios junto mucho maíz para las vituallas y comidas de los que habían de guerrear contra ellos; y así el capitán, por desviar a los enemigos, como porque dello había necesidad entre sus soldados y gente, envió a Francisco Morcillo con ciertos españoles y todas las piezas e indios quen el alojamiento o ranchería había para que tomasen y quitasen a los de Capacapi todas las vituallas que pudiesen.

Está este pueblo puesto en un alto cuya subida era áspera y muy montuosa y arcabucosa, por lo cual tuvieron los naturales dél lugar de prevenirse y fortalecer la subida con muchas galgas o grandes piedras

para arrojar encima a los que subiesen y hacer hoyos y poner por todas las subidas gran cantidad de puyas. Mas todas estas prevenciones les aprovecharon poco; porque, usando de las galgas antes de tiempo, no ofendieron con ellas en cosa alguna a los nuestros, antes les dieron aviso para que, considerando la defensa que por esta subida podía haber, buscasen otro camino más apacible y de menos sospecha, lo cual hicieron con muy gran presteza y diligencia, tomando los más sueltos y ligeros soldados la subida por otro camino que cerca hallaron, donde, aunque los indios tenían puestas sus guardas, no les aprovechó nada; porque peleando los soldados con bríos de españoles y pasando por el peligro de muchos hoyos y puyas que los indios habían también por allí puesto, ganaron el alto ahuyentando y echando dél a los bárbaros que lo defendían, aunque con daño de dos españoles que se empuyaron, uno de los cuales, llamado Juan Vela, natural de la Mancha, murió rabiando dende a poco, por donde tuvo lugar de subir toda la demás gente seguramente que atrás había quedado, apoderándose en el pueblo, y hallaron así en él como en sus alrededores escondido mucho maíz que para el efeto dicho tenían los indios junto. De lo cual tomaron lo que pudieron traer o cargar y se volvieron la vía del volcán donde el capitán había quedado alojado. Los indios, pretendiendo quitar el maíz a los españoles, los fueron siguiendo y dando caza hasta el propio alojamiento, sin hacer nada de lo que pretendían más de herir dos soldados de dos flechazos.

A este tiempo había ya otra vez falta de municiones y aun de soldados que pelesen, por lo cual, teniendo el capitán intención de que saliesen al Reino por socorro, quiso que antes quedase proveída la gente de comida; y como allí cerca la tenían los indios de Capacapi, tornó a enviar ciertos soldados, que fueron apercebidos por mano de Francisco Martín Pavón, que a esta sazón era alguacil mayor del pueblo, en compañía de los cuales iba por caudillo Juan de Roa.

Este caudillo, temiendo la resistencia y ofensa de los indios, envió a media noche seis soldados de los que habían de ir con él que fuesen a asegurar la subida con tener tomado el alto y él con la demás gente caminó tras ellos. Mas lo indios tenían en un camino puestas sus centinelas, de las cuales fueron sentidos los seis soldados, y dando aviso a los demás indios que del pueblo estaban, fueron con presteza movidos a tomar las armas y venir a defender la subida a los españoles. Los seis soldados se tuvieron con los indios y pelearon briosamente hasta que llegó el caudillo y la demás gente, los cuales con los arcabuces que llevaban rebatieron y echaron a los enemigos del alto que defendían, y tuvieron lugar de llegar a tomar el maíz y yuca que allí estaba y otras cosas que quisieron, con las cuales se volvieron al alojamiento, llevando siempre tras de sí aquellos indios que con deseo de defender y quitarles sus comidas les iban dando caza y flechando, aunque esta vez se volvieron los indios del camino por respeto de haberles muerto un soldado el principal de un arcabuzazo que le dió en la frente estando el bárbaro desde un alto cerro haciendo grandes ademanes y visajes y personajes y diciendo muchas bárbaras y desconcertadas palabras e improperios en vituperio de los soldados que le llevaban la comida.

Hecho esto, Lancharo quiso poner por obra lo que tenía pensado, y por mostrarse más afable no lo quiso efectuar sin primero comunicarlo con todos los soldados, proponiéndolo en plática y diciéndolo en general; y como entre los que estaban presentes había muchas varias condiciones, así nació entrellos muchas diversidades de opiniones y pareceres, que lo hacían indeterminable y dudoso, porque los trabajos intolerables de la conquista y guerra tenían tan quebrantados los ánimos de muchos soldados, que ya no deseaban sino ver modo y ocasión cómo verse fuera desta provincia; y así daban por parecer al capitán que se saliese con la gente a las sabanas y tierras del

Reino y que allí se reformaría y reharía de soldados y municiones y podría tornar a entrar más fortalecido y guarnecido; mas los que deseaban y pretendían que la conquista pasase adelante y la tierra se poblase y pacificase y en ella hobiesen entero premio de sus trabajos, decíanle a Lancharo que no curase en ninguna manera de llegarse a tierra del Reino, porquen la propia hora era desbaratada la gente y la jornada deshecha; pues estaba claro que los que aborrescían entrañablemente aquel trabajo habían de ausentarse y dejarlo y desampararlo, y jamás tornaría a juntar copia de gente con que poder entrar, y podría ser que le fuese quitada la conduta.

Parecióle consejo de amigos éste al capitán Lancharo, y así se determinó destarse quedo en el volcán dondestaba alojado y de allí enviar a ciertos amigos suyos que significasen en la Real Audiencia la necesidad que tenía de gente para proseguir la conquista y pacificación, porque cada día le herían y flechaban soldados, de los cuales algunos morían y otros quedaban enfermos y lisiados, de suerte que no estaban para defender ni ofender. Tenía también necesidad de mantenimientos de carne y cecina, porque si no era la comida que los naturales de la tierra criaban y tenían, y algunos caballos que heridos de flechazos se acertaban a morir, otra cosa no comían muchos días hacía, y sobre todo sentían la falta de municiones de pólvora y plomo para los arcabuces.

CAPITULO XI

En el cual se escribe cómo el capitán Lanchoero envió la segunda vez a pedir socorro al Audiencia y fué enviado en su favor, con gente, el capitán Ribera, el cual, después de haber entregado a Lanchoero la gente que llevaba, se volvió a salir, y cómo los indios Musos, debajo de paz y cautela, pretendieron matar los indios Moxcas que con Ribera habían entrado

Resuelto el capitán Lanchoero en enviar a pedir el socorro de que hemos tractado, nombró para ello a Sebastián de Saavedra, amigo suyo, y a Alvaro Herranz, y dióles la instrucción de lo que habían de hacer, y escribió sobrello largo al Audiencia; y para que saliesen seguros por la tierra de los Musos salieron con ellos ciertos soldados otros de quien Lanchoero tenía confianza que no se saldrían ni irían. Y para hacer su viaje más seguramente salieron del alojamiento después de anochecido, por no ser vistos ni sentidos de los indios, lo cual hobiera de ser causa de que perescieran todos; porque como la tierra es doblada y en muchas partes montuosa, entrando en la tenebredura y espesura de un pedazo de arcabuco que forzosamente habían de atravesar perdieron el camino y dejáronlo y metiéronse sin vía por la montaña, lo cual reconocido por los españoles después de haber caminado un buen rato y alejándose del camino, por no acabarse de perder del todo se senta-

ron, por consejo de Saavedra, y se estuvieron quedos hasta que amanesció, y con claridad del día hallaron cerca de donde habían parado un angosto camino que, aunque diferente del que habían principiado, los sacó a tierra del Reino al pueblo de Siminjaca, y de allí se fueron a Susa, donde hallaron cantidad de vituallas y algunas municiones que por mandado de Lanchoero se tenían allí prevenidas, por ser aquel repartimiento suyo; con lo cual se tornaron a entrar los nueve españoles a Muso, dejando en Susa solamente a Saavedra y a Herranz.

Los indios Musos, desde que entre sus poblaciones vieron las cargas e indios que las llevaban con tan pocos españoles que las defendiesen, tomaron las armas y vinieron sobrellos trayéndose consigo gruesos cordeles y unos grandes cataures o cestas en que pensaban llevar y atar los españoles para comer; y así se acercaron a ellos dando muy gran gritería de placer y contento, lo cual les era a los nuestros mayor tormento; y verdaderamente estos españoles y lo que llevaban no dejaron de peligrar y perecer y perderse todo si no lo remediara Dios milagrosamente, porque como Lanchoero esperaba cada día la entrada destes españoles, temiéndose que por ser pocos no les subciese alguna desgracia, enviaba todos los días cinco o seis soldados a cierto morro alto, de donde se señoreaba y vía gran parte del camino, a que viesen si venía gente y si peleaban o los tenían los indios en aprieto. Pues como este día, por mandado de Lanchoero, subiesen soldados al lugar acostumbrado, divisaron la gente e oyeron la grito de los indios, y sin dar mandado al capitán fueron a socorrer a los españoles que estaban en el aprieto y riesgo dicho, y con su ayuda los demás rebatieron y echaron de sobre sí la multitud de indios que los tenían cercados, y se vinieron al alojamiento dondestaban el capitán, sin que les hiriesen soldado ninguno, más de Alonso Ramírez, que se empuyó, pero no murió. De los indios que llevaban las cargas fueron muchos flechados y heri-

dos con flechas y puyas enherboladas, de que vinieron dende poco a morir. En esta refriega llevó una galga, que los Musos dejaron caer una ladera abajo, dos indios Moxcas con dos cargas, que se despeñaron y nunca más parecieron.

En tanto que estos españoles fueron a Susa y volvieron, siempre los demás que quedaron con Lancharo en el alojamiento anduvieron trabajados y ocupados en continuas defensas de sus personas y alojamiento, a causa de los continuos acometimientos que los indios les venían a hacer, los cuales por la mayor parte redundaban en daño de los propios naturales.

Después de cuarenta días que había estado Lancharo en este alojamiento y haber en él pasado lo referido, marchó con su gente adelante para irse a alojar a una loma que después dijeron la del Socorro; y por haber de pasar el río Zarbe, llamado deste nombre por el pueblo Zarbe, poblado en sus riberas, hobo de tener pelea con ciertos indios que le quisieron defender y estorbar el paso del río; pero aunque los indios eran muchos en cantidad e hicieron su possible con piedras y flechas que tiraban, prestóles todo poco, porque fueron arredrados por los españoles con daño y pérdida de algunos indios que allí fueron muertos. Y el capitán Lancharo se fué a alojar con su gente a la loma que he dicho, llamada del Socorro, donde se detuvo algunos días esperando el auxilio y favor que del Reino le habían de enviar. Tuvo aquí muchas refriegas con los indios, así en el alojamiento como en los pueblos y lugares comarcanos, donde enviaba a buscar comida. Hiriéronles dos españoles llamados Juan de Eslava y Rafael de Piña. Eslava murió de la herida, que fué un puyazo, y Piña quedó manco de la mano izquierda, donde le dieron un flechazo. Murieron ansimesmo muchos indios ladinos de los del servicio de los españoles, flechados y empuyados, y así cotidianamente tenían los nuestros averías y se iban haciendo menos y consumiendo de la hierba y el trabajo de la guerra, quera tan ordinaria que pocos

días de la semana pasaban sin tener guazabaras y peleas con los indios, ora estuviesen alojados, ora caminasen.

El Audiencia, luego que tuvo noticia del trabajo y falta de gente que Lancharo tenía y el riesgo y aprieto en questaba, mandó hacer y juntar gente para que los fuesen a socorrer; y para este efeto nombraron al capitán Juan de Ribera, vecino de Sancta Fee, persona afable para con los soldados y de grande ánimo para con los indios, el cual con todas estas y otras buenas artes que tenía se vió en harto trabajo para haber de juntar algunos españoles; porque como por el Reino se había ya divulgado la obstinación con que los indios guerreaban y la ponzoña y mortífera hierba con que untaban sus flechas, lanzas y puyas, y otras muchas circunstancias que hacían la guerra temerosa, y cómo cada día iban muriendo los españoles, no había hombre que no rehusase la ida a Muso y procurase esconderse y ausentarse por no ser hallado. Pero los oidores, como deseaban el asiento y pacificación de la tierra de los Musos, para seguridad de la demás del Reino, daban provisiones reales con que pudiesen ser forzados y apremiados los soldados que vivían ociosamente y no tenían encomienda de indios ni vecindad en parte señalada a ir con el capitán Ribera a Muso. A otros que litigaban sobre peticiones de indios en particulares pueblos les prometían cierta gratificación y remuneración de su trabajo y servicios porque, dejando los pleitos y pretensiones quentre manos tenían, fuesen al socorro de Muso.

Y con esta manera de fuerza y otros fingidos halagos que Ribera hacía y promesas que prometía, juntó treinta soldados, con los cuales entró en Muso con designio de andarse con su gente distinto y apartado de Lancharo, por que pudiesen ser más vejados los indios, guerreándolos por dos partes, y ansí serían forzados a pacificarse y a darse a la amistad de los españoles; aunque no ha faltado quien quisiese afir-

mar questa pretensión del capitán Ribera era industriosa y fingida, por andarse con aquesta gente sacando ciertas sepulturas ricas que de mucho tiempo antes había tenido noticia y aun había intentado entrar a sacarlas con algunos pocos soldados. Pero todo esto le subcedió a Ribera muy en contrario, porque luego que Lanhero tuvo noticia de cómo estaba dentro de la tierra de Muso y aun acercado a su alojamiento, y de todo lo demás quel capitán Ribera pretendía hacer en andarse de por sí con la gente que llevaba, porquel proprio Ribera se lo escribió, le escribió y envió a hacer ciertos requerimientos sobre que le entregase la gente que llevaba en su socorro; y para este efeto envió a Francisco Morcillo, su teniente, con quince arcabuceros, para que si de grado no le quisiese Ribera entregar lo que llevaba, por fuerza se lo quitase.

Morcillo se detuvo cierto trecho antes de llegar adonde Ribera estaba, y le envió las cartas de Lanhero para que de allí determinadamente hacer lo que le pareciese, si Ribera respondiese desabridamente. Mas el capitán Ribera era hombre cuerdo, y no curó de haber pasión por lo que no había de gozar, antes con intención de tornarse a salir luego caminó con los soldados que consigo llevaba hacia el alojamiento de Lanhero, y topó en el camino a Morcillo, el cual luego allí hobo ciertas palabras de alteración y enojo con Sebastián de Saavedra, reprehendiéndole su tardanza y descuido en no haberles proveído con más presteza; sobre lo cual vinieron a acelerarse de tal suerte, que cada cual con los amigos que tenía se hizo afuera para haberse de descalabrar y reñir con las armas los unos con los otros; pero Ribera se metió de por medio y los aplacó y confederó de suerte que por entonces no pasó la riña adelante, mas no por eso quedó entrellos fija ni verdadera confederación, antes cada cual se quedó con su rencor para ejecutar su furor cuando pudiese.

Llegado el capitán Ribera donde Lanhero estaba,

le entregó todo lo que su favor llevaba, con designio de salirse luego, como lo puso por obra; pero descansó primero ocho días, en los cuales subcedió que ciertos indios Musos que habían en esta sazón dado la paz a los españoles, que fueron los del pueblo de Apavi, que la dieron al capitán Lanhero, y los del pueblo de Zarbe, que la dieron al capitán Ribera, los cuales fueron los primeros indios que esta provincia la dieron después que por ella andaba el capitán Lanhero, y fué la causa principal desta paz esta entrada del capitán Ribera y de los que con él entraron, estos indios hablaron con los indios Moxcas que en el alojamiento de los españoles estaban, que habían entrado con Ribera, diciendo que ellos los sacarían a su tierra y pueblos seguramente sin que nadie los ofendiese, lo cual hacían o pretendían hacer a fin de que, en teniéndolos apartados de donde los españoles estaban, dar en ellos y matarlos para comer. Los Moxcas, no entendiendo la cautela de los Musos, concedieron en lo que les decían, y una noche después de la primera vela se salieron del alojamiento y se fueron con los indios que los habían de sacar fuera. Pero con ellos usaron los Musos lo que del buitre se suele contar o fingir, que, queriendo solemnizar el día de su nacimiento, convidó a las demás aves, a las cuales, después que su casa con ellas se vido, comenzó a matar y comer dellas hasta que se hartó; y así después que los Musos estuvieron con los Moxcas entre sus poblaciones dieron en ellos y comenzaron a matarlos. Pero no llegaron al cabo ni aun al medio con su mal propósito, porque luego que el alojamiento de los españoles echaron menos a los indios Moxcas, sospechando el daño que les había de sobrevenir, envió Lanhero con presteza tras dellos soldados españoles, los cuales llegaron a tiempo que los estaban matando y ellos se estaban defendiendo, aunque cobarde y flojamente; y así fueron librados de la muerte los que hallaron vivos, con los cuales luego se salió el capitán Ribera de Muso y se volvió a su casa, y Lanhero se quedó

con toda la gente, que no fué pequeña gloria para él, porque era algo deseoso de mandar; pero con el antiguo trabajo de la guerra de los indios, porque los que poco ha le habían dado la paz, temiendo el castigo que merecían por la traición que con los indios Moxcas usaron, se tornaron a rebelar y quitar de la obediencia y paz que habían dado, y a llevar adelante la guerra.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo Lancharo envió a ver ciertas vegas quen las comarcas del río Ascoma había, en las cuales asentó y fijó la cibdad de la Trinidad; escríbese el gran aprieto en que los indios pusieron a los españoles, y cómo Morcillo y Saavedra salieron a buscar comida el uno a Susa y el otro a Otopi, pueblo de indios Musos

Estaba apartado del alojamiento de la loma del Socorro algunas leguas el río Ascoma, en cuyas riberas tuvo Lancharo noticia que había unas extendidas y llanas vegas muy apacibles, cual le convenían para el instalaje y vivienda de los españoles; y con deseo de hallar lugar acomodado para fijar el pueblo y asentarlo, porque era intolerable el trabajo que se pasaba en andar con toda la gente, cargas y carruaje de una parte a otra, levantó sus toldos deste alojamiento y caminó la vía y camino deste río Ascoma, cuyo apellido le vino de un pueblo quen sus riberas estaba desta nominación.

Los indios jamás se cansaban de salir a guerrear a los caminos con los españoles; antes, favorecidos de la fortaleza y naturaleza de la tierra, que, como he dicho, es muy doblada y en mucha parte montuosa, se ponían en pasos altos y peligrosos, donde, procurando resistir la subida y pasaje de los nuestros, hacían algunas o las más veces daño con sus flechas, y ellos ansimesmo lo rescibían de nuestros arcabu-

ceros y sueltos soldados que subían armados con sus sayos de armas a quitarlos de semejantes lugares por los arcabucos. Al tiempo que la gente y carruaje los atravesaba se ponían en celada emboscados y puestos a punto con su flechería; y cuando vían tiempo acomodado para hacer daño, despendían sobre los nuestros y sobre los indios y gente de su servicio la rociada de flecha que podían, untadas con ponzoña; y como la tierra les era favorable y ellos la sabían bien, con facilidad se escondían y huían, de suerte que nunca los podían alcanzar los nuestros para haber entera venganza dellos. Y aunque algunas y muchas veces fuera de los arcabucos los herían y descalabraban, así con los arcabuces como en otros alcances que les daban, no por eso escarmentaban en sus propias cabezas o hicieran en las ajenas.

En esta primer jornada se alojó Lancharo con su gente junto al pueblo de Pauna, donde en tres o cuatro días que estuvo alojado no dejó de ser ofendido o a lo menos acometido de los bárbaros y de sus acechanzas. Fuele necesario desde aquí a Lancharo enviar a ver y descubrir las vegas y sabanas que vía, para que con atención fuese mirado y examinado el sitio donde había de fijar su pueblo; al cual efeto envió a Juan de Ríos con ciertos españoles, a los cuales los indios siempre fueron siguiendo y dando caza, hasta que, después de vista la tierra y vegas que iban a ver y señalado el lugar que para el efeto dicho les pareció mejor, se volvieron adonde Lancharo había quedado, siendo siempre seguidos de los indios y de sus flechas.

Otro día siguiente caminó la gente con sus ordinarias guazabaras que los indios les iban dando, hasta llegar a la falda de una alta sierra questá cerca de donde al presente está el pueblo de la Trinidad, en cuya cumbre estaban puestos gran cantidad de indios para resistir la subida y pasaje a los españoles. Lancharo envió a ellos ciertos soldados armados, con los cuales fué fray Joan de Sancta María, religioso de la

Orden de Sancto Domingo, para, como persona religiosa, persuadir y requerir a los indios que se apartasen de la guerra y se humillasen y confederasen con los españoles. Fray Joan fué con los soldados, que se acercaron todo lo que pudieron adonde los indios estaban, y por medio de los intérpretes y lenguas que llevaban habló a los indios y les dijo lo que debía como religioso y persona christiana, persuadiéndoles a que, dejando las armas y apartándose del uso de la guerra, que con tanta obstinación seguían, se redujesen a la amistad de los nuestros y al dominio del rey, en cuyo amparo serían rescibidos amigablemente y no les sería hecho daño alguno, porque la pretensión de los españoles no era de ofenderles ni damnificarles, sino de conservarles en su paz y amistad. Pero los indios, aunquentendían lo que se les decía, daban la respuesta muy adefesios mofando y burlando de la persuasión y requerimientos quel religioso les decía, dando a entender que tenían en tan poco la fuerza de los españoles, que les deseaban que no se saliesen de la tierra, porque ya a esta sazón Lanchero había atravesado y bajado toda la más de la tierra de los Musos y estaba casi al remate de la tierra que cae a la parte de Sancta Fée, y así los indios les decían que dónde iban por aquella derrota, porque se salían por ella a tierra del Reino; que se volviesen atrás, porque pensaban tomarles las pocas petacas y ropas que les quedaban y con ellas las propias personas, de quien pensaban haber entera victoria.

Había pocos días que a los españoles les había rodado una petaca una ladera abajo, y en ella iban una cota de malla y otras baratijas, las cuales hobieron estos indios, e hicieron pedazos la cota y dividiéronla entre sí, y lo que a cada uno le había cabido lo traía por joyal de mucho precio colgado al pescuezo o a las orejas, o a las narices o en la cabeza, y con ello hacían y daban muestras de muy gran placer y regocijo, teniendo esto por verdadero pronóstico de

haber a sus manos todo lo demás que los españoles traían.

La resolución que desta respuesta hobo fray Joan fué que se empuyó o le dieron un flechazo, de que dende a dos días murió rabiando y trabajosamente; y porque forzosamente habían de pasar por este alto para ir a la parte referida donde el pueblo se había de asentar, envió otro día siguiente Lanhero soldados arcabuceros y bien armados que tomasen el alto y echasen dél a los indios que lo defendían, lo cual hicieron, a pesar de los enemigos, ojeándolos con los arcabuces de donde estaban. Y ganando el alto, fué necessario aderezar la subida, porque por su aspereza y agrura no podían los caballos pasar o subir a lo alto; y así fué aderezado a pala y azadón por manos de los propios soldados. Y para que los indios no lo tornasen a deshacer fué necesario quen él quedasen soldados haciendo guardia en lo alto, para que, madrugando otro día los indios a defender el paso, no pusiesen la gente y soldados en nuevo trabajo y peligro.

Acabadas estas cosas, Lanhero caminó con su gente, aunque siempre con las armas en las manos para defenderse de los indios, hasta alojarse en el proprio sitio donde al presente está poblada la cibdad de la Trinidad, lugar escombrado y raso y de poca montaña ni serranía a la redonda, aunque a la parte del oriente tiene un alta sierra que la de Suso, que antes he contado, donde hirieron a fray Joan de Sancta María, por la cual entra y baja el camino que de la cibdad de Sancta Feé entra y va a esta de la Trinidad, y apartada del río de Zarbe una legua, el cual viene hacia la parte del Sur. Es sitio de buen temple, más caliente que frío, aunque en él no deja de ser apacible cualquier abrigo de noche y de día. Lanhero fijó aquí su pueblo de la Trinidad que ya llevaba poblado, haciendo en él su traza como lo acostumbran a hacer semejantes pobladores, y repartiendo sus solares, estancias y huertas entre los soldados

que con él estaban, y así dió asiento y fijeza en este pueblo por el mes de junio del año de mill e quinientos e sesenta.

Fué muy celebrada y regocijada esta reedificación o fijación desta cibdad por los soldados, y luego comenzaron a hacer sus ranchos de paja, aunque pequeños, por la falta que de servicios que les ayudasen tenían. Desdel pueblo de la Trinidad se parecían unas rozas o labranzas de maíz ya seco; y por tener los españoles necesidad dello envió a Sebastián de Saavedra y a ciertos soldados con él que fuesen a hacer guardia y alto a los indios que lo habían de coger, porque los naturales no se lo defendiesen. Los cuales viendo ir a los españoles hacia las labranzas, ellos con sus armas en las manos se fueron a ellas para defenderlas, donde los unos por coger el maíz, los otros por estorbarlos, tuvieron una bien reñida guazabara, que turó buen rato, sin que de una parte a otra se reconociese ventaja. Hiciéronlo muy bien esta vez el caudillo y los soldados que con él iban; porque habiendo ya los indios dado ciertas voces, que son señal de vitoria, dieron con furia y ánimo españoles en ellos, hiriéndolos de tal suerte que sin rescibir ningún daño los constriñeron y forzaron a volver las espaldas y huir, que para estos bárbaros no es cosa afrentosa ni vergonzosa. Cogieron el maíz que pudieron los nuestros y con él se volvieron al pueblo, sin que los enemigos les hiriesen con flecha ni puya ninguna persona.

Dende a pocos días que los nuestros se poblaron en este sitio, viendo los indios que hacían casas y que llevaban término de permanecer en la tierra, usaron con los nuestros de la más cruel guerra que pudieron, poniéndoles gran cantidad de puyas enherboiadas con ponzoña en toda la redonda del pueblo, así en caminos como fuera dellos, y en las labranzas y campos y en las fuentes y arroyos donde habían de ir a tomar agua o a lavar, de suerte que no había parte sin evidente peligro, aunque escondido el dañ-

dor; y así se salían los soldados algo descuidados, y donde no pensaban ni se debía imaginar que hobiese puyas, salían empuyados y tocados de la pestífera hierba, hiriéndose con estas puyas a los principios muchos españoles, de los cuales en una semana murieron nueve rabiando y con gran dolor y tormento de la operación mala que ellos hacía la hierba, sin muchos indios ladinos del servicio que se empuyaron y murieron con la misma pasión. Demás desto, acudían muy de ordinario grandes escuadrones de indios al pueblo a arrojar sus flechas y a hacer el mal que podían, con que ansí mismo pusieron en gran trabajo a los españoles, ansí por el continuo trabajo que pasaban en defenderse peleando y resistiendo a los enemigos en la continua guardia que de noche y de día habían forzosamente de hacer, como por la falta de comida que tenían; porque, por respeto del cerco que los indios les tenían puesto, no se querían dividir, por no ser puestos en más aprieto y peligro del en que estaban. Y ansí su mantenimiento eran algunas batatas, yucas y otras legumbres que con gran riesgo y peligro cogían alderedor del pueblo, comida cierto de poca substancia y provecho; y para remediar esta necesidad se determinó Lanhero, aunque con temor, de enviar a Susa, su repartimiento, por vituallas que siempre tenía allí mandado prevenir.

Morcillo fué con ciertos soldados, aunque con harto peligro y riesgo, porque al camino saliéronles gran cantidad de indios para haberlos de tomar a manos y matar; pero con los arcabuces hacían tanto daño en ellos, que los arredraban de sí y no osaban llegar a las manos. Fuéronlos siguiendo hasta que salió a tierra de paz de indios Moxcas, y porque Morcillo no podía dejar de detenerse algunos días en ir y volver, envió Lanhero a Saavedra con una parte de los soldados que con él habían quedado al pueblo de Otepi, questaría apartado una legua, al cual también salieron los indios y le quisieron estorbar el pasaje y aun la comida; pero presto les pesó, porque los arca-

buces que llevaba Saavedra les hicieron ser comidos y corteses. Cargó Saavedra más de docientas cargas de maíz en el pueblo dicho, y con ellas se volvió a la Trinidad, que fué gran socorro para remediar la hambre presente; y dende a ciertos días llegó Morcillo con mucho bizcocho y carne y otras comidas que Susa halló, con que se acabó de remediar la falta de la comida por algunos días, que descansaron de salir fuera, aunque no destar en vela y guardia de las acechanzas de los bárbaros, los cuales eran tantos y tales, que de noche se entraban en el pueblo sin ser vistos y ponían puyas en las calles y partes donde les parecía que podrían dañar a los nuestros.

CAPITULO XIII

En el cual se escribe cómo por la prisión del cacique de Ascoma se efetuó la paz en Muso, y Lancharo salió a Sancta Fee y volvió con comisión para repartir los indios y los repartió. Escríbese la entrada de Melchior Ramírez en Muso, que fué causa de la muerte de Alcántara y Fuentes y cuasi del alzamiento general de los indios de Muso

Los caciques e indios comarcanos al pueblo no cesaban de hacer continuos acometimientos a los nuestros y ponerles o darles todo desasosiego e inquietud, no sólo con sus flechas, pero con su voces y alaridos, queran muchos y muy grandes. Animábalos e inducíalos a sustentar la guerra más que otro ninguno un cacique del pueblo llamado Ascoma, quera indio brioso y bellicoso y muy amigo de novedades, y persona a quien otros muchos caciques tenían en gran estimación, por lo cual los españoles deseaban con gran instancia haberlo a las manos, y acaso se halló en el pueblo un indio que se ofresció a guiar y llevar los soldados de noche a la propria casa del cacique.

Tomó las manos en ello Francisco Morcillo, con quien estaba este indio que se ofrescía a guiar, y con ciertos soldados se fué al pueblo de Ascoma, caminando de noche, y llegando a él de noche, la guía lo hizo tan bien, que sin errar punto los puso en la casa del cacique, al cual hallaron dentro y lo prendieron.

Y luego dieron la vuelta con él a la Trinidad. Dende a poco vino la luz del día, con la cual los indios de aquel pueblo echaron menos a su cacique y vieron que los españoles se lo llevaban preso, por lo cual tomando las armas vinieron con ímpetu de bárbaros sobre los soldados que les traían el cacique a quitárselo; y así comenzaron a disparar sobrellos muy gran cantidad de flechas con ponzoña. Morcillo habló al cacique que preso llevaba y le dijo que no le pretendía ni querían para hacer daño ni mal ninguno, sino para que fuese amigo y compañero de los españoles y cesasen las crueles guerras que hasta allí se habían hecho, que le parecía que debía mandar a los indios que cesasen de tirar flechas y perseguirlos si no querían morir allí en sus manos él y los que con él habían sido presos. El indio, con este justo temor, habló desde una alta collada a los indios, dándoles voces que dejasen las armas y no curasen de seguir a los nuestros, que no le hacían mal ninguno, antes lo regalaban y trataban amigablemente, y que de hacer lo contrario le redundaría a él muy gran daño. Los indios luego cesaron de flechar y se llegaron amigablemente a los españoles y se fueron todos juntos a la cibdad.

Lanchero se holgó y alegró con la vista del cacique y le hizo todo buen tratamiento, y le persuadió a que hablase a los demás indios que fuesen sus amigos y que se sujetasen y le viniesen a servir. El cacique de Ascoma lo hizo como le fué rogado por Lanchero, y en pocos días promovió a muchos caciques de pueblos comarcanos a que se le sujetasen, aunque cautelosamente, entre los cuales fueron los de los pueblos Yacopi, Otepi, Itoto, Nico, Jauma, Zarbi, Napavi, con todos sus cercanos vecinos, que dió muy gran contento a Lanchero y a todos los demás españoles que con él estaban, por ser principio de tener algún descanso y sosiego y haber de dejar, por el tiempo que la paz turase, de guerrear y andar con las armas auestas, aunque este tal tiempo suele ser de

más vigilancia y cuidado para los españoles, porque en él suelen los indios, o como suelen decir entre la paz y la guerra, hacer más seguramente sus traiciones y saltos y otras maldades.

El capitán Lanhero, paresciéndole que con la paz que los indios habían dado se podrían seguramente pasar los españoles algunos días sin su presencia, se salió de Muso y vino a la cibdad de Sancta Fee a dar cuenta y relación a los oidores de lo quen la tierra había visto y quedaba hecho; y dende a un mes de como salió se volvió a entrar con licencia y comisión que los oidores le dieron para que repartiese la tierra e hiciese apuntamiento della entre los soldados que le habían ayudado a conquistar.

Los soldados que en la Trinidad habían quedado rescibieron con muestras de gran contento y alegría a Lanhero, por haber sido y ser su capitán y porque llevaba, como he dicho, comisión para repartir los indios, que suele ser principalíssima causa para que los soldados hagan más de lo quen voluntad tienen a semejantes personãs y en tales tiempos, y se les humillen y sujeten y muestren muy serviciales y parciales durante el tiempo que tura el repartir de la tierra; mas después quel apuntamiento o repartimiento se ha hecho y divulgado, el que se le mostraba amigo se convierte en principal enemigo, por respeto de haber quedado con menos suerte de indios de la que pretendía, porquen semejantes tiempos y lugares no hay soldado, por mínimo que sea, que no se juzgue merecedor de muy gran repartimiento de indios, y aun del mejor, y tenga en su mente muy fijo y asentado que se lo han de dar; y si después por lo quel capitán ha hecho le sale en contrario, veranle desgarrar y aun blasfemar y amenazar al capitán, y hacer más verbos y contumelias de las que aquí se pueden significar.

Dende a pocos días que Lanhero volvió a entrar, comenzó a repartir los indios y depositarlos en los soldados, y como, según he dicho, cada cual se consi-

deraba merecedor de la mejor suerte, no querían lo que les daba Lanhero si no era muy bueno; y así andaban muchos quejosos y descontentos; porque por no contentarse con lo que les daban no lo querían aceptar, y decían al capitán que se los tomase para sí o los diese a quien había dado los demás; y en su ausencia cada cual juraba que había de hacer que se deshiciese lo que él diese y aun que lo castigasen por ello. Lanhero deseaba contentar a todos, pero no podía, porque todos querían lo mejor y más cercano. Pero estando en esta confusión tuvo noticia, por relación del cacique o principal del pueblo de Quacua, que adelante de su poblazón estaba cierto valle que se llamaba Marteimicipa, en el cual no habían entrado españoles ni lo habían visto, que tenía muchos y muy buenos pueblos. Lanhero envió allá a Juan Esteban con ciertos españoles que lo viesen y descubriesen y le trujesen relación de lo que él había, los cuales lo hicieron como les fué mandado, y les salió la gente y naturales del valle de paz, y tomando entera relación de los pueblos que él había, y trayendo consigo algunos indios del propio valle para que los viesen y vieses al capitán, se volvieron Juan Esteban y los que con él habían ido al pueblo de la Trinidad con la descripción de todo lo que habían visto, que fué gran contento para Lanhero, porque con ello contentó a muchos descontentos, añadiendo indios a los que tenían; y así con esto se mitigó alguna cosa la furia.

En este mismo tiempo entró en Muso Melchior Ramírez, vecino de Vélez, solo y sin compañía, que fué demasiada temeridad y loco atrevimiento, porque pasó por entre las poblaciones de muchos indios, que fué ventura no matarle; pero esta temeridad de Martínez o Ramírez la pagaron Alcántara, vecino de Tunja, y un soldado llamado Fuentes, que, siguiendo la temeridad de Ramírez, quisieron entrar en la ciudad de la Trinidad y fueron muertos por los indios del pueblo Zarbi, sin que de su muerte se supiese mucho por muchos días, más de que los indios dejaron de

venir al pueblo con la frecuentación que podían y solían, y se ponían por los altos de junto al pueblo algunos días a dar grita, por lo cual Melchior Ramírez no se atrevió a volver a salir solo, y rogó al capitán que le diese gente que saliese con él y lo sacasen a tierra de paz. Lancharo envió a Hernán García Patiño con doce soldados que sacasen a Ramírez fuera de peligro; pero hobieran de peligrar todos y ser muertos de los indios, porque como llegaron a la loma del Socorro, que agora llaman de los Macanazos, fueles necesario alojarse y dormir allí, por lo cual acudieron luego adonde los españoles estaban mucha cantidad de indios con guayabas y batatas y otras cosas de comer, fingiendo venir a ver a sus encomenderos o depositarios. Mas los soldados o algunos dellos no les parecía bien aquella paz, porque todos traían sus armas en las manos, arcos y flechas y macanas, y, demás desto, tenían junto a un río que cerca estaba y otro día habían de pasar puesta una emboscada de muy gran cantidad de indios, para dar en los españoles al tiempo que pasasen. Patiño y los que con él estaban, a persuasión de Saavedra, que allí iba, quitaron las armas, arcos y flechas a los indios que allí con ellos estaban y los enviaron a que fuesen al río quel día siguiente habían de pasar a hacer una puente. Los indios fueron, mostrando ir de muy buena voluntad, a hacer lo que se les mandaba, y en llegando al río se enlodaron los cuerpos y volvieron dende a rato adonde los españoles estaban fingiendo haber ya hecho lo que les habían mandado, y en todo este tiempo no cesaban de venir indios con frutillas adonde los españoles estaban, dejando de industria escondidos los arcos y flechas y trayendo solas las macanas en las manos.

Ya estaban los soldados con fastidio de ver venir tantos indios so color de paz adonde ellos estaban, porque les parecía, y era ello así, que de industria se les venían acercando pocos a pocos, para después destar muchos juntos dar en ellos y matarlos, por lo

cual estaban muy recatados. Y como anocheciese sin que los indios les acometiesen, despachó el caudillo luego tres soldados que fuesen a la cibdad de la Trinidad a significar a Lancharo el riesgo en questaban y que se les proveyese de socorro. Lancharo, como ya tenía conocida la condición y propiedad de los indios, en el propio punto despachó a Francisco Morcillo con gente que fuese a favorecer a Patiño y a los que con él estaban, y aun cuando caminaron de noche no llegaron tan presto que no hallasen ya revueltos los indios con los españoles, porque después de amanecido, teniendo los indios aviso del socorro que a Patiño y a los demás les iba, por el estruendo de un arcabuz que oyeron, con las macanas que en las manos tenían arremetieron a los españoles y comenzaron a pelear con ellos, y de los primeros macanazos hirieron y descalabrarón malamente a Patiño, de suerte que aturdido y casi sin sentido ya por muerto lo dejaron tendido en el suelo. Pero los demás soldados, no perdiendo por esto punto de ánimo, se tuvieron con los indios y pelearon muy briosamente con ellos, de suerte que, aunque el número de los bárbaros era mucho, los entretuvieron peleando con ellos hasta que Morcillo y los demás que su socorro venían se acercaron, con lo cual los indios se alejaron y apartaron, dejando heridos de macanazos los más de los españoles y llevando ellos en sus personas harto daño que de las espadas de los españoles habían recibido, de que murieron algunos indios, y murieran todos los españoles que allí estaban si con presteza no fueran socorridos de Morcillo y los que con él iban. El cual, juntándose con ellos lo mejor que pudo, cargó los heridos y se volvió al pueblo de la Trinidad, donde fueron todos curados por mano del propio Lancharo con el beneficio de cierto devoto ensalmo que les decía, y así no murió ninguno; porque como las heridas eran de macanas, en las cuales no ponen hierba ni ponzoña, no fué el daño tan perjudicial como fuera si las heridas fueran de puyas o flechas.

CAPITULO XIV

En el cual se escribe cómo, tornándose a rebelar los indios, venían a guerrear al pueblo, y la manera cómo fueron ahuyentados, y el castigo que Morcillo fué a hacer donde mataron a Alcántara y Fuentes; y cómo los indios volvieron a dar la paz y Lancharo comenzó a maltratar a algunos soldados y a hacerse malquisto, los cuales se fueron a quejar dél al Audiencia Real, y dende a pocos días se salió él tras dellos y no volvió más a entrar

Los subcesos referidos fueron causa de que los indios generalmente se rebelasen y de nuevo tomasen las armas y viniesen sobrel pueblo a hacer guerra a los españoles, que ansí venían a acometer tan cotidianamente y en tanta multitud, que cuasi tenían puesto en gran trabajo al capitán y a los que con él estaban, y algunas veces se acercaban los bárbaros al pueblo con tanta osadía que metían las flechas en las casas de los españoles, los cuales con los arcabuces los ojeaban y arredaban, haciendo en ellos todo el daño que podían, ahuyentándolos muchas veces con gran pérdida de indios que con las pelotas de los alcaness mataban; pero ninguna cosa prestaba todo esto para amedrentar los obstinados y briosos ánimos de los indios, por lo cual Lancharo hizo poner todos los más de sus soldados una noche en emboscadas en aquellas partes donde los indios más cotidianamente acudían.

Otro día de mañana los bárbaros acudieron a proseguir y a llevar adelante su costumbre; y como inconsideradamente se fuesen llegando al pueblo, diéronles por las espaldas los soldados que estaban emboscados, y lastimáronlos tan mal, que en alguna manera quedaron castigados para refrenar su rústica desvergüenza y atrevimiento; y dende en adelante solamente ponían los indios en ciertas partes altas sus centinelas, para que tuviesen cuenta con la gente que del pueblo salía de noche o de día, para ir a dar sobrellos, aunque nunca dejaban de acudir a dar grita a un alto cerro que cae y está conjunto al pueblo, donde una noche subió Juan Esteban con ciertos soldados y se emboscó y estuvo hasta que otro día vinieron gran cantidad de indios al lugar dicho. Y habiendo comenzado a dar muy grandes voces y alaridos en vituperio y oprobio de los que en el pueblo estaban, salieron a ellos Juan Esteban y los demás soldados, e hiriéndoles cruelmente les forzaban a que se despeñasen y arrojasen de lo alto del cerro, donde morían hechos pedazos, y aun el propio Juan Esteban hubiera de pasar por la propia pena por querer perseguir obstinadamente ciertos indios que con la violencia que les hacían se iban despeñando; y así cayó tras ellos este soldado, y se detuvo en un peñón que cerca estaba, donde se quebró un brazo. Este Juan Esteban es el que se halló con Juan Rodríguez Juárez en el descubrimiento de Mérida. Y así fueron de todo punto atemorizados los indios, de suerte que dende en adelante nunca más osaron con la soltura y desvergüenza que de antes venían sobrel pueblo.

Dende a pocos días, que ya los heridos en la loma del Socorro estaban mejores, salió Francisco Morcillo, por comisión y mandado de Lancharo, a castigar y refrenar el atrevimiento que aquellos indios y los del pueblo de Zarbe habían tenido en matar a Alcántara y a Fuentes, y la traición que con Patiño habían usado, y de camino llegó a tierra de paz de indios Moxcas a echar fuera a Melchior Ramírez; y de allí

revolvió Morcillo sobre las poblaciones y comarcas dichas, donde prendió algunos principales y otros indios que parecían ser culpados en los delitos dichos, y los mató y ahorcó, de suerte que puso algún terror y espanto en los demás indios, y quedó bien castigada esta gente, aunque no domada ni de propósito de volverse a la paz y servidumbre de antes; mas por algunos días después siempre hicieron la guerra que pudieron contra los soldados y caudillos que salían a buscar comida para el sustento del pueblo; pero nunca les iba bien con ellos, mas siempre recibían mucho más daño que hacían. Lo cual turó, como he dicho, algunos días, que ya era más la guerra que los españoles les hacían a los indios que la que los indios hacían a los españoles. Y viéndose ya vejados y molestados y allí apocados de la continua guerra que se les hacía, dejaron las armas los indios de algunos pueblos y volvieron a dar la paz y a someterse al yugo de servidumbre que de antes tenían, lo cual les turó por algunos días adelante.

El capitán Lancharo, paresciéndole que ya las cosas de aquesta tierra llevaban principios de tener asiento y perpetuidad, y que, por respeto de haber sido él capitán de la conquista y fundador del pueblo, no le removerían ni quitarían el cargo los superiores, comenzó a tratar a los soldados con demasiada soberbia, ultrajándolos de palabra y obra y haciéndoles otras muchas molestias y demasías insufribles e indignas de hombres que tan bien habían trabajado en servir al rey en esta conquista; por lo cual algunos de los soldados a quien Lancharo más agraviaba se juntaron y se salieron al Reino a quejarse al Audiencia de los improperios que Lancharo hacía a todos los más de los soldados; pero como algunos de los oidores favorecían a Lancharo, no dieron oídos a los querellantes, y así no hobo efeto su petición, quera que tomasen residencia a Lancharo y lo quitasen de Muso, porque de su estada allí corría peligro la tierra de despoblarse. Lancharo, confiado

del favor quen algunos de los oidores entendía tener, llevaba adelante sus descomedimientos, tratando siempre con más rigor del quera decente a los soldados por cosas leves y no dignas de tan grandes injurias como a muchos hacía. Señalóse coléricamente contra Poveda, Saavedra, Quiroga y Villamuzar, quel uno era alcalde y los tres regidores, y contra otros amigos éstos, que para evadirse de la furia de Lanchoero les fué necessario a estos cuatro soldados que he nombrado esperar coyuntura para poder salir de la tierra a dar noticia al Audiencia de lo que pasaba, y el riesgo en que aquel pueblo estaba de despoblarse si con brevedad no nombraban otra persona que lo rigiese y gobernase, porque cada día se irían saliendo soldados y faltando en el pueblo guarnición que lo defendiese.

Estando en esta confusión y trabajo estos soldados, Lanchoero envió a Ramírez y a ciertos soldados con él que fuesen a Susa por cierto ganado que allí tenía para el sustento suyo y de sus amigos, y a que sacasen a tierra de paz a Sebastián de Saavedra, que traía ciertas competencias y enemistades con Morcillo, teniente de Lanchoero. Y tras éstos se salieron los querellosos, y en el camino los unos y los otros fueron bien perseguidos de los indios, que les salieron a flechar y estorbar el pasaje. Pero los españoles lo hicieron tan bien, especialmente los cuatro a quien tuvieron cercados gran cantidad de indios, que los pretendían tomar vivos y a manos para comérselos, que de todos ellos se defendieron y escaparon peleando muy valerosamente; y así los unos y los otros salieron a tierra del Reino, aunque de los cuatro soldados salió malherido el uno, que fué Villamuzar, de un cruel flechazo que le dieron. Estos se fueron la vía de Sancta Fee, donde se había de remediar su agravio, y Ramírez y los demás soldados se volvieron con el ganado que salieron a buscar a Muso.

Sabido por Lanchoero que los émulos referidos se habían ido a quejar dél al Audiencia, determinó de

irse tras ellos por hallarse presente a las quejas que dél diesen. Y porque tuvo noticia que ciertas poblaciones de indios quedaban por visitar y verse, envió a ellas a Francisco Morcillo para que las anduviese y le trajese la relación dellas. Lo cual hecho, tornó a hacer nuevo apuntamiento de los indios quen la provincia había, prefiriendo y mejorando a sus amigos en lo mejor quen la tierra había y más cercano al pueblo, y nombrando por su teniente a Francisco Morcillo en la cibdad de la Trinidad, se salió della y se vino la vía de Sancta Fee.

Poveda y Saavedra y los demás que con ellos salieron parecieron en el Audiencia y pidieron que se le tomase residencia a Lancharo, alegando las causas que para ello había; pero como había en ella quien favoreciese, como he dicho, el partido de Lancharo, eran estos soldados mal oídos y peor librados. Algunos de los jueces les favorecían viendo la justicia y razón que tenían; pero por la contradición de los jueces o discordia quentrellos había no se proveía de cosa ninguna de las que pedían; pero un día, estando el Audiencia tratando sobre el negocio de la residencia de Lancharo, por despedir a los que la pedían proveyeron que trujesen poder de las cibdades y cabildos a cuyo pedimento se había hecho la conquista y poblazón de Muso para que por virtud dellos se tuviese esta residencia de Lancharo; pero Poveda y los demás no fueron nada perezosos en ello, porque luego despacharon cartas a los cabildos de Tunja y Vélez para que diesen los poderes que se les pedían, si no querían ver despoblada la tierra y tornada a rebelar. Hiciéronlo así los cabildos dichos y enviaron a Poveda y a los demás los poderes que se les pedían, los cuales fueron presentados en el Audiencia y pedido de nuevo la residencia.

El licenciado Grajeda, oidor que presidía por más antiguo, favorecía a Lancharo, y así, aunque se presentaron los poderes y se pidió lo dicho, no consintió que se proveyese a ello nada. El doctor Mal-

donado favorecía la parte de los querellantes, y decía que se había de hacer justicia, pues lo era lo que pedían, y sobreeste negocio estando en estrados vinieron a acelerarse y a alterarse en palabras y cólera, de tal suerte que se levantaron de los asientos en questaban, empuñados cada uno de una daga que tenían en la cinta, de tal suerte que fué necesario levantarse y ponerse de por medio los demás oidores a apaciguarlos, que eran los licenciados Tomás López y Artiaga, aunque entrambos estos dos oidores en este mismo negocio estaban discordes; porque Tomás López seguía la opinión del doctor Maldonado y Artiaga la del licenciado Grajeda.

En este tiempo llegó el capitán Lanhero a Sancta Fee y presentó en el Audiencia el apuntamiento que había hecho y el repartimiento de huertas, estancias y solares e indios, el cual hizo en el camino, quitando, como he dicho, las suertes que había dado a muchos buenos soldados que lo merecían y habían trabajado muy bien, por tenerlos por enemigos, y dándolas a personas que no lo merecían ni habían trabajado en la tierra, lo cual pareció muy feo y mal hecho a los oidores, y así lo mandaron prender, dándole la cibdad por cárcel, y dando por ninguno el apuntamiento que había hecho últimamente, y dejando los repartimientos en las personas a quien al principio los había dado, que justamente lo merecían, y para questuviese a derecho con los soldados que le tenían puestas muchas diversas demandas y acusaciones en el Audiencia. Fué esta salida de Lanhero tan acertada para los que la pretendían, que, aunque después por muchas vías y modos y muchas veces pretendió volver Lanhero a entrar en Muso y ser justicia mayor de aquella ciudad, nunca lo pudo alcanzar, y así murió en Tunja casi apasionado deste deseo.

CAPITULO XV

En el cual se escribe cómo los oidores proveyeron por juez de residencia contra Lanhero y Morcillo a Juan del Olmo, y dieron una provisión particular para que Morcillo fuese preso, con el subceso de su prisión; y cómo conclusa la residencia, proveyeron por regidor de Muso a don Lope de Orozco, que por vía de Tunja entró en Muso

Los soldados y vecinos de la Trinidad quen el Audiencia estaban pidiendo su justicia contra el capitán Lanhero pusieron tanto calor y diligencia en su petición y principal demanda, quera que se le tomase residencia o hobiese efeto, que los jueces y oidores, aunque lo excusaban, no pudieron hacer otra cosa, porque les significaban queran grandes los estragos y muertes y malos tratamientos de indios que Lanhero había hecho en aquella tierra sin causa ni necessidad urgente; y ansí nombraron por juez de residencia a Juan del Olmo, vecino de Sancta Fee, natural de Portillo, y le enviaron con las comisiones que para semejante efeto se requieren y son necessarias, y juntamente con esto se dió particular provisión para que Francisco Morcillo, a quien Lanhero había dejado por su teniente en la cibdad de la Trinidad, fuese preso y traído a Sancta Fee, porque sus émulos y contrarios habían opuesto y acusado quera de los que siguieron en Pirú la opinión y rebelión de Pizarro y por otros secretos respetos que contra él

se presumían; pero lo principal era por haber sido ocasión de las discordias que Lancho y los otros soldados habían tenido y él particularmente contra particulares personas.

Juan del Olmo, acompañado de los vecinos y soldados de Muso quen Sancta Fee estaban, se partió a cumplir y a hacer lo que le era encargado; y porque entendía permanecer algunos días en aquel pueblo con cargo de corregidor o justicia mayor, compró de su propia hacienda cantidad de ganados para el sustento de aquel pueblo y vecinos dél; pero este su designio le salió en vano, porque conclusa la residencia se proveyó de corregidor, como luego se dirá. Y así, llegado que fué Juan del Olmo a la cibdad de la Trinidad y rescibido y obedecido por juez, hizo luego pregonar la residencia contra Lancho y Morcillo y los demás sus oficiales, donde los contrarios y agraviados metieron bien la mano con capítulos rigurosos y dignos de gran castigo, aunque después fueron vistos y sentenciados piadosamente, por ser las cosas que a Lancho le acusaban dependientes de la pacificación y castigo, asiento y perpetuidad de aquella tierra, que parece que la dureza y obstinación de los naturales della lo pedían así y ofrescían por momentos en las manos del capitán y de los soldados ocasiones dignas de cualquier pesado y áspero castigo. Demás desto, los que llevaban la provisión contra Morcillo, industriosamente, por haber entera venganza dél, la presentaron ante Benito López de Poveda, que a la sazón era alcalde y seguía la parcialidad y bando contrario de Lancho y sus secuaces.

Este alcalde, usando más de su cólera y pasión que de recta jurisdicción, por virtud de la provisión prendió a Morcillo y lo puso con una cadena en casa del alguacil, que el lugar que semejantes pueblos y tiempos suele servir de cárcel. Morcillo y sus amigos se agraviaron desta prisión, por tenerla por vituperable, y aun trataron de que por mano del alcalde

Poveda no había podido ser preso de justicia; y así concertaron de quitar de las prisiones a Morcillo y ponerle en su libertad, lo cual *in continenti* pusieron por obra, porque con un hacha le cortaron las prisiones y le pusieron la vara de justicia en las manos, y llevando cada cual sus armas ofensivas y defensivas, se fueron adonde Poveda estaba, acompañado ansímesmo de los de su bando, donde los unos por prender a los otros vinieron a las manos, apellidando cada bando la voz del Rey, pero siguiendo la fuerza y violencia de sus armas, a quien había remitiendo los actos de justicia; y se encendieron en poco tiempo en tanta cólera, que ni era parte el juez que allí estaba ni otras muchas personas a apaciguarles y suspenderles la alteración en que andaban, pero estorbábanles que no se matasen y descalabrasen, quera harto. Fué mitigado todo con que por mano del juez de residencia se tornó a prender a Morcillo, y fué luego enviado a la Real Audiencia, por que con su presencia no hobiese más novedades entre los soldados, y así por entonces quedaron algo sosegados.

Juan del Olmo acabó de hacer su residencia contra Lancharo y envióla, como le estaba mandado, ante los oidores, para que la viesen y por ella juzgasen los méritos y deméritos que él había. Y dende a pocos días questo había pasado el Audiencia nombró por corregidor y justicia mayor de la cibdad de la Trinidad y sus provincias a don Lope de Orozco, caballero cordobés, persona de gran ser y valor, y por estas causas y otras muchas que de generoso en él había, indignamente proveído en cargo de tan poca estimación, allanóse don Lope a aceptarlo y rescibirlo por entretenerse y gastar el tiempo apartado del concurso de la Corte y pueblos principales, para donde le faltaba el possible que merecía, con que había de hacer ostentación cual convenía a su persona y linaje.

Con esta conduta y corregimiento se fué a Tunja,

donde fué socorrido y ayudado de deudos y otros amigos que allí tenía, y algún avío para algunos soldados que con él habían de entrar, donde se detuvo pocos días, y conclusas las cosas que allí tuvo que hacer, se entró en Muso y fué alegremente rescibido de los más, así por su persona como porque con estar él por corregidor en aquel pueblo, demás de ser bien corregidos y gobernados por su mano, les era cierta señal de que tan presto no volvería a entrar Lancharo por corregidor en aquel pueblo, de lo cual sentían grandísima pasión algunos soldados, que pretendían y aun obstinadamente esperaban la tornada de Lancharo a gobernar aquella tierra; por lo cual deseaban quentre los naturales hobiese novedades y rebeliones, de suerte que pusiesen en tal estrechura y aprieto el pueblo que hobiese necesidad de enviar a pedir de nuevo socorro al Audiencia, para significar por sus cartas que no se podía remediar ni pacificar la tierra si no era por mano y con la presencia de Lancharo; pero sus designios éstos fueron frustrados con la mucha prudencia de quen todo usó don Lope de Orozco, así con el tratamiento de los españoles como en regir las cosas de guerra y paz que con los indios se ofrescían.

Juan del Olmo, como se vió suspenso del cargo que tenía, se volvió a Sancta Fee, donde tenía su casa e indios de repartimiento, y casi hombre ya viejo y de los primeros conquistadores que con el adelantado Jiménez de Quesada descubrieron el Reino, fué después desto a la conquista y poblazón de los Paes, donde trabajó como buen soldado en compañía del capitán Domingo Lozano; pero al fin, después de haber servido en estas conquistas más de treinta años, vino a morir falto de hacienda y cargado de hijos.

Don Lope de Orozco halló a los naturales no muy domésticos ni amigos con sus encomenderos o depositarios; y para dar principio de nuevo a su pacificación envió al pueblo de Topo y a otros comarcanos a él ciertos españoles, y con ellos un caudillo llamado

Juan Alonso, al cual dió instrucción y mandamiento de lo que había que hacer, quera solamente llamar de paz a aquellos indios y no hacerles daño, ni violencia, ni fuerza, ni otro maltratamiento alguno; pero como estos bárbaros carecen de letras, no entendiendo el beneficio que don Lope les hacía con su mandamiento, tomaron las armas y vinieron sobre Juan Alonso y los demás españoles que los iban a llamar de paz, donde después de haber peleado buen rato y haber herido cinco españoles, uno de los cuales murió con grave dolor y pena de la ponzoña de la hierba de que fué herido, se retiraron sin querer exceder en cosa alguna de lo que el corregidor les había mandado.

En este tiempo algunos vecinos deste pueblo que eran casados metieron sus mujeres o entraron con ellas, que ha sido principal causa para que la tierra o pueblo despañoles se sustentase y permaneciese hasta agora. Y es cierto que los pueblos de Indias nuevamente poblados no se tienen por fijos o estables ni permaneceros hasta tanto que mujeres españolas entran en ellos, y los encomenderos y conquistadores se casan, por muchas causas y respetos buenos y saludables que para ello hay, los cuales aquí no digo, por no ser causa y materia de más vanagloria a quien tanta de su cosecha suele tener.

CAPITULO XVI

En el cual se escribe cómo don Lope salió de Muso y fué sobre la villa de la Palma y se apoderó en ella, y dejando un teniente de su mano se volvió a la cibdad de la Trinidad, de donde tornó a salir con gente a visitar la provincia y pueblos della, para hacer descripción de la poblazón quen la tierra había, y después de haberla hecho y llegado a términos de Mariquita y haber hallado despoblada la villa de la Palma, se volvió a la cibdad de la Trinidad. Cuéntase, en suma, el subceso desta jornada

Casi en estos mismos días, don Antonio de Toledo, vecino de Mariquita, salió con gente a buscar minas de oro, y metióse por la parte desta provincia de los Musos más cercana a los términos de Mariquita, donde pobló la villa que fué llamada de la Palma, y a los naturales llamaron Colimas porque los Panches sus vecinos los llamaron deste nombre, y los Moxcas los llaman Musos; y aunque los nombres son diferentes, la gente es toda una, así en lengua como en traje, en todas las bárbaras costumbres que tienen y siguen, ecepto que los indios Musos de los términos de la Trinidad, questán y confinan con indios Moxcas, son mestizos o mezclados, hijos de indias Moxcas, de donde les viene ser más bellicosos, y esto no por naturaleza de sus madres, sino por una rústica desvergüenza y desenvoltura quen todas las cosas siguen.

Desta poblazón y conquista de la villa de la Palma

trataré largamente adelante. Solamente he apuntado esto aquí porque teniendo don Lope de Orozco noticia de cómo esta gente de don Antonio andaba en la parte referida, queriendo saber lo quera y si pudiese remediarlo, tomó consigo treinta soldados, los mejores quen el pueblo había y los más dellos arcabuceros, y se fué la vuelta de la villa de la Palma, llevando de paz casi todos los naturales que por el camino había, sin subcederle cosa notable próspera ni adversa más de ahogársele en el río de Zorque, en cuyas riberas está poblado un pueblo deste nombre, dos soldados de tres quen el río se arrojaron a favorecer una india quel agua llevaba, la cual escapó de la corriente del río viva. Los ahogados se decían Juan de Jerez, natural de Villafranca, en Extremadura, y Bartolomé Rodea, natural del Condado de Niebla. Y después desto, en una emboscada que a ciertos indios que andaban gritando sobre los españoles se les hizo, un solo indio le mató un soldado llamado Francisco Gómez; habiéndose abrazado con él inconsiderada y locamente, el bárbaro traía unas flechas enherboladas en las manos, y como se vió a los brazos con el español, metióselas por el cuerpo, y murió dello rabiando, y el indio pagó el daño con la vida.

Don Lope y los que con él iban entraron en la Palma casi de mano armada, por no haber en el lugar gente que le pudiese resistir; pero pretendieron los palmeses con cautela, después de alojados los trinitarios en sus propias casas, quitarles las armas y triunfar dellos. Pero don Lope tuvo noticia deste trato, y a un alcalde que allí estaba del propio lugar le quitó la vara y puso de su mano un teniente, diciendo que aquella tierra era de los términos y jurisdicción de la cibdad de la Trinidad, dondera corregidor; y dejando la orden que le pareció convenir para la conservación de la villa, se volvió a Muso, donde halló vivas las opiniones o parcialidades en questaba dividida la gente del pueblo: los unos espe-

rando la entrada o vuelta de Lanchero, que con sus cartas se lo daba a entender y hacía creer, y los otros negándole y contradiciéndole; todo lo cual mitigó y allanó por entonces don Lope cuerdamente. Y porque los oidores le mandaron que anduviese y visitase toda la tierra de Muso e hiciese descripción de los pueblos y lugares que había, para mejor ellos poder repartir y poder encomendar los indios, tuvo necesidad de enviar a buscar soldados y municiones a Tunja, porquen el pueblo no había copia de ninguna cosa destas para poner por obra lo dicho. A lo cual envió a Juan Ortiz Manosalbas, quen el negocio que le fué encargado puso toda diligencia y solicitud, de suerte que dende a pocos días volvió acompañado de algunos soldados y proveído de las otras municiones y vituallas necesarias, sin tener en el camino ninguna refriega con indios, más de quel río Zarbe le estorbaba el pasaje y hobo de salir don Lope a favorecerle con ciertos soldados por que no se detuviese mucho tiempo en pasar el río; y con ayuda de los unos y de los otros se gastaron dos días en hacer puente, donde no dejaron de pasar harto trabajo; porque la inundación del río, que por horas crecía y menguaba, les desbarataba las puentes que hacían y se las llevaba, queran de crecidos maderos. Mas al cabo, mediante la perseverancia del trabajo, salieron con su intención y llegaron todos juntos a la Trinidad.

Don Lope, por dar muestras de hombre afable y que sin parecer de todos no quería hacer cosa alguna, juntó la gente del pueblo y trató con ellos cómo por cumplir el mandamiento de los oidores quería ir a visitar la tierra y a hacer la descripción della, que si les parecía tiempo conveniente que se apercibiesen los que se hallasen en dispusición de seguirle, y acerca del negocio les habló larga y cuerdamente. Mas algunos de los que seguían la parcialidad de Lanchero y esperaban su venida, con semblante y palabras daban muestras de que les pesaba de lo que don

Lope quería hacer, y deseando que nada acertase, pareciéndoles que con no ir con él faltaría industria de lo que se debía de hacer, se excusaron, aunque tibiamente; pero de la demás gente halló don Lope cuarenta buenos soldados que con alegre voluntad le siguiesen; con los cuales y todo lo que era necesario para la defensa de sus personas se salió de la ciudad de la Trinidad la vía de donde había sido poblada la villa de la Palma, pasando por muchos pueblos de indios, de los cuales unos le salían de paz y otros de guerra, y a unos halagaba y a otros hostigaba, haciendo en ellos algunos saltos y emboscadas con que los amedrentaba y lastimaba, porque su locura y desvergonzado atrevimiento así lo pedía; que don Lope, siguiendo una virtuosa y natural inclinación que tenía, con los mansos y humildes era afable y cordial, y con los soberbios y rebeldes era algo riguroso, aunque en este grado siempre usaba de más equidad y clemencia que de rigor; y siempre iba haciendo descripción, señalando y apuntando los pueblos por donde pasaba y andaba entera y claramente, de suerte que pudiese dar entera relación de lo que le había sido encargado. Y caminando con muy buena orden llegó a tierra de la villa de la Palma, la cual en esta sazón se había despoblado por la guerra que los naturales hicieron a los españoles, como en su lugar trataremos.

Los indios desta comarca de la villa de la Palma, pretendiendo haber de don Lope la vitoria que contra los de la Palma pocos días antes habían habido, se juntaron y vinieron contra él y contra los que con él estaban y se le pusieron en cierto paso peligroso por donde habían de pasar. Pero don Lope y los soldados que con él iban lo hicieron tan bien que en poco tiempo ahuyentaron y echaron los indios del paso y lugar donde estaban y les forzaron a retirarse y a dejar desembarazado el pasaje, y aun fueron tan descalabrados, que por algunos días no osaron tomar las armas en las manos ni venir sobre los nuestros; y así pasando adelante

don Lope llegó a un valle que llaman de Nuestra Señora por entrar en él el día de Nuestra Señora de Agosto, cuyos naturales industriosa y cautelosamente le salieron de paz sólo por ver y reconocer la gente que consigo traía don Lope, si era mucha o poca, o tal que con ellos pudiesen ganar honra; pero como de la buena orden y gente que don Lope llevaba reconociesen los indios lo poco que podían ganar, tornáronse a alzar a su mano y no quisieron venir más de paz, antes comenzaron a intentar novedades, poniéndose por los altos a dar gritas a los españoles, y por los caminos hacían hoyos y ponían puyas en que se lastimasen y cayesen los nuestros. Pasó por el pueblo de Itopo, donde al tiempo del alojarse le tiraron o arrojaron los indios gran cantidad de galgas; pero con ellas no hicieron ningún daño a los nuestros. Pasó don Lope de largo, haciendo su visita y descripción, hasta llegar al término de Mariquita, poblazones de indios Panches, de donde don Lope revolvió sobrel lugar donde había estado poblada la villa de la Palma para certificarse de lo quen ella había subcedido, por cuya provincia y territorio anduvo algunos días sin que los indios osasen acometerle, hasta que quiso caminar la vuelta del pueblo de la Trinidad por diferente camino del que había llevado, y sobre la vía y derrota que se había de seguir hobo contención entre los soldados, porque unos la aprobaban y otros la reprobaban.

Esto era en una loma que llamaron los españoles la loma de las Pulgas, por haber en ella y en su sabana y campiña gran cantidad de pulgas. De donde don Lope, para certificarse mejor de lo que debía hacer, envió ocho soldados a un alto cerro questaba algo apartado de su alojamiento, para que de la cumbre dél viesen la tierra y la marcasen y señalasen para que la prosecución de su jornada fuese mejor guiada y encomendada. Los ocho soldados comenzaron a subir a lo alto, en cuya cumbre se puso un indio Panche, y hablando en lengua castellana dijo: “¡Ah, españoles!

Si Juan Esteban viene con vosotros, decirle que deje las armas y llegue aquí a hablar conmigo." Juan Esteban, que oyó lo que el indio decía, dejó la espada y fue acércando adonde el bárbaro estaba; el cual ansimesmo se iba retirando atrás a cierto monte que a las espaldas tenía, donde había puesta una emboscada de muy gran cantidad de indios, lo cual presumiendo este soldado, no se quiso alejar de sus compañeros, antes se volvió adonde los había dejado, y envió otro indio Panche para que hablase en su lengua al que estaba en el alto y viese si le podía hacer algún engaño; lo cual fué en vano, por que estaba este indio siempre con muy gran cautela y resguardo, como hombre que había sido principal agresor en la guazabara que los indios de aquesta tierra habían dado a los de la villa de la Palma, cuando la despoblaron, en que les mataron ciertos españoles y tomaron algunos a manos vivas, con quien usaron grandes crueldades, y y ahora venía este Panche por caudillo de los indios que estaban emboscados.

Los nuestros, como ya por conjeturas conociesen el engaño que había, usaron de contraria cautela, volviendo las espaldas a los enemigos y fingiendo que huían. Lo cual visto por los indios, salieron del lugar donde estaban emboscados y dieron con tanta furia sobre los ocho españoles, que los pusieron en condición de tomarlos a manos, y en ese mesmo punto acudió muy gran cantidad de indios donde don Lope y la demás gente estaban alojados, que cerraron la puerta a que los unos no pudiesen ser socorridos de los otros, mas todos a un tiempo hobiesen menester las armas y manos y aun el ánimo, el cual no faltaba ni faltó a los ocho españoles; porque con ser grandísimo el número de indios que sobrellos estaba, usaron tan bien del remedio de los arcabuces que consigo tenían, que a puros arcabuzazos arredraron y apartaron de sí a los indios, y ansí salieron vitoriosos de sus contrarios, en los cuales hicieron harto daño sin recibir ellos ninguno. Lo mismo hizo don Lope y

los que con él estaban a los indios que les acometieron, y así por todas vías quedaron los indios desbaratados y fueron ahuyentados con gran pérdida de su gente. Los nuestros, mediante Dios, no rescibieron ningún daño ni peligró desta vez ningún español.

Prosiguió don Lope su viaje e tornavuelta hacia la Trinidad y pasó por el pueblo de indios llamado Avipay, donde se alojó, y los naturales le cercaron el alojamiento de muy espesas puyas enherboladas y grandes hoyos con estacones. Y otro día se juntaron en gran número y vinieron sobre los españoles a sólo ofrecerles ocasión que saliesen tras ellos y se fuesen empuyando y cayendo en los hoyos; porque cuasi estos indios Musos la principal guerra que hacen es con las puyas; pero los nuestros, aunque por mandado de don Lope salieron a dar en los indios, reconociendo la cautela de su retirada, no los quisieron seguir ni ir en su alcance, pero empuyáronse algunos indios amigos y del servicio de los españoles por desmandarse desordenadamente por ir a buscar qué ranchar y hurtar por el pueblo de los indios y por sus comarcas, donde los Musos tienen siempre gran cantidad de puyas puestas. Y muchas veces acaesce que cuando los españoles van siguiendo algún alcance de enemigos, los amigos se dan a ejecutar en los actos de avaricia, donde, como he dicho, se empuyan los más; y ésta es la causa principal por qué en esta provincia ordinariamente se empuyaban los indios más aina que los españoles.

Y haciendo don Lope poca parada en este pueblo pasó adelante por otras algunas poblaciones de indios, donde los naturales le daban algunas frutillas de poca importancia, hasta llegar al valle llamado de Icota, donde los soldados fueron a dar a ciertas rancherías de indios, y en ellas tomaron muchas personas de todas suertes, las cuales don Lope luego mandó soltar, dándoles algunas dádivas y haciéndoles todo buen tratamiento y hablándoles con intérpretes para que llamasen y trujesen de paz a los demás indios de aquel

valle, pues no se les hacía ni pretendía hacer daño ninguno; por lo cual luego le salió de paz toda la gente deste valle de Icota, y le iba sirviendo y proveyendo de todo lo necesario a él y a todos los españoles que con él iban mientras pasaron por su poblaciones y hasta llegar a la cibdad de la Trinidad, donde fueron rescibidos alegremente de los que en ella estaban.

En esta jornada siempre le sirvió de caudillo o caporal a don Lope Juan Ortiz Manosalbas, soldado de quien él hacía mucho caso, por ser de su tierra, y demás de los trabajos que generalmente así el capitán como los soldados pasaron en visitar la tierra e ir a hacer esta descripción, la cual se hizo muy bien y enteramente, se le murieron a don Lope, de flechazos y empuyaduras, cinco soldados, con harto dolor y tormento. Llevó también consigo don Lope a fray Manuel de la Magdalena, de la orden de nuestro padre San Francisco, por cuya mano hizo muchas veces requerimientos a los indios para que no le hiciesen guerra y le diesen el dominio. Pero más aprovechaba para esto un buen castigo y terror que cuantos requerimientos se les podían hacer ni persuasiones ni otros halagos; porque es gente esta que pocas veces o no ninguna han hecho cosa alguna por bien, ni se entiende que la harán, por ser gente de gran coraje y amigos por todo extremo de seguir su opinión y parecer tuerta o derecha.

CAPITULO XVII

En el cual se escribe cómo don Lope de Orozco, pretendiendo reedificar o poblar la villa de la Palma, que se había despoblado, salió con gente del pueblo de la Trinidad, y cuando llegó a los Colimas halló a don Gutierre de Ovalle con gente dentro, que la habían ya reedificado, lo cual visto por don Lope se salió al reino por la vía de Mariquita

Ninguna cosa le pesó a don Lope de Orozco de hallar despoblada la villa de la Palma, porque presumió que se le diese conduta para tornarla a reedificar o poblar de nuevo; y así lo intentó y pretendió, porque luego que llegó a la cibdad de la Trinidad de haber visitado la tierra, escribió sobello a los oidores, los cuales tenían ya proveído que a costa de don Antonio de Toledo, que sin licencia la había poblado la primera vez, se tornase a reedificar; y así alguno de los jueces quera amigo de don Lope le escribió lo que estaba proveído, y que si pretendía o quería poblar o reedificar aquel pueblo, quentrarse en la provincia de los Colimas con los soldados que pudiese e hiciese su poblazón.

Don Lope, como tuvo este aviso, quiso partirse luego, pero no pudo con la brevedad quera menester, y así tuvieron lugar algunos émulos de don Lope describir y dar aviso a don Antonio de Toledo y a don Gutierre de Ovalle, a quien ansimesmo estaba remitida la pacificación de aquella tierra, de lo que pre-

tendía hacer don Lope de Orozco; por lo cual don Gutierre y don Antonio apresuraron su partida, y con la gente que pudieron se salieron de Sancta Fee, donde a la sazón estaban, y por sus jornadas entraron en la tierra de los Colimas, donde don Antonio hizo la reedificación que le estaba cometida y mandada y se salió luego; y don Gutierre se quedó con la gente en la provincia, para haberla de conquistar y sustentar el pueblo; y todo esto hicieron con tiempo estos dos capitanes sin impedimento ni estorbo ninguno por la tardanza que a don Lope causaron sus contrarios; porque como don Lope saliese con los soldados que pudo de la cibdad de la Trinidad, con esperanza de que luego se le habían de enviar ciertas municiones y soldados y otros aderezos de guerra, fuéle puesto a ello impedimento y estorbo por los vecinos de aquel pueblo, que aborrescían las cosas de don Lope y amaban las de Lancharo; y así después de haber don Lope llegado al pueblo de Notepi, términos de la Trinidad, y poblado allí la villa de la Palma, con aditamento de mudarla a parte cómoda, le fué necesario volver a la cibdad de la Trinidad, por las cosas que se perdía y había dejado atrás que eran necesarias para su jornada, en lo cual se detuvo y gastó más tiempo de cuarenta días, en que tuvieron don Antonio y don Gutierre lugar de hacer lo referido, que más largamente se asienta y escribe adelante en la poblazón de la villa de la Palma; pero no para que dello tuviese noticia don Lope hasta que, después de haber vuelto a Notepi donde había poblado la villa y pasado adelante hacia la tierra de los Colimas, se le vino a quejar cierto cacique de un pueblo llamado Itocha con una cuchillada en la cabeza que le había dado la gente de don Gutierre, de donde le dió entera relación de cómo andaban españoles haciendo daño por aquella tierra.

Don Lope luego presumió lo que podía ser, y así tomó parecer con la gente que consigo llevaba de lo que debía hacer que mejor estuviese. A todos les pareció que no debían volver atrás, pues no era cosa

honrosa, sino que se pasasen de largo por donde quiera que los otros españoles estuviesen, hasta dar en el sitio donde habían de fijar el pueblo. Con este acuerdo, don Lope puso en orden y concierto su gente y les mandó marchar recatadamente, por si la fortuna les ofresciese ocasiones de encontrarse con los otros españoles en parte aventajada y usar de su poder, y así marchó y pasó adelante.

A esta sazón, Pero Hernández, caudillo de don Gutierre, andaba con su gente fuera de donde había don Antonio reedificado la villa de la Palma, visitando la tierra, con los cuales se encontró don Lope, y quisiera embestir con ellos y prender el caudillo; pero temióse de la flojura de algunos de los suyos, que tíbiamente le seguían, que no harían el deber ni lo quera necesario para haber entero favor, y por no poner su persona y fortuna en condición y en las manos de los que le aborrescían, pasóse de largo, despendiendo parte de la furia en palabras de poco momento. Pero Hernández y los que con él estaban se fueron a alojar aquel día al sitio donde había sido poblada la primera vez la villa de la Palma, y don Lope apartado dél una pequeña legua; Pero Hernández luego dió aviso de lo que pasaba y había a don Gutierre de Ovalle, su capitán, que estaba con el resto de la gente en el lugar donde la villa había sido reedificada. El cual luego con la gente que tenía se vino a juntar con su caudillo, que por todos eran sesenta hombres, y los de don Lope treinta y dos de voluntades bien disformes y apartadas, que suelen ser la fuerza o flaqueza de la guerra. Don Gutierre, desde que tuvo su gente junta, escribió a don Lope comedidamente, diciendo que si quería ver las comisiones y provisiones que traía, las cuales el día antes había pedido a su caudillo, que partiesen el camino quentre los dos había, y qué se las mostraría y daría toda la satisfacción que pidiese e quisiese. Recibió don Lope esta carta por mano de dos soldados, hombres de bien, que se la llevaron, y a las espaldas della respondió

en breves palabras qué él estaba satisfecho de todo lo que don Gutierre le escribía y que no pensaba verse con él sino volverse a su pueblo por una loma que estaba encima de su ranchería, que llaman de Calamoima, lo cual luego puso por obra y comenzó a marchar por ella con sus soldados, que los más dellos deseaban que don Gutierre con su gente se les acercase para dejar y desamparar a don Lope.

Las centinelas y espías que don Gutierre tenía puestas, viendo caminar a don Lope, le dieron aviso a su capitán dello. El cual luego con sus soldados salió en el alcance de don Lope para solamente verse con él, y caminando con toda la priesa que pudo lo fué a alcanzar a la subida de la loma de Calamoima, donde don Lope, viendo su apresuramiento en el caminar, lo esperó por ver lo que quería o pretendía. Viéronse allí los dos caudillos o capitanes y habláronse amigablemente, sin ninguna alteración. Don Gutierre ofreció a don Lope su alojamiento y ranchería para que él rescibiese algún regalo; pero don Lope no lo aceptó, rindiéndole las gracias dello, porque dijo quererse salir por aquella vía que llevaba al Reino a dar cuenta de lo que había hecho a los oidores que lo habían enviado, y así se despidieron y apartaron el uno del otro; y porque don Gutierre sintió y entendió de algunos soldados de los de don Lope que no querían ir con él sino quedarse en esta provincia, hizo echar bando, con pena de la vida, que ninguno desamparase a su capitán; pero todo esto prestó muy poco, porque luego que se apartaron un buen trecho los unos de los otros, muchos de los soldados de don Lope se escondían y hacían las petacas rodadizas por algunas laderas por tener buena color de volverse tras de don Gutierre de Ovalle; pero con todo esto, viendo don Lope que no era parte para estorbarles lo que hacían, los dejaba y caminaba, prosiguiendo su derrota, la cual por esta vía no pudo hacer, porque delante se le puso una honda y asperísima quebrada, y así se volvió sobrel alojamiento o villa de la Palma, donde don

Gutierre y sus soldados estaban alojados, al cual don Lope dió aviso de su tornada y de la causa della, por carta que le escribió, y cómo le era forzoso recibir de su mano lo que poco antes no había querido aceptar, quera el hospedaje. Don Gutierre se holgó dello, y luego envió ocho soldados con el refresco y cosas de comer quen su pueblo había, lo cual rescibió don Lope, porque tenían él y los suyos harta necesidad dello, y con los mensajeros de don Gutierre se vino a alojar al proprio pueblo de la Palma, donde fué alegremente rescibido y le fué hecho todo el servicio y regalo que se le pudo hacer; donde descansó don Lope ocho días, después de los cuales se vino por la vía de Mariquita a la cibdad de Sancta Fee a dar cuenta de lo que había hecho a los oidores. Los soldados que con don Lope salieron de la cibdad de la Trinidad se quedaron allí y no quisieron más volver a su pueblo, ecepto Benito López de Poveda y otros tres soldados, que a fin de recoger ciertos arcabuces queran de aquella cibdad, que los había dado el rey para la guarda della, se quedaron hasta que hobieron recogido los arcabuces, y con ellos se volvieron a la cibdad de la Trinidad, la cual con esta ausencia de don Lope y de los soldados que con él salieron había estado en muy grandes riesgos de despoblarse y aun matar a los soldados quen ella habían quedado, los cuales no llegaban a número de treinta, y destos algunos estaban impedidos para la guerra, por ser viejos y enfermos, y de los que quedaban se habían de dividir algunas veces en dos partes: la una que quedase guardando el pueblo, y la otra que fuese a buscar comida, de la cual tenían muy gran necesidad; y ansí muchas veces los naturales tuvieron a los españoles en riesgo de haberlos vivos y a las manos; mas claramente eran favorecidos del auxilio divino, porque de otra manera ellos no eran parte, como lo fueron muchas veces, a echar de sobre sí la multitud de los bárbaros que los tenían cercados; y últimamente les subcedió que, reconociendo los indios la poca gente quen el pueblo había, acordaron

juntarse para venir de comunidad a dar sobre los españoles y acabarlos de arruinar y destruir. Para el cual efeto se congregaron en la poblazón de Topo, donde tenían grandes borracheras y bailes, que son cerimonias de que todos los indios usan antes de hacer cualquier general acometimiento.

Destá junta tuvieron noticia las justicias del pueblo, y para deshacerla con tiempo y ganar por la mano enviaron adonde la junta se hacía doce soldados, y por caudillo dellos a Juan Esteban, los cuales, caminando siempre de noche, fueron a dar un alborada sobre el alojamiento y junta de los indios, quera grandissima y de muy gran número, en los cuales los españoles dieron de repente y hicieron tal estrago en ellos y tan precipitadamente, que los indios, más espantados que lastimados, huía cada cual por donde podía ciegamente, entendiendo fuese muy mayor el número de los españoles quen ellos habían dado, según los muchos indios quen la primera arremetida mataron. Concluso el desbarate desta junta, los españoles se volvieron a gran priesa al pueblo, temiéndose no disen indios en él y matasen los quen su guarda habían quedado, por ser, como se ha dicho, todos los más enfermos y viejos.

CAPITULO XVIII

En el cual se escribe cómo, a pedimento del cabildo de Muso, fué segunda vez proveído don Lope de Orozco por corregidor, y cómo después de haber estado algunos días en Muso fué proveído Antonio de Hoyos para que le tomase residencia y lo enviase por corregidor a la villa de la Palma, y cómo después se salió Hoyos y quedó el pueblo sin corregidor, y los alcaldes enviaron a deshacer ciertas juntas de indios quen Topo se hacían para venir sobrel pueblo

Viendo el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de la Trinidad el gran peligro y riesgo en questaba su pueblo, por defeto de no haber en él capitán o corregidor que lo gobernase, ni copia de gente que pelease y entendiese en la pacificación destes indómitos naturales, que por momentos se rebelaban y alteraban e inventaban novedades, tomando cada y cuando les parecía las armas contra los españoles, y haciendo paz y guerra las veces que se les antojaban, porquen estas cosas no seguían sino lo que la embriaguez y el demonio les significaban y ponían en la imaginación, acordaron enviar sus cartas al Audiencia y oidores della, para que lo remediasen todo con enviarles por capitán y corregidor a don Lope de Orozco y lo demás necessario, significando muy por extenso el trabajo y riesgo en questaban.

Habida el Audiencia relación de la necesidad y trabajo en queste pueblo estaba, luego que por su

parte fué metida petición para ello, se proveyó que don Lope de Orozco volviese a tener el gobierno desta tierra, que fué meterle en nuevos trabajos y gastos; porque para volver a ella le fué necessario andar a buscar soldados y dalles avío, y comprar municiones y vituallas de vacas y otros ganados para el sustento de la gente quen el pueblo estaban y de la quél nueva-mente llevaba; y ansí de nuevo hizo grandes gastos, hasta empeñar y vender a menos precio la vajilla y otras joyas de valor que tenía, por cumplir lo que le era mandado, que decían ser cosa muy necessaria y conveniente al servicio del rey. Y ansí volvió a entrar esta segunda vez en Muso, con mucho contento de los más soldados y vecinos deste pueblo, donde halló todos los naturales, que había dejado de paz y en la servi-dumbre del pueblo, rebeldes y alterados, y ansí tuvo necesidad de enviarlos luego a pacificar por mano de sus caudillos, haciendo que se diese noticia a los indios de su venida a este pueblo, y saliendo él perso-nalmente muchas veces a pie por las poblaciones de los indios a visitarles y mostrárseles para que con más brevedad se efetuase la paz. Los naturales, sien-do por estas vías certificados de la entrada de don Lope en la tierra, todos aquellos que de antes le ha-bían dado la paz y servían la tornaron luego a dar y comenzaron a servir en el pueblo a sus deposita-rios, que fué muy gran ayuda y remedio para que los españoles por algunos días descansasen del continuo trabajo que muchos días atrás sucesivamente habían traído.

En esta sazón el capitán Lancharo estaba en Susa, su repartimiento, con gran deseo de volver al gobier-no deste pueblo, por lo cual cotidianamente importu-naba a sus amigos con cartas, rogándoles que saliesen a pedir en el Audiencia residencia contra don Lope de Orozco, porque como se la tomasen luego, a él pro-veerían en el cargo que tanto deseaba y pretendía, certificando que ansí se lo habían prometido algunos de los jefes superiores o oidores quen el Audiencia

estaban; y con estas importunaciones y persuasiones que de ordinario Lancharo hacía salieron algunos soldados sus amigos de Muso y pidieron en estrados residencia contra don Lope de Orozco, la cual le fué mandada tomar por mano de Antonio de Hoyos, natural de Segovia, y que deste pueblo, después de dada la residencia, se fuese don Lope a ser corregidor a la villa de la Palma.

Entró Hoyos en Muso con esta comisión dende a ciertos meses de como había don Lope entrado la segunda vez, y tomóle la residencia como le estaba mandado; y luego conclusa la residencia se fué don Lope a la villa de la Palma, que le habían dado por corregimiento, y el juez Hoyos se quedó en Muso, teniendo en justicia aqueste pueblo poco tiempo, porque los propios querellantes de don Lope casi por la propria industria enviaron quejas al Audiencia contra el corregidor Antonio de Hoyos, al cual mandaron los oidores que se saliese sin dejar sustituto ni teniente, y ansí quedó el gobierno de la tierra en solos los alcaldes ordinarios.

Aunque Hoyos en el tiempo quen este pueblo estuvo no dejó de hacer todo lo que convino y pudo para la pacificación de los naturales y conservación del pueblo, dende a cierto tiempo que Hoyos se salió de Muso, ultra de las continuas gritas y acometimientos que los indios venían a hacer sobrel pueblo de la Trinidad, tornaron otra vez a congregarse y juntarse en las poblaciones de Topo, donde ya otra vez habían sido desbaratados. El cabildo, temiendo que si la multitud de indios que se podían juntar en la tierra, tomando las armas viniesen sobrel pueblo, que no dejarían de ponerlo en grande aprieto, enviaron a desbaratar los de la junta y castigar su rebeldía a Sebastián de Saavedra, queste año era alcalde, el cual con veinte hombres bien aderezados se fué a Topo, donde halló grandísimas labranzas, verdes y secas, que los indios tenían allí hechas de comunidad para el sustento y vituallas necessarias de la guerra. Y por que

los españoles no viesen el maíz seco que había tenían doblada la caña por medio, metida la mazorca entre la hierba. Saavedra y los españoles que con él iban se alojaron en medio de las labranzas y comenzaron a hacer en ellas el estrago que pudieron, adonde luego comenzaron a acudir muchos indios muy emplumajados y pintados y con cantidad de fotutos, cornetas, flautas y conchas de icoteas y otros géneros de bárbaros instrumentos, y daban muy grandes gritas y alaridos sobre los españoles, y hacían grandes muestras y señales de placer por verlos en dondestaban, paresciéndoles que los propios españoles se les ofrescían y ponían en las manos para recibir dellos la muerte. Pero los españoles con buen ánimo salían a ellos, no atemorizándoles nada la multitud de los bárbaros, y así con las armas los echaban y ahuyentaban de sobre sí, hiriendo y matando muchos dellos, aunque destas acometidas resultó que Benito López de Poveda y Rodrigo de Quiroga, buenos soldados, fueron lastimados de dos puyazos que por las pantorrillas o piernas se metieron, los cuales fueron curados con la carnicera cura de quen esta tierra se usa, que es, para atajar la ponzoña de la hierba, que luego va cundiendo y corriendo por la sangre, ir cortando toda la carne que va tocada de la hierba; y así fueron estos dos soldados bien sañados y cortados.

Después desto, un día amanescieron en un alto que sobrel alojamiento destes españoles estaba unos indios dando muy grandes voces, diciendo que para otro día siguiente se aparejasen los soldados, porque determinaban los indios que había juntos de venir a dar sobrellos. Lo cual tuvieron los nuestros por cosa cierta, porquestos indios tienen y han tenido por costumbre las más veces que han de dar alguna guazabara apercebir a los españoles y hacérselo saber un día o dos o más antes, y aun han usado otra usanza bien favorable para los nuestros: que jamás han hecho ningún acometimiento destes generales de noche, sino en medio del día.

El siguiente día vinieron sobrel alojamiento de los españoles casi cinco mill indios de guerra, todos puestos en sus escuadrones muy bien ordenados, bajando o acercándose a los nuestros en círculo redondo, que cuasi los pensaban tomar a manos; los españoles, no turbándose ni mostrando punto de flaqueza, se armaron con toda presteza de sus sayos de armas y antiparras, y dejando o quedando algunos haciendo guardia a los heridos, los más acometieron a los indios por donde más fuerza dellos venía, disparando contra ellos los arcabuces que tenían, con que les hacían grande daño y estrago y mataban a muchos; pero con todo esto no se retiraban nada los indios, antes acudían a aquella parte, quera una loma, en más número, pretendiendo llevar a manos a los españoles, y así, teniéndose por vencedores, comenzaron a cantar vitoria con sus acostumbradas voces, ques un alarido muy triste, que hace esta pronunciación: *Ru, ru, ru, ru, ru*, señal ya muy conocida entre los nuestros que se hace por los indios cuando, como he dicho, han alguna vitoria o han hecho alguna presa. La cual señal puso en harta congoja a los enfermos, entendiendo que a los que andaban en la pelea les hobiese sobrevenido alguna calamidad o daño. Pero el cantar vitoria no les prestó cosa alguna a los indios para haberla, antes en oyéndoles los nuestros siguieron su pelea con más brío, haciendo todo el daño y castigo y estrago que podían en los enemigos, así con los arcabuces como con las espadas. Turó esta pelea casi todo el día, sin que ninguna de las partes pudiese derechamente decir quera vencedor, y así la noche los despartió y los indios se retiraron y los españoles se recogieron a su alojamiento.

Los indios quedaron desta guazabara tan lastimados, que no volvieron a hacer otro acometimiento en este sitio a los españoles, de los cuales no fué herido ninguno, porque iban y llevaban gran reparo o resguardo en las armas que sobre sí tenían o tuvieron todo el tiempo que turó la pelea. Y visto quen tres o

cuatro días que allí se detuvieron no acudió ninguna gente de los naturales a flechar ni dar guazabara, los españoles dieron la vuelta a la cibdad de la Trinidad, llevando cargados en hamacas los heridos; lo cual visto por los indios, tornáronse a congregar y juntar en muy gran cantidad, y saliendo al camino a los españoles pretendieron quitarles los heridos que llevaban cargados, y ansí lo manifestaban por palabras que decían, pidiendo que les diesen aquellos que cargados iban, pues eran suyos, donde no menos reñida pelea se tornó a trabar que la que antes tuvieron. Los heridos, queran Poveda y Quiroga, viendo el riesgo en que por su causa estaban, usando de buenos y briosos soldados, aunque las heridas que tenían les eran gran estorbo e impedimento para el caminar o andar, se arrojaron de las hamacas en que los llevaban cargados, y tomando las armas en las manos entraron en la pelea con los demás españoles, y ansí todos juntos ahuyentaron y echaron de sobre sí la muchedumbre de los indios que los pretendían impedir el pasaje; y prosiguiendo su camino entraron todos, enfermos y sanos, en el pueblo de la Trinidad, a pie y con sus armas en las manos, después de haber habido las vitorias referidas.

CAPITULO XIX

En el cual se escribe cómo por la gran pobreza y necesidad que Muso había, no quería ir ningún corregidor allá, y cómo el doctor Venero, presidente, proveyó por corregidor a Cepeda de Ayala y dió orden de quentrasen soldados a ayudarle a sustentar, y cómo en este tiempo fueron descubiertas las minas de las esmeraldas

Estaba esta tierra y provincia de los Musos tan infamada en casi todo el Nuevo Reino, que, aunque los vecinos deste pueblo procuraban que se les enviase un corregidor o capitán que los tuviese en justicia y gobernase así las cosas de paz como de guerra, no había persona de calidad que lo quisiese aceptar, ni dejar el ocio y descanso en que vivían por irse a meter entre la confusión de algunos apasionados soldados y entre las peligrosas puyas y flechas de que aquellos naturales tan malvada y cruelmente usan por defensa suya y contra sus adversarios, porque cada cual a quien con este cargo se convidaba consideraba, y con muy justa causa y razón, que, demás de lo poco que con el cargo se interesaba y de lo mucho que para irlo a usar se había de gastar, iban sujetos a que cada cual soldado particular, por lo que se le antojase, fuese a pedir contra él residencia, la que se suele tomar con tanto rigor que pone al que ni llevó salario para usar el oficio ni tuvo aprovechamiento alguno, más de gastar su propia hacienda, en riesgo y punto de ser totalmente destruído; y aun esto, cotejado con el trabajo y riesgo de pacificar la tierra, es

muy leve; porque un día que otro el capitán no ha de dejar de salir a apaciguar los rebeldes, metiéndose por los lugares que los indios tienen sembrados de espesas puyas enherboladas y poblados de anchos y hondos hoyos, y a otras mill acechanzas y engaños de questos bárbaros usan contra los españoles, que cualquiera dellas no está en más de dar un liviano rasguño donde apunte a salir sangre y toque en ella la hierba para estar en condición de ser irremediable su mal.

A esta sazón estaba ya en el Nuevo Reino por presidente el doctor Venero de Leiva, a cuyo cargo eran todas las cosas tocantes al gobierno de la tierra, y así cada día le significaban el peligro en questo pueblo estaba de despoblarse y la mucha sangre de españoles e indios que había costado el conquistarse y substentarse hasta este tiempo, y el general daño que a los pueblos de Sancta Fee, Tunja y Vélez les venía y redundaba de que la cibdad de la Trinidad no permanesciese dondestaba; y así por las causas dichas como por ser uno de los primeros y arduos negocios que se le ofrescían en la tierra, el doctor Venero deseó poner remedio en ello, por que no dijessen que los pueblos que había hallado poblados se despoblaban por su flojedad y tibieza; pero como hallaba las personas a quien este negocio se podía y debía cometer muy fuera de aceptarlo, parecíale o hacíasele algo difícil el remediarlo. Finalmente, le fué necesario cometerlo a Alvaro Cepeda de Ayala, soldado que a la sazón estaba por corregidor en la villa de la Palma, a quien nombró en el mesmo oficio para Muso. Y porque así con las continuas guerras de aquella tierra se habían consumido y muerto muchos soldados, y otros por tener por intolerable el trabajo de la guerra y falta y necesidad que de muchas cosas en ella había, y parecerles quera imposible permanecer ni substentarse en este pueblo, se habían salido dél y lo habían dejado y desamparado, y en él había gran falta de soldados, la cual si no se

remediaba con tiempo era principalísima ocasión para que los indios, que cada día se alteraban y rebelaban, hobiesen entera vitoria, tomó por remedio para remediar esta necesidad de enviar allá algunas personas delincuentes, queran condenadas en destierros, a las cuales las mandaba cumplir allí; y demás éstos los portugueses a quien el rey mandaba que fuesen enviados a España, dispensaba con ellos o con algunos dellos mandándolos ir a este pueblo; y desta manera remedió, aunque poco, la falta que de soldados había en la cibdad de la Trinidad, cuyos vecinos nunca dejaban de tener, con guerras, hambres y necesidades, contiendas con los indios y sufrir intolerables trabajos con una tibia esperanza de questa tierra había de venir a ser felice y rica, aunque no alcanzaban por qué vía; porque jamás se entendió quen esta tierra hobiese habido en tiempo antiguo minas de esmeraldas, como casi en esta sazón lo vinieron a saber y alcanzar y a descubrir muy ricas minas de esmeraldas; tiempo en que, como he dicho, ciertamente se padecía entre los vecinos, que obstinadamente habían sustentado y sustentaban este pueblo, grandísima necesidad, tanto que las ropas de su vestir eran de mantas del Reino, y los que alcanzaban capas eran muy riquísimos, y esas no debían de ser de mucho valor; porque los que buenas ropas habían tenido las habían vendido para comprar ganados y municiones, queran cosas más necessarias que capas para el sustento del pueblo, y ansí, como he dicho, en tiempo de tan gran aflicción proveyó Dios de mucho contento en que se descubriesen las minas de esmeraldas quen el pueblo de Itoco se descubrieron, cuyo exordio y principio, aunquel cuento es algo largo, fué desta manera.

Un día de los de Pascua Florida del año de sesenta y cuatro, andando por cierta parte del pueblo un vecino llamado Gaspar Salgado, natural de Galicia, en el condado de Monterrey, halló en el suelo una pequeña esmeralda, la cual mostró a todos los demás

cibdadanos, dándoles noticia de cómo en aquella tierra se había hallado aquella piedra, por lo cual cada uno procuró inquirir y saber de los indios naturales de aquella provincia quen su casa tenía dónde sus mayores acostumbraban a sacar aquellas piedras; y algunos tuvieron relación dello, aunque a tiento y casi sin certidumbre. Alonso de Saavedra, quen esta sazón era alcalde, quiso anticiparse en el negocio y ganar honra y provecho; y así juntó una docena de amigos para ir a descubrir las minas de esmeraldas, y estando ya de camino para partirse, los regidores, paresciéndoles que no era bien hecho que sin darles a ellos parte se fuese a hacer un negocio tan importante, fueron a casa de Saavedra a fin de estorbarle la partida y le quisieron prender sobre ello. Saavedra, como era alcalde y tenía allí consigo a sus amigos, desmandóse en palabras contra los regidores, de que vinieron los unos y los otros a acelerarse en demasiada cólera, de donde resultó a echar manos a las espadas y a otras armas defensivas y ofensivas que consigo traían, por donde estuvieron todos a punto de perderse y matarse los unos a los otros; mas fué Dios servido que hombres buenos se metieron de por medio y aplacaron este tumulto, y otro día se confederaron y congregaron los del cabildo y nombraron por caudillo para que fuese a buscar las minas a Miguel Gómez, el cual con ciertos soldados, y el propio Saavedra entrellos, fué al pueblo de Itoco, dondestuvo ciertos días buscando con tibieza las minas, lo cual hacía de industria porquel encomendero deste pueblo, que se decía Alonso Ramírez, era amigo suyo y de su naturaleza, y estaba ausente, y deseaba que se hallase presente al descubrir de las minas y fuese aprovechado dellas. Y así se quiso volver sin haber descubierto ninguna mina; pero al tiempo de la partida un indio deste caudillo, en la quebrada donde agora están y se labran las minas, halló un canutillo de esmeralda, aunque de color no fina. Holgáronse todos con esta segunda muestra, por

parecerles que se iba confirmando la esperanza de su deseo, y así se volvieron con sólo esto muy alegres y contentos a su pueblo; y a los pocos días entró en Muso Alonso Ramírez, llamado de sus amigos, y dió noticia de cómo, a su pedimento, el presidente había proveído por corregidor de aquel pueblo, como se ha dicho, a Cepeda de Ayala, por lo cual los vecinos acordaron denviar y enviaron a Benito López de Poveda con cierta gente para que lo trujese de la villa de la Palma, dondestaba; y en el ínter Ramírez se informó de los indios de Itoco dónde estaban las minas de esmeraldas, y entrellos no halló quien se las quisiese descubrir si no fué un pequeño muchacho, natural del propio pueblo, que Ramírez había tenido mucho tiempo en su poder y lo había hecho christiano y se llamaba Juan. Este amaba de voluntad a su amo por el buen tratamiento que le hacía, y así le dijo que lo llevaría donde sus padres y los indios de aquel pueblo solían sacar esmeraldas. Ramírez no fué nada perezoso en el negocio, mas luego sin perder tiempo pidió gente que fuese con él y un alcalde ante quien se registrasen las minas. Fué su vía la vía de Itoco, questá apartado de Muso más espacio de una legua, casi a la parte del ocaso, aunque algo torcido a la parte del Sur, y en la quebrada donde Miguel Gómez pocos días antes había andado buscando estas propias minas, fueran descubiertas por mano del indio ya dicho, de cuyo sitio y territorio tractaremos más largamente adelante. Fué Dios servido que luego que se descubrieron estas minas se comenzaron a labrar y dieron en muchas y muy buenas piedras esmeraldas, de que todos los que allí fueron y en esta sazón se hallaron participaron, con que remediaron algún tanto y aun mucho su necesidad y pobreza; y la tristeza que de verse necessitados todos en general tenían se les convirtió en gozo y alegría, por parecerles que tan prósperos principios de minas no podían dejar adelante de acrecentarse, para entera felicidad, descanso y contento suyo.

CAPITULO XX

En el cual se escribe cómo por la divulgación de las esmeraldas que se habían descubierto fué proveído Penagos por corregidor de Muso, y cómo Cepeda de Ayala entró en Muso y repartió las minas, y dende a poco tiempo entró Penagos en su lugar, y cómo fué a sacar esmeraldas de comunidad, y cómo por matar los indios a Valdelomar y a Serrona se tornaron generalmente a rebelar

Luego que algunos soldados y vecinos de Muso se vieron y hallaron con algunas piedras de valor, no se pudieron abstener que luego no saliesen al Reino a dar noticia de las minas que se habían descubierto y a que todos se congratulasen y alegrasen de su bien, y añadieron y acrecentaron a las minas y esmeraldas y a su fama tanta más loa de lo que la obra era, que movieron los ánimos de muchos cobdiciosos a que quisiesen y pretendiesen ir a participar de las riquezas; y muchos que poco antes habían menospreciado el cargo y corregimiento de aquesta tierra, lo procuraban después con mucha instancia; pero sobre todas prevaleció la pretensión y petición de Juan de Penagos, vecino de Sancta Fee, que a esta sazón privaba mucho con el doctor Venero, presidente, a quien nombró por corregidor y capitán de la cibdad de la Trinidad, con haber bien pocos días antes que se había proveído en el proprio oficio a Cepeda de Ayala, que pocos días después que las esmeraldas fueron descu-

biertas entró en Muso con los vecinos de aquel pueblo que habían ido por él, los cuales fundaron muy grandes quejas contra los demás vecinos y justicias quen aquel pueblo habían quedado, diciendo que industriosamente habían en su ausencia descubierto las minas por que no participasen de las buenas y ricas, e que ya que se les habían dado minas, había sido en parte desaprovechada y donde se presumía que no había esmeraldas.

Los del pueblo, oyendo las quejas que los ausentes daban, por satisfacerlos y contentarlos y complacer al capitán Cepeda de Ayala, que nuevamente había entrado a gobernarlos, se comidieron y vinieron en que el mesmo Cepeda de Ayala hiciese un nuevo repartimiento de las minas entre todos los vecinos, de suerte que quedasen entero. Lo cual hizo el corregidor muy a contento del común y de suerte que ninguno quedó descontento ni se tuvo por agraviado.

La orden quen el repartir estas minas se tiene es ésta: que la primera que se descubre se le da al que la descubrió, midiéndole tantas varas en largo y tantas en ancho hacia la parte quel descubridor o dueño de la primer mina quisiese que se le mida; y ésta no se le puede quitar perpetuamente a este su primer descubridor si no es que por cierto tiempo que las ordenanzas mandan y rezan la deje despo-blada, y dásele a este primer descubridor de la primer mina otra salteada, y luego consecuentemente prosiguen y se dan a los otros vecinos por su orden como va corriendo la tierra o veta. Estas minas se registran ante un alcalde ordinario u otra persona a quien el cabildo da comisión de juez para ello; el cual las mide y entrega a cada cual la suya en el lugar que la ha registrado o le ha caído la suerte; y otras veces sucede que cuando va un alcalde o caudillo, con poder de los cabildos, a descubrir minas de plata o de esmeraldas, que sin que hayan ni corran las estacas o minas por petición de los particulares, ellas va dando y repartiendo a todos en general, presentes y au-

sentes, como le parece; y estas tales datas son perpetuas si las labran, como he dicho. En las minas de oro se tiene alguna diferencia, de las cuales tractaré más largamente en otro lugar.

Concluso esto de las minas, el corregidor Cepeda de Ayala, para remediar la falta y necesidad que de maíz había en el pueblo, quera mucha, y para acabarse de apaciguar algunos indios questaban rebeldes y no querían venir al pueblo a servir a los españoles, envió a su teniente, Benito López Poveda, con gente que corriese los pueblos y lugares de los rebeldes y los castigase en las comidas quitándoselas y proveyendo con ellas la falta y necesidad del pueblo, y para que hiciese y constriñese a los indios que les viniesen a hacer rozas y labranzas de maíz al proprio pueblo para su sustento.

Salido Poveda a este intento o efeto, y andando por la tierra adentro procurando con moderación los efectos dichos, tuvo nueva cierta Cepeda de Ayala del proveimiento de Juan de Penagos en el corregimiento y capitanía de aquel pueblo, y cómo a él le habían vuelto a la villa de la Palma por corregidor, donde antes solía estar. Recibió desto gran disgusto o desabrimiento Cepeda y algunos de sus amigos, porque él quisiera estarse en aquel pueblo donde ya había y se podía interesar algo más quen la villa de la Palma, donde tan presto no se esperaba haber ningún provecho. Pretendió que no pasase adelante su removimiento, y sobrello escribió al presidente y a algunos oidores; pero sus cartas fueron en balde, porque luego entró Penagos en Muso, con cuya presencia se holgaron mucho otros soldados, por parecerles que Penagos era hombre antiguo en la tierra de Indias y experimentado en negocios y subcesos de paz y de guerra, y que así podría haber con más facilidad o brevedad efeto la general pacificación y quietud de aquellos naturales; pero la propria experiencia hacía a Penagos que viviese con más cautela y ardid; porque, como él tenía indios encomendados en Sancta

Fee, no quería por pacificar la tierra ajena ponerse en aventura de perderlos por hacer castigo en los indios, ni arriesgarse a perder la vida por negocio ajeno. Pero con todas estas consideraciones, por no estarse neutral y ser causa de más daño que provecho, nombró por su teniente a Francisco Morcillo y lo envió con gente a pacificar los rebeldes, que nunca acababan ni aun acabarán jamás destar pacíficos ni reducirse a la amistad y servidumbre enteramente de los españoles, y proveer de maíz el pueblo; porque como los vecinos no tenían labranzas ni sementeras propias, por la continua rebelión de los indios, no tenían de qué se sustentar, si no era de lo que los propios indios sembraban para su sustento, y así lo habían hecho siempre.

En el ínterin que Morcillo andaba en esto subcedió que algunos vecinos de la cibdad de la Trinidad, deseando haber algunas esmeraldas para remediar parte de su necesidad, enviaron los indios ladinos que tenían con mantas coloradas y pintadas de las del Reino al pueblo de Itopo, para que con los naturales dél, a trueque de las mantas, hobiesen y resgatasen algunos ricos engastes; pero los moradores de Itopo, usando de sus antiguas traiciones y maldades, rescibieron con amigable aspecto a los que iban a resgatar; y desquen su pueblo seguros los tenían, dieron en ellos y matáronlos a todos, que de veinte y tantas personas no escaparon sino una sola india que con una criatura que a los pechos llevaba se escondió en una montañuela que cerca estaba, dondestuvo tres días escondida, después de los cuales de noche caminó y se fué al pueblo y dió aviso a los españoles de lo que los indios del pueblo de Itopo habían hecho. Y paresciéndole al corregidor Penagos que un delito tan grande y malvado como éste no debía quedar sin castigo, envió a su teniente Morcillo con gente a Itopo para que castigase los culpados; pero todos los que a ello fueron lo hicieron tan flojamente, que sin

prender ni castigar ningún delincuente se volvieron al pueblo.

Hallaron estos españoles todos los más de los cuerpos de los muertos tendidos por el campo, quitadas las piernas y brazos y otros pedazos de carne que los Musos habían llevado para comer, con lo cual estaban en gran borrachera y convite. Y como desta desvergüenza no fueron castigados con el rigor que merecían estos indios de Itopo, comenzáronse a abstenerse de no ir al pueblo a servir, y tras dellos otros pueblos sus comarcas, por donde se vinieron otra vez a rebelar muchos pueblos que antes desto estaban pacíficos. Penagos quiso certificarse de lo queran las minas de esmeraldas y ver si podía haber algunos ricos engastes dellas, por lo cual hizo pacto y concierto con todos los vecinos que fuese una parte dellos con las piezas e indios ladinos que había a labrar una mina, y que lo que se sacase fuese común y se partiese entre todos los que iban a las minas y los quen el pueblo quedaban; vinieron todos en ello y fué Penagos con veinte y cinco hombres, por ir más seguro de las acechanzas de los indios, y estuvieron labrando diez o doce días en la mina descubridora con consentimiento de su dueño; de la cual sacaron cierta cantidad de piedras, y se volvieron al pueblo e hicieron la partición de lo que se había sacado, que fueron todas las más de las que se dieron piedras de bien poca estimación y valor; y ansí muchos las echaban a mal, quejándose que se habían sacado buenas y ricas piedras en esta común labor y que no parecían en las particiones que se habían hecho.

Todavía en este tiempo estaban muchos o los más de los pueblos pertinaces en su rebelión, ecepto algunos de los más cercanos, que, aunque con cautelosa paz, no dejaban de acudir al pueblo, entre los cuales era el pueblo de Pauna, quen depósito tenía Juan Sánchez de Valdelamar y lo pretendía Francisco Morcillo, de quien se dice que persuadió a los indios deste pueblo, como persona poderosa y teniente de

aquel pueblo, que no acudiesen a servir a Valdelamar ni lo tuviesen por su administrador, que fué darles avilantez para que hiciesen la maldad y traición que hicieron; porque como un día, por mandado de Valdelamar, fuesen los indios de Pauna juntos en cierta estancia suya, questaba algo apartada del pueblo, para hacerle en ella una labranza, a lo cual habían venido con designio de matar al Valdelamar, lo enviaron a llamar al pueblo de los españoles, dondestaba, para que fuese a señalarles dónde le habían de hacer la labranza. Valdelamar, como supo que los indios le estaban esperando, tomó consigo un amigo suyo llamado Juan de Serrona, natural de la Montaña, de Miranda de Ebro, y se fueron juntos adonde los indios estaban disimulados, aunque con sus armas, arcos y flechas. Valdelamar les dijo lo que habian de hacer, y se estuvieron un rato los dos españoles juntos mirándolos, en el cual tiempo los indios no osaron acometerles, hasta que Serrona se apartó poca distancia de donde Valdelamar estaba a coger con unos muchachos hierba para su caballo. Los indios, como los vieron aparatados y divididos, llegaronse disimuladamente al Valdelamar y con una macana a traición le dieron un macanazo en el colodrillo, del cual le aturdieron y derribaron en el suelo, y luego le segundaron con otro y con algunas flechas y estocadas que con su propia espada le dieron, con que lo acabaron de matar. Serrona, cuando oyó el ruido, no pensando quera ya muerto el compañero, dióle voces que se defendiese; pero los indios acudieron a él y lo comenzaron a flechar y a procurar tomarlo vivo a manos para empalarlo. Mas el Serrona se dió tan buena maña a defenderse de los bárbaros, queran más de ciento, que por mucha diligencia que pusieron en ello no lo pudieron tomar, y aunque lo hirieron de muy peligrosos y malos flechazos, fuése retirando hacia el pueblo, y desquestuvo a la vista dél dió voces para que le socorriesen y librasen de los bárbaros que aun le iban siguiendo. Fué oído de los quen el pueblo

había y socorrido con toda brevedad; pero de las heridas que sacó o le dieron murió al quinto día o poco más adelante rabiando. Algunos soldados de los que salieron a socorrer a Serrona pasaron adelante para ver lo que los indios habían hecho de Valdellamar, y hallaron que le estaban sacando el corazón para comer; porqu estos bárbaros del español que matan solamente comen el corazón, el cual reparten entre los más valientes y bellicosos guerreadores, diciendo que aquella comida les pone más ánimo y les da avilantez para las cosas de la guerra. Mataron también una india ladina, a la cual tenían ya quitados los brazos y piernas y cabeza y se la llevaron para comer. Y con este malvado hecho se acabaron de alzar y rebelar generalmente todos los indios de la provincia, que uno ni ninguno quería venir al pueblo de paz, si no eran dos o tres pueblos que debajo de cautela o por hacer algún salto o presa venían los indios dellos raras veces. Pero éstos poco estuvieron que no se alzaron; porque como el encomendero o depositario del pueblo de Nico, que se decía Alonso de Salinas, tuviese en una estancia cerca del pueblo ciertas cabezas de ganado, los indios deste pueblo vinieron a la estancia, so color de que venían a labrar, y hirieron malamente al pastor de las ovejas, y a vista de los españoles quen el pueblo había se llevaron el ganado; y aunque salieron a ellos algunos soldados de a pie y de a caballo, no se las pudieron quitar. Y desdeste día en adelante fué mayor la desvergüenza de los indios, y si algún indio Muso acertaba a venir al pueblo, fingía que venía escondido de los demás indios, por que no le viesen y por ello le mataban; pero era enviado por espía para ver y mirar la gente quen el pueblo había y lo que se hacía o pretendía hacer.

CAPITULO XXI

En el cual se escribe cómo Juan de Penagos se salió de Muso y cómo Morcillo, a quien Penagos dejó por su teniente, salió con gente a pacificar los naturales de la parte y poblaciones de Topo

Las pocas riquezas y piedras esmeraldas que a este tiempo se sacaban y la mucha guerra que los indios daban fué causa que Juan de Penagos, tomando una honrosa ocasión, que fué ir a dar cuenta al presidente de lo que en la tierra había, se saliese della; y así, nombrando y dejando por su teniente a Francisco Morcillo, que antes lo era, se fué a la ciudad de Sancta Fee. Morcillo, como persona a quien le iba su parte en que la tierra se apaciguase y no se estuviere en su rebelión, tomó consigo treinta y siete soldados bien aderezados y tomó la vía de Topo para por aquella parte, en la cual continuo había rebeliones y junta de indios rebelados y alterados, andarse algunos días procurando por amor o por rigor pacificar los indios; y aunque Morcillo y los que con él iban pusieron toda la diligencia a ellos posible en pacificar este rincón, haciendo continuas salidas de noche y de día a una y a otra parte y trayendo continuamente desasosegados los indios, no por eso aprovechó cosa alguna su continuo trabajo, antes cada día daban muestras de más obstinados, con lo cual el caudillo o teniente acordó de les hacer otro modo de civil guerra, talándoles las comidas y desperdicián-

doselas por todas vías, enviando soldados a una y otra parte de la comarca, que no entendían en otra cosa sino en cortar y arrancar las labranzas verdes y secas. Y tampoco les aprovechó, antes siempre se endurecían más; pero no venían a hacer acometimientos ni dar guazabaras a los españoles con la desvergüenza ni tan atrevidamente como antes solían; porque ya a esta sazón tenían los españoles perros de ayuda, a quien los indios habían cobrado muy gran miedo y temor, y por su causa no se osaban acercar adonde los españoles estaban, que fué gran ayuda esta de los perros para que los nuestros pudiesen ir y pasar adelante en la sustentación de su pueblo y soportar los trabajos de la guerra. Porque como los perros son grandes venteadores y rastros, en acercándose los indios a los españoles luego los sentían y descubrían y daban en ellos, y a bocados los ahuyentaban y echaban de sobre los nuestros; porque el indio que un perro éstos alcanza, a dos aleadas lo descompone y lastima malamente.

Cesaron ansimesmo las emboscadas y saltos que los indios se ponían a hacer en los caminos arcabucosos y montuosos, donde los nuestros no les podían ofender en cosa alguna; porque como los indios no llevan encima de sus carnes cosa alguna que les impida ni que se pueda trabar o asir a los palos o ramas de las montañas, cuelan por donde otro cualquier animal, casi sin dejar rastro ni hacer mucho estruendo, los perros los seguían por tales partes como éstas y vengaban por sí solos los daños en los dañadores. Demás desto, cuando los indios se ponían por los altos a dar grita, en oyéndolos los perros ellos mismos con su natural distinto, echando de ver queran enemigos, se iban a ellos por partes encubiertas por no ser vistos, y los saltaban de repente y hacían en ellos el daño que podían; y con tener tan buenos compañeros y ayudas, los españoles no podían ni pudieron desta vez sujetar ni traer de paz a los indios, antes se ponían en algunas partes apartadas, donde los pe-

rros no les pudiesen dar alcance, y decían que les hiciesen el daño que pudiesen, porquello tenían presupuesto de antes morir que servir. Palabra, cierto, de hombres que deseaban conservar su libertad. Y la guerra principal que ya de aquí por delante hacían, por el temor de los perros, era poner puyas con hierba por todas las partes que les parecía que podían o habían de andar los nuestros; con lo cual les hacían harta guerra, pues no podían llevar los pies seguros por ninguna parte, y así de cada día se les empuyaban muchos indios amigos y del servicio de los españoles, que se desmandaban a andar por muchas partes peligrosas.

Mataron los españoles en este pueblo de Topo un tigre muy grande y disforme, quen este pueblo y en otros comarcanos había hecho muy grandes daños, matando muchos indios e indias naturales dellos. La orden quen el matarlo tuvieron fué, que habiendo el tigre acudido al alojamiento de los españoles y muerto un perro y herido otros dos, le hicieron un corral con una puerta de golpe a manera de ratonera, cubierta por encima, y metiéndole dentro uno de los perros heridos, acudió el tigre a comerlo, y cayó la puerta, y quedóse dentro, donde, como he dicho, lo tomaron, que fué gran contento para los indios de aquella tierra saber quel tigre era muerto. Es opinión que se tiene por cierta que cuando un tigre acude a un alojamiento o pueblo donde hay españoles e indios y perros, que primero acude a matar y comer de los perros, y si no los hay, sino españoles e indios, a los indios, y si no hay sino españoles, solos a ellos o en ellos hace presa. Pero con toda esta buena obra no bastaba ni prestaba cosa alguna para que los indios diesen la paz, antes después, continuando su perverso guerrear, pusieron muchas puyas por el camino que los españoles habían de llevar, según que antes lo habían hecho, y quemaban los buhíos de sus pueblos por que no se alojasen en ellos, y lo más apartado que podían daban muy grandes gritas y alaridos en

señal de regocijo y placer, tocando sus instrumentos y fotutos y un gran cencerro que consigo traían, con que enteramente solemnizaban su bárbaro regocijo.

Morcillo, viendo cuán poco prestaba con estos bárbaros el halagarles ni amansarles, dejando la más de la gente en el alojamiento dondestaba con buena custodia, tomó consigo doce soldados y caminando toda la noche, de grandes truenos y relámpagos y agua, fué a amanecer sobre unas rocas o labranzas de indios, en las cuales estaban alojados mucha gente con sus mujeres e hijos. Dieron en ellos de repente y prendieron muchas personas de todos sexos, con las cuales Morcillo se volvió adonde había quedado el resto de la gente, donde para ver si podían asegurar y traer de paz los indios fueron sueltas muchas personas de las que la noche antes se prendieron para que fuesen a tratar de paces, y para que los demás indios, viendo la liberalidad de que habían usado y usaban los nuestros, se ablandasen y allegasen a la razón; pero ni los unos ni los otros nunca más volvieron, y los demás que se habían tomado se huyeron poco a poco. Morcillo, viendo el poco provecho que hacía y los muchos días que había que andaban fuera del pueblo, parescióle quera ya tiempo de volverse, y así caminó para la Trinidad, pasando por algunos pueblos de indios, que tenían bien proveídos los caminos de puyas y hoyos, en los cuales tomó todo el maíz que pudo, y con ello se volvió a entrar en el pueblo, de que los quen él habían quedado rescibieron harto enojo porque con el poco efeto que Morcillo con su salida había hecho, había de ser más obstinada la rebelión de los indios y guerra que se les había de hacer y la que los propios indios habían de hacer.

El alzamiento general de los indios quen este tiempo había era causa de que las minas de las esmeraldas no se labrasen, ni dellas se sacasen piedras para remediar la necesidad y falta de comida que había en el pueblo; porque ni tenían carne fresca ni salada, ni aun quien se la diese ni quisiese vender ni fiar;

y así se mantenían miserablemente, sin poderse hartar de maíz porque en el pueblo no lo sembraban, y siempre habían de ir a tomarlo a los indios de lo que ellos tenían para su sustento y comida, y esto no se podía hacer todas veces; porque ni ya los soldados podían tolerar tanto trabajo y andar con las armas auestas, ni todas veces tenían quien se lo trujese, si ellos mismos no lo traían auestas; pero como el hambre haga a los hombres hacer más de lo que querían, y aun muchas veces más de lo que pueden, salieron dende a ciertos días que Morcillo volvió algunos españoles con un caudillo y fueron por otra parte diferente de la por donde Morcillo había andado e ido, cuyos naturales, pretendiendo defender las comidas, salieron de mano armada a los españoles, dándoles grita y tirando de lejos algunas flechas, pero no acercándose de suerte que llegasen a las manos por temor de los perros. Los nuestros hicieron el maíz que hobieron menester, y con ello se volvieron sin rescibir daño ninguno más de hallar, como siempre, embarazado el camino con puyas de hierba, las cuales se quebraban y quitaban con las antiparras de algodón que algunos españoles que delante iban llevaban calzadas, porque, según en otra parte he declarado, estas antiparras son estopadas y colchadas con mucho algodón, que tenían más grosor que tres dedos, por las cuales no pueden pasar las puyas; y así con éstas van quedando los delanteros las puyas que los indios tienen puestas y abriendo y aclarando el camino para que los que van detrás no se empuyen ni lastimen.

Llegaron los soldados al pueblo sin rescibir, como he dicho, daño ninguno. Con la comida que llevaron se sustentaron algunos días, aunque trabajosamente, esperando la vuelta y entrada de Juan de Penagos para que diese orden en las cosas de la pacificación de la tierra y en que se labrasen las minas de las esmeraldas, en quien tenían grande esperanza que había de ser principal remedio suyo; porque si saca-

ban esmeraldas de las minas, como lo esperaban y pretendían, habían de acudir gentes de todas partes a comprarlas con ganados y mercaderías y otras cosas necesarias, y así habría lugar de sustentarse ellos y conquistarse la tierra, como después se hizo a la letra.

CAPITULO XXII

En el cual se escribe cómo Penagos tornó a entrar en Muso con más cumplidas comisiones que de antes, y halló los indios obstinados en su rebelión, los cuales no pudo pacificar; y cómo fué proveído segunda vez Cepeda de Ayala por corregidor y juez de residencia contra Penagos, el cual entrado en Muso fué a la villa de la Palma y hizo que los términos dentrestos dos pueblos se echasen y amojonasen

Después de haber algunos días que Juan de Penagos estuvo en el Reino, como hasta este tiempo no estaban encomendados los indios de la cibdad de la Trinidad, alcanzó comisión y facultad para que pudiese hacer una masa toda la tierra y repartirla de nuevo entre los que mejor lo mereciesen, que fué justamente proveído, por haber en la tierra muchos a quien se les había hecho notorio agravio. Y ansimismo se le dió comisión para que pudiese echar los términos entrestos pueblos de la Trinidad y la Palma, con lo cual Penagos se volvió a entrar en Muso y halló la tierra en el estado y peligro que he referido, sin que los indios se hobiesen aplacado cosa alguna, antes cada día crecía su desvergüenza y atrevimiento, llegándose al pueblo o a las estancias que cerca dél estaban, y pegando fuego a los buhíos o casas que los vecinos allí tenían, y matándoles los indios que hallaban.

Penagos, creyendo que la autoridad que acerca de

los españoles tenía se extendiera o extendía a los indios, envió diversas veces sus caudillos con gente por la provincia a llamar los naturales de paz, porque no quería hacer el nuevo repartimiento que le era mandado sin tenerlos primero pacíficos; pero aunque los caudillos y soldados hacían todo su posible, ninguna cosa les prestaba, porque se dice que estos bárbaros, en confirmación de su obstinada rebelión, hicieron cierta forma de juramento o vínculo, prometiendo en él de substentar continuamente guerra contra los españoles y no serles amigos ni servirles. Y dicese que esta cerimonia de que estos indios usaron fué escupir todos en el fuego, que cosa que lo que debajo della prometen no la pueden ni deben quebrantar. Y así cuando los españoles les tomaban algún mochacho o mochacha, luego se ponían en un alto y les decían: “Dejad a esos, no los matéis, porque ellos son los que os han de servir, que nosotros primero hemos de morir todos que os sirvamos.” Y como tan continuas salidas a una y otra parte no aprovechaban de cosa alguna y los indios se estaban en su dureza, muchos o los más de los españoles estaban como hombres angustiados y afligidos de ver el continuo trabajo que de día y de noche padecían, y sobre esto el no comer cosa que les diese substancia, porque, como he dicho, carecían de todo género de carne, y, por otra parte, se les representaba que el removimiento que de la tierra había de haber y Penagos había de hacer no les habían de dar indios, o, ya que se los diesen, había de ser en parte que no les aprovechase ni tuviesen provecho dellos.

Penagos, deseando alcanzar la paz de los indios, no cesaba de enviar gente por los pueblos a persuadir a los indios que se mitigasen; pero ni esperaban a oír sus razones ni aun creo que las amaban entender. Ultimamente envió a Miguel Gómez con soldados a traer comida y llamar de paz los indios de cierto pueblo llamado Donito; pero lo que esta salida se efectuó fué que los indios les tenían armada una

trampa en el camino por donde habían de pasar, y metiéndose los españoles inconsideradamente debajo della, desarmóse la trampa y cogió debajo della tres españoles, que al uno, llamado Alonso Díaz, portugués, de la ribera de Lisboa, lo ahajó e hizo una torta; los otros dos no murieron, pero quedaron lastimados. Llegó este caudillo a Nito; recibieronle los indios con su solemnidad acostumbrada de puyas, hoyos, flechas y gran música de cornetas, dando siempre grandes muestras de la contumacia en questaban. Y así revolvió Miguel Gómez, con el trabajo suyo y de sus compañeros, que fué grande, y después desto con el daño que la trampa hizo. Penagos, viendo esto, tornó a enviar más caudillos y gente a algunas salidas que después de la dicha se hicieron, y mataron a Francisco Morcillo, su teniente, y a Pedro de Ormea, de la ribera de Génova, y a Alonso de Porras y otros, sin que los indios rescibiesen daño ninguno; porque, como he dicho, ya no curaban de llegarse a flechar ni a dar guazabara a los españoles, sino ponerles puyas enherboladas por todas partes, en que se empuyaban los que acertaban a no llegar antiparras, las cuales por su gran peso y gran calor de la tierra no se pueden llevar calzadas por todo el camino.

Sentía Penagos tanto estas cosas y el no poder remediar estos daños, que ya estaba arrepentido de haber tornado a entrar, especialmente que los más de los soldados, por las causas dichas, ya no querían salir fuera a ninguna parte, por lo cual le era a él necesario y forzoso apremiarlos a ellos. Y por estas causas lo comenzaban a aborrescer algunos soldados, y él en sí mismo sentía que se iba haciendo malquisto; por todo lo cual determinó de salirse y no esperar más a repartir la tierra ni a buscar esmeraldas, que le parecía riqueza con más dolor que valor. Y así escribió al presidente y a los oidores que le enviasen quien le tomase residencia, porque él se quería volver a su casa. El presidente, paresciéndole que, por ser mancebo y buen soldado Cepeda de Ayala, que

poco antes había sido corregidor, pondría todo calor y diligencia en pacificar la tierra, lo nombró de nuevo por corregidor de Muso, y el Audiencia le dió poder para que tomase residencia a Penagos.

Holgóse Cepeda de Ayala con este proveimiento por triunfar de quien tanto disgusto le había dado en ser causa de que le quitasen el cargo. Entró con brevedad en Muso e hizo demostración ante el cabildo de los recaudos que llevaba, y fué rescibido por corregidor y juez de residencia contra Penagos, la cual luego hizo apregonar y se la tomó, y Penagos se la dió con gran contento por salirse de tierra pan peligrosa. Concluso esto, Cepeda de Ayala juntó la gente y vecinos del pueblo y les dijo cómo traía comisión para repartir los indios, lo cual no se podía efetuar si no era echando primeramente los términos entrestre pueblo y la villa de la Palma, para lo cual él traía comisión; que les rogaba se animasen a ir con él porque la tierra estaba, como vían, de guerra y no se podía caminar si no era con junta de gente. Vinieron los vecinos en lo que Ayala decía, y ansí se aprestaron los que fueron señalados para el viaje, que serían treinta hombres, con los cuales Ayala caminó llevando lo más del camino la vanguardia con sus antiparras calzadas para quebrar las puyas de que había harta abundancia por toda la vía que llevaban. En la cual tuvieron muchos acometimientos de los indios de la tierra, que se ponían a defender algunos peligrosos pasos y a estorbar el pasaje a los españoles. Pero Cepeda de Ayala y los que con él iban lo hicieron tan bien que sin perder ningún soldado hobieron siempre vitoria de los indios, echándolos de los lugares altos que pretendían defender, haciendo muchas veces algún daño y estrago en ellos; con las cuales cosas y con la aspereza y agrura de la tierra padescieron muy muchos trabajos hasta llegar a la villa, donde fueron muy bien rescibidos y hospedados de los vecinos de aquel pueblo, en el cual era corregidor a la sazón don Antonio de Toledo, questaba

ausente en la cibdad de Mariquita, con quien se habían de hacer los conciertos y echar los términos por comisión especial del Audiencia a él dirigida. El cabildo de la villa despachó luego cartas a don Antonio para que se fuera para el efeto dicho; pero por su tardanza el cabildo deste pueblo y regidores de Muso que con Cepeda iban nombraron personas que los echasen y amojonasen, porque vino en ello y lo quiso así el corregidor de Muso, con esperanza de que lo confirmaría don Antonio.

Los árbitros nombrados echaron los términos de conformidad y hicieron sobrello sus autos, los cuales fueron confirmados por los cabildos de Muso y la villa de la Palma, que presentes estaban, haciéndose sobrellos muy fijas escrituras confirmando y aprobando lo hecho y prometiendo de no ir contra ello en ningún tiempo; lo cual dicen no haber cumplido los de la Palma después. Concluso el negocio desta manera, llegó don Antonio de Toledo y, juntándose con el corregidor Cepeda de Ayala, los dos nuevamente confirmaron y aprobaron los términos como los habían echado los árbitros y como los cabildos lo habían prometido de cumplir y guardar, todo por ante escribanos que dello dieron fe. Lo cual concluso, el corregidor y los demás que con él habían ido se despidieron y dieron la vuelta al pueblo de la Trinidad, donde de nuevo los indios que por el camino estaban poblados tornaron a tomar las armas para hacer nueva resistencia; pero nada les aprovechaba, antes siempre iban descalabrados.

Quiso Cepeda seguir otra vía de la que había llevado, por entender que sería mejor y más cerca; pero salióle peor y más larga, porque un español que se ofresció a guialles bien los metió por una montaña, donde, perdido el camino, les fué necessario irlo haciendo y abriendo con machetes, en lo cual tardaron dos o tres días, al cabo de los cuales fueron a salir al río y sabanas que por aquella parte estaban más cercanas al pueblo llamado Quiaquian, de donde

prosiguieron su vía por muchas poblaciones que por allí había, cuyos naturales salieron muchas veces a ofender a los nuestros dándoles muchas guazabaras y poniéndoles muchas puyas por el camino, según los demás indios de la provincia lo acostumbraban a hacer. Los nuestros usaban siempre de su valor, saliendo vitoriosos con grandes daños quen los contrarios se hacían.

Llegó Cepeda a la cibdad de la Trinidad después de cuarenta días que della había salido, donde fué bien y alegremente rescibido, sin que le hobiesen muerto los indios en el camino ningún español. Algunos se empuyaron, pero no murieron dello por la buena cura que se les hizo, cortándoles grandes pedazos de carne.

CAPITULO XXIII

En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala repartió los indios deste pueblo de la Trinidad y fueron encomendados por el presidente, y cómo después desto se entendió en la pacificación de los naturales por mano de Benito López de Poveda y del proprio corregidor, que los redujeron a la servidumbre, que algunos llaman paz y dominio del rey

Luego que Cepeda de Ayala volvió al pueblo de la Trinidad, quisiera hacer algunas salidas, ansí por ver o visitar los pueblos comarcanos, para mejor acierto y repartimiento y apuntamiento, como por ver si podría traer a sí a los naturales; pero tuvo en esto estorbo y contradición, porque los vecinos y soldados andaban ya cansados de los continuos trabajos pasados, y, demás desto, decían que querían ver si les cabían repartimientos en el apuntamiento que Cepeda de Ayala había rescibido y había de hacer; pues los que habían hecho Lancharo y don Lope estaban ya anulados, y ellos no poseían cosa propria; y que no solamente antes que sus trabajos pasasen adelante habían de ver repartida la tierra por Cepeda de Ayala, pero lo que se hiciese se había de confirmar y encomendar ante todas cosas por el presidente y gobernador del Reino.

El corregidor, viendo y paresciéndole que era justa su petición, acordó el ponerla por obra, y para mejor acertar en el negocio, a juramento de seis personas,

de las que mejor noticia tenían de los naturales y pueblos de la tierra, para que por escrito le diesen entera relación de todo ello. Lo cual efetuado hizo su apuntamiento bien ordenado, y gratificando enteramente a cada uno sus trabajos y servicios, y cerrado y sellado, se salió con él al Reino (mill y quinientos y sesenta y cinco por octubre) y lo llevó antel presidente para que lo confirmase, dondestuvo cuasi dos meses; después de los cuales volvió a entrar con el apuntamiento confirmado y encomendado de mano del presidente y halló la tierra en el estado que la había dejado, que fué a los naturales rebeldes y de guerra y a los vecinos pobres y necessitados y faltos de comida, como siempre lo habían estado, y algo discordes, porque algunos dellos se habían empezado a quejar de Ayala quen el apuntamiento que hizo los dejaba con pocos indios, y esos en mala parte, lo cual dende a poco claramente vieron, porque como el apuntamiento quel presidente hizo se abrió y divulgó, vieron patentemente lo que poco antes presumían o imaginaban; y así se quejaban públicamente del agravio que se les había hecho, y teniendo en poco lo que se les había dado, lo dejaron y se salieron al Reino por no estar sujetos a tantos trabajos y riesgos por cosa de tan poco valor y provecho.

Sosegadas estas quejas, el corregidor Ayala envió a Miguel Gómez con gente que fuese a castigar los indios de Pauna de los delitos quen matar a Juan Sánchez y a Juan de Carreño habían cometido. Fué Miguel Gómez y dió de noche en el pueblo, prendió a los culpados, y aun creo los inocentes, y fueron castigados ejemplarmente, sin que los españoles rescibiesen más daño de empuyarse Juan Patiño, que por ser bien curado y cortársele mucha carne de la herida no murió.

Pasado esto, Benito López de Poveda, teniente del corregidor Ayala, salió con veinte soldados a pacificar los naturales que hacia la poblazón de Topo había, con los cuales tuvo muy grandes guazabaras y

refriegas de guerra, acometiéndole a él los indios de día, y yendo él de noche a buscarlos a sus alojamientos y pueblos, en los cuales daba grandes alboradas, trayéndoles muy desasogados y alborotados; porque cuando los indios, por haberse escondido en lugares ignotos, pensaban que estaban seguros, amanecía sobre ellos Poveda y sus compañeros y allí los amedrentaban y hacían algún estrago en ellos, por ver que ni ningunos requerimientos de paz que se les habían hecho por mano de intérpretes no habían aprovechado cosa alguna con ellos, y valió tanto esta diligencia y cuidado con que así dos meses anduvo Poveda tras estos indios, que les compelió a que se humillasen y viniesen a ofrecerse con paz y amistad y a la servidumbre de los españoles, de suerte que toda la gente desta parte de Topo le salió de paz a Poveda, el cual los iba encomendando a sus encomenderos que estaban presentes.

Preguntóseles a estos indios por qué habían sido tan pertinaces en su rebelión. Respondieron que a persuasión del señor de los de Saboya y de sus capitanes, y especialmente de cierto mohán de aquel pueblo, que daba a entender a todos los indios que era inmortal y que había bajado del cielo y que les haría haber entera vitoria de los españoles.

Poveda y sus compañeros, con buenas guías que para ello tuvieron, fueron a dar en el valle y población de Saboya, donde prendieron algunos capitanes y principales agresores de los dichos, y habida averiguación de la culpa que tenían por sus confesiones, se hizo castigo dellos, y de allí se volvió Poveda a Topo, donde los naturales prosiguieron la paz que le habían dado y así mill dellos se fueron con él a la Trinidad cargados de comida.

Dende a pocos días salió el proprio corregidor con gente hacia la parte del Reino donde están los pueblos de Marpe y Minipuy y Copere y Nico y otras muchas poblaciones de gente muy bellicosa y guerrera, a causa de estar entrellos muchos indios ladinos

Moxcas que se han retirado de sus poblaciones y naturalezas por no servir a los encomenderos cuyos eran. Gastó en esta salida Cepeda de Ayala, con veintidós hombres que llevaba, más tiempo de tres meses, que ningún día dejó de tener acometimientos o gritas de indios, los cuales atrevida y desenvueltamente, con desvergüenza de bárbaros, se le allegaban y acercaban a mofar, haciendo muchos visajes con el cuerpo aquellos tienen por costumbre, alzando las piernas, mostrando las nalgas, dando barbeadas y muy grandes risadas, cosa cierta para perder la paciencia y no esperar con tanta flema la amistad de tan rústica gente. Pero como Cepeda de Ayala deseaba en extremo salir con su empresa al cabo, por la fama buena que dello se le seguía, no sólo lo sufrió todo, pero animaba a los que con él andaban, que muchas veces quisieron dejar lo comenzado, a que con buen ánimo soportasen los trabajos que padescían y los disgustos que los indios les daban, de los cuales no dejaban muchas veces de tomar venganza, dando de noche en las partes que se recogían, y allí unos amanescían sanos, y otros descalabrados, y otros muertos, que son cosas que semejantes pacificaciones suelen traer consigo.

Eran continuos en esta guerra más que otros ningunos los indios del pueblo de Copere, y ansí acometían y peleaban más briosamente que otros ningunos. Un día se acercaron bien cerca del alojamiento de los españoles a incitar a los soldados a que saliesen a pelear con ellos; y como por los nuestros fueron acometidos, volvieron las espaldas fingiendo que huían; pero cuando más cebados en su alcance iban los nuestros, revolvieron los contrarios con gracioso aire y denuedo de guerreadores y no como indios, y asestando sus flechas contra los nuestros, que los hobieran de hacer retirar; mas rescibiendo con buen ánimo esta revuelta de los bárbaros, se tuvieron los unos con los otros buen rato peleando pie a pie, que cosa que los indios pocas veces suelen hacer. Los arcabuceros hacían algún daño en los indios, y lo mesmo al-

gunos ligeros soldados del espada y rodela, que mezclándose entrellos los herían malamente en aquellos desnudos cuerpos, y ellos no rescibían daño ninguno a causa de ir cubiertos con sus sayos de armas. Con esta dañosa resistencia fueron compelidos los indios a retirarse con más priesa y más de veras que poco antes lo habían hecho, porque vían a algunos de sus compañeros muertos a sus pies. Quedaron los nuestros vitoriosos y con poco daño, porque solamente a Miguel Gómez se le dió un flechazo en un muslo, de questuvo a punto de muerte; pero mediante la buena cura que se le hizo escapó.

El corregidor y los que con él estaban, no cesando de andar de una parte a otra dando alcances a los indios, los vinieron a forzar y a apremiar que, dejando las armas, abrazasen la paz, pues con la guerra cada día se menoscababan; y así empezaron a salir de paz los indios de los pueblos nombrados arriba, y tras ellos todos los de la comarca, que fué gran contento para estos trabajadores y soldados. Fueron rescibidos con alegre rostro del corregidor, el cual les habló largo, dándoles a entender el bien y utilidad que se les seguía de ser amigos y tener paz y servir a sus encomenderos; lo cual los indios prometieron de hacer y cumplir, aunque de sus palabras hay bien poco que fiar.

Andúvose Cepeda de Ayala de pueblo en pueblo metiendo a los encomenderos en la posesión de sus indios por su propia mano, con que quitó harta lices y diferencias que pudieron haber sobrel entender y pretender cada cual más de lo que se le daba. Concluso este negocio se volvió al pueblo llevando consigo muchos indios cargados de comida. Y con esto fué casi general la paz en toda la provincia, mediante la fortuna y buenos hados deste caudillo; porque, demás de lo dicho, fué tan venturoso, que, aunque en diversas veces le hirieron muchos soldados, no peligró ni murió ninguno, aunqueras tocados de la ponzoñosa hierba. Atribúyese esto a la mucha diligencia que

ponía en curarlos, cortándoles y abriéndoles por su propia mano las heridas hasta dejarlos sin ninguna señal ni rastro de la hierba.

Todos los más soldados y vecinos deste pueblo han estado bien con el gobierno deste corregidor, por su afabilidad y llaneza y otras singulares virtudes y buenas gracias quen él hay que lo hacen digno de mucho merecimiento.

CAPITULO XXIV

En el cual se escribe cómo Poveda, entendiendo que los naturales de las poblaciones de Topo se habían revelado, fué a ellos con su gente y los halló pacíficos. Y cómo Cepeda de Ayala, después de haber venido últimamente del Reino, pobló las minas de las esmeraldas y salió tras Juan Patiño, que había ido de su autoridad con gente a buscar minas de oro

Era grandísimo el contento que los españoles tenían de verse servidos tan seguramente de los indios, lo cual pocos días antes tenían por imposible y que nunca habría efeto, como de lo escrito atrás se colige, y así los españoles como los indios comenzaron a mudar costumbres, porque los unos humillándose venían al pueblo a servir y a hacer rozas y labranzas a sus encomenderos, los cuales los recibían con más benevolencia y mansedumbre de la que pocos tiempos antes lo solían hacer; porquen la sazón que don Lope de Orozco entró a gobernar esta tierra halló en ella intröducida una malvada y severa costumbre, que por mano o industria de algunos carniceros soldados se había sembrado, y los que gobernaban la habían disimulado sin poner remedio en ello.

El caso era que, entre paz y guerra, muchas veces algunos indios venían al pueblo con título de que querían servir a sus depositarios, los cuales los levantaban que aquella su paz era cautelosa y doblada y a fin de ver y entender lo quen el pueblo se hacía; y lue-

go miraban los indios que les parecían algo mal agestados, y redargüíanles, juntamente con lo dicho, quel aspecto de su persona y mal visaje era clara señal y muestra de haberse hallado en algunas muertes de españoles; y con estas opusiciones, de su propia autoridad mataban los que les parecían, dándoles muertes crueles, cosa cierto indigna del nombre español, pues tan sin causa ofendían a los que habían de halagar, para que su paz fuese adelante. Estas cosas tenían atemorizados los indios de tal suerte, que aunque don Lope, en su tiempo, las extirpó y quitó, y no consintió que pasasen adelante, sino que a los indios que venían de paz, aunque fuese con cautela, se les hiciese todo buen tratamiento y recibimiento, y después desto Cepeda de Ayala, imitando su ejemplo, hacía e hizo lo mesmo, no bastaron a desarraigar de la memoria o imaginación de los indios las crueldades referidas, sino que les parecía que cuando más seguros estuviesen se había de hacer con ellos lo que de antes, y así, aunquen este tiempo su paz era sincera, siempre venían con este escrúpulo y temor; pero obedescían y hacían lo que los españoles les mandaban, que solamente se extendía a labrar y hacer rozas para sus encomenderos.

En esta sazón subcedió una cosa que por parecerme algo incitativa a risa la diré aquí.

Benito López de Poveda tenía encomendado un pueblo llamado Ivama, cuyo principal o cacique era un poco hechicero o mohán, que se entiende persona que tiene pactos con el demonio. Este indio vino, como todos los demás, de paz y a ver y seguir a su encomendero, el cual, entre otras cosas que le habló, le dijo, por vía de encarecimiento, que no curase de andar más en alteraciones y rebeliones, pues tan poco le habían de aprovechar y por fuerza o de grado le habían de servir él y sus indios hasta quen el cielo no hobiese sol ni luna. El indio, cuasi admirado y aun enojado de oír esto, después de haber estado un poco suspenso, respondió con alguna cólera, como hombre

que le parecía que, por tener al demonio de su banda, cualquier cosa le sería factible, y dijo: que pues no estaba más de en aquello la conservación y perpetuidad de su libertad, que él quitaría la claridad de las dos luminarias o las suspendería o apartaría de donde Poveda no las viese, para que lo que decía no se efetuase. Alteróse de oír esta loca respuesta Poveda, diciendo que lo decía el indio debajo de entender que con su demonio o familiar lo podría efetuar, y así le quiso maltratar de veras; pero el indio, por redimir subjeción, comenzó a reírse aunque sin gana, y a decir que no haría nada de lo que había dicho, con que dió a entender que pasaba tiempo. Y en verdad que, según tienen de arraigadas los indios las cosas quel demonio les dice y da a entender, no me maravillo queste bárbaro tuviese por factible lo que decía, pues con solo el soplo pretenden ahuyentar y retirar la niebla y lluvia que sobrellos viene; superstición muy general en todos los naturales deste Nuevo Reino y de todas las provincias comarcanas a él.

Los indios de la comarca y poblazón de Topo, como con la larga guerra y el estrago quen ellos se había hecho les habían apocado las comidas, ocupándose en cavar y sembrar, se detuvieron algunos días que no fueron a la cibdad de la Trinidad, por lo cual los españoles tuvieron dellos sospecha que se habrían tornado a rebelar. Y para remediarles con tiempo y que no tuviesen lugar de fortalecer los caminos con puyas, salió con presteza Benito López de Poveda, teniendo, con alguna gente española y metióse por las poblazones destes indios, a los cuales halló sosegados y en sus pueblos y quitados de lo que se les oponía; y siendo interrogados de la causa de no haber ido al pueblo, dieron por descargo la ocupación de sus labores.

En este mesmo tiempo salió Cepeda de Ayala a Sancta Fee a dar noticia y relación de la paz y quietud de los naturales, y Poveda con sus compañeros se an-

duvieron casi dos meses por estas poblaciones de Topo, halagando los indios y confirmándolos en su amistad y paz, sin quentre ellos y los naturales hobiese ninguna discordia, ecepto un pueblo llamado la Paz, encomendado a Juan González, cuyos naturales, a persuasión de algunos fugitivos quen su compañía tenían y de ciertos pueblos Moxcas sus vecinos, se estaban obstinados en su rebelión, y por que éstos no fuesen causa de que otros se alterasen acordó Poveda ir a dar en ellos. Y para cogerlos más descuidados caminó de noche llevando velas encendidas para ver el camino por donde habían de caminar, que, demás de ser muy montuoso y arcabucoso, era estrechísimo y asperísimo. Pasaron con las lumbres una senda que atravesaba por ciertos andenes de peña tajada de muy gran despeñadero y hondura; mas como era de noche no se les podía representar ni ellos podían ver el peligro en que iban; pero desde otro día volviéndose llegaron a este paso, no hobo hombre que osase ni quisiese pasar por él, porque les parecía que no sólo era temeridad, pero quera manera o género de desesperación, pecado gravísimo y abominable, aunque algunos indios no lo tienen por tal, porquellos mesmos se dan la muerte despeñándose, matándose o ahorcándose con una diabólica esperanza o imaginación quel demonio les ha puesto, dándoles a entender que mientras más aina salieren desta vida gozarán de fuego eterno, qué les dice ser un paraíso de deleites abundoso de muchas comidas, de lo cual en otras partes desta historia se trata más largo.

Poveda y los que con él iban dieron aquella mañana en Tapaz; pero habían sido sentidos de los indios, y así no hallaron gente en el lugar; pero todavía por allí cerca se tomaron algunas personas, con que adelante efetuaron la paz. Volviéronse, concluso esto, al pueblo de la Trinidad, donde hallaron al corregidor Cepeda de Ayala, que ya había vuelto de Sancta Fee, el cual luego se fué con gente y asentó su ranchería en las minas de las esmeraldas, y se comenzaron a la-

brar, y permanesciendo su labor y el sacar piedras dellas hasta este nuestro tiempo.

Al tiempo questa última vez volvió a entrar Cepeda de Ayala en Muso halló que Juan Patiño, a quien, por ausencia de Poveda, había dejado por su teniente, era salido del pueblo con gente pocos días había a buscar minas de oro. El corregidor, teniendo noticia que Patiño no andaba muy apartado del pueblo, le escribió que no pasase adelante, porqué quería salir con ellos a buscar las minas y a descubrir y ver ciertas poblaciones de indios con las cuales pretendía satisfacer y contentar a algunos quejosos. Escribióle también que a cierta parte o puesto señalado enviase algunos soldados que de allí le acompañasen para ir más seguro de las acechanzas de los indios y que dello le avisase. Patiño, a persuasión de algunos amigos suyos, y él que se lo tenía en voluntad, no quiso responder ni hacer nada de lo quel corregidor le había escrito, antes luego se metió la tierra adentro en seguimiento y descubrimiento de minas. Ayala, con la tardanza de la respuesta, presumió lo que Patiño hacía o había ya hecho; por lo cual tomó consigo doce soldados y salió tras él, pensando alcanzarlo; pero el Patiño, aunque anduvo por muchas partes cateando y buscando las minas de oro, no se detenía nada en ningún lugar, mas siempre caminaba apresuradamente y de suerte que los que iban tras él no le pudieron dar ni dieron ningún alcance, y así los unos y los otros se anduvieron itinerando y dando guiñadas de una parte a otra cuasi dos meses, sin poderse juntar, y al cabo deste tiempo entró en el pueblo Patiño y dende a dos días Cepeda de Ayala, quejándose, y con razón, de lo que había hecho y usado Patiño con él; porque aunque en el camino tuvo noticia de quel que le iba siguiendo era su capitán y corregidor, haciéndose sordo de industria y pasando por ello, no lo quiso esperar. Disculpábase Patiño con decir que tendía o había entendido quel que lo seguía era Poveda, que como teniente general le iba a quitar la

gente y a despojar del cargo. Nacieron de aquí algunas discordias entre los soldados y vecinos, unos aprobando y otros reprobando lo hecho; pero todo lo mitigó y apaciguó el corregidor con su mucha cordura.

En esta jornada no hubo ninguna guazabara entre los españoles e indios, porque todos los más de los naturales estaban pacíficos, y los que no lo estaban no osaron hacer ningún acometimiento.

CAPITULO XXV

En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala salió en busca de minas de oro y fué a dar a la cibdad de Vélez, y de allí se volvió a entrar en Muso y fueron descubiertas minas de oro por Poveda. Conclúyese aquí la guerra y conquista de los españoles y dícese los muchos quen esta tierra han sido muertos

En los pueblos del Nuevo Reino que no tienen minas de oro les parece que, aunque tengan esmeraldas y otras riquezas, que no tienen ni poseen riqueza alguna; porquel oro, dejado aparte su estimación que sobre todos los otros metales tiene, parece quen alguna manera tiene la propiedad de la piedra imán, que atrae a sí algunas cosas; porque adonde quiera que haya minas de oro que se labren y se saquen, allí más que a otra ninguna parte acuden en más abundancia las mercaderías y mantenimientos. Sólo a Sancta Fee y Tunja, en este Reino, aunque no tienen minas de oro, acuden y son bien proveídas de todo lo necessario; porque los indios destas dos cibdades es gente, como se ha dicho, de grandes contrataciones y hacen muchas mantas y ropa de algodón, con que alcanzan gran cantidad de oro; y ansí pagan buenas demoras e tributos a sus encomenderos. Algunos pueblos hay que carescen deste beneficio de las minas de oro, por lo cual se sustentan muy trabajosamente los vecinos dellos, por no poder dar a sus encomenderos otros géneros de tributos con que se pudiesen susten-

tar; y aunque, como se ha dicho, en este pueblo de la Trinidad tenían minas de esmeraldas y las labraban, no por eso participaban en general los vecinos de la riqueza, ni todos habían provecho dellas, porque no son tan generales en el bien hacer como las del oro, en las cuales el grande y el chico, el rico y el pobre, todos participan, y aunque no todas veces por iguales partes, pero son en ellas aprovechados todos; y lo que no tienen las esmeraldas, como he dicho, ni las de plata ni otros metales. Y por esta causa los vecinos de la Trinidad con gran instancia procuraban quen esta su provincia se descubriesen y buscasen minado con ellos algunas jornadas por la vía aquellos dios que afirmaban haberlas y labrarlas, sacando oro dellas, en tiempos pasados, sus mayores. Por lo cual de nuevo fué incitado y persuadido el corregidor a ir las a buscar y a descubrir.

Salió al efeto con veinte y seis soldados y corrió la tierra por muchas partes con indios, que, como he dicho, ellos se ofrescían de ponerles en las manos las minas, pero jamás se efetuaba cosa alguna; porque después de que los soldados les seguían y habían caminado con ellos algunas jornadas por la vía aquellos guiaban y decían estar las minas, cuando con mejor esperanza caminaban, las guías aflojaban y decían que no sabían de minas, y que si quisiesen los matasen y ahorcasen o hiciesen lo que les pareciese dellos; y algunos había que se echaban en el suelo y se revolcaban y hacían muchas cosas curiosas, a manera de endemoniados. Y desta suerte anduvo Cepeda de Ayala y los que con él iban muchos días sin hallar rastro de oro.

Llegaron al pueblo de Parequia, ques junto a términos de Vélez, y allí se le empuyó un soldado, por lo cual no pudo caminar el corregidor con toda la gente junta y hobo de dejar en este pueblo a Poveda, su teniente, con los más soldados; y él con doce compañeros caminó en demanda de un pueblo llamado Pompa, donde le habían dado por noticia que había muchos

indios y muy ricos y que sacaba oro de minas. Atravesó Cepeda de Ayala muchas y ásperas montañas despobladas y de trabajoso camino, por donde así él como los que le acompañaron padecieron muy grandes trabajos y necesidades; y después de haber andado ciertos días por esta mala tierra fueron a salir a Sapo, pueblo de indios en la provincia de Vélez, encomendado en Castro.

Pesóles a estos españoles el que su trabajo hobiese salido en vano y procuraron informarse de los indios si había por allí minas de oro. Respondieron que no las había en su tierra, ni sabían dellas, antes habían entendido quen la tierra de los Musos las solían labrar. El camino que habían llevado por donde salieron a este pueblo era tan fragoso y trabajoso, que no se atrevieron los soldados a volver por él a Perequia, donde Poveda había quedado, y así se vinieron derechos a Vélez, donde fueron bien rescibidos y proveídos de lo necessario para su camino; y tomándolo por otra parte más cercana y andadera, se volvieron a juntar en Parequia con Poveda, donde llegó Cepeda de Ayala con alguna indisposición, por lo cual le fué necesario descansar y reposar allí algunos días, en el cual tiempo Poveda salió con doce soldados a seguir el descubrimiento de las minas de oro la vía del pueblo Atasor, por donde hasta entonces no habían andado. Llegaron a este pueblo y proveyéronse de comida y pasaron de largo hasta en ciertas quebradas que buen trecho deste pueblo estaban, en las cuales catearon y buscaron oro. Hallaron rastro dello; porque se sacaron algunas pequeñas puntillas, que dieron muy gran contento y alegría a los soldados, porque comúnmente los principios de descubrimiento de las minas de oro son muy pequeños y andando el tiempo y labrándose y siguiéndose vienen a descubrirse grandes riquezas.

La orden quen esto se tiene, que llaman catear y buscar minas, principalmente procede de un buen distinto o conocimiento que los hombres suelen tener,

juzgando por las señales quen las tierras e riberas de ríos ven si dan o no muestra o esperanza de haber oro en las entradas de la tierra; y consecuente a esto se sigue el cateo, ques en la parte del río o quebrada o arroyo que les paresce hacer un hoyo o cavar hondablemente hasta llegar a lo fijo de la tierra que no ha sido movido, a lo cual llaman la peña; y como el oro es pesado, continuamente hace sobre aquella fijeza de tierra su asiento, y por junto a ella van sus veneros a la tierra donde comúnmente se cría, que llaman cascajo, y de aquel venero cogen en unas bateas de palo, que son redondas, y en círculo redondo se van hondando y ensangostando hasta quedar en un solo punto en medio. En el centro della suele tener de hondo un palmo, y más y menos, y de ancho dos y medio, como he dicho, en círculo redondo; y a los medios del borde quedan ciertas puntas de la propia madera por donde las tienen; en lo alto serán de grosor de una ancha pulgada, y en lo bajo más fornidas, por respeto de que con aquella parte trabajan más. Con éstas sacan este venero o último cascajo, como he dicho, y lo lavan meneándolo dentro della para quel oro se vaya al fondo, y luego menean toda la batea a la redonda, de tal suerte que con el agua que tiene dentro, teniéndola siempre fija en las manos, va despidiendo y echando la tierra fuera, como más liviana, y el oro, como más pesado, siempre se va retirando al asiento de la batea. Y son tan ingeniosos y diestros los que lo hacen, que una sola punta de oro no se les cae ni sale fuera de la batea, y ansí donde quiera que se dan estas catas, si en la forma dicha no se saca oro, es cierta señal más que otra ninguna de que la tierra no lo produce ni el río donde catean lo tiene.

Y fué en el descubrimiento destas minas tan solícito Poveda y los que con él iban, que, aunque la necesidad y trabajos que padescían les ofrescía justa ocasión para volverse atrás, no lo quisieron hacer sin primero hacer lo que hicieron en descubrir las minas dichas, de donde pasaron más adelante, pretendiendo

hallar otras más ricas minas. Pero por algunos ríos que se les pusieron delante y el tiempo, que con muchas aguas les era contrario, dieron la vuelta adonde Cepeda de Ayala había quedado, al cual hallaron en el pueblo de Atasor, que se les había acercado, de donde se vinieron a la Trinidad.

Cepeda de Ayala se salió luego a dar cuenta del descubrimiento destas minas al presidente y a que encomendase ciertos pueblos de indios que había tenido por noticia, los cuales salieron inciertos y sus encomenderos burlados, ques cosa que no se había de permitir el dar estas noticias, que, demás de causar grandes pleitos y diferencias entre encomenderos que los pretenden, el que piensa que tiene algo en ellas no tiene nada. Tornó Poveda a hacer otra salida para ver si podía hallar los pueblos que se habían dado por noticia, y anduvo más de cincuenta días con veinte y dos compañeros por partes bien trabajosas para ellos, sin hallar nada de lo que buscaba. Llegó a las minas de la Palma, que son en los confines del uno y de otro pueblo, y quiso hacer ranchería de minas; pero el trabajo y necesidad que los naturales de aquel valle padescían en esta sazón de falta de comida no les dió lugar a que hiciesen lo que querían; y así se volvieron bien cansados y trabajados a su pueblo.

Otras muchas salidas se han hecho y hacen cada día por los españoles a algunas partes desta provincia; pero, por ser cosa de poca importancia, no las escribo aquí. Sólo diré, y con esto concluiré lo que toca a los españoles, que agora y por mucho tiempo adelante no osarán ir solos a su repartimiento cada encomendero, porquel brío destes indios, aunque bárbaros, es tanto, que todas las veces que les ofrescieren ocasión yéndose uno o dos españoles a sus pueblos los han de matar; y así se tiene buen gobierno en esto, porque aunque quieran los propios encomenderos por sí solos irse a los pueblos de sus indios, la justicia no se lo consiente ni da lugar a ello, por evitar el daño que dello puede subceder; porque en ma-

tando españoles se han de tornar a rebelar de nuevo y a guerrear con la obstinación que de antes.

Han hecho de poco tiempo a esta parte puentes en los ríos que impiden el pasaje y han aderezado muchos caminos por donde andan caballos y son cosas principalísimas y de mucha importancia para la perpetuidad, paz y quietud y bien universal de la tierra, con todo lo cual, así en paz como en guerra, han trabajado valerosamente todos los más que al presente son vecinos deste pueblo, cuya pacificación ha costado harta sangre de españoles; porque desde quentró Lanhero a pacificar esta provincia esta última vez y pobló este pueblo de la Trinidad, han muerto hasta este tiempo cien españoles, todos heridos y tocados de la ponzoña a quien impropriamente llaman hierba, pues, como en otra parte he dicho, el betún ponzoñoso que ponen en las flechas no lleva ningún zumo ni género de hierba, sino mezclas de culebras y sapos y otros animales ponzoñosos, y estos sin los que antes en la propria tierra fueron muertos con la misma ponzoña a manos de los indios, quen ella entraron en diferentes tiempos los capitanes Martínez y Pedro de Orsúa, que dos veces entró, y Melchior de Valdés, como al principio deste libro más particularmente traté.

Estuvo en estos tiempos en esta provincia de Muso y de la Palma por corregidor y justicia mayor Juan Juárez de Cepeda, natural de la cibdad de Toledo, el cual en término de tres años questuvo en el cargo hizo muchas cosas buenas y provechosas a la tierra y naturales della, especial en los caminos y puentes, como queda dicho.

CAPITULO XXVI

En el cual se escribe la manera de las vetas y tierra donde se sacan y crían y hallan las esmeraldas de Muso, y algunas cerimonias y costumbres de los naturales desta provincia

Atrás queda escrito la manera cómo se descubrieron y repartieron las minas de esmeraldas. Sólo me resta decir aquí cómo se sacan y la calidad de la tierra dellas y lo que más acerca desto nos pareciere tratar.

La primer mina que se descubrió, con las demás que junto a ella se dieron y repartieron, son llamadas de la Ruin Laya, ques como decir imperfecta o de mal verdor, por respeto destar en parte sombría y donde no la da el sol, si no es mediodía. La cama o cuchilla dondestán estas minas corre Norte Sur. Las piedras quen estas minas se han sacado, aunque han sido muchas, han valido poco, por respeto de ser, como he dicho, de ruin laya, verdor imperfecto. El lugar destas minas tienen donde se hallan y crían las esmeraldas es una veta de piedra negra avolcanada, de tal suerte que los que andan trabajando en estas minas, respeto del negror de la tierra, parece que andan tiznados o entintados. Las piedras de la veta van muy bien puestas y ordenadas, según que la sabia Naturaleza las creó y compuso, dentre las cuales, como he dicho, se crían las esmeraldas; y algunas se hallan aplastadas y pegadas en la peña viva.

Al presente no se labran estas minas, porque des-

pués dellas se descubrió otras apartadas media legua destas por Benito López de Poveda, y llaman las minas de la Buena Laya. Corren, como las otras, Norte Sur; pero están en parte que desde quel sol sale hasta que se pone las baña y calienta. Las piedras que aquí se sacan son de muchas maneras o verdores; porque se han sacado muy finísimas piedras y de gran perfección y valor, y otras menos, y otras no tales. El lugar donde se crían estas minas de la Buena Laya son betas de a manera de calcidonia, y otras diferentes colores; pero por experiencia se ha visto ser la veta que mejor y más finas piedras ha dado y criado la leonada que tira un poco a requemada, y luego tras ésta la jabalí o calcidonia habada.

No se halla lugar proprio dónde estas piedras se crían, quiero decir que no sólo se hallan en las vetas de las piedras ya dichas, pero dentro de guijarros y peñas vivas, y en tierra muerta, y en arena; ni menos hay certidumbre de quen la una veta se críen piedras finas y en la otra ruines, porque en todos los géneros y diferencias de vetas se hallan o han hallado de todas suertes de piedras, buenas y malas, y perfetas o imperfetas. En estas minas que Poveda descubrió se han sacado muchas y muy ricas piedras y de mucho valor, entre las cuales fueron señaladas una que pesó cien pesos y medio, ques una libra y cuatro adarmes. Esta, por ser cosa pertenesciente a reyes y grandes señores, fué pedida y retenida por los oficiales del rey, los cuales contra la voluntad de su dueño, queran Cepeda de Ayala y Poveda y otros, la enviaron a España a Su Majestad sin ponerle precio alguno, porque no hubo quien se atreviese a valiar perfetamente lo que valía. Otra piedra esmeralda se sacó en toda perfección fina, que pesó cuarenta y uno o cuarenta y dos pesos, ques poco menos de media libra, y otra de hasta catorce o quince pesos, de perfeta laya, las cuales ansimesmo fueron llevadas a Su Majestad. Y ultra destas minas, en el proprio cerro se van descubriendo y labrando cada día otras.

El orden de labrarlas es ir cavando la tierra a pala de azadón siguiendo el rastro de las vetas, hasta dar en las bolsas principales o lugares donde se crían y hallan las esmeraldas. El sitio destas minas es tierra templada, aunque más cálida que fría.

De las naturalezas y propiedades de los indios no daré tan larga noticia como quisiera porque con las continuas guerras no ha habido lugar de investigarse y saberse estas cosas con la curiosidad que se requiere, y así sobresto será poco lo que describiré.

La gente es bien dispuesta y bien agestada, ecepto que les da un poco de desgracia el hacerse las cabezas chatas o llanas por delante, desde la punta del cabello para arriba. Andan todos desnudos sin traer sobre sí cosa alguna, ecepto las mujeres, que para cubrir sus partes impúdicas se ponen pampanillas, que son un pedazo de manta de algodón de hasta dos palmos de largo y otro de ancho, guarnecida con cuentas blancas, que con dificultad y trabajo hace el oficio que le es encargado, y los varones traen el sexo genital cubierto con un cincho o bolsa hecha de apretada red. En sus casamientos no son menos bárbaros que los demás indios; porque como estén o sean naturales de un propio pueblo, aunque entrellos no haya parentesco ninguno, no se pueden casar, y el que tal hiciese sería gravemente castigado, y así celebran sus casamientos con mujeres de otros pueblos. Toman una y dos y más mujeres, las que pueden sustentar; y como sean ellas de diferentes pueblos y el marido tenga hijos en todas, los unos se pueden casar con los otros, porque dicen que, por aquella diferencia de las madres, no tienen ningún parentesco entre sí los hijos de un mismo padre. Cosa por cierto de gran barbarería y rusticidad.

El orden de sus casamientos es hablar el desposado a la madre de la novia que se la dé por mujer, y si ella viene en ello, él le ha de hacer una roza o labranza de maíz junto a la casa de la suegra, y para la desposada ha de dar una o dos mantas, y con esto

queda el casamiento hecho, y él se lleva su mujer y tiene libertad de dejarla por leves causas; y si ella se quiere apartar dél, le vuelve su manta o lo que le ha dado y con esto queda deshecho el casamiento.

Son grandes labradores, a cuya causa cogen mucho maíz, de donde les viene ser muy grandes borrachos, cosa muy general entre indios. Túrales la borrachera o el beber con sus bailes y cantos un mes y más y menos tiempo, adonde van muy pintados y emplumajados y con sus arcos y flechas, los cuales traen en las manos mientras andan bailando a la redonda asidos unos a otros. Cuando se embriagan se dan muchas veces con las flechas y se hieren malamente, por lo cual tienen las mujeres cuidado de, en viéndolos embriagados, halagarlos y quitarles las armas por que no se maten. Algunos, a fin de que los tengan por valientes, se hieren ellos mismos con flechas enherboladas y ponzoñosas, a los cuales por curarles cortan mucha carne hasta desarraigar de todo punto la hierba que va cundiendo, y si escapa este tal, es tenido por singular.

Los principales quentrellos hay no son por prosapia de sus pasados, sino por tiranía de sus obras. Porque aquel que hace cosas más señaladas, a aquel obedescen por principal.

Los llantos que por los difuntos hacen no son nada lacrimosos, mas a imitación casi de aullidos de perro, los cuales van acompañados de mucho vino que beben, lo cual les tura ocho días, después de los cuales lo entierran en un hoyo hondo y redondo a manera de silo; y pasados seis meses se tornan a congregarse y a hacer cierta conmemoración y llanto por el muerto en la forma dicha. Y hecho esto y pasado este tiempo, tiene la viuda licencia de casarse, y antes no.

Es gente muy supersticiosa y agorera, en tal manera que si salen de su casa para ir a alguna parte, aunque sea negocio muy importante, si ven algún pájaro nocturno u otra cualquier ave o cosa que no

les agrade, se vuelven atrás y dicen que no es buena señal la que han visto para caminar.

Demás del maíz, yuca, batata y otras raíces y legumbres que para su mantenimiento crían, acostumbran comer culebras, lagartijas, ratones, cigarrones, gusanos y otras muchas sabandijas inmundas; y aunque comen carne humana no comen de la de sus naturales y compañeros, sino de indios de otros pueblos habidos en la guerra, y ésta no la comen todos, sino los más valientes.

Es tenuta por gente sucia, enfermedad muy general en las Indias. Los dientes les sirven de cuchillos.

La provincia, como se ha dicho, es muy fragosa y muy caliente y de muchas frutas naturales de la tierra y de grandes y hondos ríos, en los cuales se cría mucho pescado.

LIBRO TRECE

En el libro trece se escribe cómo los vecinos de Pamplona pidieron en el Audiencia se poblase una villeta en el valle de Santiago, sufragana a Pamplona, para que más seguramente se pudiesen servir de los naturales quen aquel valle tenían encomendados. El Audiencia nombró para este efeto al capitán Maldonado, vecino de Pamplona, y juntando la gente que pudo se metió descubriendo por algunas poblazones y valles comarcanos a Santiago, después de lo cual pobló la villa que llamó de San Cristóbal, en el propio valle de Santiago, no sufraga a Pamplona, mas libre.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo los vecinos de Pamplona pidieron en el Audiencia que se les diese licencia para poblar una villa en el valle de Santiago, y cómo les fué dada y nombrado por capitán para el efeto por el Audiencia a Juan Maldonado, vecino de Pamplona

Aunque Juan Rodríguez Juárez descubrió el valle de Santiago, quen lengua de sus propios naturales es llamado Zorca, y lo adjudicó por término de Mérida, ningún derecho adquirió con esto para que le quedase sufragano a su pueblo, ni los indios en las personas a quien él los encomendó y señaló; porque como muchos años antes desto el general Pedro de Orsúa, que pobló a Pamplona, llegase hasta las poblaciones de Cúcuta y diese vista a la loma Verde, que lo que Juan Rodríguez llamó el pueblo de la Guazabara, encomendó este pueblo de la Guazabara y otro valle que por noticia tenían estar adelante, llamado antiguamente Zania. Y demás desto, dió otras muchas poblaciones y caseríos dende la loma Verde adelante, quentraban en las poblaciones deste valle; de todo lo cual hizo cédulas de encomiendas a vecinos de Pamplona, que fueron confirmadas por el gobernador Miguel Díaz y después dél por el Audiencia Real, pues como este valle de Santiago estuviese apartado de Pamplona más de doce leguas y los encomenderos no se atreviesen a entrar en él ni en sus poblaciones a servirse y aprovecharse de los indios,

por ser bellicosos e indómitos y que si no era con violencia no les hacían humillarse, concertaron quen este valle se poblase una villeta sufragana a su pueblo, que no tuviese más jurisdicción de la quel cabildo de Pamplona en ella pusiese. Lo cual no se atrevieron a hacer de su autoridad, porque ya el Audiencia les había amenazado por la licencia que habían dado a Juan Rodríguez Juárez para ir a buscar minas con junta de gente, y le habían suspendido y anulado las comisiones que antiguamente tenía y puéstoles pena para que no consintiesen ni diesen licencia a que nadie saliese de Pamplona con junta de gente. Y para evitar todos estos inconvenientes enviaron un procurador al Audiencia con informaciones de la necesidad que había de quen aquel valle se poblase la villa en la forma dicha, demás de quera grandíssimo el peligro y riesgo que los caminantes y pasajeros que habían de ir a Mérida corrían de ser muertos y flechados de los naturales deste valle y de otros questán comarcanos al camino, porque forzosamente habían de pasar por este valle de Sanctiago, cuyos naturales podían hacer todo el daño que quisieran en los pasajeros como no fueran en cantidad y bien armados.

Estas y otras causas muy urgentes tenían los vecinos de Pamplona y su procurador para questa licencia se les concediese por el Audiencia Real, las cuales, como he dicho, presentaron, con bastante averiguación de testigos, ante los oidores, quen aquella sazón eran los licenciados Grajeda, Artiaga, Angulo y Villafañe, por los cuales vista la necesidad que había de quen el valle de Sanctiago se poblase una villa, dieron la licencia como de parte de Pamplona les era pedida; y para que la poblase y reparatiese los naturales que a ella habían de ser sufraganos nombraron al capitán Juan Maldonado, vecino de Pamplona, como a persona que ya tenía bastante experiencia de semejantes negocios, y le dieron poderes y provisiones e instrucción de lo que debía y

había de hacer, y aun de parte de los propios vecinos se pidió que se cometiese a él el negocio, porquenterellos era persona principal y tenida en mucha reputación y estimación, así por el valor y reputación de su persona, quera mucho y digno de no ser menospreciado, como por ser tenido por caballero y de linaje ilustre y descendiente de una cepa tan principal, y a quien no sola España, pero todas las Universidades del mundo donde la ciencia se profesa y enseña tanto debe, como fué el maeso Antonio de Lebrija, luz y esplendor de la gramática y latinidad.

Es este Maldonado hombre de buen juicio y de agudos dichos y muy graciosos, de los cuales se precia él mucho, aunque por ello y hablar libremente es algo aborrescido de gentes de robusta condición y que no querían ver a otros que supiesen hablar; pero como es hombre que tiene lo necesario, sin haber de acudir ni respetar a otro, menosprecia las quejas de semejantes y muchas veces dice que por decir un buen dicho qué quiere perder un amigo, y como en esta parte es ya conocido de todos, antes se llegan a oírle hablar, aunque los lastime y muerda agudamente, que perder su buena conversación, y sobre todo se hapreciado mucho de la jineta, en la cual tiene entre quien le conoce fama y loa de muy buen jinete y que graciosamente se pone sobre un caballo y lo manda y gobierna. Ha sido hombre venturoso entre indios, porque con haber seguido la guerra dellos más de veinte y cinco años y haberse hallado en muchas guazabaras, jamás le han herido ni lastimado y, demás desto, dondequiera que ha capitaneado siempre ha evitado y aborrescido la severidad y crueldad contra los indios, y así continuo antes que otro ninguno los traía de paz y a su amistad.

Aceptó Maldonado con pesadumbre la comisión que el Audiencia le enviaba, y no quisiera usar della porque temía la mesma persecución que contra Juan Rodríguez Juárez había venido casi por su propia mano, porque en semejantes poblaciones y descubri-

mientos no se excusan algunas muertes de indios, que locamente se meten por las puntas de las lanzas y espadas, o que con necia obstinación se hacen fuertes en sus pajizas casas, donde por mano de severos soldados resciben la pena que les quieren dar. Llueven después casi todas estas cosas sobre el propio capitán y siempre quien las acusa las glosa y hace más feas de lo que son, y ponen a un hombre que por aquellos tengan que comer ha gastado su hacienda, en detrimento de perder la honra y vida, porque nunca falta un juez apasionado que dé oídos a los tales y mande que se haga lo que desean, y sin tener atención, como sería justo que se tuviese, a lo que el capitán ha servido al rey, lo cual tratan y persiguen hasta dejarle en el hospital y a veces en lugar más afrentoso.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo Maldonado salió de Pamplona con gente y pasando por el valle de Cúcuta fué a Zania, poblazón de antigua fama, y de allí, enviando primero a descubrir, se pasó al valle de Quenemari y le salieron los indios de paz

El capitán Maldonado comenzó luego a usar de su comisión juntando gente y soldados para el efeto de su jornada, en la cual no sólo había de poblar, pero descubrir y pacificar los indios quen círculo del valle de Sanctiago había; a la cual jornada fueron promovidos a ir muchos vecinos de Pamplona y encomenderos de indios, paresciéndoles que como la villa, según ellos, lo pretendía, había de ser sufragana a Pamplona, que podrían tener indios en entrambos pueblos y aprovecharse de todos; pero estos sus designios fueron frustrados, según adelante se dirá.

Juntáronse, entre soldados extravagantes y vecinos de Pamplona, hasta treinta y cinco hombres, con los cuales el capitán salió de Pamplona y, atravesando por Cúcuta y la loma Verde de la Guazabara, fué a ver y descubrir el valle de Zania, llamado así de sus propios naturales, el cual, por la antigua y gran noticia que dél se tenía, creyeron los españoles que fuese alguna gran poblazón y de muchos naturales; lo cual pareció al contrario, porque como Maldonado y los demás soldados entrasen en él, vieron manifiestamente el engaño en que antes habían estado; pero con todo esto fueron bien hospedados de los naturales, que les salieron de paz y con mucha comida al camino de pescado, yuca, maíz, batatas, aviamas y

frijoles, de lo cual tenían en abundancia; porque aunquel valle es de pocos naturales, es muy fértil y abundoso de todas comidas y tierra muy templada.

Alojóse en él Maldonado por parecerle que, por ser pocos los naturales y haberles salido de paz, podría, quedando allí con pocos compañeros, enviar adelante a descubrir; porque aunque los indios decían que adelante había muchas poblaciones, era la tierra por donde habían de ir montuosa y muy áspera y había necesidad de que pasase primero gente delante, descubriendo el camino y lo quen él había, para que con los caballos y el demás carruaje no se caminase ciegamente y diesen o se metiesen donde no pudiesen salir ni pasar adelante, ni volver atrás. Envió Maldonado a este efeto a Niculás de Palencia, hombre anciano y que se había hallado en la destrucción y ruina de Cubagua y en otras jornadas que de Venezuela se hicieron, y con ciertos compañeros y coadjutores fué por una agria y apretada montaña abriendo camino con machetes, hachas, y con azadones allanando la tierra, porque, aunque iban por camino de contratación de indios, era en sí tan ciego y cerrado, que si no era agobiados y abajados y con mucho trabajo, no podían andar por él; y así con mucho trabajo de los españoles que lo iban abriendo y haciendo llegaron a dar vista a la poblazón y valle quen lengua de sus propios naturales y moradores era llamado Quenemari, pero por ir pocos y sin caballos, y faltos de arcabuces y de otras cosas necesarias, no quisieron demostrarse a los indios, ni dar en el pueblo, por no dar ocasión a que se desvergonzasen contra ellos y les hiciesen algún daño; porque los indios, como reconozcan tener un poco de ventaja a los españoles, síguenlos con mucha audacia y brío, y si comienzan a cobrar y tener temor y miedo, no hallan dónde estar seguros.

Volvióse Palencia a Zania, donde había quedado el capitán Maldonado con la demás gente, quedaría apartado cuatro leguas, para que todos los españoles

que había fuesen juntos a Quenemari, valle que, como he dicho, había él descubierto. Maldonado se apresó, y dende a tres o cuatro días, siguiendo el camino que Palencia había hecho y abierto, entró en este valle de Quenemari; y porque los indios daban muestras de querer esperar con las armas en sus casas a defenderlas, Maldonado, como hombre que aborrecía de todo punto el desrramamiento de la sangre destos miserables, comenzó a hacer a los soldados que desde lejos disparasen arcabuces y diesen grandes voces, de suerte que con el estruendo de los arcabuces y las voces que daban pusieron tal temor en los indios, que sin esperar el ímpetu de los soldados desampararon sus casas y se fueron retirando, y con esta loable industria se evitaron hartas muertes que pudieran subceder si con loca obstinación, como querían los bárbaros, se pusieran a defender sus casas y la entrada de los españoles, en cuyo querer no fuera evitarlas una vez vinieran a las manos.

Pero no paró aquí el llevar tan bien guiados y encaminados el capifán Maldonado sus negocios y jornadas, porque como entrase en el pueblo de los indios y se alojase y con algunos intérpretes que traía los enviase a llamar de paz, y que le viniesen a ver y entender lo que les quería decir, quera el efeto y la causa de su venida a aquella tierra, luego con sincera y llana voluntad le vinieron todos a ver y obedescer en lo que les quisiese mandar, y a entender y oír lo que les quería decir. Maldonado con los farautes que tenía les dijo qué los había enviado a llamar para darles a entender la causa de su venida a aquella tierra, quera a poblar y permanecer en ella de la suerte que lo estaban los españoles en Pamplona y Mérida, y que lo que ante todas cosas quería saber dellos era si querían o pretendían serles amigos y leales, o seguir la guerra en defensa y conservación de su libertad antigua; porque aquello quen aquellas primeras vistas escogiesen y eligiesen eso se había de llevar al cabo con rigor, hasta que todo fuese alla-

nado. Los indios, más con temor de las calamidades y trabajos que las guerras traen consigo que con ánimo ni voluntad que de verse y conversarse con los españoles tuviesen, dieron por respuesta que querían ser amigos de los españoles y abrazar la paz para conservación de sus vidas, que las tenían en más que a su libertad antigua, y viendo la voluntad que mostraban de ser leales o de quererlo ser, les habló Maldonado muy largamente sobre cómo el Audiencia le enviaba a poblar un pueblo, y que para que se sustentase este pueblo habían de ser encargados o encomendados a un español, al cual habían de servir y obedecer en todo lo que les mandase, haciéndole casas en que viviese, labranzas de que se mantuviese, y dándole muchachos y muchachas que le sirviesen, como lo hacían los indios de los otros pueblos. Los indios dijeron que todo lo harían de voluntad; pero que le rogaban que no se les hiciese ningún daño en sus casas y buhíos. Prometióselo Maldonado y así lo mandó cumplir a los soldados; y dándoles a los indios algunas bujerías de rescates, como son cuentas, cuchillos, agujas y otras menudencias que con los indios se suelen contratar, les mandó que se viniesen a sus casas con sus mujeres e hijos sin recelo de que rescibirían daño alguno. Los indios lo cumplieron así, y se estuvieron en sus casas todo el tiempo que los españoles en ellas estuvieron. Y parece que esta manera de hablar Maldonado con los indios siguió la más común y antigua costumbre de las Indias y que se tiene por más acertada. Porque entrar luego a gentes tan bárbaras y de tan terribles entendimientos y juicios con la predicación del Sancto Evangelio, y con quererles dar a entender la ley de Dios, en alguna manera parece que querer edificar sin fundamentos, porque, como en otras partes desta historia digo, muy pocos indios hay en las Indias que vivan en la ley de la naturaleza ni que la guarden, sino casi en todas las cosas tan contra ella, que no hay modo de significarlas por escrito.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo los españoles y su capitán Maldonado salieron de Quenemari y pasando por Azúa entraron en el valle de Sanctiago, donde poblaron la villa de San Christóbal. Trátase de la manera y gente y fertilidad deste valle de Sanctiago

Después de haber estado algunos días en Quenemari alojado el capitán Maldonado con su gente, se salió dél con mucho contento de ver cuán pacíficos y humildes estaban los indios de aquel valle, y dende a tres leguas dió en los pueblos de Azúa y Cazabata, gente de bien diferente condición y propiedad que los de atrás; porque los unos procuraban que los españoles no arruinasen sus casas ni se las deshiciesen, y los otros, con bárbara ferocidad y por que los nuestros no se aprovecharen de nada ni morasen en sus casas, les pegaron fuego luego que vieron que los soldados se les acercaban, y tomando por delante sus mujeres e hijos y dejando ya sus casas puestas en incendio, huyendo con toda la presteza que podían se procuraban poner en salvo. Y como los nuestros viesan la mucha ventaja quen la huída los indios les llevaban y la soltura y ligereza con que corrían, paresciéndoles que su trabajo sería en vano si, pensando de alcanzarlos, corriesen tras de ellos, procuraron, mitigando o alcanzando o atajando el incendio, librar dél algunas comidas de maíz, para sí y para su servicio e indios ladinos que consigo llevaban; y

mediante su buena diligencia sacaron muy mucho maíz, que tuvieron que gastar los días que estos pueblos estuvieron, en los cuales, aunque se puso diligencia de parte del capitán en enviar a llamar de paz a los indios que se habían retirado al monte, no se efectuó cosa alguna, antes los bárbaros dieron muestras de querer o pretender seguir con dureza su rebelión y guerrear coléricamente sobre la libertad de sus personas e defensa de sus tierras.

Maldonado, por no dar lugar que se efectuase el deseo de los soldados, quera ir a buscar los indios y dar en los alojamientos donde estuviesen recogidos, y allí hacelles con turbulento rigor que se sujetasen y abajasen sus indómitas cervices, remitiéndolo todo al tiempo, que más maduramente cura las cosas y doma los animales y hombres, se salió destas poblaciones de Azúa y Cazabata y entró por el valle de Sanctiago y sus poblaciones, que, como he dicho, de sus propios naturales es llamado Zorca, en donde, para con más facilidad correr y descubrir todo lo que en la provincia había, acordó Maldonado poblar la villa para que, quedando en ella una parte de los soldados con el carruaje, los otros anduviesen de una parte a otra sin esta carga, que es muy grande y de mucho peligro. Y para este efecto anduvo primero Maldonado lo más del valle tanteando la tierra y considerando la parte más acomodada y que mejor le pareció para ello, que fué una sabana alta despoblada que está de la otra banda del río principal, que atraviesa por medio del valle, que la tuvieron de cara hacia el nacimiento del Sol los que en este valle entraron, cuando el mesmo capitán Maldonado iba a Mérida a los negocios de Juan Rodríguez, y agora ansimismo la tienen o llevan al rostro los que a ella van desde Pamplona al tiempo que entran en el valle, mirando, como he dicho, al Oriente.

En este sitio y sabana pobló el capitán Maldonado la villa o lugar muy diferentemente de la comisión que le había sido dada, que fué causa de hartas disen-

siones, como adelante se dirá. El nombre que le puso fué la villa de San Christóbal. Su fundación fué por el mes de mayo del año dicho de mill y quinientos y sesenta y uno. Los actos y cerimonias de su fundación fueron los quen las cibdades se suelen hacer, ecepto quen la elección o nombramiento de regidores aquí no fueron más de cuatro, y en los otros pueblos o cibdades suelen ser ocho. Las condiciones con que la pobló fué hacerla libre y exenta de la jurisdicción de Pamplona, y quen ella no tuviesen entrada ni salida los alcaldes ni otras justicias de Pamplona si no fuese en grado de apelación al justicia mayor; y esto había de ser de quinientos pesos arriba; y aunquestaban presentes a esto vecinos de Pamplona, no miraron en ello, paresciéndoles que, pues Maldonado era también vecino de aquel pueblo, que no haría cosa que fuese en su perjuicio. Y no sólo hizo esto, pero dividió y partió términos entre la villa y Pamplona, que después hobo mucho tiempo pleitos sobrello, e hízose lo que adelante se dirá. Item, repartió los indios que había visto y descubierto así dentro del valle como fuera dél, y dió a todos los que con él habían ido según la antigüedad y merecimientos de cada uno y a lo quen la tierra había, prefiriendo en todo a los vecinos de Pamplona que le siguieron de los demás soldados que con él fueron.

Es este valle de Santiago casi triangulado, que lo hace ser así la quebrada y agua que bajan de las lomas del Viento y de otras cumbres y sierras que por allí hay, que casi caminan derecho adonde está la villa poblada, pero no entran ni se juntan en aquel mesmo paraje y derecha en el río principal que pasa por delante de la villa; porque impidiéndoles el paso una baja y llana loma que por allí se le opone, la hace baja casi media legua más abajo; pero la villa o pueblo está situada y poblada casi en medio del valle, donde la cogen en medio los naturales quen ella hay. Es de alegre cielo y de apacible temple, aunque más cálido que frío. No es todo tierra rasa ni el

arcabuco o montaña quen él hay es todo crescido, sino partes es montaña y partes chaparrales y otros pequeños o bajos montes, que con facilidad los rozan los indios cada vez que quieren o tienen necesidad para hacer en él sus rozas y sementeras. Es tierra muy fértil y acomodada a darse en ella todos géneros de frutas, ansí naturales como extranjeras; pero de las cosas necessarias, que son del principal sustento de los indios, como son maíz, yuca, batata, auyama, pescados u otros muchos géneros de comidas y legumbres, excede y sobrepuja en esto a toda la más de la tierra de Pamplona, y en los algodones, que los hay muchos y muy frutíferos y de muy buen algodón, de que se hacen mantas, y otro género de lino aunque no de la naturaleza de lo de España; pero después de puesto en cerros tiene gran similitud con él, de que se hace muy buen hilo y muy delgado, de todas las cuales cosas se aprovechan muy bien los vecinos de aquel pueblo; pero con todo esto y la diligencia que se pone en granjear, jamás los he visto medrar, sino cada día venir a menos por defeto de no tener minas de oro ni plata, que son las que suelen dar y dan lustre a los pueblos y poner ánimo a los hombres.

CAPITULO IV

En el cual se escriben algunas bárbaras costumbres de los indios del valle de Santiago

La gente de todo este valle de Santiago, y aun de algunas poblaciones y valles a él comarcanos, son indios de buena disposición y bien hechos y proporcionados y bien agestados, harto más que las mujeres. Précianse mucho del cabello, pero no todos lo traen tendido, sino recogido y revuelto a la cabeza, la cual traen cubierta con ciertas hojas anchas que la tierra cría y produce en las partes húmidas y montuosas. Ninguna cosa traen sobre sus cuerpos, mas todos los varones andan desnudos en carnes. Por honestidad traen el miembro genital atado a una cabuya o hilo que traen ceñido por la cintura. Es gente bellicosa y guerrera. Sus armas principales son arcos y flechas, de los cuales usan muy diestramente. Viven en barrizuelos o lugarejos de ocho o diez buhíos juntos, y el que llega a veinte son muchos. Las mujeres traen, como las de Mérida, unas salamayetas vestidas que les cubren casi todo el cuerpo, que son de hilo de cabuya y hechas a manera de sacos angostos y largos. En sus costumbres y manera de vivir no son menos bárbaros que las otras gentes indianas, y aun digo que más, pues entrellos no hay principales ni señores que los rijan y gobiernen, ni a quien obedezcan ni reconozcan por superiores, ni usan hacer ninguna adoración ni veneración a ninguna criatura

por Dios, ni tampoco al verdadero Dios, pues cosa cierta quentre pocos indios se ha hallado que no tengan veneración a algún simulacro o alguna otra criatura que imaginariamente y por ilusiones del demonio entiendan o tengan que de allí les venga todo el bien que tienen, especialmente tratando, como tratan, por mano de su faraute y mohanes, con el diablo; y así es gente muy bruta en todo, pues tienen por costumbre de en naciendo el hijo o hija casallos y darles compañero o compañera de su propria edad, los cuales se crían juntos y duermen juntos y están juntos en su infancia y puericia y juventud, sin consumir cópula carnal ni llegar el marido a la mujer hasta tanto que a ella le baje su mujeril costumbre; y si antes esto hiciesen, serían entrambos castigados gravemente por sus padres y parientes, porque, como he dicho, entrellos no hay principales, y si se tiene algún respeto o veneración es a algún pariente que tiene muchos hijos e hijas y posee más labranza y bienes temporales que los demás, y que por esta vía vive o ha vivido tiránicamente y que por vía de tiranía se hace respetar y acatar, mas no para que por esta causa pueda castigar cevil ni criminalmente ni entremeterse en otras diferencias populares ni particulares, porquen esto tienen ellos su antigua costumbre convertida en ley inviolable y que se guarda enteramente.

Volviendo, pues, a lo de los casamientos, el día que a la mujer le baja su regla la primera vez da ella noticia dello a sus padres, los cuales lo hacen saber a todos los demás deudos y parientes suyos y a los padres y parientes del desposado, todos los cuales se juntan y celebran las bodas con mucho regocijo de bailes y cantos a su modo, mezclados con todo el vino que pueden juntar; y el que allí puede beber más aquél se tiene por mejor, y aunque se emborrache no por eso pierde ninguna reputación ni honor de su persona, porquentrellos hay tan poco rastro desto ni de honra, que ni hay injuria ni afrenta que les dé

pesadumbre ni que les haga aborrecerse los unos a los otros, ecepto dos, que son el hurtar y fornicar con mujeres ajenas, como luego se dirá; pero palabras que injurien ni agravien a ninguno ni que le muevan a ira no las hay. Acabadas las fiestas de las bodas, que, como he dicho, todo es beber, cantar y bailar, luego les hacen a los desposados su casa aparte, donde vivan por sí, porque hasta este tiempo, aunque estaban juntos, estaban en casa de los padres y parientes de la moza o desposada.

Los adulterios no los venga el marido, sino los hermanos y parientes de la mujer, que a su cargo el satisfacer esta injuria con matar al fornicador, con quel marido, que el agraviado, se tiene por satisfecho y se queda con la mujer en su casa muy contento, y si esto no se hace, él echa a la mujer de sí y la repudia como adúltera y fornicaria, a la cual, sin rescibir otro daño y afrenta más desta del repudio, que muy grande entrellos, se vuelve a casa de sus padres o hermanos.

Tienen otra costumbre que, a mi parecer, es la más bárbara que de gentes indianas ni de otras naciones se puede haber oído ni visto, y es que los hijos tienen dominio sobre los padres y no los padres sobre los hijos; en tal manera que no sólo está obediente el padre al querer del hijo, pero si el hijo, por enojo o por otra furia o cólera alguna, se indigna contra el padre y le da y castiga, tiene licencia para ello, sin quel padre se lo pueda contradecir ni repugnar, aunque hijo sea muy pequeño. Y tienen por máxima y opinión que si el padre azotase y castigase al hijo, se moriría luego, y así lo han visto por experiencia algunos españoles de los desta villa, porque viendo delante de sí algunas inobediencias que los muchachos han hecho a sus padres, los mandaban azotar por ello a sus propios padres, los cuales lo rehusaban diciendo que se habían de morir y, sin embargo desto, los hacían azotar allí en su presencia. Y luego otro día el padre que había azotado al hijo caer malo,

con esta imaginación de que se había de morir por haber azotado su hijo, e yéndolo a visitar su encomendero le dió la propia razón, y así se fué consumiendo hasta que murió; y así con esta bestial costumbre viven y vivirán hasta que se ponga remedio en ello.

Si la mujer muere y el marido queda vivo, por diez lunas siguientes, que son diez meses, no se ha de lavar ni limpiar ni comer cosa alguna con sus propias manos, sino que se lo ha de dar y poner otro en la boca; y cuando le falta al viudo quien desto le sirva, abaja el rostro y boca al suelo, y allí, a imitación de los otros animales irracionales, toma la comida y bebida entre las muñecas de los brazos, y con aquello la allega a la boca. Las mismas cerimonias guarda la mujer si el marido se le muere por los diez meses siguientes, los cuales ellos cuentan por ñudos aquellos dan en una cabuya o hilo grueso; como va pasando la luna o haciéndose la conjunción ahí van dando el ñudo. Y pasado este tiempo, por obsequias a cabo de año hacen las mismas cerimonias y regocijos y borracheras que al tiempo que se casó el viudo o viuda fueron hechas, y con esto dan fin a sus lloros y austera vida.

En sus enterramientos y mortuorios usan de pocos ritos ni cerimonias. Solamente hacen la sepultura a la larga abierta del grandor del difunto, como lo hacen los christianos; y si es varón entierran con él todas sus armas, y si es mujer sus piedras de moler y otras cosas mujéřiles, y cúbrenlo con tierra; y si acaso se olvidó de meter en la sepultura alguna cosa del difunto o de la difunta, no hay indio ni india que ose llegar a ello ni tomarlo para aprovecharse dello. Y si algún indio hurta o toma cualquiera cosa ajena, el ofendido o a quien se hizo el hurto se venga por su propia mano dando la muerte como puede y quiere al ladrón, sin que haya quien se lo estorbe ni contradiga, y así hay pocos hurtos entrestos indios.

La gente de más reputación entrellos son los mo-

hanes y farautes que con el demonio tratan, los cuales son dedicados y criados desde pequeños para este efeto; y éstos ni labran ni siembran ni tienen cuidado de cosa alguna destas, porque de todo lo necessario les proveen los demás indios, y si se ven en alguna necesidad de temporales o enfermedades, acuden a ellos que los remedien estos mohanes. Para dar a entender que consiguen y alcanzan enteramente del demonio lo que los otros indios les ruegan, se van a los montes y arcabucos y a partes lagunosas y cenagosas, y allí invocan al demonio en su lenguaje y dan muchos golpes con varas en los árboles y en el suelo y en las aguas de las lagunas, dando a entender que por aquellos medios alcanzan lo que piden, que las más veces suelen ser aguas para las sementeras; y espéranlo a hacer en sazón que ven el tiempo revuelto y turbio o propincuo para llover; y como luego después de haber hecho estas supersticiosas cerimonias acierta el tiempo a hacer su natural curso y a llover, dicen estos mohanes a los demás indios que mediante su buena diligencia y aun su querer y voluntad ha llovido, y los indios creénselo muy de plano, y ansí no les falta más de adorarles por dioses.

CAPITULO V

En el cual se escribe cómo los españoles, para su seguridad, hicieron en la villa un fuerte de tapia, donde se recogían; y cómo el capitán Maldonado, con veinte y cinco hombres, fué a descubrir los valles del Espíritu Sancto y Corpus Christi y se volvió a la villa

Como los indios del valle de Sanctiago vieron que los españoles hacían asiento en su tierra en aquella parte quel pueblo estaba fijado y poblado, poníanse todos los más días en partes seguras, de donde podían ver y señorear el lugar, haciendo ostentación y muestra desperar tiempo cómodo para dar en los españoles y aprovecharse de cualquiera buena ocasión que se les ofresciese y pusiese en las manos; y como los nuestros viesan esto y la necessidad que de salir a descubrir y pacificar la tierra tenían, y que los soldados eran pocos para dividirse en dos partes, de suerte que entrambas estuviesen seguras, acordaron hacer un fuerte de tapias para en que se recogiesen y estuviesen seguros de las acechanzas y cabilaciones destos bárbaros los quen el pueblo quedasen; y ansí de común consentimiento lo pusieron por la obra, y trabajando todos en esto por sus propios indios, en pocos días cercaron dos solares en cuadra de dos tapias en alto, e las hicieron e pusieron su puerta, de suerte quen él los indios no los podían ofender ni damnificar y era suficiente custodia y guarda esta flaca cerca para los españoles, porquestos indios no usan ni tienen ar-

mas con que, si no es descubiertamente y cara a cara, puedan ofender a sus contrarios, ni menos se extiende su talento a hacer ingenios ni artificios con que batir ni derribar semejantes cercas ni otras más flacas; y así en viendo que los nuestros se habían fortalecido y corroborado desta suerte, luego perdieron de todo punto la esperanza de haber vitoria dellos; y porque con esta manera de cerca quedaban muy seguros muy pocos soldados con esta pequeña seguridad, aunque grande para con estos naturales, determinó el capitán Maldonado salir a descubrir, y tomando consigo veinte y cinco hombres y dejando en el fuerte sólo diez soldados, caminó la vía de los nacimientos del río de Santiago, que por aquella parte estaban casi al Norte, y torciendo de sobre la mano derecha, atravesó cierta cordillera que por este lado tenían, por donde dió en una región tan fría que, sobrepujando con su rigor el hielo al calor natural de los hombres, derribó y quitó el anhélito a muchas personas, ansí indios como españoles, de los cuales algunos sin poder ser remediados ni socorridos se quedaban helados y pasmados con los ojos abiertos y riéndose, pero muertos de todo punto. Otros eran favorecidos y sacados de la frialdad e altura deste páramo por amigos y conocidos suyos, que tirando dellos los llevaban casi arrastrando a partes hondas y abrigadas, donde haciendo con presteza lumbre y echándoles mucha ropa encima para conservarles el calor los remediaban.

De todo este daño fué causa una gran borrasca y tempestad de aguas y viento, el quen este páramo se levantó al tiempo que los nuestros lo atravesaban, y no paró aquí su trabajo; porque como empezasen a bajar para entrar en tierra poblada y caliente, se les puso adelante un pedazo de arcabuco de un muy hondo manglar con las raíces de los árboles levantadas gran trecho sobre la tierra, por cima de las cuales pasan los caminantes, pero no pueden pasar caballos, porque se sumirán los pies y las manos por entre las

cepas y raíces de los árboles, donde con dificultad podrían ser sacados, y así les fué necesario cortar mucha fagina y rama de los árboles con que allanar y hacer pasajero para los caballos aquel pedazo de mal camino que delante se les había puesto; el cual pasado con harto trabajo y dificultad, fueron a dar a un valle que llamaron del Espíritu Sancto por haber entrado en él esta Pascua, y en lengua de sus propios naturales es llamado Quenaga y Sunesua, cuyos naturales, luego que tuvieron noticia de que los españoles se les acercaban, tomaron las armas en las manos, dando muestra de quererlos esperar en sus casas y allí hacer toda la resistencia que pudiesen; y mientras los españoles caminaban algo apartados de su pueblo, hacían muy grandes fieros con los paveses, arcos y flechas y macanas quen las manos tenían, dando a entender que deseaban que se les acercasen para pelear con ellos; pero desde que vieron que sin ningún recelos los nuestros iban llegándose y que ya se decían, volvieron las espaldas y desamparando sus decían, volvieron las espaldas y desamparando sus casas se procuraba cada cual poner en salvo su persona y apartarla de todo riesgo.

Es esta gente deste valle casi de la mesma manera y traza que la del valle de Sanctiago, ecepto que todos traían unos sacos de manta de hilo de cabuya muy largos y juustos al cuerpo, vestidos y atados con unas cabuyas o hilos por sobre los hombros, y recogido lo muy largo en la cintura, por donde traían ceñidos y recogidos estos sacos.

Alojáronse los españoles en el propio pueblo y casas de los indios, sin que hobiese ningún derramamiento de sangre, y a la noche salieron algunos soldados a buscar los lugares donde los indios se habían recogido y escondido con sus mujeres y hijos, y toparon algunos escondrijos, donde tomaron muchas personas de todas suertes, las cuales trujeron antel capitán Maldonado para que dellas hiciese a su voluntad, a los cuales hizo todo buen tratamiento y los

soltó luego, dándoles a entender que no venía a maltratarlos ni hacerles daño ninguno, sino a traerlos a la amistad de los españoles, que se volviesen y llamasen los demás naturales para que sin temor ni miedo alguno viniesen a ver a los españoles y a entender lo que habían de hacer, como otros muchos indios lo habían hecho; a los cuales se les guardaría la paz, de suerte que no rescibiesen ningún daño en sus personas ni haciendas. Pero esta liberalidad y clemencia de Maldonado ningún efeto de presente hizo en los bárbaros; porque aunque los soltó y envió muchas criaturas y muchachos que se habían tomado, y, como he dicho, otras muchas personas de todo sexo, nunca se quisieron inclinar a venir de paz ni a gozar de la equidad de que con ellos usaba el capitán Maldonado; el cual viendo la ingratitude y obstinación de los bárbaros y que de su voluntad no querían la paz y amistad que se les ofrescía, envió de nuevo soldados a que hiciesen correrías por una parte y por otra deste valle y le trujesen de nuevo toda la gente que pudiesen haber, sin quen ello hobiese ningún derramamiento de sangre, para con esta industria ver si los podía apaciguar; pero érale gran defeto a Maldonado no tener intérprete ni lengua con que hablalles, porque aunque le traían muchos indios e indias, si no era por señas, no les podía dar a entender ninguna cosa de las que quería y pretendía, y ansí enteramente no pudo efetuar su pretensión. Procuró por señas informarse destos bárbaros si adelante deste valle había más gente y naturales. Dieron a entender que detrás de una sierra que por delante tenían había poblazones de muchos indios, por lo cual el capitán Maldonado fué promovido a enviar a verlas a Gonzalo Rodríguez con una docena de soldados de a pie, y él se quedó allí con los caballos en lugar acomodado para aprovecharse de los indios si les viniesen a acometer.

Gonzalo Rodríguez y los soldados que con él iban, abriendo camino por una montaña, llegaron a un valle que de sus propios naturales es llamado Susaca

y de los españoles el valle de Corpus Christi, por haber entrado en él la víspera desta fiesta, donde tomaron mucha cantidad de indios e indias de todas edades en sus propias casas, que por no haber visto ni tenido noticia de la ida de los españoles estaban algo descuidados y no habían tenido lugar de huir ni de tomar las armas en la mano para defenderse; y sin pasar adelante se volvieron adonde Maldonado había quedado, el cual como supiese quel camino era de condición que por él no podían pasar ni caminar caballos, se volvió a salir del valle del Espíritu Sancto, donde estaba, y se fué la vuelta de la villa de San Christobal.

Es toda la gente destos valles desnuda y de buena dispusición, y la tierra y temple della más fría que caliente, por lo cual se da en ella muy poco maíz, pero en abundancia todas las otras comidas y legumbres. Son muy faltos de loza y vasijas de barro para su servicio, y no tienen sino unos pequeños vasuelos muy toscamente hechos, que tienen el canto más grueso que tres dedos, que solamente les sirven de guisar algunas comidas o legumbres. Todos los demás vasos de su servicio son de calabazos; entrestos indios hay calabazos en que caben y echan más de dos arrobas de vino para su bebida, ques cosa de harta admiración; y así en esto como en otras cosas necessarias para su vivienda lo pasan miserablemente.

Al tiempo que Maldonado con sus soldados llegó a cierta poblazón de indios llamada Lobatera, en esta tornavuelta halló que los indios de aquella poblazón, questaría quatro leguas de la villa, le estaban esperando con las armas en las manos, los cuales tenían puestas de antes sus espías, porque sabían que por allí habían de volver forzosamente los españoles; y así los rescibieron con muchas rociadas de flechas que contra ellos tiraron, con que hirieron muchos indios del servicio de los españoles y algunos soldados; pero como los arcabuceros tuviesen lugar de dis-

parar los arcabuces y los jinetes de armarse a sí y a sus caballos, dieron en los indios, e hiriendo y matando a muchos, los ahuyentaron y echaron del camino, y prosiguieron su camino hasta llegar a la villa de San Christobal, donde hallaron los diez españoles que el fuerte habían quedado sanos y salvos y sin haber rescibido daño alguno; porque aunque diversas veces se les habían llegado los indios a quererlos ofender y matar, como los hallaban recogidos en aquel su fuerte, volvíanse burlados sin hacer cosa alguna de las que pretendían y querían.

CAPITULO VI

En el cual se escriben las discordias quentre los vecinos de Pamplona y la villa de San Christóbal hobieron sobre la jurisdicción y términos, y lo que sobrello se hizo; y cómo el capitán Maldonado descubrió el valle de San Agustín

En este tiempo había ya acudido más gente española a la villa a que le diesen en ella de comer, y después de haber ya pacificado los indios del valle de Santiago, y que todos o los más servían a los españoles, y concluso de todo punto el repartimiento de los naturales y haberlo enviado a Sancta Fée para que la Audiencia Real lo confirmase y aprobase, el capitán Maldonado, dejando la gente española que en la villa había con algún contento, se volvió a la cibdad de Pamplona, donde tenía su habitación y morada; y como en este tiempo se llegase el día de la elección de los alcaldes y regidores, que el Año Nuevo, los vecinos o cabildo de Pamplona quisieron elegir alcaldes y regidores para la villa y enviar persona que de su mano diese los oficios, paresciéndoles que, conforme a la comisión que la Audiencia había dado al capitán Maldonado, lo podían bien hacer; pero como esto llegase a oídos de Maldonado, que, como he dicho, estaba ya en Pamplona, contradíjolo, diciendo que la villa era libre y no sufragana a Pamplona, avisándoles que en vano el trabajo que se tomaban, porquien la villa no se había de cumplir ni obedecer lo aquellos

mandasen, antes habían de ser causa con aquella novedad de que hobiese algún escándalo o alboroto, en lo cual puso tanta diligencia y calor, que hizo con el capitán Hortún Velasco, que era su suegro y justicia mayor de Pamplona, que no se efetuase lo que el cabildo quería; y así cesó por entonces la elección de los alcaldes y regidores y no hubo efecto lo que quisieron hacer, lo cual les prestara poco, porque los propios vecinos de la villa estaban con propósito de no admitir ninguna elección que de Pamplona se les enviase, y así ellos el día propio del Año Nuevo, usando de sus preeminencias y libertades, eligieron sus alcaldes y regidores y los demás oficiales de república cadañeros.

Lo que de aquí subcedió fué que después, enojados los de Pamplona de que les hobiesen hecho exenta de su jurisdicción a la villa, pidieron en el Audiencia que se la adjudicase, como cosa que estaba poblada en sus términos y territorios. Los vecinos de la villa pidieron su libertad y que los señalasen términos y que quitasen los indios a los vecinos de Pamplona que en la villa los tenían o los mandasen ir a residir a ella; pues, conforme a una cédula o ley real, ningún español puede tener indios encomendados en dos partes, pues no los puede administrar a entrambos. Turó el pleito algunos días, hasta que el doctor Venero de Leiva vino por presidente al Nuevo Reino, en cuyo tiempo se definió y concluyó todo lo que se litigaba, y fué que a los vecinos de Pamplona los mandaron que dentro de cierto tiempo escogiesen los indios con que se querían quedar; y en efecto les quitaron los que en la villa tenían, y se quedaron con los de Pamplona, aunque no dejó de tenerseles algún respeto en que a los que casaron hijas con españoles les dieron los indios a los yernos de cuyos habían sido. En lo de los términos, adjudicaron a la villa toda la jurisdicción que había hasta el río llamado Cúcuta, quiera por donde el capitán Maldonado los había echado, y después el licenciado Angulo de Castrejón, oidor, yendo a visitar

aquella tierra, los había confirmado y aprobado, entendiendo estos dos jueces de términos que Cúcuta era un río que atraviesa por medio del llano de Cúcuta, donde tienen los vecinos de Pamplona sus hatos y estancias de ganados. Mas como esto pareciese después ser al contrario y estar el río de Cúcuta casi dos leguas más hacia la cibdad de Pamplona, sintieron los vecinos mucho el agravio que esto se les había hecho, porque los de la villa pretendían despojarlos de toda esta tierra, pero los de Pamplona no estaban en dársela sino en defendérsela a lanzadas o como pudiesen. Y así se estuvieron en la posesión della y de todos los llanos de Cúcuta hasta que después los vecinos de estos dos pueblos se conformaron y concertaron entre sí y de conformidad partieron los términos y los echaron por el río que atraviesa por el llano de Cúcuta, que ya he nombrado, donde estaban los hatos y estancias de las vacas, con que tuvieron conformidad los vecinos de estos dos pueblos, aunque a los unos y a los otros nunca les faltaran quejas perpetuamente contra el presidente Venero: los de Pamplona, porque les quitó los indios, y los de la villa, porque, dándoseles a hombres sediciosos y advenedizos, les puso en su pueblo por compañeros personas intolerables de sufrir por sus continuas inquietudes y revueltas, y así ha estado y está este lugarejo en condición de despoblarse.

Los términos desta villa tiene por la parte de Mérida son: hasta el pie del páramo alto o pueblo hondo, quedará della como diez y seis o diez y ocho leguas, y aunque las poblaciones de la Grita y Alarde y pueblo hondo estuvieron repartidas a Mérida, después el Audiencia, informándose de cuán apartadas estaban de Mérida, las adjudicó a la villa de San Christóbal, con que los indios dellas se encomendasen en personas que tuviessen méritos y pretensión en Mérida; y sin que hobiese contradicción pasaron por ello los de Mérida, porque vían que con dificultad podían llevar a su pueblo los naturales destas poblaciones.

En lo que he escrito he dado un gran salto por no dejarlo quebrado e ininteligible, y así para entera relación y noticia de los subcesos de San Christóbal es necesario volver atrás, por los cuales iremos discurrendo sumariamente, porque ya de aquí adelante lo que hobo se puede más llamar guerras ceviles y domésticas dentre los propios vecinos, como en efeto lo fueron, que descubrimiento ni conquista. Porque desde quel capitán Maldonado descubrió los valles del Espíritu Sancto y Corpus Christi hasta el año de sesenta y tres, que descubrió el de San Agustín, en los confines de Mérida, hacia aquella parte donde los de Mérida llaman el valle de la Ascensión o de los Valientes, siempre se entendió en pacificar los naturales del proprio valle de Sanctiago, y en domar los rebeldes hasta traerlos a su servidumbre; y así hay poco que particularizar destos años y tiempos, y aun del descubrimiento del valle de San Agustín, que sus propios naturales llaman Loriguaca. Entiendo tratar poco porque en él ni hobo guazabaras ni guerras ni otras violencias ni fuerzas, antes en la hora que los indios entendieron o supieron que los españoles se les acercaban pusieron por los caminos mucha cantidad de comidas de las quellos tenían, como eran yucas, maíz, batatas, vino y mazato y frutas de la tierra, paresciéndoles que con aquello no llegarían a sus pueblos, e ya que llegasen, no les hiciesen mal ninguno.

Entró en la poblazón Maldonado y alojóse en un buen llano quen ella halló, muy apacible y bueno, donde estuvo más de cuarenta días holgándose y recreándose con los soldados, porque llevaban al padre Juan de Cañada, clérigo, que les decía misa en una iglesia pajiza que para sólo este efeto hicieron, en el cual tiempo se andaban los naturales por los altos mirando el reposo de los españoles, sin que osasen llegarse a ellos de paz ni de guerra; y como de día había tantas espías y atalayas de parte de los naturales, salían algunas noches los soldados, de diez en diez, a buscar los lugares donde los indios estaban recoge-

dos; pero ellos se habían puesto tan en salvo, que casi no se hallaron ni pudieron tomar ningunos, y dejando de andar tras los indios, por salirles el trabajo pesado y en vano, se dieron a buscar minas de oro por la tierra dondestaban, las cuales hallaron y descubrieron; y por parecerles muy pobres y de poco provecho las dejaron y se volvieron a la villa de San Christobal, y después el presidente, el doctor Venero, dió y adjudicó este valle de San Agustín o la mayor parte dél a vecinos de Mérida, por parecerle quedaban más cerca a Mérida que a la villa.

CAPITULO VII

En el cual se escribe cómo Hernán Martín Peñuelas fué con gente a descubrir las poblaciones de Burba, por mandato de Maldonado, y fué rebatido y desbaratado de los indios

Dende a pocos días el capitán Maldonado tuvo noticia, por lengua de los naturales, que ya algunos había de paz y servían, quel río abajo de la villa había cierta poblazón de indios llamada Burba, la cual envió a descubrir y ver con veinte y tres soldados, dándoles por caudillo a Hernán Martín Peñuelas, hombre tan mal afortunado quanto pesado y cargado para descubrimientos y guerras de indios, según claramente lo mostró y dió a entender su mal subceso quen esta jornada hobo. Porque pasa así: que como caminando por el proprio río abajo los españoles, el agua a los pechos y a la cinta, por no ir machetando y abriendo camino por la montaña, que por un lado y otro del río era muy espesa y asperíssima, llegasen a vista de la poblazón de Burba y encontrasen allí sólo diez soldados indios desnudos con sus arcos y flechas, los indios no sólo no hicieron semblante de volver el pie atrás ni se espantaron de ver los españoles, mas con bríos de grande estima comenzaron a poner en sus arcos las flechas y a acercarse a los nuestros para emplearlas más a su gusto, dando un gran alarido y gritería, con que pusieron algún temor a los nuestros; los cuales oyendo esto, que aun esta-

ban algo apartados, soltaron cuatro perros de ayuda que llevaban para que fuesen a dar en los indios e hiciesen en ellos el estrago que pudiesen, como otras veces lo habían hecho; mas los bárbaros lo hicieron tan bien, que cuando se les acercaron de todo punto los españoles tenían ya muertos los tres perros, y revolvieron sus arcos contra los españoles y comenzaron a flechar con toda la furia que pudieron y a hacer detener los españoles que no llegasen a ellos; pero como el ver tan pocos indios delante les incitase a haber vergüenza y a volver por su honra, todos los españoles, casi apeñuscados y hechos un escuadrón, arremetiendo con los indios y metiéndose por entre sus flechas, los hicieron retirarse y volver atrás, ecepto uno que con ánimo obstinado se puso a defender el paso a los soldados, y peleando muy briosamente rescibió allí honrosamente la muerte, con que pudiera cobrar perpetua memoria si su persona fuera conocida y su nombre sabido de los nuestros.

Entraron los soldados en el pueblo de los indios, donde tomaron algunas personas, de las cuales se informaron y tuvieron noticia de la gente que adelante había en unos pueblos que de Burba estaban distancia de una legua; pero aquella noche durmieron en la poblazón de Burba bien a costa de los indios. Porque como toda la noche repartiesen entre sí para velarla de dos en dos soldados, de suerte que la vela corriese por todos, tomaron por ampolleta y hora de lo que cada uno había de velar lo que turase ardiendo cada casa de las que quemasen en el pueblo dondestaban; y así hicieron aquella noche y antes que amaneciese un incendio y abrasamiento de casas que turó toda la noche. Y antes que amaneciese, pegando fuego a los demás buhíos que quedaban, pasaron adelante a ver y descubrir los pueblos de que ya tenían noticia, cuyos naturales ya estaban avisados y con las armas en las manos, porque aunque los españoles llegaron a vista de su pueblo antes que fuese día claro, los indios salieron a ellos animosamente, y

acometiéndoles de repente con ímpetu feroz, hicieron volver atrás a los nuestros, que iban algo más descuidados de lo que habían de ir, por no llevar sus sayos de armas vestidos, aunque no dejaban de aprovecharse de los arcabuces y hacer el daño que podían en los enemigos, hiriéndolos, y hacer en ellos lo que podían; pero de ninguna cosa se espantaban ni aterrorizaban los bárbaros, antes, aunque a sus pies vían muertos a sus hermanos y compañeros y por otra parte vían arder sus casas, que les habían pegado fuego los españoles, no dejaban de pelear como valientes guerreadores, de suerte que acorralaron y metieron a los nuestros en el río, y no sólo les tomaron lo que los indios amigos les llevaban cargado, como eran suyos de armas y cosas de comer, pero los propios arcabuces con que peleaban y se defendían; porque algunos tímidos soldados, viendo tan cerca de sí a los enemigos y que con tanta audacia los seguían, dejaban los arcabuces y otras armas infamemente por huir con más ligereza y con menos embarazo. Corridos, un soldado natural de Moguer, que debía de ser señalado entre los otros, temerariamente se volvió contra los indios, para con este ejemplo animar y persuadir a sus compañeros que le siguiesen, dándoles muy grandes voces que volviesen contra los indios, queran pocos y desnudos; pero como los soldados iban ya inclinados a huir, hiciéronse sordos y ciegos y no curando de volver con su compañero, que por ellos se quiso poner y ofrescer en sacrificio, se dieron priesa a huir el río arriba, casi sin volver la cara atrás a ver si les seguían. Los indios detuviéronse en haber a los manos el español quentrellos se había metido, y no curando de seguir a los demás, le dieron y atravesaron con un dardo por el pescuezo, con que lo derribaron y tomaron vivo; y así lo llevaron a sus casas y le dieron la muerte con la severidad e inhumanidad que los indios lo acostumbran hacer, que grandísima y casi comparable a los antiguos martirios que los perseguidores de la Iglesia

daban a los christianos, y, como dije, parece que este soldado quiso ofrecerse en sacrificio por sus compañeros; porque cierto que si los indios en él no se detuvieran y siguieran con coraje a los demás, que los mataran a todos o a gran parte dellos, más por la flojura y mala fortuna del caudillo que por el número de indios que le acometieron, que verdaderamente no eran muchos; pero cierto fué que después que los soldadós cobraron un poco de ventaja en el camino a los indios, que no les alcanzaran según huían con gana, porque cuando llegaron a la villa ninguna cosa llevaban consigo, que todo lo habían arrojado en el camino, temiendo la tormenta de los bárbaros no les siguiesen y alcanzasen.

Pesóle a Maldonado deste mal subceso, no tanto por la reputación quen él perdieron los españoles, quanto que por esta ocasión se alzaron y quitaron de la obediencia algunos pueblos de indios que de aquella parte había poblados, para por vía de guerra conservar su libertad, porque les parecía que, pues tan pocos indios como los de Burba y sus compañeros habían desbaratado y ahuyentado veinte y tres soldados españoles, que juntándose los demás con ellos, que bien podrían resistir otros tantos que les acometiesen.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe las crueles muertes que los indios dieron a Medina y a Baracaldo, sus encomenderos, y el castigo que por ello se hizo

En el antecedente capítulo se trata de la bárbara crueldad de los indios, y en éste entiendo darla a entender con más perpetuidad en dos particulares subcesos quen esta villa hobo, donde claramente dieron muestra estos bárbaros de su inhumana severidad y condición.

Había en este lugar un soldado o vecino llamado Juan de Medina, natural de Sevilla. Este tenía, como los demás, indios en depósito o administración; porquen esta sazón aun no estaban encomendados los indios, ni aun el doctor Venero, que los encomendó, entró en el Reino en este año, quera el de sesenta y tres, aunque ya estaba en las Indias. Este Medina, creyendo estar sus indios pacíficos y sin ninguna alteración ni enojo de cosas quentrellos habían pasado, se fué más descuidadamente de lo quera razón al repartimiento y se puso llanamente a tratar y hablar con los indios, quentre sí estaban ya determinados a matarle; y como los bárbaros vieron el descuido con que Medina entró en ellos y que no traía consigo ningún recelo de lo que podía subceder, aprovecharonse de la ocasión, y habiéndose juntado muchos so color de quererle hablar, se llegaron a él y le abrazaron de suerte que, aunque tuviera consigo las armas, él no se pudie-

ra aprovechar dellas, y atándole las manos atrás le despojaron de todos sus vestidos y le amarraron fuertemente a un árbol que los españoles llaman cural, de donde se coge la fruta llamada cura, y juntándose por llamamiento de sus propios indios otros muchos que por aquel valle, quera el del Espíritu Sancto, había, comenzaron a hacer sus bailes alderredor del árbol dondel español estaba atado; y bebiendo y bailando y azotándolo gastaban todo lo más del día, y desquestaban bien embriagados, cortábanle un brazo o una pierna con la propia espada del Medina; y el siguiente día con la mesma cerimonia, y habiendo precedido los azotes que le quisieron dar, le sacaron los ojos, y así fueron martirizándolo y despedazándolo vivo, hasta quen estos crueles tormentos murió, donde fué con gran regocijo de los bárbaros celebrada su muerte miserable; pero con la mesma crueldad fué pagada o castigada; porque como a ellos fuesen algunos españoles bien aderezados y llevasen perros de ayuda, que suelen hacer grandes estragos en los indios, pagaron muy por entero su maldad y rústica desvergüenza, con la cual, mostrándose ufanos de haber dado tan cruel muerte a Medina, teniendo noticia cómo los españoles iban a su pueblo y tierra, salieron a ellos con las armas en las manos, pretendiendo dalles la muerte; mas como los soldados y su caudillo, que se decía Juan Francisco, natural de la isla de Tenerife, fuesen con mucho cuidado y muy recatados y apercebidos, halláronse, cuando no pensaron, acometidos y cercados de los indios, con los cuales tuvieron una reñida pelea, que turó por buen rato, sin que ninguna de las partes cantase vitoria, aunque los indios llevaban la peor y rescibían mucho daño de los arcabuces que contra ellos se disparaban y de los perros de ayuda, que, metiéndose por entrellos con su fiera osadía, despedazaban a bocados a los que alcanzaban. Los nuestros, como estaban armados de sayos y reparados de rodelas, ningún daño les hacían las flechas que les tiraban. El remate desta guazabara fué que,

viendo los indios los muchos que dellos caían y eran muertos de arcabuzazos y de los perros, se comenzaron a retirar, y los nuestros a seguirlos, hasta que de todo punto les hicieron volver las espaldas y huir apresuradamente sin orden ni concierto alguno, más quel que más podía correr ése se tenía por mejor y más honrado, pues con ello ponía su vida en cobro, porque los soldados y los perros de ayuda iban tan cebados y encarnizados, que no perdonaban ni usaban de clemencia con ninguno de cuantos alcanzaban, mas todos los pasaban a cuchillo o por las piezas de los alanos. Y no paró aquí su miseria y calamidad, mas antes pasó muy adelante; porque como después de alojados los españoles saliesen algunos soldados a buscar los lugares donde los indios estaban recogidos y escondidos, llevábanse los perros sueltos, que desde media legua tomaban el rastro de cualquier persona que iba huyendo, y la iban siguiendo hasta alcanzarla, y que fuese varón o mujer, o de cualquier edad que fuese, la despedazaban y mataban y comían a bocados, con tanta fiereza y presteza, que por presto que los españoles llegaban ya no podían remediar el daño ni eran parte para ello; mas en esto que los canes hacían quitaban de trabajo a los españoles, porque aunque vivos habían algunos indios, preguntándoles si habían sido en la muerte de Medina, luego los bárbaros, por jactancia, decían que sí, y rescibían de su mano la muerte; de suerte que por una vía o por otra todos perescían y eran muertos, y así en pocos días que en esta poblazón estuvieron la dejaron tan arruinada y destruída que parecía haber grandes tiempos quera inhabitable, con que quedó bien purgada la muerte de Medina, a cuya sangre les parecía a estos soldados quera cosa muy acertada y justa hacer sacrificio con las vidas de los que a él se la habían quitado tan cruelmente cuanto se ha dicho.

Después deste subceso y castigo, el año de sesenta y ocho, bien cerca de la propia villa de San Christobal, mataron a Sancho de Baracaldo, criollo de Sancto

Domingo, sus propios indios y le dieron casi la misma muerte que antiguamente solían los romanos dar a las vírgenes vestales que iban contra el voto de castidad; porque como hobiese muchos días queste Sancho de Baracaldo hobiese ido a Sancta Fee con negocios en perjuicio de la quietud y sosiego de sus compañeros y vecinos de la villa, al tiempo que volvió, casi sin dar causa ninguna a sus indios, yéndolos a visitar, lo mataron y tomaron entre sí los más valientes, y atándolo a un estante o pilar del buhío y casa dondestaba, lo azotaron cruelmente, y vivo, sin darle herida ninguna, lo enterraron en una sepultura que le hicieron y le cubrieron con tierra, donde acabó la vida. Y para disimulación desta maldad los propios indios vinieron al lugar o villa a decir que su encomendero se había muerto, y aquellos por hacerle buena obra le habían enterrado. Fueron luego algunos españoles con un alcalde al proprio pueblo de los indios, quedaría legua y media de la villa, y mandando desenterrar el muerto hallaron señales en él de haber rescibido tan trabajosa muerte quanto se ha dicho. Prendieron los indios que allí estaban y una india ladina que había sido la inventora desta maldad y era natural del proprio pueblo; y tomándoles sus confesiones, dijeron el hecho cómo había pasado y la causa por qué lo habían muerto, quera porque les había azotado unos muchachos hijos suyos o naturales del proprio pueblo, causa bien leve para haber de hacer un hecho tan cruel y malo. La justicia, en pena y castigo deste delito, ahorcó cerca de la propria villa la india con tres o cuatro indios, y con esto cesó el castigo. Pero esta desastrosa muerte hízola menos sensible entre los españoles la desasosegada e inquieta vivienda deste soldado, que lo tenían por turbador de la paz común.

Sin estos dos españoles, han muerto los indios otros cinco o seis, sin muchos indios e indias ladinas christianos que también fueron muertos con sus amos y encomenderos por la multitud de los bárbaros, cuyas

muertes algunas dellas se han castigado, aunque blandamente, y otras no se han osado castigar, porque ha venido la desventura destes vecinos a tal extremo que, sin tener respeto al bien común y privado, se acusan los unos a los otros lo que estos castigos y fuera dellos se hicieron, y aun lo que no se hizo, con que los ponen en harto trabajo y necesidad más de lo que se tiene, porque con haber tanto tiempo como ha questán poblados, aun hoy, que es el año de mill y quinientos y sesenta y nueve, no tienen con qué sustentar un cura o sacerdote que les administre los sacramentos ni les diga misa, ni el prelado se lo da; porque no hay clérigo que quiera residir en esta villa, a causa de no haber de qué se le pague su estipendio, y ansí viven casi como bárbaros, sin gozar deste beneficio y santo sacrificio.

LIBRO CATORCE

En el libro catorce se trata cómo saliendo Francisco de Ospina por caudillo con gente de la cibdad de Vitoria a contar ciertas suertes de indios, se metió la tierra adentro y pobló la cibdad de Nuestra Señora de los Remedios, en el valle de Corpus Christi, y por esta causa fué mandado prender. Escríbese, aunque brevemente, todo lo subcedido en este pueblo desde que se pobló hasta este tiempo; y juntamente con esto, la salida que Bernardo de Loyola hizo con cierta gente para meterse en la tierra de los dos ríos; y cómo luego que salió de los Remedios pobló la cibdad de Guadalupe, y después desto y de haberse metido la tierra adentro, se torno a salir con daño y pérdida de alguna gente; y estando en el sitio donde había poblado, fué preso y enviado al Audiencia. Y después Juan Velasco, teniente en aquel pueblo, con la gente quen él había se tornó a meter la tierra adentro por los propios pasos que Loyola había entrado, y fué rebatido y vuelto al propio sitio donde la cibdad de Guadalupe se había poblado. Los soldados, no pudiendo tolerar la necessidad que pasaban, fué cada uno por su parte y despoblaron el pueblo.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo Ospina salió a contar ciertas casas de indios por mandado del cabildo de Vitoria, y metiéndose la tierra adentro con la gente que llevaba pobló la cibdad de Nuestra Señora de los Remedios

Al tiempo quel capitán Asensio de Salinas Loyola, que pobló la cibdad de Vitoria, repartió los indios de aquella provincia, agravió claramente a muchos de los que con él habían andado descubriendo y conquistando aquella tierra; porque, demás de dar los mejores indios della a hombres ausentes, por respetos interesables, a sus comilitones y aun compañeros los embaucó con decir que les daba indios en parte cómoda, sólo por entretenerlos para que le ayudasen en la pacificación de la tierra, y aunquera verdad que los señalaba en el apuntamiento, iban a contarlos muy lejos, y alguno no había dónde contárselos; y con esta esperanza muchos soldados se estuvieron en Vitoria sin tener más del nombre de encomenderos, con esperanza de que vacarían indios y se los darían; mas como les pareciese que no era acertado acuerdo éste, concertáronse de común consentimiento, ansí soldados como vecinos de Vitoria, que se nombrase una persona con alguna color que pudiese salir fuera con los soldados que se juntasen y buscasen dónde poblar otro pueblo en que tuviesen indios de que se aprovechar. Los vecinos y justicia de Vitoria dieron con-

sentimiento a esta determinación, por echar de sobre sí tan gran subsidio y carga como eran los soldados a quien las suertes de los indios les habían faltado, porque de continuo estaban representando grandes quejas y servicios; y así, a pedimento de algunos que sobrello metieron en el cabildo petición, fué nombrado Francisco de Ospina, vecino de la propia ciudad, que fuese a hacer la cuenta de las casas que los soldados decían; y aunquesta era la color, el intento principal era el que he dicho de poblar, lo cual no osaban hacer descubiertamente, temiendo el castigo que sobrello se les daría por mano del Audiencia, que tenía puestas grandes penas contra los que saliesen a hacer nuevas poblaciones.

Juntó Ospina hasta treinta y un soldados, y aderezados lo mejor que pudieron se fueron la vuelta de las poblaciones y valle de Ortana, donde se contaron las casas que por allí había a los que les pertenecían, que fueron bien pocos; pero los demás que tenían título y no se les podía henchir en este valle, para que su hecho fuese más disimulado comenzaron a hacer requerimientos a Ospina que no se volviese a Vitoria, porque de industria había dado muestra de quererse volver, sino que, pasando adelante con la facultad que por el cabildo le era dada, buscarse poblaciones en que fuesen enterados y cumplidas sus datas y cédulas. Ospina, que ya se lo tenía en voluntad, pasó adelante del valle de Ortana y pasando por otras algunas poblaciones entró en el valle quel capitán Pedroso llamó de Corpus Christi, donde hallaron cantidad de naturales, por lo que fueron los soldados promovidos de conformidad a pedir y requerir al caudillo Francisco de Ospina que, pues la tierra era acomodada para ello y había cantidad de naturales para poderse sustentar, que poblase allí un pueblo o ciudad, aquellos se preferirían, repartiéndoles los indios, de sustentarlo, porque después de poblado hacían consideración estos soldados que no podían dejar de permanecer en la tierra, porque ni el Audiencia los

había de mandar despoblar ni ellos habían de atreverse a desamparar el pueblo, por temor del castigo que por elló se les daría; en lo cual pusieron tanta diligencia con sus persuasiones a hacer a Ospina que poblase, que Ospina, viéndose tan combatido de los ruegos e importunaciones de todos los que estaban presentes, vino a otorgalles lo que le pedían, y así en el propio valle de Corpus Christi, en la parte más acomodada que le pareció, fundó y pobló una ciudad, a la cual puso Nuestra Señora de los Remedios, y en ella nombró sus alcaldes y regidores, y fué con mucho regocijo de todos celebrada esta fundación el año de sesenta y uno; y después de haber dado asiento Ospina en las cosas de su república, se fué a descubrir y ver lo que adelante y en las otras partes comarcanas a este valle había.

Descubrióse por los primeros que salieron el río de Nare, que es de mucha agua y de gran corriente. Pasáronle con dificultad y trabajo por una peligrosa y flaca puente de bejucos, que ciertamente parece temeridad, y aun lo es, pasar por ella. Caminaron adelante, y dende a poco se toparon de repente con indios Punchinaes, que con sus armas en las manos venían a dar en los españoles; pero como se hallasen muy juntos los unos a los otros, ferran los españoles con ellos, y comenzándolos a herir los hicieron retirar y volver atrás; mas los nuestros, no queriendo dar lugar a los enemigos a que se alejasen dellos, los siguieron con más obstinación de la que debían, hasta apretallos en un mal paso que por delante se les puso, y donde, viendo los bárbaros que dificultosamente podrían pasar adelante y que por las espaldas les seguían los españoles, volviendo sus armas contra ellos tornaron a renovar la pelea, que turó un buen rato, hasta que tuvieron lugar de proseguir su huida y recogerse a sus casas, que estaban puestas en lugares altos y fuertes. Rescibieron más daño en estos encuentros los indios que los soldados; porque como los naturales eran gente desnuda y los nuestros iban ar-

mados, hacían más daño con las espadas y arcabuces de lo que les podían hacer con la flechería y dardos los indios.

Conclusa esta guazabara pasaron los españoles adelante y descubrieron el valle que llamaron de San Blas, y corriendo la tierra a una parte y a otra fueron a dar a un cerro muy alto y de muy derecha subida, quen la cumbre dél se hacía una teta de peña viva, en la cual había algunos indios, y la subida era de gran riesgo y peligro; porque, demás de ser muy empinada y derecha, se había de subir por un agujero o boquerón algo estrecho y de gran salto, que, si no fuera ayudándose los unos a los otros, por ninguna vía lo podían subir. La caída era muy honda y de gran peligro; porque si por desgracia acertara algún soldado a caer por ella, no podía dejar de hacerse pedazos. Finalmente, sin peligrar los soldados subieron a lo alto deste peñol y se apoderaron dél; y hecho esto se volvieron al pueblo de los Remedios, y dende a pocos días tornaron a salir e ir en demanda del valle de Punchina, el cual descubrieron y hallaron poblado de muchos naturales, gente que, según daban las muestras, no tenían simulacros ni otras criaturas a quienes idolatrasen por dioses, sino en su manera de vivir en este caso daban muestras de ser gente simple, aunque bellicosa y guerrera, queste era su principal fin, y hacer muchas labranzas para borrachear y jarrear, porquera la tierra muy fértil y fructífera, y en ella se daban todo género de frutas.

Los españoles se dieron a correr la tierra y por la vía acostumbrada procurar pacificar los naturales, y en ello pusieron tan buena diligencia, que antes que saliesen del valle dejaron los indios pacíficos, con que se volvieron alegremente a su pueblo.

CAPITULO II

Cómo el Audiencia, teniendo noticia de la poblada de los Remedios, envió a prender al capitán y oficiales del pueblo y a que despoblasen; y cómo después fue proveído el capitán Saucedo, que mudó el pueblo al valle de San Blas

No pasó mucho tiempo, después de poblada la ciudad de los Remedios, que el Audiencia Real no tuviese nueva y certificación dello, y paresciéndoles a los oidores ser negocio digno de castigo, y que para que adelante sin su licencia otra persona no se atreviese a hacer lo mesmo, enviaron a Rodrigo Pardo por juez de comisión para que prendiese los alcaldes y regidores y al capitán Ospina, y aun despoblase el pueblo, lo cual fuera bien fácil de hacer si los vecinos y pobladores dél no lo estorbaran y defendieran a poder de requerimientos; porque como, ya después de pacificada y conquistada toda la más de la tierra, y que mediante la buena diligencia del capitán Francisco de Ospina y los que con él estaban, los indios les sirviesen de paz, y a esta sazón llegase al pueblo Rodrigo Pardo, pretendió hacer con rigor fingido lo que el Audiencia le había encargado y mandado. Mas, como he dicho, todo cesó con mandar prender al capitán Ospina y a los alcaldes y regidores y enviarlos presos a Sancta Fee, estorbando lo demás los vecinos con voces y requerimientos, y al fin, quedándose con ellos por justicia Rodrigo Pardo, con harto trabajo y peligro,

por quedar pocos españoles para resistir las novedades que los indios intentasen o quisiesen intentar, subcedió que dende a pocos días, por vía de la gobernación de Popayán, entró en este pueblo el capitán o caudillo de ciertos soldados que con él venían, Pablos de Salazar, vecino de la villa de Arma, que había sido enviado por los de la gobernación a sólo echar estos españoles questaban poblados en el valle de Corpus Christi, por pretender queran términos y jurisdicción de aquella gobernación. Los de los Remedois, aunque eran pocos, siempre mostraron bríos y ánimos de morir por la defensa de su pueblo y por sustentarlo, y ansí, aunque los de la gobernación comenzaron a encenderse en cólera y a hacer muestras de querer remitillo a las manos y hacer que los de los Remedios hiciesen, forzados y constreñidos de temor suyo, lo que por sus ruegos no habían querido hacer, fuéles en vano todo su industrioso trabajo, porque mientras más amenazas hacían menos les aprovechaba. Viniéronse a apartar los unos de los otros y a hacer muestras de querer romper y reñir sobrel derecho desta tierra, y en esto, como en lo demás, siempre Pablos de Salazar y los que con él estaban hablaron muy a pique y a punto de recibir cualquier recuento a los pobladores de los Remedios, por lo cual, y por ver cuán obstinados estaban en defender y sustentar el pueblo, se volvió a salir Salazar y los que con él habían entrado y se fué a su gobernación de Popayán o villa de Enferma; y con ellos se fueron algunos soldados de los quen los Remedios estaban, de donde les vino mayor y más intolerable trabajo a los vecinos quen en el pueblo quedaron, por no ser parte para ir a correr la tierra ni a proveerse de las comidas necesarias para su sustento, antes se les habían rebelado los indios, por ver quen el pueblo había tan pocos españoles, y pretendiendo echarlos de la tierra o matarlos, venían en muy gran cantidad de noche y de día sobrel alojamiento a darles guazabaras y a quemarles las casas y buhíos donde vivían; pero a todos

estos trabajos y necesidades acudían los españoles con muy buen ánimo, y de todos se defendían, resistiendo a los enemigos y rebatiéndolos de sobre su pueblo, haciendo siempre en ellos el daño que podían. Turóles esta inquietud y desasosiego muchos días, hasta que de la cibdad de Sancta Fee volvieron algunos de los oficiales de república que habían ido presos, que metieron consigo otros muchos soldados y compañeros que les ayudaron a correr y pacificar la tierra de nuevo y a suplir la necesidad y trabajo de proveerse de comida y el resistir a los naturales. Pero esto también era con harto trabajo, porque no eran tantos los españoles que con moderación y descanso suyo lo pudiesen hacer, y así se pasaron hasta quel Audiencia les envió por capitán y justicia mayor de aqueste pueblo al capitán López de Saucedo, quentrando en él metió más copia de soldados y mucho ganado en pie.

Saucedo se dió luego a entender en las cosas de la pacificación de la tierra y en lo que se debía hacer para la perpetuidad del pueblo; y así, paresciéndole quen en el valle de San Blas había mejor sitio de pueblo, vinieron en ello; y así se dieron luego con más naturales, mudó el pueblo y cibdad de Nuestra Señora de los Remedios a este valle de San Blas, en la parte y lugar donde al presente está poblada y permanece, lo cual hizo el capitán Saucedo de común consentimiento y parecer de todos los soldados, que, por entender que a todos les estaba bien la mudada del pueblo, vinieron en ello; y así se dieron luego con más voluntad a hacer salidas y correrías a una y a otra parte y a hacer a los indios que les viniesen a servir a su propria cibdad, en lo cual pusieron tanta diligencia y solicitud, quen poco tiempo les sirvieron los indios de Punchina y de otros cuatro valles comarcanos, quen esta tierra son llamados provincias, y dende en adelante lo pasaron mejor los españoles y soldados; porque con la paz y servidumbre de los indios eran proveídos de la comida de maíz que habían me-

nester y les era necesaria; y aunque después se rebelaron y tornaron a alzar los indios, no fueron todos, sino en algunas partes y pueblos algo lejos y apartados del pueblo; y así hasta hoy siempre han tenido los españoles y vecinos deste pueblo quien les sirva.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo a pedimento de algunas personas se le tomó residencia al capitán Saucedo, en cuyo lugar fué proveído Gabriel de Vega, y después éste, a Pedro Pablos de Salazar, vecino de Arma

Como el capitán Saucedo metió consigo en los Remedios algunos soldados, a quien pretendió aprovechar en aquella tierra, comenzaron a nacer las emulaciones y disensiones quentre primeros y segundos pobladores suele haber, quen este Reino han sido muy generales, a lo menos en los pueblos que se han poblado desde el año de cincuenta y siete hasta el presente tiempo; porque casi todos los pueblos quen estos años se han poblado han sido sin licencia real o a lo menos del Audiencia, por lo cual los oidores luego procuraban enviar otro capitán que prendiese al primero y tomase la gente en sí. Este segundo capitán siempre llevaba consigo soldados a quien pretendía favorecer más que a los primeros que habían descubierto la tierra, que así era luego contención y aun sedición entrellos.

Ospina, aunque preso, procuraba volver por los que con él habían entrado que fuesen preferidos y aventajados a los demás que después habían entrado; y Saucedo, por el contrario, pugnaba contra esto y, pretendiendo favorecer a los quél había metido en aquesta tierra, hacía de menos merecimientos los trabajos de los primeros, por haber poblado contra

la voluntad del rey, pero al fin, como el capitán Saucedo gobernase la tierra y por comisión del Audiencia hiciese nuevo apuntamiento y repartimiento de los naturales, hizolo más en pro y utilidad suya y de sus colegas y compañeros que de los de Francisco Ospina, y por esta causa más que por otra ninguna vino entrellos a crescer el odio y enemistad, de suerte que Ospina y los que le seguían hobieron de pedir residencia contra el capitán Saucedo del tiempo que había sido corregidor, y aun juez quentendiese en otros negocios particulares y privados tocantes al apuntamiento que había hecho. Fué para estos negocios proveído por juez Martín de Agurto, que a la sazón era procurador de la Real Audiencia. Este, después de haber hecho lo que a su oficio tocaba, envió al capitán Saucedo a la cibdad de Sancta Fee en son de preso antel presidente y oidores, por cuya causa fué dende a pocos días proveído por capitán y justicia mayor de los Remedios Gabriel de Vega, vecino de Tocaima, hombre afable y llano en sus contrataciones con todos.

Tuviéronse por contentos los vecinos de los Remedios con el gobierno deste capitán y juez; porque, aunquera grande amigo de Saucedo, en los negocios que se ofrescían entre los vecinos deste pueblo no se mostraba nada parcial, procurando el tiempo que gobernó tener pacífica la tierra y los naturales della, para lo cual mandó hacer algunas salidas, con que resultó provecho a los españoles sin daño de los naturales, aunque los indios de Punchina, como siempre fueron más atrevidos y desvergonzados que los demás, tan traidora como malvadamente y debajo de seguro mataron a Alonso Martín y a Christóbal Rodríguez, y dende a poco por la misma orden mataron a Zamarripa, y les dieron muertes cierto trabajosas y angustiosas, según paresció después por las muertes que a otros dos saldados dieron, los cuales tomándolos vivos por hallarlos descuidados, los colgaron con unas cabrillas de los pies en alto, y allí les me-

tieron por el pecho unos palos agudos que, atravesándoles por el cuerpo y tripas y entrañas, les iban a salir a los pescuezos, y desta suerte fueron hallados dende a pocos días por trece o catorce soldados que pasaron por esta poblazón. Pero yo soy cierto questa cruel muerte primero la vieron ellos dar a sus compañeros y hermanos por mano de los españoles que la diesen a estos soldados; porque solían algunos crueles hombres, por leves casos y subcesos, que no merecían cuasi ningún castigo, dalles pena de muerte, y la muerte no cualquiera, sino esta terrible e inhumana de empalarlos.

Pasados algunos días que Gabriel de Vega usaba su oficio de capitán y justicia mayor, por causa que les movió a los superiores, nombraron en su lugar a Pedro Pablos de Salazar, vecino de la villa de Arma, y se le envió la conduta dello; lo cual sabido por Gabriel de Vega, sin esperar a su subcesor se salió de los Remedios y se vino a su casa a Tocaima. Pablos de Salazar, después que tuvo noticia de su nuevo proveimiento, se vino a los Remedios, y halló el pueblo muy trabajado y aflito, porque los naturales se habían tornado a rebelar a causa de la poca gente quen el pueblo había; porque los más de los soldados habían ido a Sancta Fee a pretensiones, a representar escritos y servicios antel presidente, el doctor Venero, que a esta sazón había llegado de España con poderes para poder encomendar la tierra; por lo cual no se podían proveer de comida para se sustentar, por cuya causa padescían gran hambre todos los vecinos en general, a lo cual se habían juntado las muertes de los soldados que he dicho y de otros que los indios habían muerto. Y para remediar esta hambre y necesidad en quel pueblo estaba, el capitán Salazar envió a Juan de Olivares, vecino del proprio pueblo, que con seis soldados fuese a recoger la comida que pudiese y la trujese en los indios amigos que llevaba y en los demás que por las poblazones donde iban tomasen.

Olivares y los demás españoles, no viviendo tan recatadamente y apercebidamente como era razón y la bellicosidad de los naturales lo requerían, juntáronse los indios que pudieron, so color de fingida paz, y estando con las cargas de maíz hechas para haberse de volver al pueblo, los mismos indios que las habían de llevar, viendo el descuido de los españoles, arremetieron a ellos y, quitándoles las armas, los mataron a todos, sin que ninguno escapase, con cuyas muertes se doblaron los trabajos de los vecinos, porque para vengarlas y proveerse de comidas les era necesario y forzoso no dormir de noche ni reposar de día, sino andar continuo con las armas auestas, sin parar ni reposar, en lo cual puso tanta y tan buena diligencia el capitán Pedro Pablos de Salazar, quen tiempo de un año quen este pueblo estuvo en el gobierno tornó a llamar y pacificar los naturales y atraerlos a la sujeción y servidumbre de los españoles, con daños y muertes de algunos indios, porque semejantes pacificaciones no se suelen hacer sin azote que castigue y ponga temor en los indios.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo Bernardo de Loyola salió de los Remedios con gente por comisión de Antonio Bermúdez, corregidor de aquel pueblo, y pobló la cibdad de Guadalupe

En tiempos que Pablos de Salazar gobernaba el pueblo de los Remedios, y aun entiendo que antes, era ya venido al Nuevo Reino el doctor Venero, a cuyo cargo, como en otros lugares he dicho, era el proveer corregidores y encomendar los indios. Por mano deste presidente fué proveído por corregidor de los Remedios Antonio Bermúdez, cuyo corregimiento fué de duros y pesados subcesos, ansí por algunas crueldades y malos tratamientos de indios quen su tiempo se hicieron, como por algunos feos acontecimientos que hobo y le sobrevinieron. Entre las otras cosas que este corregidor hizo fué que, pretendiendo hacer alguna cosa notable y provechosa, nombró por caudillo de ciertos soldados a Bernardo de Loyola, vecino de aquel pueblo, para que con cierta color saliese de los Remedios y se metiese por tierra de guerra y, fingiendo después fuerza, poblase un pueblo al cual él iría después, y, como cosa ya hecha y poblada, fingiría no ser parte para deshacerla, y ansí repartiría y conquistaría los indios que hobiese y se descubriesen; aunque algunos quieren decir que de todo en todo le dió poder y facultad para quen la parte quél le señalaba poblase una villa, diciendo tener poder para ello.

De cualquiera manera que fuese, el Loyola salió de los Remedios con gente por el año de mill y quinientos y sesenta y seis, con muy diferente designio del que Bermúdez tenía, porque pretendiendo vanamente con estos medios fama y honra y dineros, quería Loyola, con los pocos compañeros que Bermúdez le había dado, meterse la tierra adentro e ir en demanda y descubrimiento de los ríos, tierra que mucho tiempo antes algunos capitanes habían pretendido ir a descubrir y jamás se habían salido con ello, aunque había tenido copia de gente y otras municiones necessarias; pero si Bermúdez fué frustrado en sus designios, a Loyola no le fueron provechosos ni acertados sus balances; antes, después de haber poblado y peregrinado él y sus soldados, y haber andado por algunas parte peligrosas y trabajosas, por defeto de la prudencia y maduro consejo quen semejantes principios y medios suelen hacer gran falta, vinieron a quedar con solo el nombre y título de pobladores, y con las haciendas gastadas y pobres y necesitados; y porquen esta jornadilla que Loyola y sus compañeros hicieron no dejó de haber algunos recuentros y guazabaras de indios y hambres, que suele ser el principal trabajo, aunque me detenga un poco en ello lo quiero contar a la letra cómo subcedió.

Luego que Bernardo de Loyola salió de los términos y territorio de los Remedios, viendo los pocos naturales que adelante parecían, hizo acometimiento de quererse volver al pueblo o cibdad de los Remedios; pero como los soldados estuviesen ya amaestrados para el negocio, juntáronse y comenzaron a hacer manipudío y mover una manera de escándalo y alborotó entre sí, diciendo que, aunque Loyola se quisiese volver, que no se lo habían de consentir, antes les había de poblar un pueblo, aquellos se ofrescían de sustentarlo, en donde hobiese copia de naturales para ello. Y sobresto hicieron su manera de sedición entrellos, dando, como he dicho, a entender que le forzaban y constreñían a que hiciese lo quel tenía en vo-

luntad de hacer. Loyola, abrazándose con esta manera de fingida fuerza, para su descargo, aunquel lugar dondestaba era de muy pocos naturales y muy conjunto a los términos de los Remedios, pobló allí un pueblo, al cual puso la cibdad de Guadalupe, con aditamento de lo mudar y fijar en parte más cómoda cada vez que la hallase, y en ella nombró sus alcaldes y regidores, y se celebró y aun regocijó la fundación del pueblo con mucha alegría y contento; y para dar orden en las cosas quen prosecución de su descubrimiento se habían de hacer, se detuvieron en este lugar y sitio algunos días, en los cuales nombraron por su capitán y justicia mayor los del cabildo a Bernardo de Loyola; porque si no es que tenga particular comisión de los superiores para ello, en la hora que un capitán puebla un pueblo expira su comisión y jurisdicción, y no es más superior de aquella gente si no es quel cabildo lo torne a elegir y nombrar por tal.

Y estando ya casi de camino para pasar adelante, llegó a la poblazón de Guadalupe el corregidor de los Remedios, Antonio Bermúdez, creyendo que no se hiciera más de lo quel quisiera; pero como los pobladores de aquel pueblo estaban de diferente opinión que la suya y habían ya eieto por su capitán a Loyola, negáronle de todo punto la obediencia a Bermúdez y no lo quisieron rescibir por su juez, aunque se lo requirió y pidió como persona nombrada para ello por el Audiencia Real del Nuevo Reino; y como Bermúdez viese que sus ruegos ni requerimientos no eran de provecho, y que todo lo que los pobladores de Guadalupe hacían era por contemplación de Loyola y guiado por su propria mano y que ya estaban de camino para se meter la tierra adentro, con gran sentimiento de la burla que se le había hecho, se volvió a los Remedios, y descargándose lo mejor que pudo, dió aviso al Audiencia Real de lo que Loyola y los demás soldados que con él estaban habían hecho;

pero no faltaron otros escritores que, escribiendo la realidad de la verdad, fueron causa de que Bermúdez perdiese mucha parte de la reputación y opinión que con los jueces y superiores tenía, y así desde a ciertos días fué depuesto del cargo, como adelante se dirá.

CAPITULO V

En el cual se escribe cómo los españoles que poblaron a Guadalupe pasaron adelante en busca de gente y naturales que les pudiesen sustentar, y dieron en unas montañas despobladas, donde hubieran de perecer de hambre, y lo que les subcedió hasta alojarse en un buhío, donde hallaron comida

Luego que los españoles del pueblo de Guadalupe y su caudillo despidieron a Bermúdez, levantaron ellos sus toldos y tiendas donde las tenían y comenzaron a caminar adelante a descubrir, porque, según he dicho, donde habían poblado no había ningunos naturales de que se pudiesen aprovechar; mas habían usado desta cautela de poblar allí tan cerca con designio de pasar a descubrir y de que, no mandándoles los superiores volver atrás, les diesen ayuda de gente para pasar adelante.

Metiéronse por grandes montañas, quen esta parte lo es toda la tierra cubierta dellas; dieron en el río de San Bartolomé, que por ir ya en este paraje caudaloso, llevaba y tenía gran cantidad de pescado, aunque despoblado y falto de naturales, que fué causa de quen él se detuviesen poco, a fin de que la comida o matalotaje que llevaban no se les gastase y acabase antes de llegar a poblado y los pusiera en condición de perescer de hambre. Y pasando adelante por entre algunos palmares, dieron en la quebrada llamada de Guarquina, en la cual hallaron caminos anchos y se-

guidos y rastro o vestigios de haber poco que habían andado por allí indios, porque hasta haber llegado a esta quebrada habían caminado por angostos y ciegos caminos. Holgáronse todos los españoles y sus caudillos, paresciéndoles quera señal la que habían topado de dar presto en poblaciones de indios, y así, no mirando a lo que podía subceder, diéronse a gastar desordenadamente las comidas que llevaban, de tal suerte que dende a poco se hallaron en medio de un arcabuco tan falto de mantenimiento, que ni podían ir atrás ni adelante; porque como, siguiendo el ancho camino que habían topado, se engolfasen en en una despoblada montaña, caminaron por ella seis o siete días sin hallar buhíos ni labranzas, ni cosa de comer, y por la desorden quen gastar el matalotaje poco antes habían tenido halláronse de todo punto faltos dello, y comenzaron a sentir la hambre tan de golpe, que cuasi no podían ir adelante ni se hallaban con posibilidad de fuerzas y ánimo para volver atrás.

El caudillo Loyola, viendo la aflicción y trabajo suyo y de sus compañeros, queran hasta treinta y tres, juntólos a todos para que con el común parecer y acuerdo se hiciese lo que todos o la mayor parte dijesen, que fuese cosa que conviniese a la conservación de sus vidas y a su honor; porque aunque Loyola estaba ya confuso de lo que había principiado, por parecerle que no llevaba su jornada medios de ser acertada, no osaba, por lo que a su honra tocaba, determinarse en cosa ninguna ni declarar de todo punto su pecho, por que no se le pusiese alguna nota que le causase infamia.

Lo que desta junta resultó fué que de común consentimiento y parecer se apartaron catorce hombre, los que menos debilitados estaban, y éstos siguiendo aquel camino que todos llevaban con la ligereza que podían, al segundo día dieron vista a un buhío solo, cercado de muchas labranzas de maíz; y quedándose emboscados los cuatro dellos a la mira de las labranzas y buhío, los otros se volvieron a dar

aviso al caudillo y a los demás españoles que atrás habían quedado, comiendo y sustentándose con solamente ciertas hojas queran a manera de bledos, de quen aquella montaña había muchos. Alegráronse en saber la buena nueva que se les llevaba; pero su decaimiento y flaqueza era tanta, que cuasi se hallaban sin fuerzas para caminar. Pero como por conservar las vidas se animasen todos, caminaban como podían, llevando algunos tan consumidas las carnes, que solamente llevaban el espíritu con un similitud y figura de muertos; por lo cual, viendo Loyola cuán flojamente caminaban algunos soldados, escogió de los que daban muestras de tener más bríos y fuerzas hasta diez hombres, y enviándolos delante les mandó que, juntándose con los cuatro que emboscados y atalayando habían quedado, se acercasen a los buhíos y a hora y tiempo conviniente diesen en los indios y los prendiesen o sujetasen o hiciesen lo que pudiesen; pero aunque, sacando, como se suele decir, los soldados de las fuerzas flacas muy briosos ánimos, procuraron hacer lo que Loyola les mandó, su fortuna fué tan adversa que ninguna cosa pudieron hacer enteramente; porque como, después de juntos los catorce soldados, se fuesen acercando a las labranzas y buhíos de los indios que habían visto, subcedió que viniendo un bárbaro de aquella propria poblazón de fuera aparte, dió en el rastro de los españoles, y deseando saber lo que fuese siguió el camino hasta dar en los propios soldados que iban a dar en su pueblo; los cuales, aunque pusieron diligencia en procurar tomar este indio, no pudieron, por ser muy suelto y saber mejor la tierra aquellos; y ansí dando muy grandes alaridos y voces se apartó de los españoles, con las cuales dió a entender a ciertos indios questaban cerca de allí juntos en una borrachera el suplicio y trabajo que sobrellos iba.

Los españoles, aunquentendieron queran ya sentidos, no por esto dejaron de pasar adelante y acercarse hasta dondestaba la junta y borrachera de

los indios, los cuales luego que por los alaridos del indio entendieron lo quen su tierra había y les estaba cercano, con gran presteza recogieron sus mujeres e hijos y la otra gente quera inútil para la guerra y, poniéndolas en camino y lugar seguro, tomaron sus armas y salieron al encuentro a los catorce soldados. Serían los bárbaros que a encontrarse con los nuestros venían cien hombres; y como en medio de un arcabuco descubriesen y viesen a los españoles, admirados de ver en su tierra una cosa tan nueva y por ellos nunca vista, se estuvieron algo supensos; pero desque vieron que se iban acercando a ellos comenzaron a disparar su flechería y a usar della, alzando un común alarido y gritería, de la cual los bárbaros usan mucho en semejantes acometimientos. Los nuestros, no hallándose con entereza de fuerzas para arremeter a los enemigos con la ligereza necessaria, soltaron contra ellos cuatro alanos o perros de ayuda que llevaban ya bien amaestrados y enseñados para semejantes necessidades. Los perros, como animales feroces, sin ningún temor se metieron entrel escuadrón de los indios, y comenzaron a morder y aun a despedazar a alguno dellos, con lo cual cobraron gran temor y a perder el brío de su primer acometimiento, con lo cual causaron en los nuestros más ánimo quel que antes tenían para arremeter de todo punto a ellos. Lo cual se hizo sin mostrar ninguna flaqueza ni cobardía, y arrojándose entre los indios y comenzándolos a herir y lastimar con las espadas y los perros, que no cesaban de dañar y maltratar los indios que podían, fué causa que se retirasen los indios y volviesen atrás huyendo ligeramente; mas las fuerzas de los nuestros eran tan débiles, quen ninguna manera pudieron seguir el alcance de los indios ni haber ninguno a las manos vivo para informarse dél de aquella tierra; pero esta falta la suplieron muy bien los perros, que siguieron gran rato a los indios y los hicieron alejar y apartar gran trecho de donde los nuestros estaban, los cuales siguiendo su camino

fueron por él a dar en el buhío de la borrachera, el cual hallaron bien proveído de maíz y sal y tres o cuatro cuchinatós mansos y algunas mayas, que son unos animalejos pequeños a manera de gozques, cuya carne es muy sabrosa y gustosa de comer. Alojáronse dentro del buhío todos los soldados y los indios del servicio que consigo llevaban, y procuraron satisfacer a sus vientres, que con muy gran causa estaban atribulados de la hambre pasada.

Este día no llegó Loyola con la demás gente a este buhío, porque no podían caminar algunos flacos soldados; pero un bárbaro de aquella propia tierra, queriendo de todo punto reconocer a los españoles, confiado en la ligereza y soltura de su persona, se acercó muy mucho al buhío donde los españoles estaban alojados. Ciertamente él se fuera riendo y triunfante de los nuestros, porquentre todos ellos no había hombre que, aunque estuviera un día entero, le pudiese dar alcance, si un perro de los que tenían, quentre los otros era aventajado, siguiéndolo con obstinación no lo alcanzara y, despedazándolo, diera miserable fin a sus días, con que pagó su temeridad; porque nunca le aprovechó al mísero indio la macana, arco y flechas que traía para ofender a quien le siguiese, porquel perro con su presteza no le dió lugar a que se aprovechase dellos.

La noche se pasó con gran temor y centinela, creyendo que los bárbaros les acometieran; pero nunca osaron ni se atrevieron a hacerlo. El siguiente día llegó y se juntó Loyola y los demás que atrás habían quedado con éstos del buhío, y allí descansaron y se holgaron algunos días sólo para reformarse del trabajo del camino y hambre que consigo traían.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo pasando adelante Loyola con los españoles, llegó al río de la Simitarra, donde le mataron tres soldados los indios y otros tres escaparon nadando; y cómo los naturales alzaron y quemaron las comidas que tenían, por lo cual se volvieron a salir de las montañas al sitio y lugar donde se había poblado la cibdad de Guadalupe

Ya que la gente había convalecido, por que el tiempo no se gastase y perdiese ociosamente, salieron catorce hombres de los que mejor dispuestos se hallaron a descubrir lo que adelante había. Estos, corriendo y siguiendo un trillado camino que desde el buhío dondestaban alojados salía, caminaron algunos días hasta dar en el río de la Simitarra, que va a salir cerca de los términos de Mompox, villa poblada en la ribera del río Grande.

Los naturales, habiendo antes sentido a los españoles, porquen el camino habían encontrado cuatro indios que iban a espiar lo quen el buhío dondestaban alojados se hacía, y sin haber podido tomar indio ninguno se les habían huído y avisado las gentes que de la otra banda del río de la Simitarra estaban poblados, los cuales habían cortado la puente que para el pasaje y servicio de aquel río tenían puesta poco tiempo antes. El río era hondable y de mucha agua y gran corriente, por lo cual, aunque los españoles procuraron y buscaron modo cómo pasarlo, jamás

lo pudieron hacer, y fuéles útil y provechoso este impedimento, porque si por ventura acertaran a pasar los catorce soldados el río, no pudieran dejar de perecer todos y morir a manos de los indios que puestos en emboscada de la otra banda les estaban esperando con las armas en las manos; y así dieron la vuelta al buhío o casa donde Loyola con la demás gente había quedado, representando, para más daño y perdición suya, haber visto de la otra banda del río de la Simitarra gran poblazón y labranza, que-
ra señal de haber mucha gente.

El caudillo Loyola, con juvenil ambición de hallar lo que deseaba para perpetuar su nombre, se partió con toda la gente con determinación de poner todo su posible en pasar el río; y como llegase ya cerca dél y viese que si no era con puente o balsa no se podía pasar, alojóse en un buhío que algo apartado del río estaba, con propósito de no pasar adelante sin primero dar orden en lo que se debía hacer para entrar y asaltar y saquear la poblazón que de la otra banda del río había, questaban corroborados y fortalecidos con la furia e ímpetu del propio río. El siguiente día se dió orden en hacer unas balsas para quen ellas pasase la gente a la otra parte; pero aunquéstas se hicieron con gran diligencia, fueron inútiles y sin provecho, porque como a media noche Loyola enviase catorce o quince soldados para que con la claridad de la luna pasasen en las balsas el río y se emboscasen en la otra banda para dar en los indios, si descuidadamente se les acercasen, y para tener seguro aquel paso, con que después pudiese pasar toda la demás gente, la corriente y veloz ímpetu del agua era tanta quen ninguna manera dejaba gobernar ni navegar las balsas a la otra parte; mas con gran peligro de los quen ellas se metían las tornaba a echar fuera a las riberas del río; y como uno de los catorce soldados, que iba señalado por caudillo, viese el poco efeto y provecho de las balsas, deseando que su salida no fuese en vano persuadió a los soldados, queran buenos

nadadores, que nadando pasasen el río. Pero como, viendo el gran peligro que ello había, todos lo rehusasen, comenzó con palabras a vituperar su cobardía y poco ánimo, con lo cual cuasi forzados seis soldados, despojándose de sus vestiduras y atando sus armas a unos livianos palos a que habían de ir asidos, se arrojaron al agua y pasaron de la otra parte.

Loyola estaba ausente, y después que supo que solos los seis soldados habían pasado el río, pesóle dello y quisiera hacer que se tornaran a pasar; y para ello badeó con presteza el río con algunos de los soldados que con él habían quedado; mas como ya los seis soldados estaban emboscados, y por que los indios no oyesen el alboroto, no curaron de llamarlos, y así se estuvieron los unos y los otros hasta que amanesció, para aflicción y castigo de los que tan temerariamente habían pasado el río, porque subcedió que como un indio que había bajado de las poblaciones viniese caminando el río abajo y aun cantando en su lengua y descuidado de toparse con españoles, aunque bien vía los que de la banda contraria estaban, a los cuales con señales que les hacía llamaba que pasasen adonde él estaba, salió a él uno de los seis españoles de la emboscada, y hízolo tan flojamente que con su salida causó su perdición; porquel indio, escapándose de sus manos, iba huyendo con gran ligereza y apellidando a sus compañeros, que también estaban muy cerca de allí emboscados, y, dándoles aviso de cómo había españoles de la parte del río dondellos estaban, los promovió a que con presteza se acercasen a los seis españoles, y dando en ellos muy osadamente, en la primera arremetida mataron los dos, y los otros cuatro, viendo su perdición, procurando de remediar y conservar sus vidas, se arrojaron al agua, confiados en su nadar. Muchos indios se arrojaron tras ellos, pero no alcanzaron más que solo uno, que cuasi desmayado se cortó y no pudo con fuerzas cortar el agua, como los demás hacían. A este soldado sacaron los indios vivo a tierra y comenzaron a escarnecerle

y a pasar tiempo con él muy bárbaramente y con gran placer suyo. Mas uno de los bárbaros, no satisfaciéndole la recreación de sus compañeros, pues della se seguía alargar la vida al español, con una gruesa macana que tenía se llegó a él, y alzándola con entrambas manos en alto, con toda la furia que pudo le dió en la cabeza un golpe, con que le derribó en el suelo, y segundando con otros lo acabó de matar en presencia de los demás españoles, que lo estaban mirando sin poderlo remediar, y con esta vitoria quedaron tan ufanos. Los bárbaros, con muy apresuradas y aun regocijadas voces, decían a los nuestros que se pasasen adonde ellos estaban, porque deseaban dalles a todos el castigo que a los tres ya difuntos habían dado, cuyos cuerpos, para mejor significar y dar a entender lo que querían, ponían en pie junto al agua, y en ellos hacían muchas maneras de vituperios, paresciéndoles quera afrentar de todo punto a los nuestros, pues no pasaban a vengar su injuria. Y no haciendo ya caso de ninguno de los seis españoles, porque los tres vían presentes difuntos, y los otros tres había el raudal y canal del río llevado con violencia agua abajo, se recogieron el caudillo y los demás españoles al buhío donde la demás gente había quedado, con temor de que los indios por otra parte no diesen en ellos; mas fué Dios servido que no hoviese tanta gente en aquella provincia que por todas partes pudiesen hacer acometimiento; porque si lo hicieran, todos sin escapar ninguno perecieran. Y estando todos juntos celebrando, ya cuasi noche, con lacrimoso sentimiento, aunque recogido, las muertes de sus seis compañeros, los tres que habían ido el río abajo, habiendo por particular gracia y merced de de Dios inmortal escapado dentrambas fortunas de tierra y de agua, llegaron, aunque apartados unos de otros, adonde sus compañeros estaban, y, aunque desnudos en carnes, se les pusieron delante, que parecía espectáculo de gran compasión; con verlos vivos perdieron de todo punto su afición y se regocijaron

con ello; y procurando conservarse algunos días en este estalaje, hasta ver qué tierra era la que de la otra banda del río estaba, comenzaron a hacer un palenque para fortificarse y estar más seguros, y luego procuraron juntar comida de maíz antes que los indios lo alzasen y escondiesen, Y a este efeto salieron luego otro día algunos soldados con los indios ladinos que tenían, y hallando, algo apartado de donde estaban alojados, un buhío con maíz, tomaron lo que él había, y con ello se volvieron al alojamiento y palenque que ya habían empezado a hacer.

Los indios y naturales, entendiendo que los españoles andaban a recoger maíz, escondieron lo que habían menester y pudieron, y a lo demás, juntamente con las casas en que estaba, queran las propias de su morada, les pegaron fuego, y todo lo consumían y acababan con el fuego.

Loyola y los soldados que con él estaban, visto que por todas vías les querían hacer guerra, y teniendo por intolerable ésta del quitarles las comidas, cesando la obra del palenque que habían comenzado, se volvieron a salir de conformidad y por el propio camino por donde habían entrado se volvieron al sitio donde habían poblado la cibdad de Guadalupe, que consigo se traían, porque aunque caminaban y andaban a una parte y a otra, los alcaldes y regidores electos no dejaban de gozar de sus preeminencias.

CAPITULO VII

En el cual se escribe cómo don Diego de Carvajal, por comisión de la Audiencia, fué a Guadalupe y prendió los alcaldes y regidores, y cómo volviéndose a salir y enviando por su teniente a Juan Velasco, por consejo del mesmo Carvajal, se volvieron los españoles al río de la Simitarra. Cuéntase lo que allí les subcedió hasta la víspera de Sanctiago

Dende a pocos días que Loyola y los demás se volvieron a su pueblo de Guadalupe, llegó don Diego de Carvajal, vecino de Vitoria, por justicia mayor de aquel pueblo y a prender los alcaldes y regidores y capitán que lo había poblado; porque como el Audiencia Real tuviese noticia de cómo esta cibdad o pueblo se había poblado y del fraude quen ello había habido, así por parte de Bermúdez, corregidor de los Remedios, como por Loyola y los demás españoles, privaron a Bermúdez del cargo que tenía y, nombrando en su lugar a don Diego de Carvajal, le mandaron que pasase a este pueblo de Guadalupe con la provisión y comisión que para ello le dieron y hiciese lo que he dicho; pero también pretendió don Diego, como los demás, con esta color aprovecharse y mejorarse en meterse con la gente la tierra adentro; mas no lo osó hacer porque la comisión que tenía estaba tan rigurosa contra él, que temió, si excedía algo de lo que se le mandaba, perder todo lo que tenía y aun la vida con ello; y así, después de haber preso a Loyola y a

los alcaldes y regidores de aquel pueblo, se volvió a salir dél, dejando en su lugar un teniente, y enviando al Audiencia preso un alcalde y a Bernardo de Loyola, paresciéndole que la demás gente era necessaria para el sustento del pueblo.

En Vitoria, pueblo despañoles, tenía Carvajal un grande amigo suyo, llamado Juan Velasco; a éste le había encargado que juntase la gente que pudiese para entrar en Guadalupe, donde le nombraría por su teniente, y que de allí entraría con toda ella la tierra adentro. Juan Velasco era algo ambicioso por mandar y sobrepujar a los otros; tenía algunos dinerillos, que con trato de mercancías había adquirido y juntado; despendiólos con liberalidad en avío de soldados y otras cosas necessarias a su jornada, y tomando comisión de don Diego de Carvajal, en la cual le nombraba por su teniente general, se entró en Guadalupe, donde fué rescibido de los soldados y vecinos y del cabildo; porque a todos escribió don Diego que para que su jornada fuese adelante y él fuese proveído por capitán della, como deseaba, era necessario que se tornase a entrar la tierra adentro, y quél los seguiría dentro de ciertos días, que señaló, con gente y ganado y otras municiones necessarias para hacer la jornada.

Los soldados, creyendo que lo que les convenía era lo que don Diego les escribía, rescibiendo el teniente que les enviaba, se partieron otra vez la tierra adentro por la vía que antes habían llevado, dejando para posesión y mojonos del pueblo un alcalde y un regidor, cerimonia cierto bien inútil y desaprovechada.

Era ya en este tiempo entrado el invierno, y como la tierra es tan montuosa, eran en ella tan continuas las aguas, que causaban en el caminar gran trabajo en los soldados. Hallaron el río de San Bartolomé crescido de suerte que les fué necesario hacer puente para pasarlo. Los caballos, por pasar por el agua, corrieron gran peligro, pero al fin sólo uno se les ahogó. Llegados a las riberas del río de la Simitarra,

donde antes habían estado alojados, hicieron su asiento en el propio lugar y río; y luego procuraron buscar maíz con que se sustentar. Juntaron lo que pudieron y no lo que quisieron, porque los indios luego que los vieron en su tierra se juntaron y les vinieron a dar guazabaras a su propio alojamiento; y el primer día que les acometieron les hirieron seis soldados quentre los otros se quisieron extremar y señalar, siguiendo más briosamente los indios que otros ningunos hasta encerrarlos en la montaña, de donde revolviendo los indios sobrellos animosamente, los hirieron a todos, de los cuales murieron dos y al uno se le quebró un ojo. Juan Velasco, a quien los españoles tenían por teniente, visto el atrevimiento de los indios, aunque era algo bisoño o novicio en la guerra y tratos con ellos, paresciéndole queran pocos y quedaban en mala tierra para poder sujetar a los indios que les acometiesen, para seguridad de su persona y de sus compañeros hizo en breve un palenque, cuanto en él se recogiese la gente y pudiese resistir el ímpetu de los bárbaros. Y aprovechóles tanto este palenque o palizada, que les fué gran ayuda y reparo para los acometimientos que después les hicieron los indios.

Y entre otras muchas cosas quentre los españoles e indios pasaron fué señalada la que Gonzalo Verde, natural de las islas de Canaria, hizo; que habiendo salido del palenque a un arroyo adonde lavaban la ropa a hacer espaldas a una india que había ido a lavar, salieron a él más de cien indios con armas para tomarlo vivo y a mano. Gonzalo Verde, recogiendo junto a sí la india y habiéndolo desamparado un compañero que llevaba, se defendió con su espada y rodela con valor y ánimo español, sin que los bárbaros le pudiesen ni osasen echar mano, antes hiriendo a muchos dellos arredraba y apartaba de sí y de la india que consigo tenía a la canalla de los bárbaros. Turó esta contienda hasta que llegó gente a socorrerle, con que de todo punto se escapó de las manos

de los indios sin rescibir dellos más daño de sólo un flechazo en la pierna.

El siguiente día después desto acudieron al palenque como cuatrocientos indios de guerra y arremetieron divididos por dos partes con tanto ímpetu, que si el teniente no se hallara sobre su caballo hobieran de todo punto vitoria de los españoles este día los indios, que, con esperanza de matarlos a todos, venían los bárbaros muy galanes con la plumajería de colores que sobre sí traían, y con ricos caricuries y otras piezas de oro fino de que venían pertrechados. Pelearon gran rato del día los unos con los otros; pero al fin fueron los indios ahuyentados con la mucha resistencia y daño quel teniente con su caballo y armas les hacía, alanceando muchos dellos; y como algunos indios de las heridas que les daban caían muertos, los españoles arremetían a ellos por quitarles el oro que traían consigo, los compañeros del muerto acudían a defenderlo, donde por momentos se renovaba en diferentes lugares la pelea; mas, según he dicho, los indios se retiraron llevando harto daño. A los nuestros les hirieron tres españoles, sin que ninguno dellos muriese, y viviendo dende en adelante más apercebida y recatadamente, les fué ocasión de rescibir menos daño y estar a menos peligro; porque, demás de las centinelas ordinarias, siempre tenían ensillados tres o cuatro caballos, que son los que más doman y aflojan la soberbia y brío de los indios.

Tornáronse a coadunar y juntar mucha más cantidad y número de indios con designio de no dejar de aquesta vez los españoles en la tierra. Acercáronse al palenque la víspera de Sanctiago, con el ímpetu y vocería, ansí de cornetas como con sus propias voces, disparando contra los españoles y gente quen el palenque estaba mucha flechería; pero como hallaron a punto de pelear a los nuestros no les fué provechoso el combate, aunque les fué harto dañoso, porque casi fueron heridos todos. Pelearon los unos y los otros con igual brío y ánimo más de dos horas, y como los ar-

cabuceros no cesasen de tirar y matar algunos indios, ni los de a caballo andar entrellos alanceando, fué ocasión de que con tiempo dejasen la pelea y se retirasen, aunque dando muestras de gran contento y de gente que había salido vitoriosa. Los españoles se recogieron al palenque y se curaron los unos a los otros lo mejor que pudieron, de suerte que no peligró ninguno.

Entre los indios quen esta guazabara murieron se halló que los más traían consigo cabuyas o sogas o muchilas, lo uno para llevar atados los vivos, y lo otro para llevar la carne de los muertos, entendiendo, por la confianza quen su multitud tenían, que habrían vitoria de los nuestros.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe lo demás que subcedió a los españoles en el palenque dondestuvieron alojados en las riberas de la Simitarra, hasta que se volvieron a salir y despoblaron de todo punto la cibdad de Guadalupe

Quedaron tan atemorizados y lastimados los soldados de la guazabara pasada, que, temiendo rescibir otro día la muerte por mano de los indios, algunos dellos trataban de retirarse y salirse aquella noche a tierra de los Remedios; porque, pareciéndoles cosa dura y grave aventurar sus propias vidas y ponerlas en evidente peligro por salvar o librar a los que, por haber escapado de la guazabara muy mal heridos, ni podían caminar ni aun daban muestras de vivir muchos días, decían severamente que quedasen allí en el camino los tales vivos o muertos, y que los que pudiesen caminar siguiendo a los más sanos procurasen asegurar o librar sus vidas de las manos de los bárbaros. Pero como esto quentre los más o algunos de los soldados se trataba viniese a noticia de Juan Velasco, a cuyo cargo estaba la superioridad y administración de la justicia, con moderación les reprehendió sus designios, que parecen tan perjudiciales al bien de muchos y aun al suyo propio; pues contra su propio honor y valor querían volver las espaldas antes de tiempo y, dejando a sus compañeros en manos de sus enemigos vivos, obrar una infamia de gente que con cruel cobardía temerariamente habían huído.

Tratóles el teniente lo que debían hacer por conservar la honra española y cuán favorable les era el tiempo, pues era día de Santiago, a quien los españoles tienen por patrón en la guerra, por cuyos medios y preces podrían alcanzar de Dios inmortal la gracia de la vitoria, ocurriendo con los corazones y con las armas defendiéndose de los enemigos. Y para más los animar, herido como estaba, hizo que le pudiesen sobre un caballo y allí le armasen, y tomando él la delantera se salió del palenque el propio día de Santiago a esperar los enemigos. Lo mesmo hicieron todos los demás soldados para que, hallándolos tan apercebidos y puestos a punto de pelear, les fuese más leve la pelea.

Quedó dentro del palenque, en una pequeña iglesia que tenían, fray Bernabé, fraile carmelita y sacerdote, a imitación de Moisés, puesto en oración rogando a Dios por la vida de su pueblo y por la vitoria. Dende a poco llegaron los bárbaros con el alarido y tumulto que solían, trayendo delante de sí un indio que los acaudillaba y animaba a la pelea, el cual de un arcabuzazo cayó; y entre otras cosas que para ornato de su persona traía se le halló en la corona o parte superior de la cabeza fijada una imagen de papel en la cual estaba la figura del crucifijo con Nuestra Señora y San Juan. Algunos soldados, maravillados de ver esto, no podían atinar de dónde hobiese habido aquel bárbaro una cosa tan insigne; pero aunque dende a poco se supo ser de unas horas que, entre otras cosas, habían tomado los indios algunos días antes en una petaca, no dejaron tener por cosa de maravilla y aun por prodigio notable el traer este indio la imagen sobre la corona más quen en otra parte ninguna, y tan cosida al cabello que no se la podían quitar.

Los demás bárbaros comenzaron a disparar su flechería y almacén de armas que traían contra los nuestros, los cuales, aunque maltratados del día pasado, peleaban tan briosamente, con el favor divino, que

ahuyentaron y echaron los bárbaros de sobre sí, haciendo en ellos tal estrago, que después por muchos días no les tornaron a hacer ningún acometimiento; mas siempre tenían sobre el palenque puestas sus espías y atalayas para saber si los nuestros se dividían y apartaban, porquientendían que así podrían haber dellos con más facilidad y menos daño suyo entera vitoria.

Don Diego de Carvajal, aunque sobrel negocio desta jornada pareció en el Audiencia y dió noticia de cómo los soldados se habían tornado a meter la tierra adentro, y sobrello puso mucha diligencia, el presidente y oidores, presumiendo o habiendo entendido la cautela quen ello podía haber habido y había, no quisieron darle la conduta y comisión que pedía, que era que le dejasen ir en seguimiento desta gente y soldados de Guadalupe; y así se estuvo, que hobera de ser causa, con su deseo de capitanear, que los españoles perecieran y murieran a mano de indios por haberlos hecho volver a entrar la tierra adentro. Y vista su tardanza los españoles del palenque y el riesgo en questaban, determinaron enviarle un mensajero a rogarle que con brevedad les socorriese y favoreciese; pero como entre todos no se hallase quien quisiese ponerse en riesgo y aventura de quen el camino le matasen, les fué necesario dar cien pesos entre todos a un mulato llamado Juan Martín, buen peón, que con las cartas y despachos salió de noche y caminando ligeramente se puso en salvo y dió relación en Vitoria y los Remedios del efeto a que iba y del riesgo en que los españoles quedaban. Mas ninguna cosa aprovechó su salida; porque como a don Diego no le habían querido dar la comisión y conduta que pedía en el Audiencia, pareciéndole cosa vana gastar sus dineros en perjuicio y daño propio, no quiso buscar gente ni soldados que fuesen a socorrer a los quen Guadalupe estaban muy trabajados y cansados de los continuos acometimientos que los indios les hacían; los cuales tomaron por remedio des-

tarse sobrel palenque a la mira para con esto impedir que no saliesen soldados a buscar comida, porque ya habían dado en hacerles esta guerra civil; y, demás desto, los propios indios tenían escondidas y puestas en cobro las comidas que habían y tenían en aquella provincia. Y con este modo de guerrear pusieron en tal aprieto a los nuestros, que les fué forzoso matar para comer algunos caballos de los que tenían.

Pero como a los españoles les pareciese cosa infame el morir de hambre y no en la guerra, determinaron salir de noche a buscar comida la mitad dellos, y la otra mitad se quedaron en el palenque, guardándolo para que los indios no les quemasen los buhíos y ranchuelos quen él tenían hechos. Los indios, como andaban sobrel aviso para saber cuándo salía gente fuera, no se tardó mucho que no lo supieron; y así juntándose vinieron en seguimiento de los que habían salido por la comida, que ya habían topado alguna, aunque poca, y habían sido vistos de diez o doce indios quen el camino habían encontrado, los cuales dieron a los demás aviso de su salida. Los soldados oyeron el ruido y vocería que los indios juntándose hacían para venir sobrellos; y sin pasar más adelante dieron la vuelta al palenque con festinación y presteza; pero no fué tanta que, al tiempo aquellos entraban y se recogían en el palenque, los indios les alcanzaron y comenzaron a pelear con ellos; y si de los españoles quen el palenque habían quedado no fueran socorridos, fueran de los indios muy mal tratados; y así juntándose y haciéndose un cuerpo rebatieron la multitud de los bárbaros que les venían siguiendo, sin rescibir dellos ningún daño.

Y viendo que de los Remedios no les entraba ningún socorro y que ya no podían haber comida ni traerla, porquen otras salidas que después hicieron los habían corrido los indios y puéstoles diversas veces en condición de perderse, acordaron tornarse a salir de aquella tierra y volverse a salir al sitio antiguo donde habían poblado la cibdad de Guadalupe,

a lo cual les dió, demás de lo dicho, gran causa y ocasión el haber visto en poder de un indio de la tierra un bonete colorado, que les hizo presumir y sospechar que Juan Martín, el mensajero que habían enviado, lo habían muerto los indios, y que sus cartas no habrían salido a tierra de paz, y así no les podía venir ningún socorro del quenviaban a pedir. Y poniendo en efeto su acuerdo, que a mi parescer era muy acertado, pues ellos no eran parte para pasar adelante ni sustentarse allí, se volvieron a salir todos juntos de la tierra y riberas del río de la Simitarra, donde ya hacia tres o cuatro meses questaban sustentándose con excesivo trabajo de hambre y guerra, que son dos adversidades que cuando vienen hermanadas han de ser grandes los ánimos que algún tiempo las pueden tolerar.

Luego se tuvo noticia en los Remedios y Vitoria de la salida destes españoles, a los cuales escribió don Diego de Carvajal cómo el Audiencia no les había querido dar ni daba licencia que los fuesen a socorrer; y así él no había sido ni era parte para ello; que si quisiesen despoblar el pueblo lo despoblasen e hiciesen lo que les pareciese. Los soldados, oyendo estas nuevas y como se vían en parte donde no podían sustentarse por ninguna vía, desampararon la población que habían hecho y, dejando el pueblo yermo, cada cual se fué por su parte, ecepto dos soldados, quel uno era alcalde y el otro era regidor, que, pareciéndoles cosa conviniente a sus cargos, se detuvieron allí algunos días, al cabo de los cuales hicieron lo que los demás habían hecho, dejando de todo punto desierta la cibdad de Guadalupe, la cual así como fueron flacos y vanos sus fundamentos, así sin ser edificada cayó presto y perdió su nombre y ser.

CAPITULO IX

En el cual se escribe y prosigue y da fin a las cosas de la cibdad de los Remedios y subcesos della

Volviendo a tratar de los subcesos de los Remedios, si por extenso lo hobiésemos describir sería renovar la memoria de los tiranos emperadores pasados, que con sangre humana celebraban la entrada y salida de sus imperios; porque como entre los españoles y aun jueces deste pueblo reinase tan gran avaricia y cobdicia de llevar y sacar oro, procuraba cada cual, para este efeto, más con violencia que con maña y halagos, quitar el hijo al padre y la hermana al hermano y desmembrar o despedazar los unos a los otros, con tanta severidad, que los animales hicieran sentimiento dello, cuanto más los hombres. De aquí se seguía que los indios se alteraban y rebelaban, de suerte que muchas veces dejaban de ir a servir a los españoles al pueblo, y con esto luego los vecinos, para asegurar sus haciendas, procuraban un caudillo que fuese a castigar los rebeldes. Dábanle cien pesos por que usase de severidad con los indios, y el bueno del caudillo hacía carnicería en los desventurados bárbaros, que ni eran para defenderse ni esconderse; pero lo uno ni lo otro creo yo que no les aprovechara cosa ninguna, según andaban de encarnizados estos vecinos. Y fué la desventura y calamidad de los naturales deste pueblo tanta, y la severidad y rigor de los caudillos tan grande, que matando inhumanamente la mayor

parte de los indios y pasándolos a cuchillo y cortando a unos las manos y a otros los pies, a otros las narices, a otros las orejas, eran causa que otra mucha cantidad de naturales, por apartarse destas crueldades, se metiesen a esconder por las montañas, donde también tenían sus accidentales y miserables muerte; porque a muchos consumía de todo en todo la falta de la comida, y se hallaban muertos de hambre en muchas partes, y otros, procurando conservar las vidas, buscaban por las montañas y arcabucos frutas de árboles incógnitos y perjudiciales para su salud, y comiéndolas para satisfacer la hambre, eran corrompidos y les daban cámaras, y así morían con la misma aflicción que los demás. Y vino a tanto su desventura y calamidad destes indios, que, con las maneras y modos referidos, de más de cuatro mill indios quen esta provincia de los Remedios había al tiempo quel presidente los repartió y encomendó, no se hallan agora mill indios, que todos los demás han perecido en las calamidades dichas y en otras; porque aun a los que servían en las minas no les faltaba su azote por mano de los mineros y calpisques que los tenían a cargo, los cuales para sacar el oro los hacían por fuerza meter debajo del agua de un gran río ques llamado de Ortana, a manera de indios que sacan perlas, y de lo hondo sacaban el cascajo y oro para lavar. Sobreeste trabajo, si a la tarde no les traían el jornal que les pedían, les azotaban con unas candelillas de cera a todos sin quedar ninguno; y les hacían otras fuerzas y opresiones intolerables e insufribles.

De tales pueblos son los que yo digo que sería muy acertado que ni los poblasen ni sustentasen ni estuviesen en ellos españoles, pues no sirven de más que ser y estar hechos verdugos y carniceros de los indios, y consumillos y acabarlos y despoblar la tierra y poblar el infierno, o quen ellos se diese una orden concertada y tal que fuese provechosa a los unos y a los otros; y todo esto depende del no hacer justicia los

corregidores y jueces que los gobernadores y Audiencias envían a semejantes pueblos, los cuales, como poco ha dije, no procuran de más de cobrar sus salarios, y todo se queda en la perdición que de antes; y si alguna diligencia acerca dellos se hace y se prenden algunos culpados, no hay henchirle ni cumplirla contra ellos. Pocos días ha que el Audiencia envió a este pueblo a Francisco de Santiago, alcalde mayor del Reino, a inquirir y saber destos negocios de malos tratamientos y tomar residencia a todos los que en aquel pueblo habían sido ministros de justicia; y con averiguar mucho sus negocios de los referidos, no se ha hecho en el caso justicia por los superiores, ni aun se cree que habrá el castigo que es razón; y si no es que el Rey mande por algún tiempo que semejantes procesos y las personas que tales delitos cometen sean llevados a España y allí sean vistos sus negocios y castigados por ellos, no habrá ninguna moderación; porque las Audiencias muchas veces disimulan con semejantes crueldades, porque del quererlas castigar con rigor no nazcan cosas más escandalosas y peligrosas, por la mucha libertad de que suelen usar los españoles en las Indias; y como en lo dicho no haya enmienda, el pueblo de los Remedios y los que siguieron sus pisadas perecerán y no permanecerán; pues en las Indias no permanecen más los pueblos que cuanto tiempo les turan los indios y naturales, que son su principal sustento y fundamento, porque, a lo menos en este Reino, ni los españoles cavan, ni aran, ni tienen otro sustento ni aprovechamiento del que los indios les dan, y con esto no tengo más o no quiero decir más de la conquista de los Remedios, pues, como he dicho, sería renovar extrañas crueldades. De las naturalezas, ritos y ceremonias destos indios hay que describir en este lugar, por que estos naturales y los de la cibdad de Vitoria son todos cuasi una gente, y ansí siguen las pisadas en esto los unos de los otros.

LIBRO QUINCE

En el libro quince se escribe cómo don Antonio de Toledo, siendo alcalde de la cibdad de Mariquita, salió con gente a correr los términos de su pueblo, y metióse por la tierra de los Colimas, donde pobló la villa de la Palma. Después de repartir los naturales, vínose a Sancta Fee a dar cuenta a la Audiencia de lo que había hecho. Fué preso y proveído en su lugar para la villa a Juan de Otálora, vizcaíno. En este tiempo hicieron tal guerra los naturales Colimas, que forzaron a los españoles a despoblar el lugar e irse fuera de la tierra. Sabido esto por el Audiencia, mandaron que don Antonio volviese a reedificar la villa a su costa. Fué hecho así por el don Antonio, el cual luego se tornó a salir. Quedó don Gutierre de Ovalle, con cargo de justicia mayor, pacificando la tierra. Mudó el pueblo ciertas veces hasta que lo vino a poner adonde agora está. Escríbese la prolija guerra que los indios tuvieron con los españoles y todo lo subcedido en esta villa hasta el tiempo que Hernando Velasco fué allá por corregidor, con algunas propiedades y naturalezas, así de los indios como de la propia tierra y provincia de los Colimas.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo don Antonio de Toledo, siendo alcalde de Mariquita, salió con gente cautelosamente, con título y color de que iba a correr los términos deste pueblo, y se metió por la tierra de los Colimas con designio de poblar un pueblo. Escríbese la causa del correr estos términos, y cómo o por qué son llamados Colimas los indios desta provincia de la villa de la Palma, y lo que subcedió a don Antonio en el tiempo questuvo alojado en la loma de Caparrapi

En la provincia de los Musos está poblado otro lugar o pueblo despañoles llamado la villa de La Palma, y aunque los pobladores deste pueblo comúnmente han llamado y llaman a los naturales de la comarca dondeste pueblo está poblado Colimas, que parece que, por disonar o discordar del nombre de Muso, da a entender a los que lo ignoran que la gente y tierra es diferente de los Musos; lo cierto es lo que yo aquí escribo y en el antecedente libro he apuntado, y es que como el pueblo de la Trinidad está más cercano a la nación y gente Moxca, y los que lo poblaron entraron por aquella parte y pueblos de gente Moxca, siguieron el apellido y nombradía que aquellos naturales acostumbraban llamar a la gente desta provincia, que Musos, y ansí antes que la villa se poblase era llamada toda la provincia de los Musos. Después de lo cual los que poblaron a la villa de la Palma salieron de la cibdad de Mariquita, cuyos naturales es gente

Pancha de nación, que se extiende a otros pueblos despañoles, como son Ibague y Tocaima y aun Cartago y Vitoria y los Remedios, aunque difieren algo en la lengua de cada poblazón destas.

Los naturales de Mariquita y todos los demás Panches que con los Musos confinan, ques hacia esta parte dondestá poblada esta villa, en su lengua materna llaman a estos Musos Colimas, y son sus grandes enemigos y contrarios, y se comen los unos a los otros, y de aquí, como he dicho, vinieron estos españoles pobladores de la Palma a llamar a los naturales donde la poblaron Colimas; pero la gente en lengua y en guerra y en el arte y tratamiento de sus personas, y en el brío y obstinación de defender y conservar su libertad con las armas en las manos, toda es una; y ansí no ha sido menos trabajoso y calamitoso para los españoles el poblar y sustentar este pueblo que lo ha sido a los trinitarios; porque después de haberlo poblado don Antonio de Toledo, los indios echaron y ahuyentaron los primeros pobladores fuera de todo su territorio, con pérdidas y muertes de algunos dellos, y después por el Audiencia del Nuevo Reino fué mandado al mesmo don Antonio, por pena de haberlo antes poblado sin licencia y autoridad real, que lo reedificase a su costa y misión; y porque de tan breves palabras quanto las escritas son no se puede enteramente comprender una historia tan larga, ni el exordio y principio della, y otros muehos particulares sucesos dignos describirse, aunque sea mío el trabajo, los declararé y diré por sus capitulaciones lo más por la posta que pudiere; porque aunquel leer semejantes historias es agradable a los lectores, a mí no es pequeño el trabajo de recopilarlas y escribirlas tan por extenso quanto aquí van, especialmente siendo yo del hábito y profesión, por lo cual había más de procurar el descanso y recreación para el espíritu que trabajo tan excesivo. Pero, como otras veces he dicho, el amor de la Patria y el ver que hasta agora ninguna persona ha escrito la poblazón deste Reino, breve ni larga, y

que si pasa este nuestro tiempo, donde aun son vivos muchos o los más de los primeros descubridores y pobladores dél y de las cibdades y villas quen él están pobladas, no habrá después quien dé verdadera y entera noticia de semejante subceso, de quien yo he habido muy entera y verdadera relación de todo lo que escribo, y aun mucho de ello he visto y veo por mis propios ojos, y lo he andado y como testigo de vista lo afirmo y escribo; por lo cual me parece que se puede tener por más cierta esta historia que las que algunos han escrito en España y en otras partes de Europa por relaciones inciertas que les han dado. Y dello no les pongo tanta culpa, pues los hombres parece quen alguna manera están obligados a dar crédito a lo que los otros les dicen, y porquen este caso la sinceridad y claridad desta escritura da testimonio de la verdad quen ella hay, proseguiremos adelante con la historia de la Palma de quien en el presente libro tractamos.

El año de mill e quinientos y sesenta, siendo en la cibdad de Mariquita corregidor y justicia mayor el capitán Francisco Núñez Pedroso, que la pobló, y teniendo deseo y voluntad don Antonio de Toledo, quen la sazón era alcalde, de ir a conquistar y poblar en esta tierra de Colimas, estaba prohibido el hacerse nuevos descubrimientos y poblaciones por la Majestad Real y por los del su Consejo de las Indias, por lo cual el Audiencia del Nuevo Reino tenía cerrada la puerta a semejantes peticiones, por lo cual ninguno no osaba pedirla ni hacerlas, y ansí no quiso por esta vía don Antonio intentar ni hacer lo que pretendía; mas a su instancia se juntó el cabildo de Mariquita con el corregidor o justicia mayor Pedroso, y ellos de poder absoluto, fingiendo ser cosa necessaria a su república, nombraron por caudillo o juez a don Antonio de Toledo, para que fuese a visitar y correr los términos daquella cibdad y a defender los naturales questaban de paz, para que sus comarcanos e cercanos vecinos los Colimas no les hiciesen daño; porque

se quejaban los Panches, indios sufraganos a Mariquita, que, por las antiguas enemistades quentrellos había habido desde el tiempo de sus mayores, no vivían al presente seguros de las acechanzas de sus contrarios; los cuales, aprovechándose de la ocasión quel tiempo les ofrescía, en el ínterin que los Panches venían a servir a sus encomenderos y andaban ocupados en lo que los españoles les mandaban, los Colimas, tomando las armas en las manos, con ánimos de enemigos se entraban por sus pueblos y los arruinaban, cautivando y matando sus mujeres e hijos e otras personas quen los tales pueblos hallaban, destruyendo y atalando los campos y labores, y haciendo y ejercitando todos otros géneros de bárbara crueldad que podían.

Para obviar y estorbar estos daños, a cautela, como he dicho, fué nombrado don Antonio para que con gente corriese los términos y ahuyentase los enemigos. Juntó don Antonio hasta treinta soldados extravagantes y algunos vecinos, que por todos serían cuasi cuarenta hombres, con los cuales salió en este mesmo año de la cibdad de Mariquita llevando consigo más de treientos indios amigos del proprio territorio de Mariquita, llamados Calamoimas, por ser de ciertas poblaciones y valle llamados deste nombre. Con esta gente referida se apartó don Antonio de toda la tierra y términos de Mariquita y se entró en la tierra de los Colimas por una loma llamada de sus propios naturales de Caparrapi, en la cual se alojaron por respeto de quen ella, un poco apartado del alojamiento, estaba un peñol fortificado por la naturaleza, que allí lo puso, de tal suerte que si sus defensores obstinadamente lo defendieran, ninguna gente bastara a entrarlo, porque a él se había de subir por unas escalas hechas de bejuco, por donde los propios indios bajaban y subían y se proveían de lo que habían menester, y defendían el pasaje para el valle de Caparrapi, ques donde la loma tenía esta nominación.

Algunos españoles de su propia auctoridad se fue-

ron con sus armas a ver si podían tomar este peñol y echar dél a los indios que lo guardaban, lo cual hicieron, aunque con trabajo y riesgo de sus personas y vidas, porque como se llegasen y acercasen al peñol, los indios que estaban en su guardia comenzaron a defender la subida y aun a hacer que se arredrasen y apartasen los españoles algo lejos, disparando contra ellos gran multitud de flechas. Los nuestros, defendiéndose, tiraban algunos arcabuzazos a lo alto, y con el alarido y voces que de la una parte y de la otra había fueron oídos adonde don Antonio de Toledo estaba alojado, el cual luego envió otra media docena de arcabuceros en socorro de los demás españoles que ya estaban en la refriega con los indios del peñol. Juntáronse los unos y los otros y usaron tan bien de sus arcabuces, que, aliende de otros indios a quien hirieron malamente, mataron al principal o capitán de los que defendían la subida; y como estos bárbaros nunca habían visto arcabuces, ni el daño que hacían lo habían experimentado más desta vez, espantados y atemorizados del daño que matarlos su capitán rescibieron, y creyendo que si permanescían en aquella defensa habían de ser todos muertos y consumidos, desampararon el paso y huyendo bárbaramente se retiraron, de suerte que los españoles sin rescibir daño subieron al peñol, y pasando adelante bajaron al valle de Caparrapi, donde se proveyeron de la comida que quisieron y se volvieron muy contentos adonde don Antonio y los demás españoles habían quedado alojados.

Dende a pocos días, para más claridad de lo que más adelante había, don Antonio envió un caudillo, llamado Diego de Posadas, con soldados, que fuese a ver y visitar la tierra comarcana, por donde toda la demás gente y carruaje habían de caminar y proseguir su descubrimiento. Posadas, caminando por la propia loma y peñol que poco antes habían allanado los soldados referidos, se bajó a la caldera y valle de Caparrapi, donde de repente dió en ciertos buhíos

de poca gente, y así no hobo resistencia en ellos. Pero después de tomados y habidos a las manos le flecharon un español desta manera. Hallaron los soldados gran cantidad de flechas y puyas hechas en estos buhíos, y tomando un español de los que allí estaban ciertos manojos dellas, se llegó a una india, mujer vieja, a la cual mostrándole las flechas y puyas le dijo que para qué eran y hacían aquel género de armas, más por tener materia y ocasión de indignarse contra ella que porque ignorase el objeto dellas. La buena vieja, que debía de ser tan antigua en maldades como en días, tomó una de las flechas en la mano y arrimóse al español, y metiéndosela por el muslo le dijo: "Estas flechas, para esto se hicieron." Pero este su loco atrevimiento puso términos antes de tiempo en su vida, porque queriendo los circunstantes castigar el bárbaro atrevimiento desta india, no mirando quera mujer, las cuales suelen ser reservadas entre españoles de todo daño y mal tratamiento, la mataron allí incontinentemente, y el soldado fué en el mismo punto curado con la cruel cura que los españoles del pueblo de la Trinidad suelen curar semejantes heridas, porque la hierba es toda una, y así es necesario que la medicina sea la propria. Cortáronle buen pedazo de carne, con que le atajaron la hierba que no pasase adelante. Fué este el primer soldado quen esta tierra o destos de don Antonio hirieron.

Prosiguieron por el valle de Caparrapi adelante, y en una loma que se dice de los Itopos vieron estar gran cantidad de indios puestos a punto de guerra; y considerando que, por respeto de ser pocos los españoles, no les viniese daño de la muchedumbre de los bárbaros que por los altos parecían, se alojaron en un buhío o casa que estaba puesta en un alto, en cuyo sitio los pocos españoles que iban, siendo ayudados de la fortaleza del lugar, resistirían a muchos indios que les acometiesen; y efetuando este acuerdo y alojándose como he dicho, se estuvieron allí hasta que la noche apartó de su presencia los escuadrones de in-

dios que les estaban dando grita y haciendo muestras de quererlos acometer. Y por parecerles a los nuestros que seguramente no se podían retirar de día, se retiraron aquella noche hacia el alojamiento donde don Antonio había quedado; pero esta su retirada de noche no fué tan honrosa ni segura que no redundase en daño suyo. Porque como los indios tuviesen fortificados los caminos con puyas y hoyos, se les empujaron doce españoles malamente, y estuvieron otros en peligro de caer en un gran hoyo que hallaron atravesado en el camino, adonde solamente cayó un perro de ayuda que consigo llevaban y se estacó y metió por el cuerpo siete u ocho estacones. Los españoles no osaron dejarlo allí porque habían dado a entender, para que fuesen más temidos, que no les empecían ni mataban a los perros ningunas flechas ni puyas ni otras acechanzas que contra ellos se pusiesen, y así lo llevaron cargado en una manta al alojamiento.

Quedáronse junto a este hoyo cuatro soldados en salto, porque los indios habían de acudir a ver el daño que su hoyo había hecho, y dende a poco acudieron cuatro dispuestos indios con sus arcos y flechas, y como llegasen algo más descuidados de lo que se requería, salieron a ellos los de la emboscada, y tomáronlos todos, y allí les dieron a entender cómo no habían de poner semejantes acechanzas y lazos en los caminos, y para que quedasen castigados de todo punto fueron allí muertos miserablemente.

Yendo caminando este propio día Posadas con los otros compañeros que llevaba, los indios de la tierra se pusieron en un alto a decirle que habían mostrado flaqueza en retirarse de noche y no esperar al día; que volviesen atrás a su poblazón, porque tenían deseos de probar la fuerza de sus armas. Posadas, como llevaba heridos tres españoles, respondiéndoles que, si algo querían, que viniesen dondél estaba; y con esto no dejó de caminar todo el día y parte de la noche por

verse fuera del peligro en que los bárbaros le tenían; y así a buen rato de la noche llegó adonde don Antonio estaba y le dió noticias e relación de haber visto mucha gente y poblaciones, las cuales se le debieron acrecentar más por el aprieto en que pensó verse que por lo mucho que anduvo.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo don Antonio, bajando al valle de Caparrapi, se empuyó, de questuvo muy malo, y se tornó a retirar a la loma donde antes había estado hasta que mejoró y se quiso salir y volver a Mariquita, y a ruego de los soldados lo dejó de hacer. Trátase la causa por qué muchos indios comarcanos a este reino no se han convertido ni convierten con la facilidad que los del Pirú y Nueva España lo hicieron y han hecho

Don Antonio y los soldados que con él estaban tuvieron esperanza que los indios de Caparrapi y algunos sus comarcanos les saliesen de paz y vinieran a visitar a su alojamiento; pero como esta gente eran de nación Musos, parece que alguna manera seguían la opinión de los demás de la provincia en ser partícipes en su rebelión, nombre, a mi parecer, improprio; porque una gente que jamás había conocido rey ni señor y quería conservar su antigua libertad, en ninguna manera se debía llamar rebelde, pero pues la voz y opinión del vulgo en este caso es tan poderosa, paréceme que yo no puedo dejar de seguirla y usarla en llamar rebeldes a los que jamás de voluntad se humillaron; por lo cual alzaron los españoles sus tiendas y toldos y caminaron hacia la caldera de Caparrapi con designio e intención de constreñir y forzar por la vía que pudiesen a los naturales de aquel valle y a los demás comarcanos que se les sujetasen

y fuesen feudatarios, ques lo que llaman, como en otras partes he dicho, paz, y dar el dominio al rey, y de cuyo entendimiento carece bien esta gente, y aun toda la más de las Indias, si no es que por curso de tiempo lo vengán a entender.

La bajada a este valle o caldera es algo áspera, de suerte que los españoles no podían bajar en sus caballos, y constreñidos desta necesidad se apearon, así el capitán como los soldados, y todos bajaban a pie, trayendo cada cual sus armas y caballos junto a sí. Los indios tenían reparado el camino o fortificado con algunas puyas quen él y fuera dél habían puesto, en dos de las cuales fueron lastimados y empuyados el capitán desta gente, don Antonio de Toledo, y otros soldados. El puyazo de don Antonio de Toledo fué en la espinilla de la pierna, y según la demostración que hacía parecía ser de poco peligro; y así fué curado livianamente, por lo cual le hobiera de costar la vida, que no se le hizo más beneficio de quemarle con fuego. El otro soldado que con el capitán se empuyó, como su herida dió demostración de más peligrosa, fué curado con más diligencia y cuidado, cortándole toda la carne que iba enfistolando y tocando la hierba, hasta dejarle en carne limpia y sana; y acontece con esta cura, siguiendo el rastro y quemazón de la hierba, raerle la carne de las canillas y otros huesos por donde se va extendiendo la ponzoña.

Y atentos a este subceso, los españoles se alojaron en los primeros buhíos que bajados a la caldera hallaron, de donde don Antonio envió a Juan del Olmo con gente a que viese si cerca de allí habían algún sitio acomodado donde seguramente se pudiesen alojar. Este Juan del Olmo no es el descubridor del Reino quentró con Jiménez de Quesada, de quien atrás, tractando de la cibdad de la Trinidad, hemos hecho mención; mas es deudo suyo. Este caudillo fué con la gente que le fué señalada y anduvo la tierra; y en una loma donde señoreaba y vía el valle llamado Bi-

ripi le pareció que había sitio cual se le había mandado elegir y escoger; y con este recaudo se volvió el propio día que salió adonde había quedado don Antonio, el cual luego otro día siguiente con toda su gente marchó y caminó para el lugar dicho, adonde llegados que fueron se alojaron en dos buhíos que allí había, y aunque por parte de los españoles fueron los indios llamados para que fuesen sus amigos y se confederasen con ellos, jamás vinieron en ello. Detuviéronse en este alojamiento ocho días, en los cuales se agravó la enfermedad de don Antonio de tal suerte, que les fué necesario, por el evidente peligro en que estaba, ordenar su alma y hacer lo que como christiano era obligado, en lo cual no fué punto perezoso don Antonio, porque todo lo hizo por mano de un religioso que consigo llevaba, llamado fray Antonio de León, de la orden de Nuestra Señora del Carmen. Con todo esto iba empeorando don Antonio, por lo cual le pareció retirarse atrás con esperanza de que con los aires de su tierra y provincia mejoraría; y por defeto de no poder caminar a pie ni a caballo, fué llevado a hombros de los indios a la loma de Caparrapi, donde antes había estado alojado, de donde señoreaba y vía la tierra de los Calamoimas, indios y términos de Mariquita y otras muchas poblaciones, donde don Antonio mejoró y dió muestras de tener entera salud; después de lo cual determinó de volverse a Mariquita, su pueblo, por no andar en tierra de tanto peligro.

Los soldados y otras personas que con él estaban sintieron gran desabrimiento de oír esta nueva, y así de conformidad todos le rogaron que no se saliese fuera de la tierra, porquera dejarlos perdidos y pobres y en casas ajenas; mas antes volviese a entrar la tierra adentro y poblase un pueblo y les repartiese los indios para que se pudiesen sustentar. Don Antonio les dijo que si se obligaban y juraban de sustentar el pueblo y que permanecerían como estaban, qué haría lo que le rogaban. Los soldados y vecinos de Mariquita que allí había vinieron en esto

y lo hicieron y otorgaron y juraron como don Antonio se lo pedía, y aun más adelante.

En el ínterin questas y otras cosas pasaban entre los españoles, los indios y naturales daquela tierra no cesaban de ponerse por los altos a mirar y ver y entender el fin de lo que los españoles pretendían hacer; y acaso un día, por consejo de fray Antonio de León, fueron llamados ciertos indios quen un alto se reparcieron, de los cuales el uno se llamaba Thamai y el otro Amo. El religioso, por medio de los intérpretes, les comenzó a decir cómo habían venido él y los demás españoles a predicarles y enseñarles la ley evangélica y a encaminarlos por la vía de la salvación y a darles a entender cómo la gentilidad en que vivían era vanidad y camino de perdición. Los dos indios respondieron que se holgaban de entender lo qué les decía, y questarían atentos a lo demás que les había de predicar, y así fray Antonio les comenzó a dar a entender, aunque con harto trabajo, por defeto de los intérpretes, lo que sabía o le pareció de la ley evangélica; y como estos indios no saben qué cosa es ley de natura, ni naturalmente viven bien, mal podían entender la suavidad de la evangélica; pues la una ha de asentar sobre la otra como perfección y matiz con que a cualquier figura se la da entera gracia, y así estos bárbaros comenzaron muy despacio a reírse de lo quel fraile les decía, como cosa que no les cuadra, por la mucha libertad y disolución de su bárbaro vivir.

Y viendo don Antonio cuán fuera de propósito se les hablaba, para darles el mantenimiento que conforme a su talento y rusticidad de juicio había menester, llamó a los indios Moscas y Panches y les dijo qué y los demás españoles habían venido a aquella tierra para que los entendiesen y sirviesen de la suerte y forma que los indios Moscas y Panches entendían a los otros españoles de Mariquita, Tocaima y Sancta Fee. Los indios, entendiendo lo que se les decía, dijeron que eran muy contentos dello, y verdaderamente

pretender luego a los principios y primeras vistas, con una gente tan terrestre y bárbara como ésta, y que viven en todo y por todo contra la ley natural, darles a comer un manjar tan suave y delicado como es la ley de Christo, me parece que es yerro muy grande; sino que ante todas cosas se extirpen dentre ellos aquellas cosas que más les ofenden para la conservación de su vida, como es comerse los unos a los otros inhumanamente y por esta causa y respeto hacerse crueles guerras; usar de una muchedumbre y multitud de mujeres; por ninguna vía querer para el prójimo lo que para sí no quieren; vivir divididos y apartados unos de otros en partes remotas y solitarias y nunca permanecer congregados en una parte, de los cuales dice el filósofo que su vida o es angelical o bestial. Y desta gente ciertos somos, por lo que la experiencia nos ha mostrado, que antes viven a imitación y ejemplo de fieros y agrestes animales que de hombres humanos, cuanto más subir a la alteza y superioridad angélica. Y extirpados estos y otros errores quen ellos hay, entra muy bien la operación y predicación evangélica, si ya no queremos que el Todopoderoso Dios, con su entera omnipotencia, use daqueles misericordiosos y excelentes e incomprendibles milagros de quen la primitiva Iglesia usó, por su misericordia, multiplicando siempre el número de los creyentes, hombres gentiles y bárbaros, al que los emperadores y apóstatas perseguidores de la Iglesia católica martirizaban porque creían y tenían la fe católica christiana y eran bautizados.

Y si alguno me quisiere decir que la gente de la Nueva España y Pirú son ya christianos todos los más y se han apartado y apartaron luego de los errores de su gentilidad mediante la predicación y exhortación que al principio se les hizo, mediante la gracia y auxilio divino, yo se lo concederé; pero era gente de más agudos ingenios y que se gobernaban y regían debajo del gobierno de un rey y señor que, aunque gentil y bárbaro, se puede decir que naturalmente vivía bien,

pues tenía tanto concierto y orden en el gobierno y regimiento de sus reinos y provincias cuanto por sus historias se puede ver. Y eran tan inclinados los naturales daquellos dos reinos a seguir la voluntad y opinión de sus reyes, que no querían ellos ni hacían más de lo que por su rey se les mandaba, y aquello tenían por cosa muy acertada y verdadera, y así en la hora que los principales destos dos reinos dejaron y echaron de sí la vanidad de los ídolos y siguieron lo que se les enseñaba de la ley evangélica, todos sus sujetos e inferiores hicieron lo mesmo y fueron conociendo por mano de nuestros sacerdotes y predicadores el bien y vía de salvación que todos o los más agora tienen. Pero esta gente de quien vamos tratando, que son Musos o Colimas y otras cercanas naciones del Nuevo Reino, como son Panches, que se incluyen en los pueblos arriba dichos, y Laches, que son en términos de Tunja, y Guates, que caen en términos de Vélez, y las gentes y naturales de Pamplona y Mérida y villa de San Christóbal y San Juan de los Llanos, que todos estos carecen de caciques y señores principales que los gobiernen a quien enteramente obedezcan; porque, aunquentre algunas destas naciones hay una manera de personas principales a quien el vulgo o gente española ha puesto nombre de caciques o capitanes, lo cierto es que no lo son, ni como tales son obedescidos ni respetados ni guardados sus mandatos por los indios. Solamente, como en otros lugares desta historia he dicho, al indio ques más valiente o más rico o más emparentado se le tiene una manera de respeto para irse a holgar a su casa y beber y bailar o seguirle en la guerra, y no para más.

Y esto no lo hace toda la gente de cualquiera destas provincias en común, sino cada lugarejo o pueblo en particular; y así el quel tal principal dijese que, dejando los ídolos y las otras cosas que son contra la ley natural, se recibiesen y guardasen la evangélica, burlarían dél como de hombre loco y que persuadido de los religiosos y christianos quiere dejar la

costumbre y superstición de sus mayores, en la que han vivido tantos tiempos libre y disolutamente, por seguir la que a los buenos es dulce y suave y a los malos y precitos por su propia maldad e iniquidad les parece estrecha y apretada; por todo lo cual, como he dicho, a semejantes gentes questas no se les debe luego poner en las manos la suavidad de la ley de gracia, sino que primero sean inducidos humanamente a que sigan el trato y contrato que los otros indios sus comarcanos tienen con los españoles, sin perjuicio de su buen tratamiento y libertad, pues la austeridad de sus condiciones e inclinaciones y mal vivir lo pide así, y después por mano de los religiosos y buenos sacerdotes se consigue con más docilidad de los propios naturales el principal fin.

Y por estas consideraciones, sometiéndolas ante todas cosas a mí y a ellas a la Sancta Madre Iglesia y al juicio y parecer de quien mejor salida y remedio diese a ellas, ni alabo la vehemencia con que fray Antonio de León comenzó a predicar a estos indios, pues carecían de las partes dichas para rescibir esta santidad del evangelio, ni repruebo el modo que don Antonio tomó para dárselo mejor a entender, con lo cual los indios se fueron muy contentos, prometiendo de volver al siguiente día con muchos indios de paz, lo cual cumplieron en la forma y manera que en el siguiente capítulo se tratará, aunque, según se entendió, sin ser estos dos indios en ello culpables.

CAPITULO III

En el cual se escribe la muchedumbre de los bárbaros que vinieron sobrel alojamiento de los españoles a dar guazabara, y cómo fueron desbaratados y ahuyentados, con pérdida y daño suyo; y cómo don Antonio salió por cierta parte de la provincia y le salieron de paz algunos indios y hobo a las manos a un cacique indio Panche, retirado entrestos naturales, lo cual hecho se volvió al alojamiento de Calamoína

Parece que al tiempo que los dos indios de quien de suso hemos tratado se fueron del alojamiento de don Antonio, ya los naturales de aquella tierra se habían coadunado y determinado de venir a dar guazabara á los españoles; y así no fueron parte los dos indios a estorbárselo, aunque lo debieron de procurar con tibieza; y así luego que fué de día en la siguiente feria se vinieron allegando al alojamiento de los españoles cantidad de cuatro mill indios con sus armas, puestos en orden por escuadrones, tocando sus fotutos y cornetas y otros instrumentos de guerra questos bárbaros acostumbran traer consigo cuando vienen a dar semejantes guazabaras.

El día amanesció muy cerrado por respeto de la mucha niebla y vapor que de la tierra con el calor y rayos del sol se había levantado; y así los españoles, aunque oían el sonido de los instrumentos de los indios, no los podían ver para conocer y entender de su vista y presencia si venían como amigos o enemi-

gos, y por causa de haber el día antes dicho los dos indios que vendrían con indios de paz, tuvieron entendido que los que sentían acercárseles no venían de mano armada, lo cual patentemente dende a poco conocieron y entendieron; porque como la niebla se deshiciese y toda la tierra quedase descubierta y clara, vieron que los que venían mostraban traer ánimo de ofenderlos, por lo cual don Antonio apercibió y puso en orden a los españoles que consigo tenía para que con las armas en la mano esperasen y resistiesen la furia de los bárbaros; los cuales se vinieron acercando a los españoles todo lo que pudieron, hasta meter sus flechas en donde los nuestros estaban alojados, y dando muestras y apariencia de quererlos consumir y destruir de aquella vez; pero el brío que los bárbaros mostraban traer fué quebrantado con harta facilidad; porque como un soldado arcabucero disparase su arcabuz contra los indios, los miserables, temiendo que por aquel trueno habían de ser destruídos, sin pasar adelante punto volvieron las espaldas vergonzosamente y con la más presteza que pudieron se dieron a huir.

Salieron tras ellos algunos españoles de a pie y de a caballo, y, siguiendo el alcance, herían y lastimaban a algunos indios, aunque los que iban huyendo, como los apretaban los que los seguían, volvían algunas veces los rostros y flechas atrás para resistir la furia de sus perseguidores; pero la fragilidad de sus atormentados ánimos les hacía no perseverar en semejantes resistencias, sino proseguir con su huída adelante. Los indios amigos que los christianos llevaban consigo, que, como he dicho, eran Calamoimas, siguiendo su antigua enemistad que con los Colimas tienen, seguían también el alcance con bríos tan crueles, que ninguno alcanzaban a quien no quitasen la vida; y así murieron a manos de Calamoimas y españoles más de cien indios Colimas.

Los despojos desta guerra no fueron de mucha cobdicia ni estimación; porque aunque se tomaron al-

gunas joyas de oro, fueron pocas y de poco valor; lo más fué algunas ollas de hierba ponzoñosa que los indios traían consigo para mojar las flechas al tiempo del arrojarlas y tirarlas, por que hiciesen más impresión y con más fuerza en el cuerpo y sange donde tocasen y hiriesen. Item se les tomó muy grandes cestos o cataures que consigo traían para en ellos llevar las tripas y manos y cabeza y pies de los españoles, de quien vanamente pensaron haber vitoria; porque estos bárbaros, imitadores en todo de las caníbales fieras enemigas del género humano, pensaban con la carne y cuerpos de los españoles hacer muy suntuosas cenas o borracheras. Y ultra desto, hobieron a las manos muchas armas de los enemigos, cosas de bien poco valor, por ser todas macanas y lanzas y flechería, de que dejaban los indios, con su apresurado huir, bien poblada la tierra por do caminaban.

El proprio día, ya tarde, vinieron al alojamiento de los españoles los dos indios que el día antes habían estado allí, y antes que allegasen ni mucho se acercasen comenzaron a dar voces diciendo que si llegarían seguros al alojamiento. Fueles respondido que sí; y desta manera se vinieron a hablar con don Antonio, al cual comenzaron a dar sus descargos, diciendo aquellos no habían sido participantes ni consentidores del acometimiento y guazabara que los indios habían venido a dar, ni habían sido parte para estorbárselo, y ansí no eran aceptantes en el negocio ni por ello merescían castigo. Don Antonio les respondió que a él no se le había hecho ninguna ofensa ni daño por los indios que le habían venido a dar guazabara, antes los había rebatido honrosamente, y que todas las veces que quisiesen guerrear le hallarían aparejado para ello; y si quisiesen seguir la paz y amistad, él se la guardaría y conservaría, y ansí les tornó a repreguntar la causa de no haber venido con ellos alguna copia de indios de paz. Dieron por respuesta aquellos lo habían procurado y tratado con los propios indios que aquel día habían sido desba-

ratados; pero que soberbiamente les habían respondido que no había cosa para ellos más odiosa y aborrecible que tratarles de que viniesen a entender y obedecer a los españoles; y que antes se les dijese que no era su voluntad ni querían questuviesen ni anduviesen por sus tierras, sino que saliesen luego dellas, pues no eran ellos gente de tan poca estimación ni de bríos tan aniquilados que, a ejemplo e imitación de los Panches y Moxcas, sus vecinos, se habían de sujetar a la servidumbre de los españoles. Palabras dichas en su libertad y en parte donde los bárbaros entendían que no eran oídos de los españoles, pues hasta entonces ninguna honra ni vitoria habían ganado para tener licencia de hablar tan libre y arrogantemente.

Envió don Antonio a los dos capitanejos que fuesen a llamar y traer los indios de paz. Hiciéronlo así, y dende a ciertos días volvieron con alguna gente, a los cuales rescibió don Antonio amorosamente y les hizo todo buen tratamiento, y luego los tornó a enviar para que atrajesen de paz a los demás indios; y así se fué poco a poco apaciguando la gente y pacificándose. Y dende a pocos días tomó consigo don Antonio quince soldados y se abajó a la caldera o valle de Paripari, donde le convino hacer asiento, por respeto de quen el camino se le empuyó un soldado, donde por mano y medio de los soldados y capitanejos de la primera paz salieron pacíficamente a ver a don Antonio algunos indios de aquel valle, mostrando ser su rebelión más por temor de los españoles que porque se tuviesen por poderosos para conservar su antigua libertad. Fuéles preguntado por qué no se humillaban y venían, como habían de venir, a servir a los españoles, y a esto dieron por respuesta que se lo estorbaba cierto indio principal, de nación Panche, questaba retirado en este valle por no servir a su encomendero, que se decía Posadas, vecino de Mariquita; que por causa del proprio encomendero se había retirado.

Don Antonio persuadió por las vías que pudo a los indios que trajesen antél este indio Panche, porque le parecía que tendría más cierta la paz de los naturales con traerle a sí pacífico al Panche; y en esto puso tanta y tan buena diligencia, quel proprio Panche de su propria voluntad vino a visitar y ver a don Antonio y a entender lo que le quería. Don Antonio lo rescibió alegremente y lo abrazó y dió de vestir y hizo todo el regalo que pudo, y le dijo lo que dél pretendía, quera que le trujese de paz los naturales y gente de aquella provincia; y mediante el regalo y buen tratamiento que don Antonio le hizo se ofresció de hacer y poner por obra lo que le era encargado; y ansí se fué el Panche y don Antonio prosiguió su viaje para el alto de los Itopes, que los españoles llamaron la loma del Arbol de la Cruz, adonde se alojó; y de allí mandó a llamar de paz los indios del valle de los Itopes y del valle de los Socapas. Vino a verle un principal de los Itopes, a quien don Antonio dijo su pretensión, y que si quería quen las labranzas de los indios no se les hiciese daño, aquellos propios trujesen el mantenimiento quera necessario para los españoles y Calamoimas que con ellos iban.

El principal se fué luego y don Antonio marchó el siguiente día para su pueblo, en el cual se alojó y fué bien proveído de lo necessario. En este alojamiento y lugar se tuvo noticia cómo cerca de allí andaban españoles conquistando; y aunque claramente no supieron por entonces quiénes eran, presumióse ser gente de la cibdad de la Trinidad, por lo cual mandó don Antonio hacer y poner una cruz de madera en aquella loma y chapa dondestaba alojado; porque si los españoles llegasen a ella, conosciessen y entendiesen que habían llegado allí otros españoles y se abstuviesen por esta señal de pasar adelante, por ser tal y muy antigua esta usanza en las Indias.

Partióse deste pueblo don Antonio, con buen avío que los indios dél le dieron, y fuese a alojar en una loma questá entre Abipay y Curabay, donde se holgó

la Pascua de Navidad, y le salieron de paz todos los naturales de aquellas poblaciones y trujeron toda la comida que fué menester; a los cuales don Antonio habló, dándoles a entender cuánto más provecho les venía de la paz que de la guerra, y dándoles algunos rescates, con que los dejó contentos y pacíficos, se volvió, pasada la Pascua, a Caparrapi, donde había quedado la demás gente.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo después de haber andado don Antonio toda la mayor parte de la provincia de los Colimas y haberle salido de paz los indios y naturales della, entró con toda la gente a la loma de Minipi, donde pobló la villa de la Palma

Los soldados y otras gentes quen el alojamiento estaban rescibieron mucha alegría y contento por la buena nueva que don Antonio trujo de que había visto y descubierto muchas poblaciones cuyos naturales le habían salido de paz y le habían rescibido amigablemente, por los cuales respetos pasaron todos los días que hasta la festividad de los Reyes hobo con mucho regocijo y pasatiempo; después de lo cual don Antonio quiso dar otra vuelta por otra parte de la tierra y descubrir para ver bien lo quen ella había, y tomando consigo treinta hombres, se fué derecho al valle de Minipi, donde hallaron los dos capitanes de la primera paz, los cuales con muchos indios les salieron a ver y trujeron gran abundancia de comidas y se mostraron amigables a los españoles. El siguiente día don Antonio pasó adelante, e yendo marchando halló que andaban cazando los dos capitanes, y con ellos muy gran cantidad de indios, y ya que los españoles llegaron al paraje de los indios, alzaron los bárbaros muy grande y común alarido, con que pusieron alguna sospecha en los nuestros para que creyesen que eran enemigos, y ansí el capitán como los

soldados se recelaron no fuese traición ordenada por los dos capitanes, los cuales se llegaron a don Antonio y le dijeron que perdiese toda sospecha, porque ellos habían juntado aquella multitud de bárbaros para que viniesen a servirles y darles algún contento con matarles alguna caza. Y así mataron y tomaron allí a manos vivo y a pura pata un venado, y cuando dieron el alarido le mataron y lo trujeron a don Antonio, y con esto se fueron adelante a hacer el alojamiento o ranchos en que los españoles habían de dormir aquella noche, que fué a una loma de donde se pareció y vió el valle llamado Chaquipay, donde cuando llegaron los nuestros hallaron tan bien proveído el alojamiento de ranchos y comidas de que por mano de los indios había sido proveído, que ninguna cosa les faltó. Y otro día don Antonio envió siete soldados que fuesen a ver y contar las poblaciones que en el valle de Chaquipay había, y les mandó que no llegasen ni hiciesen daño alguno en las tierras, casas ni otras cosas que los indios tuviesen, lo cual fué hecho y cumplido como les fué mandado, sin exceder cosa alguna, y el propio día volvieron los soldados ya noche, y dieron noticia de mucha poblazón que por allí había.

Y luego otro día don Antonio y los demás españoles caminaron por las riberas de un río que en este propio valle se hace, que por lengua de los naturales es dicho el río de Murca, que de una parte y de otra iban grandes poblaciones, por las cuales pasando se fueron a alojar a la poblazón llamada Mitipay, cuyos naturales salieron de paz a don Antonio y le hicieron ranchos y sirvieron en lo que les fué mandado, y proveyeron de toda la comida que les fué necesaria. En esta poblazón se padecía trabajo en el hablar a los indios por defeto de lenguas e intérpretes; pero fué luego remediado, porque como estos naturales tuviesen entre sí captivos de mucho tiempo atrás ciertos indios Moxcas, que ya entendían y sabían hablar muy bien su lengua, y saliesen a ver los españoles, fueron

conocidos y entendidos de los indios ladinos del servicio de los españoles, que también eran Moxcas, y así hobo comodidad de hablarse más enteramente a los indios y naturales desta provincia dende en adelante.

Después desto pasó don Antonio adelante y fuese alojar a una poblazón llamada de Tejama, donde antes que llegase tenían ya los indios prevenido de ranchos en que los soldados del capitán se alojasen y de comidas para ellos y su servicio y caballos, lo cual les fué agradescido y aun pagado por don Antonio con algunos resgates que les dió y con palabras de agradescimiento que les dijo; y sin detenerse allí más de una noche, prosiguió su descubrimiento y se fué alojar entre los valles y poblazones de Chapaipi y Topaipi, cuyos indios tenían prevenido lo necessario en la forma que los de Terema habían hecho. Pagóselo don Antonio con resgates que les dió, como a los demás, y durmiendo allí aquella noche pasó adelante a la loma de Muchipay, a quien los soldados llamaron la loma de la Misa, por haberse celebrado en ella el día questuvieron alojados los españoles; donde los naturales comarcanos continuaron la paz según que los demás lo habían hecho, y proveyeron de mantenimiento y lo demás necessario a los españoles, con que se holgaron el tiempo que allí estuvieron. Y desde este sitio fueron a dar con la paz y quietud que llevaban al valle de Yacopi, cuyos moradores se habían ausentado de sus casas con sus mujeres e hijos por temor que tuvieron a los españoles.

Enviólos don Antonio a llamar con indios amigos que consigo traía y a persuadirles que se volviesen a sus casas, y que no les sería hecho daño ninguno. Vinieron a su llamamiento unos pocos de indios de los de Yacopi; pero dijéronle que mientras él y sus compañeros por allí anduviesen que sus mujeres y hijos no volverían a sus casas, pero que le proveerían de todo el maíz que hobiese menester, o qué fuese a sus casas y lo tomase. Don Antonio los persuadió a que

dejasen y se apartasen de aquel obstinado propósito todo lo que pudo en questaban obstinados; mas ninguna cosa le aprovechó, y con esto dió la vuelta don Antonio a la loma de Caparrapi, donde había dejado alojada la demás gente, quera bien poca. Fué bien rescibido y usaron los soldados de las alegrías y demostraciones de quen semejantes casos o tiempos suelen usar, demás que la nueva de la poblazón que se descubre siempre en estas coyunturas es más próspera y gruesa quen otro tiempo ninguno; porque, o porque la descubrió el capitán, o porque los soldados son algo verbosos, no hay ninguno que no diga ques la mejor y mayor poblazón que se ha visto la quellos han descubierto, especialmente que había en esta jornadilla sido bien afortunado don Antonio, en que no tuvo ninguna controversia ni acometimiento de guerra, sino que todos los naturales le habían salido de paz.

Descansó desta vez el don Antonio y sus soldados ocho días, en los cuales mandó apercebir y aderezar toda su gente y carruaje para entrar con ella la tierra adentro a poblar y fundar su pueblo, como lo había prometido; y poniéndolo por obra levantó sus tiendas y toldos de la loma de Caparrapi y marchó la tierra adentro por la vía más derecha que pudo, y se fué alojar a una loma rasa de sabana que tiene el apellido del pueblo de Minipí, por ser término suyo; y en la parte más cómoda y apta que le pareció asentó su alojamiento, y allí fundó su pueblo, al cual llamó la villa de la Palma, nombrando sus alcaldes y regidores quen las villas suelen ser, y se eligen dos alcaldes y cuatro regidores y los demás oficiales; y luego repartió y dió solares y huertas y estancias a los pobladores. Hizo apuntamiento de los naturales quen la tierra había, apuntando y señalando a cada soldado lo que le pareció que le podía caber, conforme a lo que la tierra era, con que mostraron todos o los más estar contentos. Fué esta primera fundación desta villa de la Palma hecha por don Antonio de Toledo

por el mes de febrero del año mill y quinientos y sesenta y un años.

Hecho esto, porquel contento de los soldados principiase con guerra, subcedió que cerca de la villa estaba un vallezuelo de poca poblazón, que dos soldados pedían para servicio, ques como cosa que por más manual se da, por que provean de lo necessario la casa. Don Antonio, por ser certificado de lo que daba y dar buena cuenta de sí de lo que había hecho, envió doce soldados que fuesen a contar las casas quen el vallezuelo había, los cuales fueron algo más desapercibidos de armas de lo que convenía, porque solamente llevaban sus espadas y rodelas y un arcabuz, y como los indios los viesen desta suerte, tomaron avilantez, aunquellos también estaban desapercibidos con solas sus macanas, con las cuales acometieron a los doce españoles y comenzaron a pelear con ellos pie a pie. Defendiéronse los nuestros hasta que fueron socorridos de los de la villa; porque como un soldado en un caballo se asomase en un alto, de donde señoreaba el vallezuelo, y viese la pendencia quentre los indios y españoles había trabada, dió alarma y fueron socorridos con brevedad, que luego salieron seis hombres de a caballo, y arrojándose los dos dellos por una muy derecha y áspera bajada temerariamente, fueron en favor de sus compañeros, y los unos y los otros ahuyentaron los indios y los hicieron retirarse a la parte donde habían los otros cuatro de a caballo ido y estaban esperando a que los indios se retirasen por allí; los cuales dieron en ellos, y cogiéndolos en medio los unos y los otros españoles, les dieron el castigo que su rústico atrevimiento merescía, alanceando e hiriendo muchos dellos. A la grito acudió otro escuadrón de hasta docientos indios; pero desque vieron cuán mal habían librado los del primer acometimiento, se detuvieron y volvieron atrás.

CAPITULO V

En el cual se escribe cómo don Antonio se salió de la villa de la Palma a dar cuenta al Audiencia de lo que había hecho, donde fué preso y en su lugar proveído Juan de Otálora. Escríbese cómo los indios de la Palma se alzaron y mataron muchos indios ladinos, y después hirieron y mataron algunos de los españoles que les fueron a castigar

Parecíale a don Antonio que con lo que tenía hecho y con la demostración que los indios habían dado de ser gente pácífica estaba ya el pueblo seguro y con principios de sustentarse y permanecer, por lo cual determinó salirse a dar cuenta al presidente y oidores del Audiencia del Reino de lo que había hecho.

Salióse de la villa con algunos de los vecinos de Mariquita que con él habían entrado y andado en aquella pacificación, y dejó la administración de la villa en un alcalde que a la sazón era.

Los oidores, por cumplir con lo quel rey tenía mandado a los que sin licencia hiciesen nuevas poblaciones fuesen castigados, luego que don Antonio llegó adonde ellos estaban le mandaron prender y procedieron contra él; y dejando estar las cosas de la villa en el estado en que don Antonio las había dejado, proveyeron por capitán y justicia mayor della a Juan de Otálora, para que la tornase a tener en justicia e hiciese las informaciones y residencia que contra don Antonio se había de hacer; y así se aprestó Otálora, con la gente que pudo haber de nuevo para llevarla en su resguardo.

En tanto questo pasaba en el Reino, Pero Hernández Higuera, vecino de Muso o de la cibdad de la Trinidad, salió della con gente por mandado de don Lope de Orozco, que la regía y gobernaba, a visitar la provincia y pueblos della y a pacificarlos; y caminando o andando hacia aquella parte donde la villa se había nuevamente poblado, los indios le dieron noticia cómo allí cerca había christianos mariquitas, quera como decir gente que había salido de Mariquita. Pero Hernández, con esta noticia, se fué acercando adonde los indios le habían señalado y señalaban, y de repente dió en la villa. Entró en ella y supo todo lo subcedido y hecho por don Antonio y la causa de su ausencia. Holgóse allí dos días y volvióse al pueblo de la Trinidad, donde don Lope tuvo noticia de la población de la villa y cómo estaba poblada en términos de Muso o de la cibdad de la Trinidad, por lo cual algunos vecinos con gran ahinco importunaban a don Lope que fuese a echar los vecinos de la villa dondestaban poblados. Don Lope, por contentarles, les dijo que sí haría; y tomando consigo la gente que pudo sacar se fué derecho adonde la villa estaba y se entró en ella. Y no atreviéndose a despoblarla, solamente puso en ella un teniente o persona quen su nombre la tuviese en justicia, según atrás queda escrito más copiosamente en el libro que trata de la cibdad de la Trinidad, y con sólo este efeto se volvió a su pueblo.

Algunos de los de la Palma dicen que apresuró don Lope su salida porque los vecinos de la villa habían enviado ya a pedir socorro a la cibdad de Mariquita para vengarse de la violencia y fuerza que don Lope les había hecho en entrar con mano armada y con vara enhiesta a su pueblo, de que habían rescibido notable agravio e injuria; y que si el socorro les entrara antes que don Lope se saliera, que no dejaran de llegar y venir a las manos y subceder algunas rencillas y chirinolas entrellos; pues con estar tan pocos como estaban, se habían conformado en que una noche, durmiendo todos, desarmasen a la gente

y soldados de don Lope y lo prendiesen y enviasesen preso a Sancta Fee; pero a las veces estas jactancias suelen ser vanas y jocosas.

Ido don Lope de la villa, los naturales se juntaron a borrachear y determinaron, después de borrachos, de matar los indios ladinos y christianos del servicio de los españoles, que por sus pueblos andaban desparados, por mandado de sus amos, para hacer labrar a los indios de los repartimientos y llevarlos al pueblo cuando les fuese mandado. Este malvado acuerdo pusieron con presteza por obra los indios, con que mataron muchas personas de todos sexos, con que por temor del castigo hicieron cierta y aun pertinaz su rebelión. Era a esta sazón alcalde Alonso de Madrigal en la villa, el cual para queste delito que los indios habían hecho y cometido fuese castigado envió diez y ocho españoles mal aderezados que hiciesen el castigo. Los españoles fueron con el caudillo que les fué señalado, y dando en algunas poblaciones y rancherías de indios, mataron algunas personas, culpados y no culpados, porquen semejantes tiempos pocas veces se mira a los que hicieron la maldad, sino a que los indios queden hostigados y descalabrados. Porque si hobiesen desperar a examinarlos o cuáles fueron culpados, jamás enteramente averiguarían quiénes eran, y sería quedar los indios con alas para intentar otros daños mayores contra los españoles, como en muchas partes se ha visto, por la tibieza y negligencia de los capitanes y jueces, sobrevenir algún mal mayor en una provincia; pero esta gente queste castigo hizo nunca usó de mucha presteza, porque dieron en el tiempo que anduvieron castigando o haciendo su castigo lugar a los indios a que se juntasen y tomando las armas en las manos viniesen sobrellos al tiempo que ya estaban de camino para volverse a la villa; y por eso ni los soldados dejaron de seguir el camino ni los indios de acometerles e seguirles con tanto coraje y obstinación que, aunque los españoles hacían en ellos algún daño, no por eso se detenían y

volvían atrás, mas antes siempre acudían adonde sentían que había pasos peligrosos y trabajosos, para emplear mejor sus flechas y ofender más seguramente a sus enemigos.

Había en el camino una quebrada honda y de mal pasaje, en la cual pusieron los indios tanta diligencia y cuidado contra los nuestros, que les hirieron y flecharon nueve españoles y les tomaron dos a manos, los cuales *in continenti* mataron e hicieron pedazos, y cada cual tomaba su costa y tajada y se la llevaba en la mano, lamiendo la sangre que della corría o que tenía pegada en sí, y con el cebo seguían con más brío a los nuestros, de los cuales hobieran aquel día entera vitoria y fueran todos muertos y sepultados en los vientres destes bárbaros si no subcediera disparar y soltar un soldado un arcabuz, con el cual mató un indio que debía de ser persona principal y de estimación entrestos bárbaros, cuya muerte fué causa no sólo de que dejasen de conseguir y alcanzar entera vitoria, pero de que, volviendo las espaldas, se diesen a huir con toda ligereza la vía de sus poblaciones y tierras. Los soldados se vinieron a la villa con harto trabajo, donde dende a poco murieron algunos de los heridos y flechados, y hallaron que ya estaba en él Juan de Otálora, que había entrado por justicia mayor deste pueblo con algunos españoles que los venían a socorrer de Mariquita.

Los indios, queriendo saber el daño que habían hecho, enviaron a la villa cuatro indios de paz para que con esta color vieses y entendiesen los queran muertos y los questaban flechados; pero como desto se tuviese sospecha, fueron presos los cuatro indios, e interrogados por Otálora la causa de su venida al pueblo, le dijeron y manifestaron, y aun se alargaron a decir por jactancia, aquellos eran de los que mataron y comieron los dos españoles, por lo cual Otálora los condenó a muerte y los mandó ahorcar, y para este efeto fueron bautizados, y se dice que el uno murió invocando el nombre de Jesús.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo Juan de Otálora envió españoles a hacer el castigo de los indios que habían sido matadores, y cómo los indios se juntaron y dieron en los españoles y hirieron a algunos dellos y los forzaron a que de noche se retirasen; y cómo Juan de Otálora con toda la gente se retiró y dejó desierto el pueblo de la Palma

Con ayuda de la gente que socorrió de la villa nuevamente había entrado, le pareció a Juan de Otálora que sería cosa acertada, o que a lo menos lo era muy necesaria, que se fuese a castigar la desvergüenza y atrevimiento con que los indios habían pocos días antes muerto los españoles referidos, por que con la vitoria que entonces hobieron no les creciese la soberbia y viniesen a metérseles con las armas en las manos por las puertas de sus casas. Para este efecto nombró por caudillo a un Acosta, portugués, y le dió treinta soldados y la comisión necesaria para castigar los delincuentes y culpados.

Salió Acosta del lugar y caminó para las poblaciones de los rebeldes y delincuentes, y llegando a la vista de la loma de la Guazabara, que está entre Murca y Cuchipay, vieron en lo alto de la loma muy gran cantidad de indios que con sus armas en las manos estaban esperando a los nuestros para pelear con ellos. Y en este mesmo tiempo le salieron al camino otros pocos de indios con cautelosa paz, diciendo

quellos eran inocentes y salvos de las muertes de los españoles e indios ladinos, y que los quen lo salto de la loma parecían eran los culpados y delincuentes.

Algunos soldados, paresciéndoles quera maldad y cautela la de los indios que al camino les habían salido y que sólo venían a reconocer la gente quera y el designio que llevaban, aconsejaron al caudillo Acosta que, para haber entera vitoria de los enemigos que delante los ojos tenía, le convenía y era necessario dar en los que consigo llevaba y matar algunos dellos, por que todos los demás temiesen y no se les atreviesen a llegar ni venir a las manos. Pero como el caudillo fuese algo profano y de poca experiencia y aun prudencia, no sólo menospreció el consejo que se le daba, pero inconsideradamente se metió por las poblaciones de los indios, diciendo que no quería él estragarse en tan poca gente como la que con él estaba, sino esperar a hacer mejor presa y de más gente, con cuyas muertes pudiese quedar enteramente vengado de la muerte de los españoles. Y pasando adelante subió a la loma de la Guazabara, y fué marchando por ella arriba hasta llegar a un buhío quen ella estaba hecho, donde se alojó y rancheó con sus compañeros. Y en acabando los españoles de alojarse, comenzaron los indios a acercárseles despendiendo contra ellos sus flechas hasta meterlas por los ranchos y alojamientos.

Los nuestros, paresciéndoles quel acometimiento de los indios llevaba principio de redundar en daño suyo, lo mejor y más presto que pudieron se pusieron en orden, divididos en tres partes, para rescibir la furia de los bárbaros, los cuales siempre se les iban acercando sin rescibir daño de los nuestros, con que se les multiplicaba el brío, y ansí no cesaban de llegarse y juntarse los indios y tender sus arcos contra los soldados, con que los pusieron en harto trabajo, porque les hirieron catorce españoles. Y como no llevaban caballos con que hacer algunos acometimientos y romper los indios y los arcabuceros casi andaban turba-

dos, pues con tirar a terreno tan cercano no hacían tiro cierto, estaban por lo que vían con gran temor de perecer allí todos, pues no habían sido parte para ahuyentar y echar de sobre sí los indios; y si la noche no viniera, que con su escuridad hizo retirar la multitud de los bárbaros, todavía no dejaran nuestros españoles de rescibir más daño del que rescibieron.

Salían tres caminos de donde los españoles estaban alojados, en los cuales los indios pusieron gente de guarnición que los defendiese y guardase, y allende desto, como en algunas partes dellos era montaña, mandaban los principales que se cortasen muy gruesos y crecidos árboles y los atravesasen por los caminos para que fuesen estorbo e impedimento a los nuestros, si de noche se quisiesen retirar, a que con facilidad no pudiesen caminar, y ansimesmo no cesaban denviar mensajeros por unas y otras partes a llamar indios que viniesen allí aquella noche para que, cuando amanesciese, cerrar con los españoles y destruirlos de todo punto. Y todas estas cosas no las hacían tan debajo de silencio que los nuestros no las oían y entendían, y con ellas les incitaban a que aquella noche buscasen su remedio y se aventurasen a pasar por entre los enemigos; lo cual pusieron por obra después de haber curado sus heridos y flechados. Y para mejor descuidar a los enemigos, en el buhío dondestaban alojados encendieron ciertas velas de cera, por que, aunque fuesen idos, entendiesen los contrarios por la lumbre que todavía estaban españoles dentro. Y con esto caminaron por uno de los tres caminos que les pareció más derecha vía, aunque más trabajosa, por defeto de una quebrada quen él había, la cual forzosamente habían de pasar.

De los soldados más aptos y dispuestos para pelear echaron delante para resistir y rebatir a los que pretendiesen estorbarles el pasaje, llevando con el mejor resguardo que pudieron a sus enfermos, y dende a poco que comenzaron a marchar fueron sentidos de los indios, los cuales incontinentemente se apellidaron los

unos a los otros y comenzaron todos acudir a aquella parte por donde los españoles iban saliendo y retirándose; y como la noche hacía tan lóbrega y oscura, aunque andaban peleando los unos con los otros, cuasi no sabían si herían a enemigos o a amigos, porque los españoles algunas veces, pensando que acometían a los contrarios, acometían a ciertos indios amigos Calamoimas, que consigo llevaban, y los indios de la tierra ansimesmo se harían y flechaban los unos a los otros; y con toda esta refriega no cesaban los españoles de caminar y proseguir su vía, aunque con harto trabajo, porque la aspereza de la quebrada por donde iban caminando y la resistencia que los indios les hacían no les daban ningún contento.

En esta refriega quen esta quebrada hobieron los españoles con los indios se escondieron dos españoles en la montaña y nunca más parecieron con otras piezas e indios ladinos que faltaron. Los enemigos, aunque la escuridad de la noche les era impedimento, no por eso dejaban de seguir a los nuestros con obstinación y brío, procurando ofenderles en todo lo que podían; y los siguieran hasta el pueblo si cuatro españoles buenos soldados no se emboscaran y al tiempo que los indios habían pasado tras los nuestros salieron a ellos los de la emboscada y dieron en ellos por las espaldas y mataron cinco o seis indios, con que perdieron el brío los demás y se volvieron, dejando de seguir a los nuestros, los cuales dende en adelante caminaron algo más descansadamente hasta llegar a la villa, donde de los heridos no escaparon más de solamente tres hombres.

Los indios de la tierra habían tomado esta guerra tan entrañablemente, que se averiguó haber estado mucha cantidad dellos en la quebrada dicha toda la noche batallando y flechándose los unos a los otros hasta que fué de día y conocieron lo que hacían. Juan de Otálora, visto el mal subceso de la gente y de su caudillo y el mal aderezo que para sustentarse y defenderse en aquel pueblo y sitio tenían, quisiera luego

salirse y retirarse fuera de gente tan bellicosa y guerrera; pero los soldados le importunaron que no lo hiciese hasta que los enfermos mejorasen o acabasen, que sería al septeno día. Otálora vino en ello, e hizolo así; pero al segundo día vinieron gran cantidad de indios sobrel pueblo y comenzaron a flechar y a hacer su acometimiento con determinación de dar fin a todas sus guerras, porque pensaban desta vez arruinar de todo punto a los nuestros; pero como un arcabucero con un tiro que hizo derribase a un indio questos bárbaros tenían por capitán o persona principal, desmayaron de tal suerte que, al punto que vieron éste indio en el suelo caído, volvieron las espaldas y se retiraron diciendo a grandes voces que dende a cuatro o cinco días volverían a dar fin a sus guerras.

Desde que Otálora oyó esto, no paresciéndole cosa acertada que, pues Dios le había librado de una, no debía meterse ni esperar otra, luego otro día se retiró y desamparó y dejó desierto el pueblo, y se vino con toda la gente a la loma de Caparrapi, para de allí enviar por socorro de más soldados y municiones y volver a entrar la tierra adentro al pueblo o villa; pero la gente española no le dió lugar a esto, porque luego que se vieron en el lugar y loma dicha, ques ya principio de tierra de paz, los enfermos se salieron juntos a curar, y los demás soldados, dos a dos y cuatro a cuatro, se salieron, y tras dellos Juan de Otálora, su capitán, con que de todo punto quedó despoblada la villa de la Palma el proprio año de sesenta y uno en que fué poblada por don Antonio de Toledo.

CAPITULO VII

En el cual se escribe cómo don Antonio de Toledo y don Gutierrez de Ovalle volvieron a la provincia de los Colimas y fué por mano de don Antonio reedificada la villa; y del estrago que Pero Hernández de Higuera hizo en los indios hasta que se encontró con don Lope de Orozco

Al tiempo que la villa se despobló se trataba todavía en el Audiencia del Nuevo Reino el pleito con don Antonio sobrel haber poblado la villa sin licencia y haber repartido la tierra y muerto indios en ella, lo cual seguía el fiscal del rey de la propria Audiencia, pidiendo que don Antonio fuese castigado por las cosas dichas. Concluyóse el pleito definitivamente y fué condenado y sentenciado don Antonio en que a su costa y misión volviese con la gente que fuese menester y reedificase la villa. Y fué nombrado don Gutierrez de Ovalle para que, en reedificando don Antonio el lugar, tomase en sí la jurisdicción superior del pueblo y lo rigiese y gobernase como justicia mayor, y estando esto proveído, subcedió lo que atrás queda escrito de pretender don Lope de Orozco por la vía de Muso entrar a reedificar este pueblo, que fué causa que estos dos capitanes más trépidamente efetuasen su jornada, por que don Lope no les ganase por la mano en la reedificación del lugar, quera para ellos cosa afrentosa y de gran disgusto. Y después que, aunque los autos del Audiencia estaban en su favor, no pu-

dieran salir con ello ni hacer lo que pretendían, por ser antigua costumbre y cuasi inviolable en las Indias entre los que van a descubrir nuevas tierras y a poblar nuevas colonias y cibdades, que si después de poblado un pueblo se torna a despoblar por cualquier necesidad o caso fortuito que sea, aunque se hayan salido de la poblazón y provincia con notoria fuerza y manifiesta violencia, haciendo protestaciones de tornarla a reedificar, todo le es inútil y de ningún provecho si otra cualquiera persona, con comisión o sin ella, y de su propia autoridad, entra en la propia provincia y puebla, aunque no se haya reedificado el pueblo que antes estaba poblado, sino haciendo nuevas poblaciones, y que la gente que hace esta segunda poblazón sea de distrito diferente, porque siempre en tal caso los jueces superiores miran y tienen advertencias que todos los distritos y todas las Indias son de un mismo rey y señor, que no va cosa alguna estar poblada la provincia de la una o de la otra gobernación. Y es cierto que si diesen lugar sobre semejantes poblaciones o hobiesen competencias entre los primeros y segundos pobladores de la tierra, que serían ocasión de grandes daños y muertes y otros escándalos. Y en esto, como he dicho, se ha usado de mucha prudencia por los que tienen el sumo magistrado en semejantes provincias y tiempos.

Don Antonio y don Gutierre, con la gente que pudieron haber, que fueron pasados de cincuenta soldados, se entraron en su tierra de los Colimas, y casi al principio de la poblazón, en la loma de Caparrapi, reedificó su villa y la pobló, nombrando sus oficiales para el gobierno público, según que antes lo había hecho; porque como no llevaba a su cargo más de hacer esto, no se quiso meter la tierra adentro, por no ponerse en peligro notorio sobre cosa que no se le seguía ningún provecho más de una inútil honra; y también lo deseaba así don Gutierre, por verse solo con la gente y mandar sin competidor ni igual. Y con esto se salió luego don Antonio y se volvió a Mariqui-

ta, donde era vecino y hacendado, por tener allí muy buenos indios de repartimiento encomendados, que de las ricas minas de oro que en los términos de aquella ciudad hay le sacaban muy buen oro.

Salido que fué don Antonio, don Gutierre se quedó por capitán y justicia mayor de aquel pueblo y comenzó a entender en las cosas necesarias a la pacificación y castigo de la tierra; para el cual efecto envió a Pero Hernández Higuera con treinta y tres hombres, buenos soldados, bien aderezados, cuales para tal menester se requería. El caudillo Higuera se fué con los soldados a la poblazón de Biripi, donde envió a llamar los indios que le viniesen a ver. Saliéronle de aquella poblazón como treinta indios, más con cautela de ver y escudriñar la gente que Higuera llevaba que por hacerles servicio. Conoció Higuera por el aspecto de los indios, que venían algo alborotados, quera señal de haber sido agresores en las muertes y daños pasados, y disimuladamente hizo juntar los soldados, y llegándose a los indios hirieron en ellos y matáronlos todos los más, para con este cruel hecho entrar poniendo terror y temor en los demás naturales, que tenían ya puestos sus designios en tornar a proseguir la guerra contra los españoles con la obstinación que antes habían hecho, con que pensaban haber entera vitoria.

Hecho esto, los españoles pasaron adelante y se fueron, pasando por la loma y valle de Guachipa, a alojar al pie del cerro de Itopo, donde le salieron ciertos indios de paz, a los cuales exhortó el caudillo que no usasen de las cautelas y dobleces pasados, sino que sinceramente fuesen verdaderos amigos. Los indios lo prometieron así, e idos volvieron el siguiente día con cien gandules de los más crecidos y bellicosos adonde los españoles estaban, los cuales trujeron de lo que sus pueblos tenían, de presente, como eran pavas, curíes, piñas, guayabas y otras frutas y comidas, para con esta manera de cebo o regalo descuidar y asegurar a los nuestros; pero el caudillo, temiendo

la cautela de los bárbaros, después de haberles rescibido con alegre rostro, los envió a que cogiesen y trujesen leña e hierba, y mandó quedar en el alojamiento cuatro o seis mujeres que los indios consigo habían traído, de cada una de las cuales se informó muy particularmente de los designios con que aquellos indios le habían venido a ver y salido de paz. Las indias no negaron ni ocultaron cosa alguna de lo que supieron, mas todo lo manifestaron, y dijeron cómo a los alrededores del alojamiento de los españoles había gran cantidad de indios emboscados y con sus armas, para cuando fuesen llamados por los que allí habían venido acudir a dar en los nuestros; porque traían ordenado los cien indios que al alojamiento habían venido de, cuando más seguros y descuidados estuviesen los soldados, abrazarse cada dos o tres con un español y dar voces para que los de la emboscada les acudiesen; y así podrían con menos perjuicio suyo hacer lo que pretendiesen. Desta traición y cautela se hobo entera certificación por los dichos de las mujeres, que cada una de por sí lo dijeron y declararon así. El caudillo, entendido el riesgo en questaba, hizo poner en orden los soldados y ensillar los caballos que allí tenía, y mandó questuviesen todos a punto para en volviendo los cien indios con la leña dar en ellos y matar los que pudiesen, para no verse en mayor peligro quel pasado. Vueltos los que fueron por la leña y entrados en el alojamiento, los españoles dieron en ellos y, sin que ninguno se les escapase, los pasaron todos a cuchillo, ecepto uno que, por haberse hecho mortecino, fué dende a poco hallado entre los cuerpos muertos, al cual soltaron, no con pequeñas ni pocas heridas, para que llevase la nueva de lo subcedido a los demás indios questaban en la emboscada. Señaláronse con sus brazos muchos soldados en este triste espectáculo, que, como a su salvo herían, acontecíales cortar el indio por los muslos y alcanzar a otro por las piernas, cortar cabezas, brazos, pies y manos de un golpe o revés, cada una cosa destas con

mucha facilidad, y la verdad es, que como los indios estaban desnudos y no tenía el espada ropa ni otras armas en que embarazarse, que todas estas cosas parecían cosas factibles.

El indio que los españoles enviaron a dar la nueva a los de la emboscada se subió sobre un cerro y comenzó a decir: "A vosotros, compañeros que estáis esperando la señal que se os ha de dar, digo que salgáis de la emboscada y veréis cuántos de los valientes y atrevidos que fueron a matar a los christianos han escapado con la vida. Salí, salí y vellos eis, porque en mí solo se han resumido todos." Los de la emboscada, como conocieron la voz y el indio que les hablaba, se retiraron y se salieron de donde estaban por sus escuadrones bien pertrechados y proveídos de armas; y desque fueron certificados del desdichado subceso de sus compañeros, se fué cada familia por su parte sin osar revolver sus armas contra los nuestros.

El siguiente día de como esto subcedió se encontró este caudillo con don Lope de Orozco, corregidor de la Trinidad, que venía con gente a reedificar la villa, donde subcedió lo que atrás en el libro doce queda escrito.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo don Gutierre mudó el pueblo o villa a Itocho y envió a Pero Fernández con gente a pacificar la tierra. Escríbese aquí lo que un indio dijo e hizo desde que los españoles le prendieron hasta que fué muerto

Como don Antonio de Toledo pobló la villa en la loma de Caparrapi, lugar y sitio muy fuera de comarca, para que los naturales con menos trabajo suyo pudiesen servir, don Gutierre de Ovalle envió con gente a Pero Hernández que discurriese por la tierra y viese dónde había sitio cómodo y que, demás de ser bien proveído de las cosas necesarias para el servicio de la república de los españoles, estuviese en medio de la provincia; porque una de las principales cosas que los nuevos pobladores de colonias y cibdades miran es ésta, a causa de que su sustento y bien principal depende de los indios que les han de hacer las casas y servirles en todo lo necesario y para que no sean molestados ni vejados demasidamente con venir al pueblo de muy lejos camino, lo cual sería si estuviese apartado el pueblo de los españoles y fuera de la comarca dicha de las poblaciones de los indios, se tiene muy gran atención y pone toda diligencia posible en quel pueblo y cibdad se edifique y pueble en medio de la comarca y poblazón de los indios; e ya que no pueda ser en medio, en la parte más con-

viniente; de suerte que no sea mucho más el trabajo de los unos indios quel de los otros.

Pero Hernández salió al efeto dicho y anduvo por las partes de la provincia que pudo, y después de considerado por él los lugares que había visto y andado, hizo asiento en una poblazón de la provincia de Itoco cuyo sitio era llano y de buen temple y bien proveído de aguas, hierbajes y leña, aunque fuera de comarca para los indios, en el cual comenzó a juntar comida e hizo casas y buhíos de paja para que se pudiesen pasar a ellas todos los más españoles de asiento. Lo cual concluso de todo punto envió ciertos españoles soldados adonde don Gutierre estaba, a que le diesen noticia y relación de lo que pasaba y había hecho, y de cómo estaba prevenido y aderezado todo lo necesario en el lugar dicho.

Don Gutierre, luego que se le dió la nueva de lo que Pero Hernández su caudillo había y tenía hecho, se movió con todo el resto de la gente y carruaje y se fué dondél estaba, y allí asentó por entonces el pueblo y villa de la Palma, donde después de haber descansado algunos días envió a correr la tierra con Pero Hernández Higuera, para que procurase traer de paz a los indios, y dióle cuarenta españoles, los cuales salieron del lugar bien noche por no ser vistos de los indios, y caminando por entre muchos abrojos de puyas que los indios tenían puestos por el camino, y algunas flechas que les fueron tiradas, fueron a dar a la chapa de Parriparris, donde se alojó y estuvo todo un día, sin que de paz ni de guerra le saliese indio ninguno. Y a la noche salieron diez soldados a buscar dónde estaban los indios recogidos, para dar en ellos. Siguieron por cierta senda que los llevó adonde estaba un buhío lleno de naturales recogidos recatadamente; porque en la propia vía estaba un indio puesto con sus arcos y flechas haciendo guarda; el cual, como viese y sintiese los españoles, comenzó a usar contra ellos de sus flechas, tirándoselas con gran furia, y juntamente con esto, dando muy grandes vo-

ces y alaridos, diciendo a los quen el buhío estaban que se huyesen y escondiesen mientras él defendía el paso y la subida de los españoles; lo cual hizo el indio con tanto brío, que sin menearse de dondestaba hobiera con sus flechas de herir a algunos españoles, demás de resistirlos al tiempo de la subida; pero al fin fué preso de los soldados y atado, más por ruegos que por violencia; y no hallando en el buhío a persona ninguna, se volvieron adonde Pero Hernández había quedado con el resto de los soldados; el cual mandó poner a recaudo el indio que llevaban preso, que aun no había perdido punto del coraje y brío que tenía; porque como viese entre los españoles ciertos indios amigos de la propria provincia, indignada y ásperamente les comenzó a hablar y a decir que por qué eran de tan frágil y cobardes ánimos, que sin ninguna resistencia y fuerza se habían humillado y sujetado a sus enemigos, debiendo defender y conservar su amistad y libertad con el valor que sus mayores lo habían siempre hecho, lo cual él sentía harto más que su prisión, de la cual deseaba y pretendía verse libre muy presto sólo para destruir y arruinar las familias y generaciones de hombres tan infames y pusilánimes, que con loca y necia trepidación habían querido perder malvadamente la reputación que de valientes y vencedores despañoles poco tiempo antes habían ganado.

Pero Hernández, como por medio de los intérpretes entendiese lo quel indio había hablado, le dijo cuán más loca y temeraria era su osadía, pues estando preso y en poder de sus enemigos hablaba tan libremente palabras contra los amigos de los españoles; que debía reportarse y moderarse en todo si no quería haber, con una miserable muerte que incontinente le sería dada, el castigo de su rústica desvergüenza y atrevimiento. El bárbaro, cuasi como hombre furioso y que se regía más por la alteración y movimiento de su cólera que por el uso de la razón, replicó con sobrada arrogancia, diciendo que las ame-

nazas de muerte no le eran a él tan pesadas y graves que le impidiesen el hablar ni le estorbasen de efectuar lo que había dicho, pues tenía certificación de sus simulacros, revelada por medio de sus ministros o mohanes, que, aunque los españoles le quitasen la vida, aquellos se la volverían a dar para cumplir y efectuar lo aquellos tenían mandado, donde de nuevo movería y levantaría guerras contra los españoles y arruinaría de todo punto las poblaciones y generaciones de aquellos indios que siguiesen y hobiesen seguido la opinión de los españoles sujetándoseles y siéndoles amigos y feudatarios.

Los españoles otro día se partieron de donde estaban alojados y se fueron a la poblazón de Avipay, donde en el camino se les empuyaron y murieron dos piezas. Y presumiendo quel indio que llevaban preso había sido el autor de este daño, se le preguntó si era él el que ponía aquellas puyas en que se empuyaban los indios que morían; dijo que sí, y que otros tantos quisiera haber muerto, aunque pocos días antes con su propia mano había él muerto otros muchos indios ladinos, con lo cual no estaba satisfecho ni vengado, porque ya que los españoles le matasen, había de volver a este mundo a hacer guerra a los indios y a los españoles, quentonces habría entera venganza dellos. Pero Hernández, viéndolo estar tan obstinado en su libre hablar, por que los demás indios no creyesen ser todo verdad lo que este indio decía, y porque algunos dellos daban muestra de temerle y haber miedo dél, lo mandó empalar, metiéndole un agudo palo por el sieso, muerte cierto cruelíssima y quentre christianos no se debía de usar, por no imitar en ella la crueldad de los turcos, que primero lo inventaron. Pero con todo esto estaba tan obstinado este bárbaro en su opinión y rebelión, que después de empalado y alzado en el aire comenzó a hablar muy atrevida y desvergonzadamente a grandes voces, persuadiendo a sus compañeros y naturales que tuviesen gran cuenta con seguir las cosas de la guerra y no

dejarse vencer de los halagos ni amenazas de los españoles; pues él había de volver a ayudarles a guerrear. Pero los indios amigos, viendo sus desvaríos, le comenzaron a flechar y a herirle con sus flechas, contradiciéndole todo lo que le decía; pero el empalado, turándole la vida, se quitaba las flechas del cuerpo y las tiraba a los indios, y dando alaridos de acometimiento de guerra, murió bien cruel y trabajosamente.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo los españoles y Pero Hernández, caudillo, prosiguieron su pacificación, en la cual fué muerto el caudillo, y fué por ellos elegido por caudillo Alonso de Molina, que siguió la conquista hasta que se volvieron al pueblo dondestaba don Gutierrez. Escríbese el subceso de la guerra.

Los españoles y su caudillo, prosiguiendo su pacificación y conquista, se partieron del lugar dicho donde el indio fué empalado y tomaron la vía del valle de Murca, ques donde fueron en tiempo de Juan de Otálora muertos y desbaratados los españoles; y pasando por otras muchas poblaciones que por el camino había, hacían en ellas el estrago que podían, por no querer salir sus naturales y moradores de paz, antes, poniéndose por los altos y lugares seguros, tiraban algunas flechas y decían contra los nuestros los vituperios que les parecían. Amenazaban grandemente a los españoles con la gente y moradores del valle de Murca, diciéndoles que los naturales de aquel valle habían de destruirlos y arruinarlos, como habían hecho a los demás españoles, y aun, en su opinión, tenían estos bárbaros que la gente de aquel valle de Murca era invencible y quel lugar donde habían sido muertos antes los españoles, que llamaban la loma de la Guazabara, era lugar sagrado y diputado por sus simulacros y demonios en favor suyo para que siempre en él hobiesen vitoria, así

contra indios sus enemigos como contra españoles; y así se habían recogido en esta loma de la Guazabara muy gran cantidad de indios con sus armas, para que si los españoles subiesen por ella haberlos todos a las manos y destruirlos; pues la fortuna del sitio y lugar tenían de su parte y en su favor, y por estos respetos eran estos indios llamados los valientes de Murca.

El subceso desto fué que los españoles, después de haber entrado en el valle de Murca y descansado en él, marcharon para la loma de la Guazabara y comenzaron a subir por ella adelante y los indios a bajarse contra los españoles disparando en ellos sus flechas y a acercárseles todo lo que podían. Y era tanta la confianza que estos bárbaros tenían en la consagración daqueste lugar, que aunque los españoles con los arcabuces les hacían mucho daño y les iban matando muchos indios, no por eso se retiraban ni detenían, antes siempre se venían acercando a los nuestros para conseguir su vitoria, y usaban de un animoso ardid, y era que cayendo el indio del arcabuzazo, luego en su lugar se ponía otro, y al muerto lo sacaban arrastrando por entre las hierbas y pajas, de suerte que los nuestros no los viesan ni entendiesen que hacían en ellos daño ninguno. Y siempre les acudía mucha gente en su favor, que hacían el guerrear más grave y pesado para los españoles, los cuales con todas estas cosas no se detenían punto, mas por momentos iban ganando tierra y acercándose a lo alto; porque como a los indios se les ganen y tomen las cumbres y superioridades de las sierras y lomas son fáciles de desbaratar y romper; y así, aunque con harto trabajo y riesgo, llegaron los nuestros a lo alto de la cuchilla por do subían, por do se repararon un poco para dar reposo al anhélito, que lo llevaban muy gastado y las personas algo cansadas del trabajo de la subida.

Los indios que más adelante estaban apiñados y recogidos en un mogote algo alto que la propia loma se hacía, viendo reparar a los nuestros, creyendo que de temor suyo lo hacían y desmayando de sus pro-

prios y naturales ánimos, crecióles la querencia y reputación que del lugar dondestaban tenían, y comenzaron a grandes voces a cantar vitoria y a decir a los demás indios que alrededor en el propio valle y poblaciones había que acudiesen con diligencia y fuerza y cuidado a tapar los caminos y poner en ellos muy buena guardia y defensa de gente y armas, por que los españoles no se fuesen, como antes lo habían hecho, y quel que aportase adonde ellos estuviesen lo matasen cruelmente.

Los nuestros, después que hobieron descansado, oyendo la vitoria que los indios cantaban, dividiéndose en dos partes, la una que quedase con los indios amigos en guardia del sitio dondestaban, los demás pasaron adelante con sus arcabuces a ahuyentar los que estaban hechos fuertes en el morro, que con una infinidad de flechas que contra los nuestros tiraban se pretendían defender neciamente, porque como a los soldados no les pusiese ningún temor ni espanto la flechería que contra ellos venía, no cesaban de disparar sus arcabuces e irse acercando a los enemigos, sin perder punto de su valor y brío; porque antes que llegasen al morro donde los indios estaban les habían ya herido y flechado el caudillo y otro español, y con todo esto arremetieron a los bárbaros con tanto brío, que les echaron de todo lo alto del morro dondestaban, con gran pérdida de muchos indios que les mataron, y así no les aprovechó el haber cantado vitoria ni la consagración del lugar dondestaban.

Juntáronse allí luego todos los soldados con su carruaje y curaron los heridos; y como los indios viesen que a esto se detenían en aquel lugar, comenzaron a dar voces diciendo: "Bellacos, ¿qué hacéis? Dejad los vencidos quen nuestra tierra hemos muerto", y añadiendo otros géneros de vituperios, nunca cesaban de dar voces y alaridos por todas partes. Curados los heridos, se bajaron los españoles de dondestaban al valle, caminando con el mejor concierto que pudieron. Los indios, como los viesen bajar, comenzaron a dar

muy grandes voces a los demás naturales diciéndoles: "Atajad, que allá van esos christianos huyendo de nosotros. Dad en ellos y acabadlos, porque acá habemos muerto cuatro dellos." Los nuestros, siguiendo su camino por entre muchas puyas que tenían los indios puestas, donde se empuyó un español y algunos indios amigos y del servicio, fueron a alojarse a una loma o cuchilleja pequeña que tenía tres buhíos, a la cual luego acudieron mucha cantidad de indios a dar batería a los españoles y a ver si los podían acabar de destruir. Salieron a ellos una docena de arcabuceros e hicieronlos volver atrás, porque con los arcabuces derribaban muchos indios, y los bárbaros, viendo que sus flechas no derribaban ningún español, ni hacían muestras de damnificar en cosa alguna a los nuestros, se fueron retirando y apartando todo lo que pudieron.

Los soldados que los seguían se volvieron al alojamiento bien cansados de la continua pelea que todo aquel día habían tenido con los indios, sin haber comido cosa que les diese sustento ni nutrimento corporal; y así les fué necesario descansar en aquel sitio dos días, después de los cuales el caudillo, aunque bien agravado y atormentado del flechazo que le habían dado por la maleza de la hierba, envió diez y seis soldados que fuesen a ver si podían tomar algunos indios para tratar con ellos de paces. Salieron los soldados después de anocheado, por no ser sentidos, y dieron en dos buhíos con gente, la cual prendieron. Había apartado destos dos buhíos otro pequeño, do estaba recogido un indio que, por ser tenido por valiente, era llamado Apipa, que quiere decir indio que ha muerto españoles. Este bárbaro era en sí tan versuto y doblado que, aunque seis buenos soldados le quisieron amarrar las manos, no pudieron al principio, por aprovecharse mucho de sus corporales fuerzas, hasta que, después de haber forcejeado y peleado o braceado con el indio más de una hora,

de puro cansado le vinieron a rendir y a atarle las manos como pretendían.

Vueltos estos soldados donde habían quedado los demás sus compañeros, hallaron a Pero Hernández, su caudillo, muy trabado de la ponzoña o hierba de que había sido herido, de tal suerte que la propia noche que llegaron adonde él estaba murió. Fué sentida su muerte entre los españoles por estar este hombre en opinión de buen guerrero y bien afortunado, y allí lo enterraron lo más ocultamente que pudieron, y luego eligieron entre sí los propios soldados a Alonso de Molina por su caudillo y caporal, con el cual dende a poco tiempo se fueron o volvieron al valle de Murca, donde se despendieron y gastaron algunos días en trasnochar y caminar de noche a dar en las rancherías y escondidos alojamientos de los indios, con que les hicieron harto daño en sus personas y haciendas, de suerte que pagaron bien el escote. Pero todo este estrago y daño no fué parte para que los indios perdiesen el brío que tenían y se humillasen, antes cuando pensaron los nuestros que les tenían las cervices más quebrantadas y postradas por el suelo, entonces los vieron venir contra sí en gran multitud, puestos por sus ordenados escuadrones, trayendo con muy gran regocijo la cabeza del caudillo Pero Hernández, que lo habían desenterrado, y enderezando sus palabras y bárbaros vituperios contra los nuestros, les decían que a todos habían de poner como habían puesto al dueño de la cabeza que consigo traían, acompañando estas palabras con feos improperios, de questos bárbaros se pagan mucho y les es gran contento hablar ociosa y viciosamente contra sus enemigos o contrarios y hacer muchos visajes y meneos con el cuerpo, con que significan y dar a entender menospreciar y tener en poco a los nuestros.

Venían por dos partes estos indios a hacer sus acometimientos, a las cuales salieron los españoles concertadamente a rescibirlos al camino, y como los pri-

meros que llegaron o se acercaron a los nuestros fuesen heridos de los arcabuces, comenzáronse a reparar y los soldados a acercarse a ellos, hasta que los forzaron a volver las espaldas y retirarse huyendo; y esto subcedió a los que traían la cabeza de Pero Hernández, que mostraban venir más briosos; los demás, viendo quéstos se retiraban y huían, no curaron de pasar adelante a hacer su acometimiento, antes desde donde vieron huir a sus compañeros se retiraron ellos, volviendo antes de tiempo las espaldas, y ansí dejaron vitoriosos a los nuestros, y con esto nunca más usaron hacer acometimiento alguna, mas de poner continuamente puyas por los caminos, que hacían harto daño.

Anduvieron estos soldados casi tres meses continuos por la tierra sin poder traer ningún indio de paz; después del cual tiempo y de haber mirado bien el sitio donde el pueblo o villa está agora, se volvieron adonde don Gutierre y la demás gente estaban alojados en Itoco, donde dieron noticia a don Gutierre de las poblaciones que habían visto y andado y pasado y de lo mucho quen esta salida habían trabajado y padecido.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo don Gutierre visitó lo que faltaba de la tierra y le salieron de paz los indios, y de la segunda traslación del pueblo que hizo adonde agora está; y cómo repartió los indios de la provincia y le fué quitado el cargo de corregidor de la villa

Al tiempo que don Gutierre envió a pacificar la tierra esta última vez con Pero Hernández Higuera, le tornó a encargar que buscase sitio acomodado y que fuese más metido entre las poblaciones de los indios naturales, porquel sitio dondestaban, en Itopo, era muy fuera del comedio que se requería para la utilidad de los indios, aunquél en sí era buen asiento de pueblo; y como por muerte de Pero Hernández Higuera fué eieto por caudillo Alonso de Molina, éste tuvo cargo de cumplir lo que sobreeste caso había encargado y mandado don Gutierre; y cerca de donde había muerto Pero Hernández de Higuera había tierra muy escombrada y rasa y de hartas tierras llanas para ejidos y estancias del pueblo, que suele ser cosa muy necessaria para el sustento de los vecinos.

Era esta tierra y sitio cuasi en el propio valle de Murca o junto a él; y como todos los soldados le certificasen a don Gutierre que en todo lo que habían andado no había más acomodado ni mejor sitio donde el pueblo pudiese estar y permanecer, determinóse de pasarse a él y dar asiento en todas las cosas de la tierra, repartiendo los indios entre los soldados que

lo habían trabajado, por que con ello se pudiesen sustentar; y porque quedaban ciertas poblaciones por ver y andar, para que mejor se pudiesen repartir tomó consigo don Gutierre treinta y cinco hombres y fuese al valle que los españoles dijeron de Nuestra Señora, y loma de Santiago, y valle de Guaguachi, y otras poblaciones a estas comarcas, por las cuales anduvo y discurrió tiempo y espacio de dos meses sin que ningunos indios tomasen las armas contra él ni le diesen ningún desasosiego, antes le salieron de paz y le comenzaron a servir con muestras de gran contento y alegría, proveyéndole de lo quera necessario y sirviéndole en todo lo que les era mandado, de que todos los españoles rescibían grandíssima alegría y contento, por parescerles quera esta paz principio de tener algùn sosiego, refugio y descanso de los prolijos y continuos trabajos quen los tiempos pasados habían padescido.

Y acabado que hobo don Gutierre de hacer la descripción y visita de los pueblos que iba a ver, se volvió adonde había dejado la demás gente, donde se detuvo solamente doce días para que todos se aderezasen con sus ganados y haciendas para efectuar la segunda traslación del lugar; la cual fué hecha por el don Gutierre de Ovalle en el sitio donde al presente está y permanece, cuyo territorio de sus naturales era llamado Quencho, y por el mes de mayo del año de mill y quinientos y sesenta y tres. En ésta segunda traslación desta villa le fué mudado el nombre por el capitán don Gutierre y le puso por nombre la cibdad de Ronda, aunqueste segundo nombre se perdió por la vieja costumbre del primero, con el cual se está y permanece hasta el día de hoy.

Hecha la traslación y fijación de la villa con los ordinarios autos ques costumbre, adjudicó ejidos para el pasto común de los ganados, repartió estancias a los vecinos, dióles solares en que edificasen o hiciesen sus casas, y señalóles huertas para el servicio común; y hecho esto entendió en repartir los naturales e in-

dios entre los soldados españoles que habían trabajado en aquella conquista, pacificación y poblazón, en lo cual se excedió don Gutierre de la comisión que tenía y de lo que conforme a justicia debía hacer, porque señaló indios a personas que no habían trabajado ni andado en la pacificación de la tierra, de que vinieron a agraviarse los soldados y a quejarse dél públicamente y a decir algunas palabras libres, dando muestras de que querían dejar y desamparar el pueblo y salirse fuera, pues vían que lo aquellos habían trabajado lo daba en su perjuicio don Gutierre a personas inméritas de lo quen esta tierra había.

Llegaron a los oídos de don Gutierre los clamores de los soldados y aun algunas cosas que con libertad sobrada se decían en su perjuicio, las cuales disimuló cuerdamente, y para aplacar el furor de los quejosos se prefirió enmendar y remediar todo lo hecho, aunque cautelosamente y sólo por librarse de la vejación presente. Y así, no teniendo algunos soldados esperanza que habría enmienda en lo que don Gutierre había hecho, por haber dado algunas muestras de quererlo sustentar, se salieron a quejar dél y de lo quen su perjuicio había hecho al Audiencia, y don Gutierre, viendo que con palabras blancas ni ofertorias no bastaba a mitigar los quejosos, díjoles qué se eximía del repartir de la tierra y que no quería más entender en ello; y para dar muestra de questo no era fingido, delante de los vecinos rompió el apuntamiento que había hecho, dejando en su poder guardado un traslado para enviarlo al Audiencia. Los soldados, presumiendo la cautela, comenzáronse a alborotar de nuevo y quererse salir e ir con sus quejas; mas don Gutierre los procuró aplacar con acrescentar algunas casas más a los quejosos; pero todo esto le aprovechó muy poco a don Gutierre; porque como enviase el apuntamiento y repartimiento que de los naturales había hecho al Audiencia, donde ya estaban algunos soldados quejándose dél, no sólo los oido-

res no confirmaron ni aprobaron lo qué él había hecho, pero suspendiéronle del cargo de justicia mayor que aquel pueblo tenía, y en su lugar proveyeron por corregidor de la villa a don Lope de Orozco, que a la propia sazón había sido quitado del corregimiento del pueblo de la Trinidad, como en su lugar se ha dicho.

CAPITULO XI

En el cual se escribe cómo don Lope de Orozco fué por corregidor a la villa de la Palma, y el poco tiempo que gobernó, y lo quen él subcedió y se hizo en esta villa

El gobierno o cargo que de corregidor de la Palma tuvo don Lope de Orozco fué breve, que después quen ella entró no le turó más de seis meses, y así habrá poco que describir.

A los principios estuvo bienquisto y afable con los vecinos, por no entrometerse en mover ningunos indios de los que don Gutierre había dado, porque bien o mal les servían ya los indios y cada cual conocía ya su suerte; y así, aunque a los principios aborrecieron lo que don Gutierre había hecho y apuntado, después estaban contentos los más con ello y no quisieran que hobiera ningún removimiento, lo cual pretendió hacer don Lope, mandando que no se sirviesen de los indios por el apuntamiento de don Gutierre, sino por las cédulas que les hiciese o diese dellos. Esta novedad fué causa, no sólo de que aborresciesen a don Lope, sino que con diligencia procurasen que le quitasen del pueblo. Y así se salieron algunas personas a quejar dél al Audiencia para que lo remediasse.

En este mesmo tiempo subcedió quedando de paz los indios y sirviendo a sus encomenderos, entre sí se conjuraron los indios y determinaron rebelarse y

quitar la obediencia que al pueblo tenían dada, y para que esta su rebelión fuese solemnizada con el derramamiento de alguna sangre, por quentrellos tuviese más fuerza, mataron algunos yanaconas e indios ladinos quentrellos estaban por mandado de sus amos como sustitutos para hacer que hiciesen labranzas y lo demás necesario que se les mandase, y con esto no acudieron más al pueblo. Los vecinos, luego que tuvieron noticia de lo que los indios habían hecho, se juntaron y fueron a castigarlos, ansí de la rebelión como de los indios que habían muerto. Anduvieron por entre las poblaciones de los rebeldes y delincuentes algunos días, caminando de noche y reposando de día, dando algunas alboradas en las partes donde los indios estaban recogidos y retirados, de tal suerte que pagaron bastantemente lo que habían hecho, sin que hobiesen contra los españoles ninguna vitoria ni les damnificasen en cosa alguna, que fué causa de que los indios quedasen algo domados y humildes y viniesen con más brevedad de paz y a servir a los españoles. Después de lo cual don Lope de Orozco, teniendo por cosa muy útil y provechosa para el sustento deste pueblo y vecinos dél y aun para el descanso de los indios que por el río Grande de la Magdalena arriba suben la ropa de Castilla para el sustento y servicio del Reino, quen este pueblo o en sus términos se descubriese puerto en el cual las canoas echasen la ropa y de allí la llevasen a los pueblos del Reino en harrias, determinó irlo a buscar y descubrir; por questa provincia de la villa de la Palma cae más abajo del desembarcadero del río Negro, al cual con muy grande trabajo y peligro de su salud llegan los indios canoeros a echar la ropa que desde Mompox, villa puesta en las riberas del propio río, hacia la parte de Cartagena, suben, y descubriéndose en el paraje de los términos desta villa de la Palma puerto y desembarcadero, y abriéndose camino para que las harrias pudiesen llegar a tomar la ropa, los jueces superiores mandarían que de allí no subiesen los

indios de las canoas para arriba por el refugio y bien de los indios que las bogan. Pues con deseo de ganar esta honra y gloria, don Lope salió de la villa con gente, y caminando por ásperas y muy dobladas montañas la vía del río Grande, anduvo por ellas trabajando todo lo que pudo más de dos meses a pie y cuasi sin comida, si no era alguna agreste o silvestre de la tierra. Túvose algo a mano izquierda, tomó a caminar por una quebrada arriba, paresciéndole vía derecha y muy acertada, y por ella vino a dar al pueblo del río Negro, caminando algunas leguas de montaña despoblada y sin camino que los guiase más de la corriente del agua.

De aquí se volvió don Lope a la villa de la Palma, donde halló que sus émulos y contrarios habían ganado una provisión en quel Audiencia le suspendía del cargo de justicia mayor que tenía; y dende a diez o doce días se tornó a salir, aunquesto tengo yo por incierto, porque a esta sazón vino por presidente del Nuevo Reino el doctor Venero de Leiva, que comenzó a poner corregidores en los pueblos del Reino, y por su mandado fué don Lope de Orozco llamado como persona principal o de calidad para semejantes cargos y le dió el corregimiento de Tunja, Vélez y Pamplona, adonde luego se fué y estuvo más de un año gobernando a estos pueblos prudentemente.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala fué por corregidor a la villa de la Palma, y de allí a Muso, y dende a poco le fué quitado el cargo de Muso y se volvió a la Palma, y fué en descubrimiento del desembarcadero del río Grande, y lo quen ello le subcedió

Con la ausencia que don Lope hizo de la villa de la Palma y con la de otros muchos vecinos quen este tiempo faltaron, que habían acudido a la cibdad de Sancta Fee a representar sus servicios y méritos al presidente, que, como he dicho, hacía poco quera llegado al Reino, para que les encomendase indios y los desagraviase, los naturales se rebelaron de todo punto y andaban concertándose entre sí para dar en el pueblo y arruinarlo.

Tuvo dello noticias el presidente y de la falta que los vecinos ausentes hacían, juntamente con la de una persona que los gobernase y tuviese en justicia; porque aunque en estos pueblos haya alcaldes ordinarios que usan de jurisdicción real civil y criminal, suele muchas veces haber bandos y competencias entrellos y entre los regidores, y ansí nunca se efetúa cosa que convenga al bien común; y a las veces suelen ser estos alcaldes inútiles y sin provecho y no más de para ostentación de aquel título honroso y preeminente, ques el supremo quen tales pueblos se puede dar. Proveyó el presidente Venero por corregidor de la villa a Cepeda de Ayala, de quien en el libro e

historia de la Trinidad hemos tratado, y con esto proveyó por edicto público que los vecinos de la Palma se fuesen a sustentar su pueblo, con pena y apercebimiento que les quitaría los indios y los daría a otras personas.

Cumplióse en esto lo que el presidente proveyó; y en breves días Cepeda de Ayala y los vecinos se entraron y volvieron a su pueblo, donde por el respeto dicho de estar los naturales rebeldes fué necesario salir luego con gente a correr la tierra y poner algún temor en los indios para que viniesen de paz y al servicio de los españoles. Fué a ello Diego de Montalvo con los españoles que Cepeda le señaló; entró por el valle de Murca y por el de Terama; hizo algún castigo en los indios, de suerte que los amedrentó y forzó a que se humillasen y pacificasen. Gastó en correr la tierra veinte días, en los cuales aprovechó harto para la tranquilidad de los naturales y conservación del pueblo, y volvió a entrar en la villa, después del tiempo dicho, con indios de paz; y por que la pacificación de los naturales pasase adelante, luego que Montalvo llegó al pueblo envió el corregidor Cepeda de Ayala a Juan del Olmo con gente a que corriese lo demás que faltaba de la provincia, que estaba más cercano al pueblo, en que se incluyese lo que agora llaman suerte primera.

Juan del Olmo y los demás españoles que con él salieron anduvieron algunos días por las poblaciones dichas; hallaron algo aplacados y humillados a los naturales, por lo cual no fué menester meter la mano en derramar alguna de su sangre que semejantes tiempos se suele hacer. Porque ellos, temiendo y viendo, como se suele decir, el cuchillo a la garganta, y acordándose de los daños que les habían llovido a costas en las guerras pasadas y lo poco que habían ganado, salieron de paz a Olmos y casi toda la demás gente que estaba rebelde se ofrescieron de servir a los españoles pacíficamente sin cautela ni doblez; y con este buen subceso se volvieron los espa-

ñoles al pueblo muy contentos, por parecerles que con esta paz cesarían por algunos días el andar de cerro en cerro y de collado en collado con las armas auestas tras los indios, como quien anda a cazar fieras; pero estos sus designios les iban ya saliendo inciertos, porque Cepeda de Ayala luego que vió la tierra pacífica y que los naturales servían, determinó irse a descubrir el puerto del río Grande que pocos días antes había intentado don Lope de Orozco, para el cual efeto forzosamente había de llevar consigo los más de los vecinos y soldados quen el pueblo había. Pero también el corregidor Cepeda fué de la misma suerte burlado que los demás, aunque con más próspero subceso; porque en esta sazón fué proveído por corregidor de Muso, juntamente con la Palma, y vinieron vecinos del pueblo de la Trinidad a llevarlo, según quen otra parte hemos contado, con que Cepeda de Ayala no por esto se apartó del propósito que tenía de ir a descubrir el desembarcadero del río Grande por aquella provincia, por ser negocio que le había sido mandado y muy encargado por el doctor Venero, presidente, que a fin de reservar de algún trabajo a los indios de la boca del río Grande, como poco ha dije, había mandado con mucha calor a Cepeda de Ayala que procurase descubrir este camino, para el cual efeto llevó consigo de la villa veinte soldados, aunque no fueron menester, porque en esta sazón fueron descubiertas las minas de las esmeraldas en la cibdad de la Trinidad, por cuya causa o codicia fué proveído otro corregidor a Muso; y vuelto Cepeda de Ayala a su villa en pocos días, sin gozar por entonces, como quisiera, de la jurisdicción dentrambos pueblos, en el camino le quisieron hacer resistencia los naturales entre Notepi y Micipa; pero fueron rebatidos y ahuyentados por los soldados, sin que los nuestros rescibiesen daño alguno.

Llegó Cepeda de Ayala a la villa de la Palma con propósito de no meter la mano en ir a descubrir el desembarcadero, porque sintió grandemente quen tan

breve tiempo, y por respeto que otro fuese aprovechado de aquel descubrimiento, le quitasen el cargo de corregidor de Muso; pero como era negocio quel presidente le había encargado, de quien esperaba ser aprovechado, mudó propósito y acordó efetuar lo que le había sido mandado. Y tomando consigo la gente que le pareció, caminó la vía del río Grande, por la cual llegó a la loma que llaman de la Tormenta, de donde se ve y parece el propio río. Alojóse en ella, ques ya el remate de la poblazón de la villa de la Palma, y de allí hasta el río es de pobladas montañas; y dejando en este alojamiento Cepeda de Ayala toda la más de la gente que llevaba, tomó consigo solos siete hombres para a la ligera ir desde allí por delante descubriendo el camino hasta la barranca del propio río; y caminando por bien malos caminos, iba siempre desechando ciénagas y anegadizos que por la derrota que llevaba había, por donde llegaron a un río bajo y de poca agua, en el cual hallaron rastro de un indio que por él iba caminando. Cepeda y los demás lo siguieron todo aquel día hasta que se hizo hora de ranchear o alojarse, e comenzaron a hacer ranchos. Mas como la codicia de seguir y descubrir la vía daquel indio que por el río caminaba era muy grande en Cepeda de Ayala, tomó consigo a Alonso de Molina y a Salvador Pérez y a Pedroso, y prosiguió adelante, para en el tiempo que quedaba del día ver si podía descubrir el paradero del rastro del indio, el cual los llevó, después de haber sido por él sentidos, por una trocha o angosta senda que por la montaña iba a dar en un buhío, donde ya sus moradores estaban puestos en arma y la puerta embarazada con dos palos cruzados como aspa, para que no pudiesen entrar fácilmente sin resistencia.

Llegó el primero a la puerta Molina y metió la cabeza por entre los palos; los indios que dentro estaban tiráronle dos flechazos con gran furia, y el uno se le enclavó por el oído y el otro en la mejilla. Hízose fuera el Molina con sus flechas en el rostro para

quitárselas, y luego se llegó al buhío Salvador Pérez con su arcabuz, y andando a la redonda de la casa halló otra puerta falsa, por la cual entró. Y como quisiese disparar su arcabuz y la mecha, por venir mal aderezada, no le ayudase, diéronle los indios de dentro un flechazo, aunque al soslayo, por entre la boca del estómago y la tetilla, de que luego, saliéndose fuera del buhío, cayó en el suelo casi sin sentido amortecido y comenzó a lanzar del estómago. Ayala, viendo que de cuatro queran estaban los dos heridos, acordó retirarse atrás, y porque Salvador Pérez había dado muestras de estar más muerto que vivo, apartáronlo del buhío y escondiéronlo en un balsar, por que los indios no lo acabasen de matar, y con el otro herido se volvieron adonde habían quedado los otros cuatro soldados haciendo rancho. Durmieron allí aquella noche con harta pena y congoja de que no amanesciesen sobrellos indios y los matasen, pues no sabían la poblazón que por allí había. Pero, con todo este recelo, Cepeda de Ayala, luego que amanesció determinó ir con toda la gente que allí tenía a enterrar a Salvador Hernández, que había quedado por muerto; pero halláronlo vivo y desnudo en carnes y que cuasi toda la noche había andado por el arcabuco buscando el camino para ir a dar dondestaba el corregidor; y así escapó este soldado con la vida sin pensar. Fué hallado desnudo porque él de industria se había desnudado por que los indios no lo vieses y conociesen en la vestidura blanca que tenía y lo acabasen de matar, y allende de su flechazo le hallaron en la barriga una llama que con el fuego de la noche se le había hecho. Y el otro herido Molina, que se contaba con los vivos, murió al tercero día, porque este Molina, teniéndose a sí por vivo y a Salvador Hernández por muerto, al tiempo que Cepeda de Ayala quiso ir a dar sepultura al que tenía por muerto, le dijo que curase de remediar los vivos y poner en salvo sus vidas y se dejase de ir a dar sepultura a los muertos.

El corregidor con esta desgracia no curó de pasar adelante con el descubrimiento del camino, mas de allí se volvió a la loma de la Tormenta, donde había dejado el resto de la gente, y descansando en ella dos días, se volvió con toda la compañía junta a la villa de la Palma, con harto desgusto de haber echado en vano esta jornada.

CAPITULO XIII

En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala fué a buscar minas de esmeraldas, y después desto quiso volver a descubrir el puerto del río Grande, y se volvió del camino y se salió al Reino, y cómo los vecinos o el cabildo enviaron a Juan Esteban con gente a pacificar los rebeldes

Halló Cepeda de Ayala en la villa algunos vecinos de la villa de San Miguel, lugar sufragano a Sancta Fee, que habían entrado a noticia y en demanda de minas desmeraldas; porque como en este mesmo tiempo se habían descubierto las minas desmeraldas de la cibdad de la Trinidad, presumían y aun tenían por cierto que, por ser toda provincia y tierra una, no dejaría de haberlas en el territorio y términos de la villa de la Palma.

Cepeda de Ayala se holgó dello y aun los vecinos deste pueblo, por parecerles que con la entrada destes otros vecinos se acreditaría mucho el pueblo; y así el proprio corregidor salió con los vecinos de San Miguel y con algunos de los de la Palma y anduvo algunos días por entre las poblaciones de los naturales en demanda y busca de las minas desmeraldas, que con más diligencia fueron buscadas en las poblaciones de Ibama y Atico, por haber tenido noticia que allí las había; pero en ninguna parte las hallaron, y los naturales siempre negaron que las hobiese en la tierra, por lo cual se volvieron a la villa con daño

de algunos soldados que se les empuyaron y con uno menos que murió de un puyazo; porque los indios tenían preparados los caminos con muchas puyas enherboladas quen ellos tenían puestas; y los vecinos de San Miguel se tornaron a salir frustrados de sus designios, que pensaban enriquecer por esta vía muy presto en aqueste pueblo.

Halláronse ya cansados los vecinos de la villa de la Palma de las continuas salidas que habían hecho y guerras que habían tenido, y dábales pena muy grande que a cabo de tanto tiempo que andaban trabajando en la conquista y pacificación deste pueblo, con tan evidentes peligros de la muerte, no tenían ni conocían cosa propia, ni les acababan de encomendar los indios, por lo cual propusieron y aun se determinaron de no salir a parte ninguna si no fuesen constreñidos de alguna extrema necesidad.

El corregidor Ayala tenía voluntad de volver a descubrir su puerto al río Grande, pero hallaba a los soldados tan fuera de seguirle, que no se atrevió a mandarlos apercebir por que no usasen de algunas libres palabras contra él y menospreciasen su mandamiento y viniese a subceder algún tumulto por quererlos apremiar. Y así para conseguir y efetuar lo que pretendía, le fué necesario usar de cautela; porque dijo a los vecinos que quería salir a hacer cierta averiguación de un principal o cacique sobre quien tenían diferencias dos vecinos deste lugar, y con esto salieron con él hasta quince hombres. Metióse con ellos la tierra adentro, y allá les dijo lo que pretendía hacer y cómo quería proseguir su descubrimiento del puerto o desembarcadero del río Grande. Pesóles a los que allí estaban de la cautela o burla; pero por que no pensase que de temor no le querían seguir, se fueron con él, y al subir de la loma de la Pascua les salieron muchos indios de guerra a dar guazabara, con los cuales pelearon gran rato hasta que les hicieron volver las espaldas y retirarse. Y como los indios se iban retirando, iban dejando por

el camino puestas muchas puyas, con que hicieron harto daño a los nuestros, que los seguían con obstinación; porque en ellas se empuyó, demás de otros muchos indios ladinos, Guerrero, buen soldado, por quererse adelantar y aventajar de los demás. Metióse la puya por el carcañal, donde se dió una peligrosa herida y de muy mala hierba, que ocho días continuos no dejaron de irle cortando carne, según la hierba iba haciendo señal de irle cundiendo y empeciendo; cura con que le descabezaron casi todas las venas que a aquella parte acuden.

Esta guazabara y daño fué causa de que Cepeda no pasase adelante por el mal aderezo que consigo llevaba para jornada tan larga y de tanto trabajo y peligro, y así se volvió a la villa, donde se desabrió del todo de ver que no le quisiesen seguir los vecinos; y luego dende a pocos días se salió de la villa y volvió a Sancta Fee, donde la segunda vez fué proveído por corregidor de Muso, según que atrás queda escrito.

Estos días los naturales cuasi se acabaron otra vuelta a rebelar y quitar de la obediencia que a los españoles habían dado, sin querer venir al pueblo a servirles ni proveerles de lo necessario, y demás de hacerles padecer alguna necesidad y falta de comida, había en ello riesgo de que si les diesen lugar se congregasen y juntasen y tomando las armas viniesen sobrel pueblo. Y para remediar con tiempo esto, de consentimiento de todo el pueblo, el cabildo nombró por caudillo a Juan Esteban, soldado de quien atrás hemos hecho mención. El cual con quince compañeros salió a correr la tierra; y caminando la vía y valle de Murca, hacia los Panches, se metió con presteza entre las poblaciones desta comarca, porque los naturales della estaban algo tibios, que ni querían servir ni rebelarse, sino vivir en ocio y a la mira.

Los españoles pusieron tanta diligencia y tan buena en el negocio, quen breve tiempo atrajeron a sí los indios y los hicieron sus amigos, con que les volviesen a servir al pueblo. De aquí envió Juan Esteban

a llamar de paz y que lo viniesen a ver a los indios de Muchipay, para antes de ir a su poblazón reconocer dellos lo que pretendían; pero los indios, usando de su rústica libertad, le enviaron a decir que fuesen él y los demás españoles adonde ellos estaban, porque no eran razón que por cumplir el mandato suyo dejasen ellos sus casas, recreaciones y mujeres. Juan Esteban y los demás soldados, con todos los indios amigos que pudieron haber, se fueron derechos a la poblazón de Muchipay, donde menos tardaron llegar que los indios en cercarlos con las armas en las manos y darles guazabara. Defendiéronse los nuestros con ánimo y valor español; porque aunque la pelea y cerco duró dos días con sus noches, no por eso la multitud de los bárbaros ganaron con ello cosa alguna, antes siempre rescibían daño notable de los arcabuces, y fué Dios Todopoderos servido de que al tiempo que a los nuestros se les acababa la munición se les acabó a los indios el coraje y brío con que habían peleado dos días, y se retiraron con solamente haber damnificado a los nuestros con un flechazo que dieron a un español, de que le atravesaron una pierna, que les dió harto trabajo para llevarlo o volverle al pueblo, lo cual hicieron los nuestros luego otro día de como los indios les dejaron de dar guazabara.

CAPITULO XIV

En el cual se escribe cómo don Antonio fué proveído por corregidor desta villa y entró en ella y entendió en la pacificación de los indios questaban rebeldes, y dejándolos casi a todos de paz se volvió a Mariquita, donde era vecino

Como en estos pueblos nuevos, según atrás he apuntado, sea muy necessario la presencia de un corregidor o capitán que los rija o gobierne para efectuar las cosas de la pacificación de los naturales con más diligencia, por causa de haberse salido Cepeda de Ayala, que poco ha era corregidor en este pueblo, fué en su lugar proveído don Antonio de Toledo, que lo pobló, por el presidente Venero, porquestos cargos y otros semejantes en las Indias los proveen siempre los visorreyes y por defeto y ausencia déstos los proveen los presidentes, que cuasi tienen el mesmo poder que los visorreyes, ecepto que no gozan de las prerrogativas y otros privilegios que a los visorreyes les son concedidos, y ansí de la jurisdicción que los presidentes tienen tratamos en otra parte.

Los vecinos de la villa, como supiesen que don Antonio estaba proveído por su capitán, juntáronse algunos y salieron a Mariquita por él, para que con brevedad entrase a dar orden en la pacificación de la tierra, porque los indios no sólo se habían rebelado de todo punto, pero se habían desvergonzado a venir al pueblo a matar los indios del servicio que salían a

coger leña; y a los pastores que guardaban el ganado, con ser de su propia nación, hacían lo mesmo a tiro de arcabuz del pueblo, y les quitaban las ovejas y se las llevaban; y no sólo hacían esto, pero desmandándose más con rústica desvergüenza que con ánimos de guerreadores, se entraban de noche con silencio en el pueblo y ponían puyas por los solares y casas de los vecinos, y se tornaban a salir; que tenían los españoles harto que hacer en su pueblo con sólo mirar dónde y cómo habían de asentar el pie sin riesgo.

Don Antonio, con la priesa con que los que le fueron a llamar le dieron, entró en el pueblo por Carnestolendas de sesenta y cinco, y luego el miércoles de la Ceniza, siéndole manifiestos los daños que los indios hacían, envió de noche soldados por tres partes para que se pusiesen en salto o emboscados en aquellas partes donde los indios solían acudir a hacer daño a los que de la villa salían; pero no todos los soldados hicieron presa, porque solamente los que salieron con Guerrero tomaron diez y ocho indios quel día antes habían muerto dos Panches junto al pueblo, y tenían la carne dellos cocida con pijivaos, ques cierta fruta de palma silvestre, para comer, y venían al pueblo a ver si podían hacer otro salto como el que el día antes habían hecho. Fueron castigados estos indios ejemplar y corporalmente, de que tomaron algún escarmiento y corrección los demás, porque dende en adelante no sólo no vinieron sobrel pueblo tan libremente como solían, pero comenzaron a venir de paz al pueblo y sujetarse a la servidumbre de los españoles. Desta salida se tornó a empuyar Guerrero en un tobillo; pero aunque en ella le cortaron el tobillo y la carne de alrededor, no por eso dejó de caminar y hacer lo que hizo.

Los indios de Avipay se estaban todavía obstinados en su rebelión y aun con propósito de sustentar la guerra, por lo cual don Antonio envió a Guerrero con gente hasta veinte y cinco hombres, que por fuerza o de grado, por bien o por mal, los procurase pacificar.

Metióse Guerrero con los españoles en la poblazón de Avipay. Los indios, no dando ninguna muestra de amor, salían a ellos con las armas en las manos y dábanles continuas guazabaras; y, demás desto, los ofendían con las puyas que por todas partes les ponían. Anduvo Guerrero desta vez en Avipay más de veinte días sin hacer ningún buen efeto en los indios, porque la tierra estaba tan armada y enerizada de puyas, que no se atrevían los soldados a andar de noche, quera cuando habían de hacer algún castigo en los indios, y así antes rescibió más daño que lo hizo, porque le flecharon algunos soldados, y otros se empuyaron, y el proprio Guerrero rescibió un flechazo en la garganta, y por entrar a soslayo y poco no peligró; con lo cual acordó volverse a la villa, quedándose los indios en su obstinada rebelión. Fuelles necessario a los españoles cargar ellos propios a los heridos que no podían caminar, y así los llevaron al pueblo en sus propios hombros por bien ásperas cuestas y malos caminos, donde se les renovó la guerra; porque como los indios viesen que todos los más españoles iban embarazados y ocupados con cargarse los unos a los otros, tomaron las armas y saliéronles al camino a flechar, donde se les dobló el trabajo a los nuestros; pero no por esto dejaron punto su acostumbrado vigor, porque los que iban desembarazados peleaban tan briosamente con los bárbaros que al camino les salían, que siempre los iban arredrando y rebatiendo sin rescibir cuasi daño dellos. Y con este continuo trabajo llegaron al lugar, donde fueron curados seis españoles que traían heridos, de los cuales murió uno y fué enterrado de noche muy secretamente, a causa de que los indios empezaban a venir al pueblo de paz, más con intento de inquirir y saber si morían o eran muertos los flechados que se habían traído cargados que con voluntad de ser perpetuos amigos. Porque como estos bárbaros deseaban con gran deseo la destrucción y ruina de los nuestros, procuraban saber con diligencia la operación que sus

flechas e hierba hacían en los nuestros, los cuales siempre les negaban y ocultaban que las puyas ni flechas ni las demás armas de aquellos usan pudiesen ofender los españoles de suerte que los privasen de la vida. Pero esto no querían creer los indios, porque patentemente habían visto lo contrario al tiempo que la primera vez se despobló la villa, donde tomaron a manos algunos soldados y los despedazaron y comieron; mas con todo esto no dejaban de conocer quel daño aquellos rescibían era muy mayor sin comparación quel que hacían, con lo cual y con verse andar siempre tan perseguidos y desasosegados y trabajados, comenzaron a reportarse y a apartarse de común consentimiento de la rebelión en questaban y a venirse al pueblo más cotidianamente de lo que solían.

Pasado esto, don Antonio envió a Hernando Díaz, natural de Tenerife, con gente a que corriese y pacificase las poblaciones de Caparrapi y los Erganos; y aunque iban pocos españoles en número, los indios los temían por los daños que dellos habían rescibido, y ansí les salían de paz. Corrieron lo que por esta parte había que correr, y dejando sentada la paz entre los indios, que parecía ser cierta y sin doblez, se volvieron al pueblo trayendo consigo muchos naturales para que les hablase don Antonio y los viesse. Lo cual concluso, tuvo don Antonio necesidad de volverse a su casa a Mariquita a ver su hacienda, que había ya cuatro o seis meses questaba ausente della, y tomando consigo algunos españoles para la seguridad del camino, se salió, dejando la tierra o los naturales della cuasi todos pacíficos y que venían a servir a los españoles al proprio pueblo y villa de la Palma.

CAPITULO XV

En el cual se escribe cómo don Antonio volvió a la villa y repartió los indios, y el presidente los encomendó, y después fué Hernando Velasco por corregidor a la villa de la Palma

Con todas estas cosas y trabajos, nunca habían los vecinos de la Palma acabado ni concluído con el presidente que se les repartiese y encomendase los naturales para que tuviesen por cosa propia cada uno lo que poseyese. Porque aunque cada vecino tenía indios conforme al apuntamiento que don Gutierre había hecho, estaban con temor de que no se los quitasen, porquen el ínterin que no los tenían por vía de encomienda trae consigo esta fijeza y seguridad de ser inmutable la administración y aprovechamiento de los indios, y no les pueden ser quitados si no es por malos tratamientos o por hereje o traidor; y como no incurra en alguno destos tres casos, por otros vârios acaecimientos, ya que el encomendero pierda la tierra, el subcesor o heredero suyo goza de la segunda vida y merced que les fué hecha. Por las cuales causas, y por tener necesidad de quien los gobernase, pues don Antonio se había ausentado, volvieron a pedir al presidente que les mandase a don Antonio que volviese a la villa o proveyese de otro capitán, y que encomendase los indios en los vecinos; porque si con brevedad no efetuaba estas cosas, los que quedaban en la villa la dejarían de todo punto,

porque ya algunas personas la habían desamparado y salido fuera de la tierra viendo la tibieza quen el presidente había acerca de darles las encomindas.

Don Antonio no tenía voluntad de volver a la villa, y ansí, aunque de parte del presidente le fué dicho volviese a entrar a gobernar aquel pueblo, no lo quiso aceptar, antes se eximió del cargo de corregidor por no echarse a costas cuidados ajenos y tan inútiles y desagradecidos como son los hechos en favor de comunidad. Pero con todo esto, por ser don Antonio persona que conocía y tenía noticia de aquella tierra y de los quen ella habían trabajado, le tornó el presidente a mandar que solamente volviese a repartir la tierra y a echar los términos con Cepeda de Ayala dentre la villa y la cibdad de la Trinidad; y que hecho esto se volviese a salir y dejase la jurisdicción superior en Hernando Velasco de Angulo, que juntamente con don Antonio se había de hallar en el repartir de los indios; porqueste Hernando Velasco de Angulo no quería aceptar el cargo de corregidor de la villa si no se hallaba él juntamente con don Antonio a hacer el apuntamiento y repartimiento de los indios. Pero esta su pretensión le salió en vano a Velasco, porquestando él aprestando en Sancta Fee para ir a la villa, fué llamado por los vecinos della don Antonio de Toledo, questaba en Mariquita, que fuese a echar los términos dentre la villa y el pueblo de la Trinidad, por estarle esperando Cepeda de Ayala, corregidor de la Trinidad, para este efeto.

Don Antonio, sin esperar a Velasco, se entró en la villa de la Palma y efetuó lo de los términos, según en la historia de la cibdad de la Trinidad queda escrito. Y concluso esto repartió los indios entre los vecinos e hizo su apuntamiento lo mejor que le pareció, de suerte que hobo muy pocos quejosos ni que se agraviasen de lo que don Antonio hizo y repartió. Lo cual concluso, dende a pocos días se volvió a salir con el apuntamiento don Antonio y se vino a la cibdad de Sancta Fee y dió cuenta de lo hecho al presidente,

juntamente con este apuntamiento, el cual luego dió conclusión y asiento en lo de los indios, encomendándolos por otros nuevos señalamientos que hizo, fingiéndose en todo o en lo más por lo que don Antonio había señalado y apuntado.

Velasco, como en su ausencia había repartido la tierra, no quiso ir a la villa con el cargo de corregidor, antes luego se eximió dél; mas como los vecinos de la villa tornasen a importunar al presidente que les diese corregidor que les metiese en posesión de las encomiendas y les quitase de debates y diferencias, fué de nuevo rogado Hernando Velasco que tornase a tomar el cargo de corregidor y entrase en la villa, con certificación de que le sería gratificado su trabajo por el presidente. Fué sobresto tan persuadido Velasco, que hobo de aceptar el cargo e irlo a usar.

Entró en la villa en tiempo que los naturales se habían tornado a rebelar, y así le fué necesario enviar gente a pacificarlos. Salió por mandado de Velasco un alcalde con ciertos soldados y fuese la vía de Avipay, quera la gente más indómita esta; y aunque entrestas poblaciones de Avipay anduvieron los soldados y el caudillo cuasi dos meses, nunca los indios osaron llegarse a darles guazabara ni a hacerles daño como solían. La guerra que hacían era poner puyas y hacer hoyos. Y ansimesmo los españoles, viendo que andaban tan apartados dellos los indios, les talaban las comidas y labranzas y les damnificaban en todas las demás temporalidades, aunque algunas noches no dejaban de caminar a buscar las rancherías y alojamiento de los indios y daban algunas veces en algunas, con que les damnificaban harto, y aprovechó todavía alguna cosa esta manera de guerrear, porque algunos indios les salieron de paz, aunque tibiamente, con los cuales se volvieron bien trabajados al pueblo. Pero esta paz de los indios, como era tibia, así permaneció poco tiempo, que luego se tornaron a rebelar todos los más y a recogerse en el valle y poblaciones

de Avipay, y allí se fortificaban con muchas puyas que por todos los caminos ponían y hoyos que hacían.

Envió Velasco a ellos veinte y cinco soldados con un alcalde de la villa; hallaron los naturales puestos en armas y sobre aviso, y así no pudieron prender ningunos ni podían andar libremente por ninguna parte, a causa de las muchas puyas que por todas partes había, ni menos podían ni se atrevían ir de noche a dar en las rancherías y alojamientos de los indios por no se empuyar ni lastimar. Y viendo que por ninguna destas vías podían haber a las manos ningunos indios, diéronse los nuestros a talarles y destruirles las comidas sin dejarles ningunas que fuesen de provecho. Mas con todo esto, los naturales no cesaban de poner puyas y hacer hoyos con estacones. Y acontecíales a los nuestros muchos días coger más de mill puyas y tapar cien hoyos y amanecer otro día puestas dobladas puyas y hechos otros tantos hoyos, y desta suerte turó esta civil guerra más de un mes, al cabo del cual tiempo, viendo los indios que sus ardidés no damnificaban en nada a los nuestros y que los soldados les hacían continuos daños en las temporalidades, determinaron de humillarse y venir a pedir misericordia y ponerse en las manos de los nuestros, y así no sólo salieron de paz allí, pero dende en adelante fueron a servir al pueblo o villa de la Palma a sus encomenderos, a quien el presidente los había ya encomendado.

Y tras esto se siguió que la justicia nombró personas que fuesen a contar las casas y suertes de indios que a cada español se le había dado, porque suele ser dar las suertes de los indios por límites o por casas. Cuando es por límites, pocas veces hay necesidad de contadores; mas cuando es por casas, sí, porque se dan tantas casas al primero y tantas al segundo, y así van discurriendo por las poblaciones o valles hasta rematarse. Y estas suertes se van a contar por estos contadores que la justicia nombra; los cuales en contando la primera suerte de ciento o docien-

tas casas, o las que han de ser conforme a sus encomiendas, luego amojonan y señalan los términos hasta donde llegan aquellas casas; y lo mesmo hacen en las demás. Y aunque en esta cuenta se dividan los sujetos de un cacique en dos suertes o partes, no vuelven más al señor, sino ansí divididos se quedan, y cada cual acude a su encomendero. Y desta suerte tuvieron de todo punto las cosas desta villa questán al presente asentadas.

CAPITULO XVI

En el cual se escribe la dispusición y temple de la tierra de la Palma y algunos de los ritos y costumbres que los naturales tienen y usan

Los términos desta villa corren en largo hasta las riberas del río Grande con treinta leguas en ancho, y es en sí tierra templada, aunque más caliente que fría. Es algo doblada y a partes montuosa. Entre los naturales se usan de muchos apellidos y nombres. Es gente bien dispuesta, aunque no generalmente, porquen todo, dispusición de cuerpos, tratamientos de personas, bríos y ánimos para la guerra, se da la ventaja a los naturales de las poblazones del valle y río de Murca, porquestos han sido los que más obstinadamente han guerreado siempre con los españoles y en tiempos pasados echaron la gente pancha de las tierras quellos agora poseen, que solían estar pobladas de indios Panches; y por esta fama quen toda la provincia tienen los Murcas de guerreros y aventajados en todo emparentan con todos los demás pueblos quellos quieren emparentar, y son tenidos y conocidos en mucho entre los demás indios.

En general, la gente de la provincia no tiene señores ni capitanes; cada cual era señor de su casa, y no más. Los españoles han empezado a ponerles en que se rijan por principales o capitanes, aunque tarde saldrán con ello.

Todos en general la gente de la provincia se precian mucho del cabello. Tráenlo largo y bien curado, y por tocado varones y mujeres traen sobre la cabeza una madeja de hilo colorado; para el ornato de sus personas se precian de cuentas blancas que traen al pescuezo y cierta manera de caricuries de oro y estaño en las narices, que llaman picos, y orejeras en las orejas, con cierta manera de argollas negras hechas de unos cuescos de árboles gastados y aderezados en piedras, de los cuales se ponen veinte o treinta en las orejas o los más que pueden, e aquello traen por gentileza o gala. En los moyedos traen unos brazaletes de cuentas blancas de anchor de cuatro o cinco dedos; por la cintura traen ceñido por pretina una madeja torcida de hilo de grosor de tres dedos; y a esta pretina traen asido el un compañón, y lo demás anda desabrigado, y con esto hacen cuenta que lo traen todo cubierto, porque al que no anduviese desta manera les parescería que andaba muy deshonesto. Es toda gente desnuda y que no traen mantas ni otra cosa vestida sobre su cuerpo, aunquen muchas partes de la provincia había muy buenos algodonaes. Las mujeres andan algo más honestamente, porquen la delantera traen unas pampanillas muy galanas y pintadas, que les llega al medio muslo, y desde allí a la rodilla cuelgan unos rapacejos del proprio hilo. Y esta pampanilla o pedazo de manta no sube más alto que a la cintura, ni es más ancha que un palmo o palmo y medio; y en esta pampanilla o desde los rapacejos della cuelgan ciertas cuentas de una fruta que se da en esta tierra, que hacen, por ser huecas, cierto ruido como sordos cascabeles. Por la cintura traen un cinto o ceñidor más ancho que una mano, todo campecido de ciertas cuentas blancas que les ponen por tal orden que hacen quel cinto vaya todo labrado de casas blancas y negras por la orden del ajedrez. Usan también las mujeres de las orejeras y brazaletes de cuentas que los varones.

Hay entrellas mujeres públicas, que con su mal uso

se sustentan y mantienen y dan audiencia a cuantos se lo pagan. Andan estas tales mujeres más galanas que otras ningunas, y no les puede nadie ofender. Viven por sí en sus casas una y dos y más, las que quieren, juntas. Los que van a conversar con ellas les pagan en hacerles las labranzas o rozas de maíz, o en orejeras o caricuries o en pampanillas u otras cosas de las que tienen. Son conocidas y difieren de las otras mujeres en los trajes, porque siempre andan éstas más pulidas y galanas y bien tratadas, como he dicho, que otras ningunas mujeres. Son en su propia lengua materna llamadas estas tales putas, según quen la castellana es costumbre llamar a las tales.

Los casamientos por la mayor parte son por vía de ferias, que los hermanos truecan las hermanas por mujeres a los hermanos de otros indios. Transportan y tienen en este caso más señorío los hermanos sobre las hermanas quel padre ni la madre, y algunas veces se casan hermanos con hermanas, y si un indio es solo y no tiene hermana que feriar, para haber mujer conciértase con el padre y madre de la con quien pretende casar, y háceles una roza o labranza de maíz por que se la den por mujer; pero no ha de llevarla a su casa ni sacarla de poder de sus padres hasta que la tenga preñada; en empreñándola, la puede llevar adonde quisiere, de suerte que si nunca empreña la mujer, nunca la ha de sacar de casa de sus padres, y cuando éstos le faltaren ha de estar en casa del pariente más cercano. Los indios que no quieren hacer las rozas de maíz, dan a los padres de la moza cuatro vueltas de cuentas blancas de hueso, que cada vuelta es del codo a la mano; y con este pagamento se puede llevar su mujer donde quisiese. Y la fiesta y borrachera quen el regocijo de las bodas se suele hacer la hacen los parientes de la novia a su propia costa. Algunos indios toman las mujeres de ocho o diez años, y dicen que lo hacen por hacerlas a su condición y costumbre; y algunas buenas viejas hay que con el dedo corrompen a sus hijas pequeñas, diciendo

que porque después, cuando crecidas y grandes las vengan a casar, ni ellas padezcan dolor ni sus maridos fuerza.

Amanse y respétanse mucho los parientes unos a otros, especialmente los mozos a los viejos.

A los difuntos ponen al humo o calor del fuego, donde los secan y enjugan, y después los entierran en unos silos redondos y hondos, y allí meten con ellos sus arcos y flechas y cuentas y otras haciendas quen vida poseían. Toda la parentela se junta a llorar al difunto, y el padre y madre y hermanos son obligados a llorar toda la noche, y los demás indios a ratos. Dícese questos llantos turan, acompañados de grandes borracheras, hasta que otro deudo de los que le lloran se muere; porque de nuevo hacen conmemoración del que se murió antes, y así me parece que, conforme a esto, toda la vida se les va en llorar. Y cierto, aunque ello parece cosa infatible, a mí no me lo parece, porque como en estos llantos intervenga el beber y borrachear, vicio a questos bárbaros son muy inclinados, no me maravillaría que lo procurasen hacer y sustentar por esta vía y con esta color mucho tiempo. Tienen por opinión que las ánimas de sus difuntos van a parar sobre la sierra nevada de Cartago, donde hacen y tienen muchas labranzas y rozas y grandes comeres y beberes, ques su felicidad. Sus comidas destos es lo general que se suele decir maíz, yuca, frijoles, aillanas y otras legumbres, con carne humana, que comen de los quen la tierra han y en guerra toman. Todo lo que cuecen es con agua salobre, de la cual tienen muchas fuentes en su territorio. Son abundantes de muchas frutas, como son palmas de pejibaos, guayabos, guamos, curos y piñakes. Hay otra fruta que los naturales llaman suerpa y los españoles castañas. Es a manera de bellota de encina, y el árbol que las da es como álamo. La sazón desta fruta es por el invierno. Las frutas que al presente hay en esta tierra españolas son naranjas,

limas, higueras y parras, aunque de poco fructo, y todo género de hortalizas.

Los indios es gente que no usan de simulacros ni otros géneros de ídolos ni casas de idolatría donde hacer sacrificios, ni sacrifican ni tienen por dioses al Sol, ni a la Luna, más destimarlos en mucho por la claridad que dellos les viene. Por medio de algunos mohanes tienen sus pactos con el demonio, el cual se les aparece muchas veces en diversas formas, de donde viene a hacerles entender o creer algunas vanidades, como es qué les da el maíz y las otras cosas para su sustento, y los temporales buenos y malos, y la vida y la muerte, y que les lleva las ánimas al lugar dicho. Los farautes que particularmente tratan con el demonio tienen gran reputación y estimación entre los indios. Son acatados y reverenciados grandemente. Está a cargo déstos el curar los enfermos, el cual oficio les es muy bien pagado. La manera del curar es soplando las espaldas, cabeza y brazos del enfermo y untarles saliva; y si sanan, dicen que mediante haber el médico hablado al demonio tuvo salud el doliente; y si se muere, dicen que porquel demonio estaba enojado fué causa de que muriese, y ansí el bien y el mal se atribuye al enemigo, y, como he dicho, toda la gente desta provincia casi generalmente es de pocas supersticiones.

No hay río caudaloso de quien se pueda hacer memoria, si no es del de Murca. Es algo crecido y va llano y tendido por algunas campiñas. Culebras ponzoñosas, solamente se han visto hasta agora las de cascabel en esta provincia, de las cuales los indios hacen la hierba ponzoñosa. Algunos árboles monteses se crían provechosos y dañosos, como es el árbol quecha de sí cierta resina llamada amnie, de muy buen color y olor y provechosa para muchos buenos efetos y curas. Es blanca y más espesa que rala, y andando el tiempo se viene a endurecer como cera. Sirve en todas las necessidades a que aplican la tre-

mentina, como es en las heridas. Otro árbol incógnito se cría en esta tierra que si lo cortan y aciertan a dar su leche o el humo de la leche en el rostro o en otra cualquier parte del cuerpo, lo para como enfermedad de San Lázaro, y con esta alteración de carne se están más de tres meses, hasta que se torna ello mesmo a bajar y aplacar.

LIBRO DIEZ Y SEIS

En el libro diez y seis se trata de los grandes daños y correrías que ciertos indios caribes, llamados Pejaos, hacían en los pueblos de Timama y Neiva y en los naturales a ellos sujetos y sufraganos, a cuyo pedimento el Audiencia Real proveyó a Domingo Lozano, vecino de Ibagué, que fuese con gente a castigar los insultos y ruinas que estos indios Pejaos hacían, y en ello gastase el tiempo que fuese necesario, y para gratificar a los soldados que este castigo trabajasen se le dió comisión que poblase un pueblo.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe los daños que los indios Pejaos hacían en los pueblos comarcanos, y cómo para castigarlos y poblar un pueblo fué por el Audiencia Real nombrado por capitán Domingo Lozano, vecino de Ibague

El año después del parto de la Virgen Nuestra Señora Santa María, de mill y quinientos y sesenta y dos, vinieron al Audiencia Real del Nuevo Reino grandes quejas de los pueblos y villas de Timama y Neiva contra cierta nación de indios llamados Pejaos, que, a manera de fieros animales, tienen por costumbre sustentarse de carne humana, y saliendo de sus propias casas y poblaciones, se meten por las de sus vecinos y comarcanos, las cuales tienen casi despobladas con inhumana crueldad; porque, como gente ya hecha y acostumbrada a estos males, con su rústica desvergüenza han cobrado fama de valientes y son temidos de todas las otras gentes; y pocos destos bárbaros se meten con gran audacia entre pueblos de muchos naturales y los arruinan y destruyen con esta insaciable gula que de comer carne humana tienen, la cual se extiende a tanto que, pasando estos crueles caribes la impetuosa corriente y hondura del río Grande, con gran ligereza y presteza, en lo cual son muy prácticos, se meten por la tierra adentro a hacer cabalgadas y a saquear los pueblos; y prendiendo la gente que pueden se vuelven a pasar el río con los

cautivos sin balsa ni canoa ni otro instrumento alguno de navegación; porque la destreza destes Pejaos es tanta que, tomando un indio éstos a uno de los cautivos por la mano, aunque no sepa nadar, lo pasa con mucha liberalidad, que parece cosa infatible e increíble lo que acerca del pasar el río con las piezas y cabalgadas hacen estos bárbaros. Y algunas veces pasan el río ocupándose entrambas manos con dos muchachos cautivos, que cosa cierto notable; y con estos saltos y destrucciones que los naturales comarcanos hacen llega a tanto su maldad, que tienen carnicerías públicas de carne humana, donde matan y venden por piezas y costas la carne de los indios e indias que prenden y cautivan, y así es innumerable el daño que esta gente Pejaosa ha hecho en los pueblos de Ibagué, Neiva y Timama y San Sebastián de la Plata, por cuyos términos, señoreando lo alto de la sierra donde están poblados, se extiende esta nación, y de allí bajando suelen llegar muy cerca de los pueblos de los españoles referidos a hacer asaltos y cabalgadas, los cuales algunas veces, saliendo a ellos con presteza, los españoles se los han quitado, y otras veces con su ligero caminar se han ido con ellos; y aunque destes pueblos se han salido a castigar y poner freno en la desvergüenza y crueldad destes bárbaros, ningún género de azote ha sido bastante a domarlos ni apartarlos deste su malvado uso, antes, pasando con él adelante y tomando nuevos modos de robar, se ponían en los caminos pasajeros que los españoles seguían del Nuevo Reino a la gobernación de Popayán, y allí, a manera de salteadores, mataban a los soldados españoles que podían haber, y robándoles las ropas, oro y jumentos que llevaban, se recogían con soberbia de gente vitoriosa a sus casas y cumbres de la sierra.

A quien más parte le ha cabido deste daño que los Pejaos han hecho ha sido a Neiva, cuyos naturales casi de todo punto han sido sepultados en los vientres destes malvados caribes, y si algunos han quedado,

por redimir su vejación y vidas se han vuelto de la propia nación y seguido las costumbres y crueldades de los Pejaos y pasádose a vivir entrellos.

Pues como los oidores, queran los licenciados Gradajeda, Artiaga, Angulo y Villafañe, tuviesen certidumbre destas cosas y que los mismos días habían estos indios muerto dos españoles en el camino, que iban a la gobernación de Popayán, y que los vecinos de las villas y pueblos ya nombrados y los cabildos y justicias dellos con grande ahinco les enviaban a pedir favor y ayuda y remedio para que estos males se obviasen y cesasen y los pueblos no se despoblasen, se determinaron de remediarlo como pudiesen y mejor conviniese a la perpetuidad de los pueblos y seguridad de los caminos; y para que fuese mejor guiado y acertado su designio comunicaron el negocio con el adelantado del Nuevo Reino y otras personas principales antiguas en la tierra y prácticos en cosas de guerra, para que, mediante su parescer, ellos proveyesen lo que conviniese. El adelantado y los demás capitanes a quien esto se cometi6, que fueron Céspedes, Rivera y Eliorro, como algunos dellos habían estado entresta gente y nación Pejao, conocieron más particularmente cuán dañoso les era a todos los naturales de los pueblos y lugares dichos la vecindad desta mala gente, y así les pareció cosa muy necesaria que fuesen castigados con rigor y aspereza, de suerte que de todo punto quedasen domados y perdidos aquellos sus terribles bríos, y queste castigo se encargase a hombres de suficiente experiencia, así para mandar los soldados como para castigar los rebeldes; pero también entendieron que ninguna gente española se juntarían ni sacarían del Reino, si no fuese dando comisión para que hecho el castigo y allanada la tierra se poblase un pueblo en que descansasen y tuviesen de comer los soldados quen castigar las maldades destes Pejaos estuviesen algún tiempo ocupados.

Parescióles bien a los oidores lo quel adelantado y

los demás decían, y con su propio parecer nombraron por caudillo y capitán para este castigo a Domingo Lozano, vecino de Ibague, por parecerles hombre suficiente para ello y práctico en aquella tierra por respecto de haber otras veces entrado con españoles en ella a castigar los delitos destos indios Pejaos, en donde había cobrado loa y reputación de buen caudillo y muy afable con los soldados y no severo con los indios.

Pareció, por llamamiento de la propia Audiencia, en Sancta Fee, donde los propios jueces superiores le encargaron el castigo y jornada como cosa que importaba al servicio del rey, lo cual deseaba mucho hacer Lozano, no tanto con celo cuanto con deseo y ambición de cobrar nombre y título de capitán y fundador y poblador de nuevas colonias; porquen la comisión y conduta que le daban, demás de lo que había de hacer tocante al castigo, le daban licencia que, hallando tierra y naturales para ello, poblase un pueblo o dos en nombre del rey, y en ellos guardase la instrucción de nuevas poblaciones, que poco tiempo antes había dado para las Indias la Serenísima Princesa de Castilla y Reina de Portugal y el Consejo de las Indias, y facultad para hacer y juntar gente donde quisiese y le pareciese y la hobiese.

Domingo Lozano aceptó la conduta que deseaba, y fingiendo que, con celo de servir al rey, más que por otra ninguna causa, quería hacer lo que se le encargaba y mandaba, rescibió las provisiones reales que para ello se le dieron, y rindiendo las gracias a los oidores, comenzó luego a prevenir las cosas necesarias a su jornada para con brevedad efeturarlo.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo de Tocaima e Ibague salieron los soldados de Domingo Lozano y se juntaron en el río de Saldaña, y de allí, marchando por las faldas del cerro nevado de Páez, fueron a salir a los altos del valle de Neiva.

El principiarse estas jornadas y juntar la gente necesaria para ellas, hasta salir de los pueblos poblados, trae consigo tantas circunstancias que, si todas se hobiesen de contar, sería henchir la historia de cosas superfluas y de poco momento; y así bastaría decir que luego que Domingo Lozano tuvo la conduta del Audiencia la publicó e hizo apregonar, y envió personas amigos suyos por algunos pueblos a recoger gente y otras cosas necesarias a su jornada, como eran municiones de pólvora y plomo, arcabuces y otras armas; y así juntó hasta sesenta soldados, y éstos divididos en dos partes, que los más tenía él consigo en Ibague y la resta estaban en Tocaima, a los cuales envió un hijo suyo, llamado del propio nombre Domingo Lozano, para que, recogién-dolos y llevándolos por delante, se éntrase con ellos la tierra adentro hacia el valle de Neiva por aquella parte del río llamado Anapaima, donde ya tenía el capitán Lozano prevenido lo necesario, así para el pasaje del río como para el sustento de los soldados. Y puesto esto por obra y pasando los soldados el río Grande por más arriba de donde se junta el río

de Saldaña con él, caminaron una tierra llana de que por el un lado va acompañado el río de Saldaña, para esperar a la demás gente y juntarse con ella en aquella parte que les había sido señalada.

El capitán Domingo Lozano, un día después de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, se partió con la demás gente de la ciudad de Ibagué la vuelta del río de Saldaña, al cual llegó en ocho jornadas sin le subceder en el camino cosa alguna próspera ni adversa; y después de haber estado alojado allí dos días, se juntaron con él los soldados que de Tocaima habían salido con su hijo, pasando el propio río de Saldaña con notable peligro y riesgo, por haber crecido con las aguas y no tener puente ni canoa con que pasarlo. Descansaron en este alojamiento todos los españoles juntos cinco o seis días, en los cuales el capitán Lozano hizo memoria o lista, por vía de reseña, de la gente y aderezos de guerra que consigo tenía, y allí halló juntos cuasi setenta soldados, que después se le habían juntado más, y veinte y cinco caballos de guerra, sin otros sesenta rocines y matalotes, y veinte arcabuces y otra mucha chusma de armas defensivas y ofensivas, como eran sayos de algodón, lanzas, espadas, rodelas, todas cosas muy necessarias para la guerra.

Entresta gente iban los capitanes Juan del Olmo, vecino de Sancta Fee, del Nuevo Reino, y Juan Bretón, vecino de Ibagué, hombres antiquísimos en estas partes y ellos en sí muy viejos, y que la necesidad y pobreza les constreñía a ir a esta jornada a procurar remedio para sus mujeres e hijos; con cuyos antiguos días los soldados más mancebos se animaban a seguir más briosamente a su capitán y ponerse a sufrir los trabajos de la guerra y castigo que iban a hacer.

El capitán Lozano con toda esta gente, que aunque poca en número era mucha en valor, se partió de las riberas del río de Saldaña, dondestaba alojado, y siguió la vía y caminos de la poblazón llamada Co-

caima, en la cual no se detuvieron ningún tiempo; mas pasando adelante con presteza, porque el tiempo lo pedía así, se arrimaron más a la sierra a unos poblazuelos que por allí había, cerca de los cuales se alojaron por ir necessitados y faltos de comida. Eran estas poblazones donde pocos años antes había sido desbaratado un caudillo, llamado Francisco de Trejo, con más de cincuenta hombres, de los cuales le mataron diez y seis soldados y le quitaron los caballos y fardaje que tenían, sin que dellos escapase cosa alguna; porque después de muertos los diez y seis soldados Trejo se retiró para bajar a los llanos y a un poco de montaña que forzosamente había de bajar, y se le pusieron emboscados los indios y dieron en él y en los soldados que le habían quedado; y para escaparse, como he dicho, estos soldados les fué necesario alijar ropa y caballos y cuanto llevaban, en lo cual se entretuvieron los indios y dejaron de seguir la vitoria contra los españoles. Estos soldados y capitán, como por pavor habían visto esta tierra y della habían escapado por negligencia y pereza de los propios naturales, parescióles muy poblada y rica de oro, y ansí los que salieron dellos a Ibague la figuraban por tierra próspera; pero a estos soldados de Domingo Lozano no les pareció tal; porque como a proveer la falta que de comida tenían saliese Pedro Gallegos con cuarenta soldados y corriese todas estas poblazones, hallólas ser muy pocas y raras y de poca defensa y naturales, porque ningunos indios le salieron al camino que les pudiesen ofender ni hacer daño.

Los días que anduvieron por esta tierra corrieron cuasi todas las poblazones della, y tomando el maíz y comida que les fué necessario y hobieron menester, pegaron fuego a todos los demás buhíos y lo que dentro dellos había. Pero esta paz que de parte de los naturales hobo les causó entre sí a los españoles guerra; porque sobre bien leve ocasión Antonio de Portillo y Alonso Vázquez hobieron pesadas palabras, de donde resultó que, antubiándose Vázquez, dió a

Portillo una puñalada por el estómago, de que murió a los pocos días, después de haber confesado y comulgado. Volvióse Pedro Gallegos al alojamiento donde Domingo Lozano había quedado, y todos juntos caminaron luego el valle arriba por entre gente Pejaos, pero no tan dañina ni perjudicial gente como la que adelante en el paraje de Neiva estaba; mas con toda su moderación se les iba haciendo daño y castigo el que podían en los que cogían, sin detenerse en ninguna parte más de lo que la necesidad requería para descansar del trabajo del camino y proveerse de comidas. Y siguiendo esta derrota y estrechez del río los forzó que, atravesándolo a la otra parte, fuesen a dar a otro arroyato que bajaba del cerro nevado de los Páez. Caminando por él arriba sin camino, rompiendo por unos espesos cañaverales y montes, dieron en ciertas poblaciones de indios Pejaos que confinan con los Páez, en los cuales hobieron y tomaron guías, de quien se informaron de lo que les convenía hacer acerca de seguir su derrota por parte cómoda y apacible; y después de haber descansado en este lugar y poblazón veinte días, atravesaron una pequeña cordillera que por delante tenían y por ella fueron a salir a lo alto del valle de Neiva, donde se alojaron con designio de hacer desde allí algunas correrías para castigo y escarmiento de aquellas gentes Pejaos, a quien principalmente iban a castigar, queran estos comarcanos a la villa de Neiva.

CAPITULO III

Cómo hallando camino los españoles bajaron de los Organos de Neiva, y caminando por el alda de la cordillera y castigando los indios, se alojaron en las lomas de las Carnicerías, donde tuvo noticia el gobernador de Popayán dellos y pretendió estorballes la jornada. Escríbese quién fué el primer descubridor de los Páez y lo quen ellos ha pasado

Era tan áspera la bajada y subida desta cordillera donde los españoles estaban alojados, que los antiguos descubridores nunca jamás pudieron subir ni bajar caballos por ella; y por su agreza y compostura de peñascos era llamado este lugar los Organos de Neiva.

Salió Juan del Olmo con cuarenta soldados peones a correr la tierra, quera poblada de indios Pejaos; y, andando de una parte a otra, los soldados hicieron algún estrago en los naturales que a las manos pudieron haber, por ser de la gente que acostumbraba saltear y robar lo que podían. Hallóse entrellos una yegua castaña mansa y una potranca en poder de un indio principal llamado Yambaro, que habían quitado y tomado a dos españoles que pocos días antes habían muerto. Y desta salida descubrieron los soldados camino para bajar los caballos a lo llano, el cual les enseñó y mostró un indio que Padilla tomó en cierto alcance quen esta salida se hizo, no queriéndolo matar, aunque al cabo fué incitado por sus compañeros.

Dió gran contento el descubrimiento deste camino a toda la compañía y capitanes; porque con él se les evitó un gran rodeo que forzosamente habían de hacer para ir a tomar la loma de las Carnicerías, donde

los más delincuentes y salteadores estaban recogidos y retirados, y con este buen avío del camino abreviaron la estada en lo alto, y caminando por la vía descubierta para los caballos se bajaron en cinco jornadas a lo llano del valle de Neiva, donde supieron de una india que al camino les salió, que venía huyendo a favorecerse con los españoles, cómo los indios Pejaos de aquellos altos pocos días antes habían bajado a las poblaciones que cerca de Neiva había y, asaltándolas, llevaron dellas gran cantidad de gente, la cual en la propia sazón tenían atada en sus casas para comer, y la propia india era dellos y se había soltado por su buena diligencia; pero con todo esto no quisieron volver atrás a remediar este daño y muertes tan propincuas como eran éstas; y bajados que fueron a lo llano caminaron por la falda de la propia sierra y cordillera castigando y haciendo el daño que podían en la gente Pejaos que por allí hallaban poblados, hasta que llegaron a las propias lomas de las Carnicerías, donde se alojaron, así para castigar la desvergüenza y rústica osadía de aquellos bárbaros como porquera y estaba este alojamiento en comarca conviniente para poder ser socorridos de gente y bastimentos de los pueblos de Timana, Neiva y pueblo de la Plata, en donde había algunos soldados y vecinos quesperaban la nueva y noticia de la entrada de Domingo Lozano para seguirle e irse con él en descubrimiento de los Páez.

El capitán escribió a las justicias destes pueblos haciéndoles saber su llegada y estada en aquella tierra y la causa de su venida, y lo mesmo escribió a don Pedro de Agreda, gobernador de aquella gobernación de Popayán, a quien eran sufraganos estos pueblos, enviándole el traslado de la comisión quel Audiencia le había dado para que no se alterase de ver capitán extranjero en su gobernación; pero con todo esto, le pesó a don Pedro de la entrada de Lozano a poblar los Páez, porque pretendía él inviarles a poblar; y así quiso estorbárselo entreteniéndolo por

allá con palabras y enviando gente por otra parte a que, metiéndose en la tierra, se anticipasen y poblasen. Pero en todo halló muy tibios a los capitanes con quien lo trató, y así lo dejó caer. Sólo mandó a los tenientes de los pueblos de la Plata, Timana y Neiva que no le diesen ningún avío ni ayuda de carne, ni soldados ni de otra cosa. Y juntamente con esto respondió comedida, aunque fingidamente, a Domingo Lozano ofresciéndole grandes ayudas de soldados y otros avíos y menesteres si se vía con él en Popayán, para dar orden en la entrada de su jornada, pues había de ser por el pueblo de la Plata. Por embajador y mensajero y con estas cartas envió el gobernador a Alonso de Faria, vecino de la cibdad de Popayán; pero todo este trabajo fué en vano y los designios del gobernador fueron frustrados; porque como Domingo Lozano y sus soldados viesan lo que les enviaba a decir y escribía, vieron claramente ser todas palabras fingidas y dobladas y no nada provechosas para su jornada si como el gobernador lo quería se hiciera; y así le replicaron lo más cortésmente que les pareció, rindiéndole las gracias del ofrescimiento que les había hecho y excusándose todo lo mejor que pudo de cumplir lo que le enviaba a mandar. El gobernador de todo rescibió alguna turbación y pena, por ver que la provincia de los Páez era, como he dicho, aneja a aquella su gobernación, porque fué descubierta y andada por el adelantado don Sebastián de Benalcázar, aunque no conquistada, a causa de ser la tierra muy doblada y fragosa y los naturales muy bellicosos y guerreros; pero repartiólos el adelantado y dió cédula de encomienda dellos a vecinos de Popayán. Y aunque tenían tan buen derecho, no se aprovechaban ni usaban dél por estar tan apartados estos indios de aquella cibdad.

Fueron estos Páez los quen tiempo del mesmo adelantado Benalcázar mataron al capitán Tovar, hombre de gran estimación entre los indios y españoles; al cual Benalcázar envió con ciertos soldados a co-

rrer esta tierra de los Páez y hacer cierto castigo en ella. Y como Tovar era hombre de gran presencia y que se preciaba de traer la barba muy crecida, con que representaba un aspecto de rostro terrible y espantable, desolláronselo los indios, y el cuaro del rostro con ciertos betunes que lo pusieron lo conservaron mucho tiempo sin que se le pelase la barba, y lo traían por maravilloso espectáculo y representación en los convites y borracheras y en las guerras que con otros indios tenían; y con la muerte deste caudillo Tovar fué tanta la audacia que los indios tomaron contra los españoles, que le fué necesario al adelantado Benalcázar retirarse y salirse, con más de cien hombre que tenía, de noche, para con más seguridad de los suyos escaparse del peligro en que estaba.

Fuérales cosa leve de hacer a los Páez el desbaratar esta gente del adelantado, a causa de quen aquel tiempo eran raros los arcabuces que a las Indias pasaban ni a las jornadas se llevaban. Los indios Páez no tenían temor a las demás armas, porque por ellas se metían sin ningún pavor, y así les era fácil el alcanzar vitoria. Mas aunque después el adelantado Benalcázar envió al capitán Juan Cabrera a hacer el castigo en estos indios Páez sobre la muerte de Tovar y los demás que mataron, ninguna cosa les escarmentó las crueldades quen ellos se hicieron, mas antes se quedaron con las cervices levantadas y con los mismos obstinados ánimos que antes se tenían.

Otras veces, sin las referidas, entraron otros particulares capitanes con copia de gente y soldados armados en esta provincia, haciendo todo el daño que podían en los naturales, y sin poder humillarlos se tornaban a salir, y así por estos respetos no dió el gobernador don Pedro mucha muestra de su sentimiento, por parecerle que con tan poca gente como Domingo Lozano llevaba no podía dejar de volverse a salir presto, si los indios eran los mismos que solían, y así tendría él lugar denviarla a hacer y efetuar.

CAPITULO IV

Cómo los españoles y Lozano su capitán llegaron a Guanaca, repartimiento de la villa de la Plata, y de allí pasaron a la sabana de la Puente de las Piedras, y tuvieron de paz los caciques Anabeima y Esmigua y sus sujetos, y cómo fueron a dar vista cuarenta soldados a la poblazón de Avirama

Luego que Alonso Farias tuvo la respuesta de Domingo Lozano y los demás soldados tan al contrario de lo quél la esperaba y pretendía cuanto se ha dicho, se volvió la vuelta de la villa de la Plata, y de allí a Popayán, dondel gobernador estaba, a darle la relación del designio de Domingo Lozano y su gente, quera entrarse en los Páez a poblar, aunque fueran muchos menos de los queran; y ansí lo puso luego por la obra el capitán Lozano, quen el mesmo punto que Faria se apartó dél se partió con su compañía la vuelta de Páez; y marchando lo más apresuradamente que pudo pasó por cerca de la villa de la Plata, donde le salieron al camino a Lozano el teniente y el alcalde de aquella villa, y se congratularon con él, ofreciéndosele amíblemente a lo que le pudiesen servir y ayudar y favorecer ocultamente, por miedo de don Pedro de Agreda, gobernador, que les tenía con grandes penas mandado otras cosas en contrario.

El capitán Lozano, dando muestras de haber recibido gran alegría y contento con la vista destos dos ministros de justicia de aquella villa, y rindiéndoles

las gracias por la amistad y ofrecimiento que le habían hecho, les rogó que le siguiesen y favoreciesen y ayudasen con la gente y soldados que pudiesen, y que se lo gratificaría en la tierra donde iba a poblar; y prometiendo desperarlos en Guanaca, repartimiento de aquella propia villa, aunque ocho o nueve leguas apartado della, pasó de largo y no paró ni se detuvo hasta llegar a Guanaca, repartimiento de buena poblazón para en aquella tierra, cuyo cacique y capitán se decía Nabeima, con otros principales a él sujetos, que ni estaban de paz ni de guerra, mas con buen color robaban a los caminantes lo que querían, pidiéndoles las piezas que les parecían bien, los cuales no se las osaban negar, porque por fuerza o de grado las habían de tomar, por ventura con daño de salud y vidas.

Pero como el principal y cacique Anabama viese tantos españoles juntos en su tierra, temiendo rescibir dellos algún notable daño, salieron a ellos de paz él y los otros principales, llamados Araque y Andinileo; porque como con rústica desvergüenza estaban acostumbrados a saltear domésticamente, temían rescibir el mesmo castigo en sus personas y hacienda, y, con curiosidad de bárbaros, luego de otros indios quentendían su lenguaje procuraron informarse qué gente era esta española quen su tierra había entrado y de dónde venían y adónde iban.

Domingo Lozano rescibió la paz destes principales, y significándoles la falta y necesidad que de maíz y comida había entre los soldados, les dijo que le proveyesen dello y rescibiesen el resgate que los soldados les diesen, bueno o malo. Los indios hicieron con liberalidad lo que se les mandó, y el proprio día trujeron al alojamiento más de trecientas cargas de maíz, porque les había prometido el capitán que como les proveyesen de comida, los soldados no irían a sus casas ni les harían daño en ellas; pero la paga que los soldados daban por el maíz a los indios no era muy de codicia, aunque los bárbaros no dejaban de esti-

mallá y tenella en mucho, queran herraduras viejas y de poco provecho, cascabeles, pedazos de manta y de zaragüelles viejos, y otras cosas a este tono, por cobrar del mal pagador siquiera en pajas, y desta suerte fué muy bien proveído el alojamiento de maíz. El cacique Anabeima, entendiendo que los españoles iban a la provincia de los Páez a hacer guerra y conquistarla, parecióle buena ocasión para vengarse de un cacique de la propia provincia, llamado Abirama, que pocos días antes, en prosecución de sus antiguas enemistades, le había muerto veinte indios, y así habló al capitán Lozano ofreciéndose de seguirle con la más de su gente y de atraer a su amistad otro cacique llamado Esmisa, señor de mucha gente, quedaba más adentro, casi metido en la propia provincia de los Páez y de la propia nación, quera cuñado de Anabeima, si le favorecía y ayudaba en arruinar y destruir la tierra y personas de sus enemigos; y como Lozano viese que destas enemistades y discordias quentre los indios principales había se le seguía a él gran provecho y era camino de apoderarse y entrar en breve tiempo y a menos riesgo en la tierra que pretendía poblar, ofrecióse de hacer por entero lo quel bárbaro le pedía; y así pasó adelante con su gente, siendo ayudado de los indios de Anabeima, que le llevaban las cargas, y se fué a alojar dos jornadas más adelante a una campaña rasa, quedá cerca de la poblazón de Esmisa, que se dice la Puente de las Piedras, donde luego vinieron indios de Esmisa a hablar a Domingo Lozano, porque Anabeima, cacique de Guanaca, había ya enviado a hablar a Esmisa y a avisarle cómo había de seguir la parcialidad de los españoles.

El capitán dió muestras de haberse enojado con el cacique Esmisa y con los principales indios que de su parte le habían venido a visitar porque no habían traído mucha comida y de lo quen su tierra tenían para que los españoles comiesen. Pero como los indios se excusasen diciendo que no sabían la costumbre y

uso quen aquello habían de guardar, mostrándoseles más blando, el capitán les dijo y dió a entender lo que habían de hacer, quera venir muchos y bien cargados de lo que tuviesen, con otras cosas tocantes a la confirmación de la paz y amistad quentrél y aquel bárbaro Esmisa había de haber dende en adelante, y cómo le habían de acompañar en aquella entrada de Páez él y su cuñado Anabeima.

Dende a poco el capitán Lozano envió a Pedro Gallegos que con cuarenta soldados de a pie diese vista a la poblazón de Abirama y viese si había entrada para los caballos, porquestaba esta poblazón poblada en las riberas de un hondo río, cuyos altos eran tan derechos y fortificados por natura de grandes peñoles, quera imposible el bajar por donde los españoles entonces entraron, los cuales saliendo de su alojamiento con el cacique Anabeima y muchos indios de pelea suyos, que a la sazón habían llegado a la media noche, fueron a amanecer muy cerca de la poblazón de Abirama; pero antes que bajasen a ella tomaron un muy acertado acuerdo, y fué dejar en lo alto una parte de los españoles en guarda de aquel paso, y los demás, bajando a la poblazón con los indios amigos por una cañadilla que los cubría y ocultaba, dieron tan de repente en los buhíos que desta banda del río estaban, que los moradores dellos, turbados del repentino ásalto y entrada de los enemigos, no tuvieron lugar de tomar las armas, mas cada cual huía como podía. Y fué tanto el estrago que los indios de Anabeima hicieron en esta poblazón de Avirama, y tan prestamente hecho, que en un momento con fuego la abrasaron y pusieron por el suelo.

Pero como los españoles viesan que los indios que de la otra banda del río estaban se movían con gran alarido y presteza con las armas en la mano a tomar los altos para ser señores de los españoles, no embarcante que habían dejado buena guardia en el paso, se dieron gran priesa a juntarse, que andaban algo separados. Y comenzando a subir algunos indios de

Abirama que por allí cerca se hallaron, se juntaron, y con hondas y lanzas se dieron a seguir a los españoles; pero como los arcabuceros se volviesen contra ellos, derribaron tres o cuatro indios de la primer rociada, con que los demás se arredraron y apartaron. Los indios amigos de Anabeima, como vieron caídos los enemigos, acudieron con presteza para tomarlos y quitarles las cabezas y llevarlas consigo por trofeo y premio de la guerra, costumbre entrellos muy usada; mas no pudieron tomar más del uno, cuya cabeza se llevaron, y allende desto le cortaron el miembro viril y lo pusieron en el camino en oprobio y afrenta de los contrarios; porque entrestos bárbaros se tiene esta cerimonia por gran ignominia.

Recogieronse de todo punto los soldados a lo alto, y juntándose con los demás se volvieron a su alojamiento sin rescibir ningún daño de los enemigos y sin hallar por esta parte camino acomodado por donde pudiesen bajar los caballos.

CAPITULO V

Cómo los españoles pasaron a Esmisa y de allí entraron en Avirama y saquearon la poblazón sin rescibir daño ninguno, y lo quen el camino les subcedió con unos indios Aviramaes

Volvieron los soldados que saquearon parte de la poblazón de Avirama muy contentos de ver la poblazón quen aquel valle había parecido; pero como su entrada se les representó dificultosa para los caballos, estaban perplejos e indeterminados en lo que harían. Porque como los caballos son tan temidos de los indios, y con ellos se conservan y defienden y ofenden los españoles muy bien, parecíales que debían buscar y hacer con sus propias manos el camino por donde pudiesen meter y entrar sus jumentos.

Anabeima, que por extremo deseaba el daño y destrucción de los indios de Abirama, viendo la confusión en que los españoles estaban, les dijo que no estuviesen temerosos de que les faltaría camino apacible por donde metiesen los caballos, porque por la tierra de Esmisa, su cuñado, había muy buena y apacible entrada, por la cual irían a salir encima de la poblazón de Abirama por la de la otra banda del río, por parte más cómoda y más metida en la tierra. Dió contento a todos estas palabras del bárbaro, y queriendo partirse para Esmisa llegaron al alojamiento Diego de Castro, teniente, y Villanueva, alcalde, justicias entrambos de la villa de la Plata, con otros es-

pañoles que con cautela habían traído consigo, fingiendo ir a Popayán. Y como pocos días antes habían prometido estos dos jueces a Domingo Lozano que le seguirían y entrarían con él en los Páez, salieron de su pueblo con seis españoles derramando fama que iban a verse con el gobernador; porque como don Pedro de Agreda, que gobernaba aquella tierra por el Audiencia del Nuevo Reino, había mandado que ningunos vecinos entrasen con Domingo Lozano ni le diesen favor ni ayuda, temieron, y con razón, que si el gobernador sentía que de su voluntad seguían a Lozano, los había de castigar y quitar los indios que la villa tenían, y así hubo cierta manera de fuerza fingida por parte del capitán Lozano para que estos españoles y jueces le siguiesen, con los cuales y la demás gente se partió la vía de Esmisa, llevándoles las cargas y carruajes los indios de Anabeima que con él iban; y en dos jornadas se fué a alojar junto a la poblazón del cacique Esmisa, en un pedazo de tierra llana y rasa puesta en buen lugar y seguro de ventajas que contra ellos procurasen los indios, porque aunque la gente de estos caciques se le habían siempre mostrado amigables y seguros, es gente toda la más de las Indias de fe tan dudosa e incierta, que no hay para qué ninguno tenga por fija seguridad la palabra que los indios les dieren; porque cuando les parece se arrepienten y, no teniendo por afrenta el quebrantar la fe que han dado, intentan novedades contra los españoles y procuran aprovecharse de cualquier ocasión que la fortuna les ofrezca en las manos.

Dado, pues, asiento en las cosas del alojamiento que le convenía, el cacique de aquella poblazón, Esmisa, y su cuñado Anabeima, que lo había ido a ver, vinieron juntos con muchos naturales de aquella poblazón a ver a los españoles y a su capitán para hablarles y congratularse con ellos, y guardando la general costumbre que esto se tiene, venían todos los indios cargados de maíz, yucas, batatas y abiamas y otras raíces.

ces y legumbres aquellos acostumbran comer y ofrecer por presente a los españoles. Domingo Lozano rescibió con alegre aspecto al cacique Esmisa y le abrazó y hizo otras caricias, agradeciéndole su visita y la paz y amistad que le venía a ofrescer, y dándole a entender lo mucho que con ella ganaba y los daños de que se excusaba con apartarse cuerdamente de la rebelión y opinión de sus vecinos, y otras muchas cosas que los capitanes suelen en semejantes tiempos decir a los caciques, tocantes al reconocer un rey y señor debajo de cuyo amparo están, y sin esto otras muchas amenazas tocantes a su particular provecho. El cacique Esmisa estuvo atento a todo lo que por medio de intérpretes se le decía y daba a entender, y con palabras y gesto grave, aunque bárbaramente dicho, dió por respuesta quél conocía el gran provecho que de la amistad y coliganza de los españoles le venía, especialmente que a él le era útil y provechoso el seguirlos, pues con su mano y con su ayuda entendía y pretendía tomar venganza de algunos agravios y otros daños que Abirama, su enemigo, con pujanza de gente y malvadamente, debajo de amistad, le había hecho pocos días antes. Ofrescióse ansimesmo de acompañar con su gente y hombres de guerra a los españoles y guiarlos por camino útil, de suerte que fuesen siempre señoreando a los enemigos y no sujetos a rescibir dellos daño con sus galgas y piedras arrojadizas, que son las principales armas de que aquellos bárbaros usan y hacen con ellas mucho daño; porque como las piedras que tiran y echan a rodar desde las cumbres y altos de los collados y sierras son grandes y pesadas, y en el camino con su pesadumbre y vuelo bajan con muy gran furia, ninguna cosa topan por delante que no la lleven tras de sí o la hagan pedazos o la destruyan o arruinen de todo punto; y por esto deseaba Lozano ser guiado por lo más alto de las lomas y por donde con este natural instrumento no le hiciesen daño los enemigos.

Luego otro día, ayudados y guiados deste princi-

pal y de sus indios, se partieron los españoles la vía de Abirama, y subidos que fueron a lo alto de un pequeño páramo que les era forzoso atravesar se les pusieron sobre la mano izquierda del camino, en unos altos peñascos que la cordillera allí hacía, hasta doce indios Abiramaes con lanzas y adargas de cuero de tigre y osos y de otros animales silvestres, y haciendo grandes ademanes con los cuerpos y representando gran ferocidad con las voces que daban, comenzaron a decir que no era de gente que se jactaba de valiente ir tan perezosamente a la guerra; quel paso que los españoles llevaban era más de pusilánimes mujeres que de briosos soldados, y aquellos no podrían presumir sino que iban a algunos desposorios, pues tan asentado y reposado llevaban el paso; que si eran tan valientes como decían, que apresurasen el paso, porque abajo les estaban esperando su principal con la gente de guerra que tenía, y les pesaba de su tardanza; que con ella les había puesto en sospecha de ser incierta su entrada en aquella tierra, donden breve habían de rescibir el pago que su loco atrevimiento merecía.

Lozano procuró entretenerse y entendió bien con los intérpretes lo que los indios decían; y pretendiendo y queriendo antes abrazar la paz que con sangrienta guerra haber vitoria, les dijo con las propias lenguas que se apartasen de aquella loca obstinación en questaban y rescibiesen la paz quen nombre del rey les ofrescía, por cuyo mandado él allí era venido, la cual les guardaría a ellos y a su cacique Abirama y a todos sus sujetos como lo había hecho con Esmisa y Anabeima, caciques que con él venían. Pero los bárbaros, menospreciando la paz con que Lozano les convidaba, respondieron con su rústica desvergüenza y arrogancia bestial que ni ellos conocían al rey de los españoles ni lo querían conocer ni ver; que se dejase de tantas palabras, con las cuales pretendía ocupar el tiempo para gozar más de su

vida y del mando que tenía, y pasase adelante a verse con los indios que le estaban esperando.

El capitán con blandura les tornó a requerir y rogar con la paz y amistad; mas los indios, como con las vitorias pasadas estaban ufanos, menospreciando siempre lo que el capitán les ofrescía, le notaban de cobarde y palabrero, y le vinieron a decir que aquella su plática y habla había usado y usaba de palabras tan melosas y engañosas, que tenían gran deseo de destruirle el instrumento con que las forjaba por que con él no engañase a más gente ni las atrajese así como había hecho a Anabeima y a Esmisa y a los demás indios que le seguían. El capitán, visto esto y que ninguna cosa aprovechaban sus ruegos y ofrecimiento con los bárbaros, mandó a los soldados de la vanguardia que, torciéndose hacia donde los indios estaban, caminasen a ellos con buen orden y con presteza, la cual de ninguna cosa les aprovechó, porque antes de llegar a lo alto ya los indios se habían retirado y metídose por un poco de montaña que allá cerca tenían, donde se guarecieron y libraron del daño que pudieran rescibir si la tierra fuera toda rasa.

De la cumbre destes peñoles donde los indios habían estado dieron vista los españoles al pueblo de Abirama, que ya tenían cerca, cuya presencia les dió muy gran contento; y volviéndose a meter en el camino, dende a poco llegaron al propio pueblo, cuyos naturales estaban algo más turbados de lo que los indios habían dicho, porque los más andaban ocupados en recoger sus mujeres e hijos y haciendas y en llevarlas a esconder a partes seguras; y así fueron muy pocos los que tomaron las armas para hacer resistencia a los españoles, a los cuales ahuyentaron y rebatieron los arcabuceros con mucha facilidad, haciendo en ellos algún daño; de suerte que sin rescibir los nuestros daño ninguno se entraron en el pueblo, quen aquella tierra era tenido por muy grande, y así por sus personas como por mano de los indios

amigos que consigo llevaban saquearon y robaron todo lo quen él había. Y algunos españoles e indios de los Anabeimas y Esmisas fueron siguiendo el alcance de los enemigos que iban huyendo y haciendo en ellos el estrago que podían. El capitán hizo señal de recogerse, y acudiendo a ella todos los soldados, se alojaron en un alto de aquella poblazón, de donde señoreaban casi toda la más de la tierra de los Páez, lugar seguro para con galgas y otras armas rodaderas no ser ofendidos de los enemigos.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo fué poblada la cibdad de San Vicente de Páez y algunos recuentros que los indios tuvieron con los españoles, y la muerte de un muchacho que tomaron a manos, y el castigo que sobrello se hizo

El día siguiente fué de gran calamidad para los indios Abiramaes; porque como estos bárbaros quisiesen tentar su fortuna y hobiesen ya puesto en lugares seguros sus mujeres e hijos, acudieron muchos por diversas partes, y ansí en diferentes lugares tenían recuento y pelea trabada con españoles e indios de los Esmisas y Anabeimas quen el alojamiento estaban; los cuales con el favor y calor de los soldados salían con mucha osadía a correr la tierra y a destruir, talar y quemar cuanto por delante topaban; porque los Abiramaes, luego que reconocieron el daño que los arcabuces les hacían, queriendo conservar sus vidas, no osaban acercarse a los españoles; y ansí andaban arredrados muy a lo lejos y daban lugar a que los indios sus enemigos hiciesen el mal que quisiesen en sus casas y haciendas.

Acudió este día mucha chusma de gente de Esmisa a gozar de los despojos de Abirama, y ansí andaban por los montes y pajonales sacando por rastro las menudencias y baratijas que los naturales daquela poblazón habían escondido y se lo llevaban a sus casas. Demás destes temporales daños, fueron con arcabuces y alcances de caballos muertos algunos in-

dios, los cuales con gran presteza los amigos procuraban tomar para quitarles las cabezas y desollarles los rostros y aferrarlos en ciertas calabazas, donde los conservan y tienen en memoria de su vitoria. También se cargaban de brazos y piernas y otros pedazos de indios muertos para que comiesen algunos Pejaos que con ellos venían, porque los Esmisas y Anabeimas y los demás indios Páez no comen carne humana, y solamente de los indios muertos en la guerra toman los rostros, como he dicho.

Demás desto, envió este proprio día luego que amanesció el capitán algunos soldados a la poblazón de Abirama abajo a recoger maíz y comidas para que antes que los indios de la tierra la recogiesen y alzasen tener proveído su alojamiento, porque pretendía detenerse allá algunos días, hasta quebrantar las cervices de aquellos bárbaros que con tanta arrogancia habían en estos principios hecho muestras de ser rebeldes y contumaces. Pero aunque estos soldados no llevaban caballos, que a quien los indios más temen, con los arcabuces se defendieron de muchos acometimientos que los bárbaros les hicieron, y así se volvieron el proprio día, aunque ya tarde, al alojamiento.

Los vecinos de la villa de la Plata, desde este alojamiento se quisieron volver a su pueblo, por lo cual se movió entre la gente y soldados de Lozano plática que para questos soldados llevasen alguna buena nueva a la gobernación y fuesen socorridos y proveídos de lo necessario y no se tuviese esperanza de que se habían de tornar a salir, que en aquel proprio sitio y alojamiento poblasen, con aditamento de mudarse, cuando el tiempo les diese lugar, a una sabana y campiña llana que desde dondestaban se parecía junto a la poblazón del proprio cacique y señor de Páez, de quien venía esta denominación a la provincia. Parecióle bien al capitán Domingo Lozano este acuerdo, y así lo puso luego por obra; porque, demás de serle a él cosa necessaria, le pareció que rescibían en ello gran contento los soldados. Y así por

el mes de enero del año de sesenta y tres hizo la fundación de su pueblo con las acostumbradas ceremonias, al cual llamó la cibdad de San Vicente de Páez, y en ella nombró alcaldes y regidores de los principales que consigo traía, y otros oficiales que costumbre nombrarse en semejantes poblaciones y fundaciones de pueblos. Celebraron todos con gran regocijo la poblazón de la cibdad, y dende a poco se salieron los vecinos de la Plata, los cuales se ofrescieron de proveerles de ganado vacuno para su sustento, obligándose los principales de Páez a pagárselo.

Con todo esto los naturales de aquella provincia no cesaban de hacer continua estorbación y muestra de gente de guerra, haciendo continuos acometimientos desde lejos; porque como el lugar del alojamiento de su naturaleza estaba fortificado, no podían los indios por ninguna parte llegarse a hacer daño en los españoles, y así nunca lo rescibieron, si no fué en un muchacho mestizo de edad de trece o catorce años, que se apartó del alojamiento y fué arrebatado por ciertos indios que cerca de allí se hallaban a vista de los soldados por una ladera arriba, con gran alarido y regocijo, cantando entera vitoria, como si de todo punto hobieran desbaratado los españoles. Y aunque salió gente tras ellos, la tierra era tal y la ventaja que llevaban tanta, que nunca les pudieron dar alcance, y así dieron al mestizo la más cruel muerte que pudieron, y le enterraron casi en la haz de la tierra, adentro de un buhío, dejándole las manos fuera.

El capitán Lozano, sintiendo mucho este poco daño que le habían hecho, por que con él no se ensoberbiesen los indios, enviólos la propria noche cuarenta soldados que corriesen la tierra hacia aquella parte donde los indios habían llevado el muchacho e hiciesen el daño que pudiesen. Salieron los soldados bien aderezados a la media noche en punto, y bajando una larga cuesta que tenían que bajar, pasaron las juntas de Abirama y llegaron a cierta poblazón que un pequeño llano se hacía, y no hallaron gente ninguna,

y pasando adelante subieron a una cuchilla bien angosta que por ella se hacía, y en lo más llano della hallaron un gran buhío lleno de gente dentro y fuera, que todos estaban durmiendo y cansados y borrachos de lo que habían bailado y habían bebido aquella noche. Los soldados, no perdiendo punto de la ocasión quentre las manos tenían, se arrojaron con presteza entre los indios y como en gente dormida comenzaron a herir y matar en ellos, con crueles heridas que con las espadas les daban. Y fué tanta la turbación de los bárbaros deste repentino subceso, que ni hallaban ni sabían por dónde huir, mas con la escuridad de la noche y el dolor de las heridas se arrojaban por las laderas y hondos despeñaderos, donde acababan de expirar hechos pedazos y molidos; pero con este subceso quera de temer, ninguna cosa se ablandaban ni domaban los bárbaros, porque como algunos soldados tomasen indios vivos a manos por los cabellos y procuraban que se rindiesen para llevarlos vivos, ninguna cosa prestaba a que se ablandasen, antes, procurando ofender a los que les tenían presos con sóio sus puños cerrados, sin otras armas ningunas, forcejaban dando muestras de ánimos invencibles; pero ninguna cosa les aprovechaba, antes dañaba; porque los soldados, enojados de su temeridad, les daban de puñaladas y los mataban.

Venido el día, los indios comarcanos, sintiendo y viendo los españoles dónde y cómo estaban, se comenzaron a juntar con gran alarido y venir con las armas sobrellos; pero esto no fué hecho con tanta presteza que primero no tuvieron lugar los soldados de hallar y desenterrar el mestizo muerto, al cual cargaron en un pavés y lo llevaron consigo para darle sepultura. Demás desto, dos solos indios que tomaron vivos los empalaron en el propio lugar quel muchacho había sido muerto, y hecho esto comenzaron a bajar la cuchilla y los indios a arrimárseles y venir sobrellos; pero como los arcabuceros muy a menudo disparasen contra ellos sus pelotas, hacíanlos que se detuviesen

y no pasasen tan adelante como querían; y así con gran trabajo y riesgo pasaron el río, aunque sin recibir daño alguno, donde luego entraron en un poco de tierra llana, y allí fueron más perseguidos de los indios; porque como por todas partes les fuesen cercando y ofendiendo, era la pelea en este lugar más peligrosa para los españoles y aventajada para los indios. A esta sazón se acercó adonde los españoles e indios estaban peleando un solo indio cubierto con una manta colorada con una varilla en la mano, diciendo a muy grandes voces quera cosa de grande infamia y de gente pusilánime que tanta multitud de indios no tomasen vivos y a manos tan pocos españoles, y que no sólo consentían e pasaban con esto, pero que les hobiesen desenterrado el mestizo y se lo llevasen cargado. Y con estas y otras cosas que dijo puso tanto brío y coraje en los indios, que arremetiendo de tropel a los nuestros se les acercaron a bote y golpe de lanza y les quitaron el mestizo muerto que llevaban y les pusieron en gran peligro de ser desbaratados. Pero tuvieron gran aviso los soldados de no dejar mezclar los enemigos entre sí, antes cerrándose en escuadrón se iban retirando con la presteza que podían a la loma y cuchilla y subida para el alojamiento y pueblo, porque allí eran más señores de los indios y no podían rescibir ningún daño dellos. Y así fué quen la hora que comenzaron a apoderarse en la cuchilla, los indios se detuvieron y dejaron de seguirlos con el ahinco que de antes lo solían hacer, aunque por las laderas y lados de las cuchillas nunca dejaban de andar y atravesar muchos indios, a los cuales ofendían. Desde lo alto del alojamiento de los españoles eran echadas muy grandes galgas y piedras, con que de todo punto los hicieron aflojar y dejar de seguir a los nuestros; los cuales subiendo poco a poco, aunque bien cansados del trabajo pasado, llegaron al real sin haber rescibido ningún daño de manos de los enemigos, que fué muy gran contento para el capitán y los demás soldados.

CAPITULO VII

En el cual se escribe el temor que los españoles cobraron de la guazabara pasada, y cómo fueron reprehendidos dello por su capitán, y algunas emboscadas que se hicieron, y cómo Pedro Gallegos fué con gente a las poblaciones de la otra banda del río de Páez, y lo quen ella le subcedió

De la guazabara pasada quedaron con algún pavor los soldados quen ella se hallaron en ver cuán briosa y obstinadamente les habían seguido los indios y en cuánto peligro estuvieron de perecer todos a sus manos, y parecerles que si otra salida se hacía y los indios los seguían con los mismos ánimos queste día lo hicieron que no podían dejar de rescibir notable daño.

El capitán, que por algunas exteriores muestras entendió lo quen el ánimo de los soldados había, sin dar a entender nada de lo que sentía les habló animándoles a que sufriesen con buen ánimo los trabajos de la guerra, pues el premio que della esperaban era para perpetuo descanso de todos; y en la guazabara y pelea que aquel día habían tenido había sido muy en su favor, y della habían cobrado reputación y loa de hombres de invencibles ánimos y de grandes fuerzas; pues a tan pocos españoles y a pie, sin el ayuda de los caballos, no les habían desbaratado ni ofendido notablemente tanta multitud de bárbaros como se habían juntado, quen la muestra que habían dado

parecía estar juntos todos los más naturales de aquella provincia, con lo cual habían quedado los indios muy atemorizados y perdida la esperanza de haber victoria contra los españoles, y así hacían los acometimientos más flojamente. Demás desto, les dijo que para que los españoles anduviesen más seguramente y los indios de todo punto no se les desvergonzasen, no irían dende en adelante a parte ninguna sin llevar caballos, que con las espantables presencias y ligerezas y con aquel estruendo que con el anhélito y resoplido van haciendo ponen entero temor a los enemigos y los hacen que no se lleguen tan de golpe ni se acerquen a los españoles.

Parescióles bien a todos lo que su caudillo les había dicho, y así se comenzaron a alegrar y cobrar buena esperanza de salir al cabo con su conquista, y doblóles el contento el que que a este mismo tiempo les entró el ganado que Villanueva, vecino de la villa de la Plata, les había vendido y les enviaba, porque ya tenían falta de comida de carne. Pero, con todo esto, no había mucha ociosidad entre los soldados; porque luego que hobieron descansado, el capitán los ocupó en hacer emboscadas en algunas partes montuosas apartadas y cerca del pueblo o alojamiento de los españoles, donde hizo algún daño en los indios de la tierra que descuidadamente entraban en ellas, aunque esto turó poco, porque luego quentendieron las astucias y engaños de que los nuestros usaban, iban con prudencia y sobre aviso por doquiera que caminaban, y por esta causa fué enviado Pedro Gallegos con cuarenta soldados y algunos caballos y arcabuces a ciertas poblaciones que de la otra banda del río de Páez había, donde los indios de aquellas poblaciones y otros que con ellos se habían juntado procuraron defender la subida y hacer daño en los nuestros; mas fué en vano su deseo, porque con el ímpetu de los caballos y arcabuces fueron echados de donde estaban haciendo la resistencia, y aun algunos heridos y muertos, y así siempre anduvieron arredrados

y apartados de los españoles y les fueron saqueadas y arruinadas sus poblaciones por los indios amigos de Esmisa y Anabeima que consigo llevaban; mas los bárbaros pretendían bajarse y vengarse a la bajada y tornavuelta de los españoles, porque tenían un mal reventón de cuesta abajo que descender, donde no se podían aprovechar de los caballos. Y aunquen ello pusieron mucha diligencia y siguieron muy briosamente a los españoles, ningún daño les hicieron; antes fueron con los arcabuces muertos algunos indios, cuyos cuerpos los amigos en breve despedazaron y cada cual, en señal de la vitoria que había habido, se lo cargaba e iba cantando con él para más de hacer aquella muestra de los que se habían muerto, pero no para comer, porque, como he dicho, aquesta gente no come carne humana, según lo hacen los Pejaos.

De toda la bajada era lo más peligroso un derecho reventón questaba cuasi cerca de lo bajo del llano, en cuyos lados y laderas estaban escondidos muchos indios para que, en metiéndose los españoles en aquella estrechura, cerrar con ellos y ofenderlos juntamente con la demás gente que los venía siguiendo y apretando la retaguardia. Los soldados, atalayando y mirando bien lo que les convenía y era necessario, descubrieron la gente quen las laderas estaban esperando su pasada, y dando en ellos los arredraron y apartaron de sí; pero venían de tan cerca los que seguían la retaguardia, que cuasi hobieran de desbaratar los españoles por venirse tan de golpe acercando a ellos. El remedio que se tuvo para atajar este daño y riesgo fué volverse a lo alto todos los de a caballo y salirse de aquel angosto paso, y con los arcabuceros seguir el alcance contra los indios hasta echarlos bien lejos; y volviendo con presteza bajaron en tanto riesgo el peligro en questaban o que allí los detenía, y con toda esta diligencia acudieron con tanta presteza indios a echar galgas o piedras a rodar, que hobieron de lastimar con ellas algunos caballos

y algunos que con ellos iban. Y luego pasaron el río de Páez y comenzaron a subir la loma arriba hacia el alojamiento donde los indios amigos, con sus cuartos de indios muertos en los hombros, tomaron la vanguardia puestos en buena ordenanza. Caminaron en buena armonía y bárbaro estruendo de voces y alaridos, así de sus propias gargantas como de cornetas y otros rústicos instrumentos de aquellos usan, con que ponían espanto a los que los oían.

Holgóse el capitán Lozano de ver entrar en su alojamiento desta suerte estos bárbaros, por parecerle quera gran parte para sustentar los ánimos y trabajos de los soldados, y también porquen esta salida no le habían herido ningún español ni indio de los amigos, que parecía gran favor de la fortuna; y, demás desto, vía que los indios enemigos que a la mira estaban no voceaban con el contento que solían, antes con un triste silencio daban a entender haber rescibido de los españoles más daño de lo que a ellos les parecía haber hecho. Porque como los indios se les habían acercado muchos diversas veces, los soldados, echando en los arcabuces muchos perdigones, herían más de los que pensaban, metiéndoseles los perdigoncillos por los pechos y barrigas, y como allí, con el calor y fervor de la pelea, no sentían nada, en yéndose a sus casas y descansando se resfriaban y pasaban y sin saber de qué se quedaban muertos, y como los indios no vían más de la señal quel perdigón en la entrada hace, ques muy pequeña, espantábanse de aquello y reinaba en ellos gran miedo y temor de los arcabuces, porque claramente vían queste daño lo rescibían con ellos; mas entre sí decían que no por eso habían de cesar la guerra ni dejar de pelear, porquentendían que la furia de los arcabuces para damnificarlos se había de acabar.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo un indio, señor de las salinas de Páez, salió de paz, y la entrada del capitán Narváez en esta tierra, y cómo los españoles levantaron sus toldos y caminaron la vía de Páez a buscar sitio para fijar el pueblo, y lo quen el alojamiento de Taravira les subcedió

Porque la primera paz que los españoles en esta provincia tuvieron fué de un solo indio, tuerto, haré aquí particular mención dél.

El siguiente día después que subcedió la guazabara pasada, salió al alojamiento de los españoles este indio con solo un ojo, que pareció no buen pronóstico para principio de paz, el cual trajo de presente al capitán obra de una arroba de sal, y le dijo cómo él y otra mujer viuda eran señores de ciertas salinas quen aquel valle había, de las cuales artificialmente hacían sal, con que por vía de resgate se sustentaban y proveían de lo necessario, sin embargo de que todos los caciques e indios de aquella provincia que querían ir a hacer sal no se les estorbaba ni impedía el hacerla, y los que no se querían poner a este trabajo, ellos se la daban porque les ayudasen a guerrear contra los Pejaos, sus capitales enemigos, que les venían a saltar y destruir y les llevaban sus mujeres e hijos y hermanos y les habían muerto mucha gente; que, demás de las calamidades pasadas que de mano de

los Pejaos habían rescibido él y sus subjetos, él se vía propicio y cercano a rescibir otros tales daños por mano de los españoles y de los indios Esmisas y Anabeimas que los seguían; por tanto, que venía a ver si los podía remediar por alguna vía; porqué no quería ser contra ellos, sino su amigo y servirles mientras en la tierra estuviesen, y proveerles de la sal que hobiesen menester.

El capitán Lozano mostró contento de ver la humildad deste bárbaro, y no menospreciando su amistad le agradesció su venida y el ofrescimiento que con la paz le hacía, y después de haberle dado bien a entender las condiciones della, le hizo otras interrogaciones acerca del designio y propósito que los demás indios tenían en seguir la paz o la guerra. Mas el tuerto siempre se ratificó en questaban obstinados en seguir el guerrear y defender su libertad, porque aborrecían con entrañable odio la subjeción y servidumbre que sobrellos querían o pretendían los españoles poner; mas con todo esto Domingo Lozano envió a aquel indio que fuese a hablar a los demás por allí comarcanos y de su parte les convidase con la paz y les certificase que si la rescibiesen serían relevados de todo daño y trabajo ellos y sus mujeres e hijos y conservadas sus haciendas y casas. El indio se fué con su embajada, y la respuesta que otro día trajo fué decir que no había sido oído por los indios, antes le habían querido matar porque se había coligado con los españoles y de su parte les iba a hablar. El capitán no curó de enviarles a hablar, por excusar de riesgo al indio, al cual envió que se fuese a su casa, y siempre conservó la amistad con los españoles.

Después desto, que era por fin de hebrero, determinó Domingo Lozano, con acuerdo de todos sus soldados, de mudar el pueblo la tierra adentro en la parte más acomodada que hallase, para poder estar de asiento y edificar y hacer sus labranzas; porque ya dondestaban les iba faltando la comida. Y estando ya casi de partida entró el capitán Narváez con ocho

soldados que venían de Popayán a ayudar a conquistar y pacificar la tierra y a tener indios en ella, por cuyo respeto se detuvieron otros cuatro días más; después de los cuales, alzando todos sus tiendas, caminaron concertadamente según el peligro y atrevimiento de los enemigos lo requería, y bajando toda la loma abajo se alojaron este día en el llano que al pie della estaba. Y el día siguiente, atravesando el río de Suyn, que a la mano izquierda tenían, subieron por la cuchilla denmedio, donde se había hallado el mestizo enterrado, en la cual se les pusieron algunos indios a echar galgas y defender su subida. Pero como los arcabuceros disparasen contra ellos sus arcabuces, fueron echados del alto, y así subió la gente sin peligro hasta llegar a una poblazón que lo alto estaba, llamada Taravira, de la cual era señora una india principal, hermana del señor de Páez y de Talaga y Simurga, indios principales y caciques en aquella tierra; todos éstos de diferente parcialidad de Abirama, porque Abirama sustentaba guerra por sí, y Esmisa, con Suyn su padre, eran cabezas de otra parcialidad, de suerte que estas tres parcialidades había en esta provincia, a cuyos principales se arrimaban y seguían los demás caciques de la tierra, según a cada uno le parecía.

Puestos los españoles en la poblazón de Taravira se comenzaron a esparcir por una y otra parte con los indios Anabeimas, sus amigos, a buscar qué robar y juntar maíz para comer los días que allí habían de estar. Los naturales de la parcialidad de Taravira juntáronse y vinieron cercando a los nuestros y a trabar y comenzar a pelear en diversas partes con ellos; pero como todo era en lugares que los caballos podían llegar y alcanzar a los enemigos, no peligró ninguna gente, salvo el cacique Anabeima, que con algunos de sus indios y cinco españoles arcabuceros se apartó algo más de lo que convenía en lugar peligroso, donde fué cercado de muchos indios de Talaga, indio prin-

cipal de aquella tierra, con los cuales peleó y se defendió él y sus indios y los cinco españoles muy briosamente; pero como de los enemigos acudiesen muchos y los cercasen por todas partes, fueron puestos en grande riesgo y aprieto y perecieran todos si con brevedad no fueran socorridos; porque como el capitán Domingo Lozano tuviese noticia del riesgo en que estaban y del cerco que los enemigos les tenían puesto, envió con presteza algunos soldados arcabuceros en caballos para que con más brevedad llegasen, y juntándose con los demás españoles e indios amigos hicieron rostro y acometieron a los contrarios, y hiriendo en ellos los echaron de sobre sí y se vinieron todos juntos adonde Domingo Lozano con la demás gente se había ya alojado en parte cómoda y llana para poder mandar los caballos. Reprehendió el capitán con alguna aspereza a los cinco soldados que se habían desmandado porque de sus muertes se podía seguir general daño a todos, y en pena de su atrevimiento les mandó velar ciertas noches arreo.

Luego otro día envió Lozano a llamar al cacique Suyn que viniese a ver y a dar muestras de su amistad, la cual por mano de Esmisa, su hijo, le había prometido. Era este Suyn hombre ya muy viejo y de tan débiles fuerzas que no podía caminar, por lo cual envió otro hijo suyo, tuerto de un ojo, con ciertos indios y comida, excusándose de su venida con su vejez. Rescibió en su amistad el capitán a estos indios, y diciéndoles lo que habían de hacer para conservar la paz y amistad de los españoles, los tornó a enviar, prometiéndole a él y a su padre que, si con fidelidad guardaban la paz, les haría todo buen tratamiento y no se les haría ningún daño en sus labranzas ni haciendas ni personas. Suyn se holgó de ver volver tan contento a su hijo y a sus sujetos, y otro día envió al alojamiento de los españoles una hija suya, mujer de buena disposición y gesto, llamada Pasagua, a la cual le pareció tan bien la compañía

de los españoles que, haciendo ella allí también su ranchería, se estuvo con los indios que traía tratando afablemente con los soldados y haciendo a los indios que consigo había traído que les sirviesen y trujesen leña e hierba y todo lo demás que les mandasen, hasta que después de ciertos días se mudaron y pasaron adelante la vía del cacique y señor de Páez.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo el capitán Lozano se partió del alojamiento de Taravira y bajando con gran peligro de su gente al río de Páez, caminó por las riberas dél y se fué a alojar á la mesa de Páez, dondel pueblo se había de fijar

Los indios enemigos no se quitaban de sobre los altos, atalayando la salida de los españoles y derrota que habían de llevar, porque, como he dicho, la principal guerra destes bárbaros era en laderas y descendidas o bajadas de lomas, donde, apoderándose ellos siempre de lo alto, procuran ser señores de sus contrarios y ofenderles con las galgas y otras armas arrojadizas de que usan; y así en comenzando a marchar los españoles y a seguir su vía, quera tornar a bajar al río de Páez por otra parte contraria de la por donde habían subido, fué tanta la multitud de los bárbaros que acudieron a ofender y dar en la retaguardia, que fué necesario acudir allí los más arcabuceros a ojear con los arcabuces los indios que se les acercaban mucho; y porque en la cuesta abajo, que ya la gente iba descendiendo, no tuviesen lugar de ofenderlos los indios con las galgas, se quedaron los arcabuceros en lo alto guardando el paso para que los indios no se llegasen a él a echar las galgas. Pero como antes de tiempo los soldados que hacían la guardia deste paso lo desamparasen, porque aun la demás gente y carruaje no había llegado a lo bajo y

llano ni salido de donde les pudiesen ofender, los indios se llegaron con presteza y arrojando una tempestad de galgas quecharon a rodar, hobieran de hacer gran daño en el bagaje y servicio de los españoles; pero, permitiéndolo Dios así, solamente arrebataron con el golpe de algunas grandes piedras un caballo con dos petacas de ropa, y un toro que, despeñándolo una piedra o galga de aquellas que rodaban, se hizo pedazos. Y fué cosa de maravilla el que, como todo el ganado vacuno estuviese remolinado en un mal paso y no quisiese caminar ni descender a lo llano, en el punto que vieron despeñarse el toro, como si con esto reconocieran el daño que de su estada allí les podía venir, comenzaron todas las demás reses a bajar con gran presteza a lo llano corriendo la cuesta abajo cual más podían. En la demás gente no hicieron daño las piedras o galgas, ecepto en dos soldados españoles que casi sin tocarles, sino con el ímpetu con que iban volando, una piedra les lastimó en las espaldas sin quel daño les causase peligro.

Los arcabuceros quen lo alto habían quedado al tiempo que los demás pasaron se bajaron otra bajada diferente de la que la demás gente había llevado; aunquera más derecha, había en ella menos peligro y daño; mas con todo esto los fueron siguiendo los indios y poniéndolos en mucho aprieto y riesgo. Bajados todos a lo llano y riberas del río de Páez, se alojaron, y todo lo que del día les quedaba lo pasaron en rebatir los enemigos que por muchas partes se les iban siempre acercando y procurando hacer daño.

Otro día de mañana amanecieron algunos escuadrones de indios sobre el real, aunque algo desviados, porque por temor de los caballos no osaban bajarse a lo llano ni acometer el alojamiento. Domingo Lozano y otros buenos jinetes, armándose con sus acostumbradas armas, salieron a los indios y, haciendo en ellos una manera de acometimiento, se comenzaron a retirar, fingiendo que huían, para con esta cautela

ver si podían hacer a los indios bajar a lo llano. Volvieron las espaldas a los enemigos, los cuales, como es gente que usa de pocos ardides en la guerra, entendiendo quera cierta la huida de los españoles, se bajaron a gran priesa tras dellos, tirándoles piedras con hondas y arrojándoles lanzas o dardos, que son sus principales armas. Los nuestros, cuando les pareció tiempo conveniente, revolvieron las riendas de sus caballos sobre los enemigos, y espoleándoles apriesa alcanzaron algunos, que alancearon, de los cuales quedaron tendidos allí en el suelo parte y los demás con peligrosas heridas huían ligeramente y se encaramaban por la aspereza de las cuchillas y lomas. Tomóse en este alcance un solo indio vivo, del cual se informó el capitán qué designios fuesen los de aquella gente que tan obstinados estaban en su rebelión. El bárbaro claramente dijo que pretendían llevar adelante la guerra y hacer todo lo que pudiesen hasta echar los españoles de su tierra; pero, sin embargo desto, fué enviado este indio que tratase con sus compañeros de que, cesando la guerra, siguiesen la paz y fuesen amigos. Mas los bárbaros no vinieron en ello, y así se volvió el mensajero sin quebrantar la palabra que por esta vez había dado de volver a su compañía. Pero como otra vez le enviasen con el mismo mensaje y trato de paz, acordó no volver con la respuesta, por no ponerse a riesgo de perpetua servidumbre.

Estuvieron en esta ribera alojados los españoles cuatro o cinco días comiendo de las comidas que alrededor tenían y oyendo continuas gritas que desde los altos les daban los indios, sin que osasen bajar a lo llano. Después destes días fueron levantadas las tiendas y toldos de los españoles y caminaron por unas llanas vegas que por las riberas del río arriba se hacían, llevando la sierra a mano izquierda y el río a mano derecha, sin que pudiesen ser ofendidos de los indios, porque como la sierra iba continuamente apartada y los indios no osaban bajar a lo bajo a

ofender, no se podían ayudar nada de la tierra contra los nuestros, salvo en aquellos lugares donde por llegarse a juntarse mucho algunas cuchillas que de la sierra bajaban con el río, causaban ser el llano y camino que llevaban angosto, y podían los indios desde estos altos aprovecharse de sus hondas y piedras contra los nuestros; pero no era tanto el daño que hacían cuanto el que rescibían; porque como entre los españoles iban diestros arcabuceros y llevaban arcabuces que alcanzaban muy a lo largo, hacíanse por ellos muy buenos tiros en los enemigos, donde acontecía ponerse un indio con su rústica desvergüenza a tirar desde un alto con su honda y piedras a los españoles y a hacerles la pernetá, que cosa muy usada entrestos bárbaros, y decir muchas palabras vituperiosas en que empleaban toda su furia. Y cuando el indio estaba más en fervor metido con estas sus amenazas, le vían rodar la cuesta abajo del golpe que la pelota del arcabuz en él hacía.

Llaman los soldados en estas conquistas la pernetá a todos los ademanes que semejantes tiempos de lugares seguros hacen los indios vituperando o menospreciando a los españoles.

De la otra banda del río iban siguiendo a los nuestros muchos indios, teniéndose por seguros a causa de estar el río en medio, que, aunque no era muy caudaloso, las altas barrancas que tenía estorbaban a los nuestros que no lo pasasen cuando quisiesen; y así luego que Domingo Lozano halló paso por donde los caballos podiesen pasar, hizo que quince hombres de a caballo pasasen a correr la tierra de la otra banda y a ojear los indios que les iban siguiendo; donde se alancearon algunos indios, cuyas cabezas en un proviso les eran quitadas por algunos de los indios Anabeimas que de la otra parte pasaron con los de a caballo. Y en todo les subcedió tan bien a los españoles que, sin perder ningún soldado llegaron a la mesa de Páez, que era un llano muy vistoso y en la sazón muy cultivado y sembrado de media legua de largo y la

mitad de ancho, y en él había mucha casería, aunque sus moradores se habían ausentado por ver entrar los españoles en su tierra.

Hizo el alojamiento el capitán Lozano de los españoles en medio del llano, en el paraje de una muy buena fuente de agua que nacía al pie de una cuchilla o loma, que bajaba de lo alto de la cordillera y páramo, donde se regaban y proveían de agua todos los moradores de aquel llano. Y hecho esto, luego incontinente se comenzaron a esparcir y derramar los soldados por la casería que por el llano había, a juntar maíz y madera para hacer sus casas en aquel sitio, donde pretendían hacer la fundación y edificación de su pueblo; y así cada cual se prevenía de lo que había menester para largo tiempo. Y soldados había quenteras como estaban llevaban al alojamiento algunas casas de indios, por ser pequeñas y apañadas para ello, y les aprovechaba mucho. Los naturales casi no hacían ostentación ni muestra ninguna por allí, porque todos andaban turbados y alborotados del atrevimiento que los nuestros habían tenido en meterseles por sus puertas y casas, metiendo y poniendo sus mujeres e hijos en partes seguras, para después salir con la gente que fuese para ello a seguir la guerra y a pelear con los españoles. Porque por ser esta gente de los sujetos a aquel cacique o señor llamado Paéz, les pareció que a ellos les competía más derechamente el haber vitoria contra los nuestro y echarlos de la tierra que a los de las otras poblaciones por donde antes habían pasado.

CAPITULO X

En el cual se escribe las propiedades y condiciones del sitio donde se pobló la cibdad de San Vicente de Páez, y cómo fué en él fijada por el capitán Domingo Lozano, y otras cosas que subcedieron hasta que Juan del Olmo salió a pedir socorro a Popayán

Era este sitio donde los españoles estaban y el pueblo se había de fijar, como se ha dicho, muy llano y raso y de muy buen temple y alegre cielo; y ansí en sí representaba la tierra una alegría general, que alegraba mucho a los soldados y los animaba. Y demás desto, el proprio sitio y mesa dondestaban alojados daba muy buenas y grandes muestras de ser tierra muy fértil y cultivada para que los españoles luego pudiesen hacer sus sementeras y pudiesen prevenirse de comidas de su proprio trabajo y cosecha; pues los trabajos y calamidades de la guerra, demás de apocar la que los indios de presente tenían, habían de ser causa que no sembrasen los campos como lo solían hacer aquellos naturales, que ninguna muestra daban ni habían dado de tener paz ni amistad con los españoles. Las aguas les eran muy sabrosas, dulces y delgadas, especial las que manaban de aquella fuente que cerca del pueblo y al pie de la cuchilla nacían en tanta abundancia que, con ser a esta sazón la fuerza del estío, echaba de sí aquella fuente un muy grueso golpe de agua. Para la provisión y servicio del pueblo tenían muy cerca grandes montes de leña, y toda la

tierra producía alderredor muy buenos herbazales para el sustento de los caballos. Finalmente, la tierra daba muestras y apariencias de fertilísimas, y con el buen temple de aire y cielo que la acompañaba se vían en ella claras y evidentes señales de que todo lo que ella quisiesen sembrar y plantar se daría y habría fruto dello. Y después de ocho o diez días que hubieron estado los españoles alojados en este sitio, en el cual tiempo ningunos indios habían osado bajar a lo llano a darles guazabara, ni a hacerles otro acometimiento ninguno, mas de ponerse desviados por los altos y laderas a dar gritos y voces y a hacer otras alharacas de bárbaros, vino de paz un indio principal de aquella provincia, llamado Pena, con algunos indios sujetos suyos, y ofrescióse de servir cautelosamente a los españoles con designio de ver y entender lo que le convenía, y, cuando viese ocasión cual él la deseaba, aprovecharse della; pero como esto de la paz era cosa que mucho deseaba Domingo Lozano, parecióle muy útil la que este indio le había dado, y teniéndola por principio para que los demás indios hicieran lo mismo, dió luego orden en fijar el pueblo, y después de haberlo tratado y comunicado con los soldados y principalmente con los del cabildo, los cuales todos vinieron en ello, hizo los autos necesarios, y fijando su pueblo y cibdad de San Vicente de Páez, dió traza y puso picota en la plaza, y repartió los solares como es uso y costumbre en los pobladores, y ultra desto les señaló huertas a todos los presentes en que sembrasen y hiciesen sus labranzas y labores. Y hecho esto, juntó sus soldados y advirtiósles cuán sobrel aviso debían de andar continuo y no desmandarse a ninguna parte, pues la gente y naturales de aquella provincia habían dado muestras de muy bellicosos y briosos y que atrevida y desvergonzadamente se llegaban con sus armas a los españoles; demás de que la experiencia de los pasados era y debía ser gran ejemplo a los presentes; pues en aquel propio lugar había sido rebatido don Sebastián de

Benalcázar con doblada gente de la quentonces se hallaba en aquel pueblo, sin haber habido mucha desorden entre soldados.

Díjoles que lo más seguro para la conservación de su salud y vidas era no salir fuera del pueblo sin compañía de hombres de a caballo y arcabuceros, en quien consistía la fuerza de la guerra, y que así podrían ser señores de sus enemigos y sujetarlos, porque como a los demás indios no se les diese ocasión de que tomasen a manos o matasen españoles, podrían con más brevedad y menos daño traerlos a la servidumbre que dellos pretendían. Los soldados se ofrescieron de hacerlo así como el capitán se lo encargaba; pero mal lo cumplieron, como se verá por lo que subcedió, como luego se dirá.

Los soldados concertadamente comenzaron a hacer correrías a una y otra parte, pero no se alejaban ni apartaban mucho del pueblo. Y, demás desto, salían muchas noches a ponerse en celada y emboscarse en partes montuosas, donde los indios de día acudían; y así les hacían mucho daño y eran arrebatadamente muertos muchos que caían en los saltos y emboscadas; pero ninguna calamidad ni azote los ablandaba, antes se endurecían en su tiranía, sin querer usar de ningún término de humildad. Y como por defeto de sus armas tan rústicas, y que con ellas no eran parte para ofender en lugares llanos y escombrados a los españoles, y así no les podían tomar venganza dello ni hacían ningún daño, dieron en procurar matarles los caballos de noche que andaban sueltos o maneados por la sabana o campaña paciendo; y bien eran tan curiosos en esto que dentro los toldos y rancherías de los españoles los desmaneaban y se los llevaban y los mataban o vendían a los Pejaos por oro y por otras joyas. Porque como la gente Peja sea tan carnícera y amiga de comer carne, no sólo humana pero de otros cualesquier animales por incógnitos que sean, holgaban de questos Páez les llevasen los caballos que a los españoles hurtaban.

Demás desto, se ponían estos bárbaros en salto en una fuente de agua salobre de la cual los caballos habían ya gustado, y como, arregostándose, acudiesen a la fuente al gusto de la sal, eran allí tomados de los indios y muertos.

Destá manera y con estos ardidés en pocos días hicieron menos casi cincuenta caballos, y aunque para castigar su desvergüenza el capitán Domingo Lozano puso algunas emboscadas de españoles junto a la fuente, y para que los indios acudiesen a ellas se hacían soltadizos algunos caballos que como fugitivos fuesen a beber, todo les salía en vano a los nuestros, porque los bárbaros, presumiendo la cautela, atalayaban y miraban primero desde un alto cerro, que sojuzgaba toda aquella campiña, si había señal de haber en alguna parte della soldados emboscados; y ansí tenían lugar de ver y descubrir los que les estaban esperando, por lo cual fué muy poco el daño que con esto se hizo. Otras veces, con su bárbara osadía, se ponían indios en lugares altos cerca del pueblo y de allí desafiaban a los nuestros que saliesen a pelear con ellos a unas laderas que allí cerca tenían de la otra parte de la quebrada de Muesga, tierra muy mala y asperísima; porque, como he dicho otras veces, en tierra llana no se atrevían, por temor de los caballos. Los soldados salían cada día al sitio que los indios señalaron con sus arcabuces, donde peleaban valerosamente, y los indios se llegaban tanto, que muchas veces ponían en condición a los nuestros de desbaratarlos, y aunque con los arcabuces se mataban muchos indios, no por eso dejaban de acudir cada día a la refriega hasta quel capitán, temiendo no les faltasen las municiones a tiempo que más las hobiese menester, hizo cesar estas escaramuzas y luego dió orden en enviar a Popayán soldados a que les diesen socorro de gente y de pólvora y vituallas, que les iban ya faltando. Y a este efeto salió Juan del Olmo, y con él otros dos soldados, que fueron Francisco Muñoz y Melchior Alvarez.

Anabeima, cacique de Guanaca, que con la más de su gente habían andado casi todo este tiempo en compañía de los españoles, viéndo salir a estos soldados le tomó deseo de irse a su tierra, y prometiendo de volver a entrar con el socorro que les fuese enviado de Popayán, le dió licencia el capitán y se salió con toda su gente, que hizo harta falta a los españoles para la guerra y aun para proveerse de cosas necesarias a su sustento, questos indios les traían cargas y a cuestras.

CAPITULO XI

En el cual se escriben algunas muertes despañoles que comenzaron a haber en esta provincia por la desorden de algunos soldados, y la hambre y necesidad que de comida se padesció entre los españoles por no ser parte para correr la tierra por falta de municiones y gente

Casi en este medio tiempo le subcedió a Marcos García, español, padre del mestizo quen Abirama tomaron los indios y mataron, otro infortunio igual a éste en otro hijo mayor que le había quedado; cosa de gran lástima y compasión y que parecía que por los pecados deste hombre permitía Dios este subceso en sus hijos para su enmienda.

Fué el caso quel principal Pena, quen aquella provincia había quedado y salido de paz, según atrás queda dicho, se ofresció ocultamente de vender a un soldado maíz, que dél había gran falta en el pueblo, a trueco de un machete o manta. Supo desta contratación Marcos García, y queriendo haber parte de la comida se ofresció con la paga y de enviar un hijo suyo que le había quedado a que juntamente con el soldado rescibiesen el maíz. El bárbaro, fingiendo que hobiese gran secreto por temor del capitán, le dijo que le siguiesen los que habían de rescibir el maíz, y quél se lo entregaría en una cañadilla o quebrada que al campo de la Mesa había; pero como el soldado con quien había hecho el concierto presumie-

se la traición, dió parte de su sospecha y presunción a Marcos García, el cual en nada la aprobó, antes la desvió diciendo que aquel principal frecuentaba mucho el venir a servir a los españoles y quen él no reinaría la maldad que presumía; pero con todo esto el soldado cabalgó en un buen caballo y juntamente con el mestizo siguió al indio Pena, que los llevó a la quebrada referida, donde tenía muchos indios en celada; y como él se metiese dentro de la quebrada, procuró con palabras incitar al español o mestizo que le siguiesen, y al primer golpe que le dió cayó luego muerto, donde se renovó la pelea con los indios que pretendían, como despojos de la guerra, que les pertenecía llevarse el cuerpo muerto; mas los nuestros lo defendieron tan briosamente que, aunque con harto trabajo, se llevaron su difunto cargado al pueblo.

Este daño acarreó a los nuestros otro mayor. Porque como los españoles quisiesen, por mandado de su capitán, hacer una emboscada hacia aquella parte dondesta desgracia había subcedido, salió Pedro Gallegos con veinte soldados una tarde a reconocer el sitio donde a la noche se habían de emboscar; y como después de haberlo bien mirado se volviese hacia el pueblo, vió cerca de sí, algo más altos, dos o tres indios, y volviéndose a los soldados que con él iban les dijo que parecía cosa de gran infamia para todos los que con él iban no haber entre todos soldados que fuesen a los indios y los tomasen, por lo cual cinco de aquellos soldados, que presumían de más ligeros, corrieron tras los indios y comenzáronlos a seguir, pretendiendo alcanzarlos y prenderlos; mas como los bárbaros tuviesen puestos indios en celada, fuéronse retirando poco a poco y derribando de la otra banda oposita de la loma por una media ladera abajo, donde cuando más cebados iban en el alcance salieron a ellos hasta cincuenta indios y a la primera arremetida mataron y tomaron a los dos de los soldados, y llevándolos arrastrando por los pies con gran grito y alarido dieron a entender a Pedro Gallegos y a los

que con él habían quedado el subceso de los cinco españoles, y así arremetiendo estos soldados adonde oyeron las voces y gritos de los indios, hallaron que los tres españoles se estaban defendiendo y los indios los tenían ya tan cansados y trabajados con los palos y piedras que les tiraban, y andaban ya los indios esperando lance para arremeter y echarlos malos de los pies; pero al fin fueron con tiempo socorridos de los demás y librados de aquel peligro.

Hízosele gran culpa a Pedro Gallegos y fué notado de hombre insipiente y digno de gran castigo por este mal subceso; porque conociendo cuán suelta y ligera gente era la desta provincia y que por semejantes partes no hay ligereza ni soltura de español que se les iguale, y cuán cautelosos y doblados son en sus ardides de guerra, enviaba como a sabiendas a estos españoles a que los matasen los indios; y así fué reprehendido ásperamente por el capitán, el cual temió que desto no resultase más brío en los indios del que se temía y se le viniesen a desvergonzar de todo punto y que los soldados no aflojasen y desmayasen y perdiesen el ánimo para soportar los trabajos de hambre y guerra quentre las manos tenían, que fuera de todo punto su total destrucción y ruina; y así lo más cuerdamente que le pareció les animó con palabras graves, cargando la culpa de lo subcedido a la temeridad y desconcierto y no a los ánimos de los indios ni a su fortuna.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo les entró socorro a los españoles por mandado del licenciado Valverde, y luego salió el capitán Domingo Lozano a correr la tierra y a pacificarla, y lo que en esta salida le subcedió hasta que llegó a la poblazón de Abugima

El gobernador de Popayán don Pedro de Agreda, como todavía le turase el enojo de haber contra su voluntad entrado Domingo Lozano y los demás españoles a poblar la tierra de los Páez, nunca, aunque se le suplicó, quiso dar ningún favor ni ayuda a los españoles de Páez de lo que le enviaban a pedir, por lo cual padescieron gran necesidad y riesgo en aquel pueblo de ser perdidos y destruídos de los indios; y lo fueran sin falta alguna si en este tiempo no llegara a Popayán el licenciado García de Valverde, fiscal del Audiencia del Nuevo Reino, a quien el presidente y oidores proveyeron para que tomase residencia a don Pedro de Agreda, por haber ido algunas personas a quejarse dél más con pasión que con razón.

El licenciado Valverde supo luego que llegó el riesgo y aprieto en que los de Páez estaban, y con toda brevedad, por mostrarse afable a los vecinos, fué a aquella gobernación que deseaban que aquel pueblo nuevamente poblado permaneciese; proveyó de pólvora y soldados los que de presente se pudieron hallar ociosos en aquella cibdad, y mandó que los indios de don Francisco de Benalcázar, cuyo cacique y princi-

pal era llamado en lengua propia Calambar y en la española don Diego, por haber sido bautizado, proveyese de los indios que fuesen menester para meter maíz y los demás mantenimientos y bastimentos en Páez, sobre lo cual el propio gobernador habló a don Francisco de Benalcázar y a don Diego, su cacique, quera indio de mucha razón y auctoridad y muy temido y obedescido de sus sujetos e indios, que pasaban de dos mill, los cuales hicieron en el caso todo lo quel gobernador quiso y le rogó. Porqueste cacique y sus sujetos eran los indios que por la vía de Popayán estaban más cercanos a la tierra y poblazones de los Páez; y en su niñez había estado retirado en ella por temor de los españoles que poblaron aquella tierra, y tenía noticia y conocimiento de todos los indios quen ella había.

Juan del Olmo, con los demás españoles y cosas quel gobernador le dió, se volvió a entrar por la tierra y poblazón deste cacique don Diego, bien proveído de todo lo necessario, especialmente de maíz, porque Calambar, que se decía don Diego, le dió cuatrocientas cargas de maíz, que cada carga era media hanega, y cuatrocientos indios que se las llevasen. Y tomando el propio cacique otros muchos indios de guerra consigo, se entró con Juan del Olmo a la cibdad de Páez a ayudarlos a sujetar y pacificar con su auctoridad y gente, quera mucha, aquellos rebeldes y obstinados indios.

Dió gran contento al capitán y soldados quen el pueblo estaban la entrada desta gente, así por el ayuda y favor que con ello les venía, como por la comida y municiones que les traían, de questaban extremadamente necessitados y faltos de todas las cosas. Hizo el cacique un particular presente al capitán Domingo Lozano de maíz, carneros y puercos, que para en aquella tierra y en tan trabajoso tiempo se tenía por de mucho valor y precio. Y juntamente con esto le dió todo el maíz que para el sustento general traía; y fué repartido luego entre todos los soldados

y vecinos de aquel pueblo, y luego dende a pocos días el capitán Lozano salió a correr la tierra con los más de los españoles y con todos los indios amigos que habían entrado, eceto su cacique, don Diego Calambar, que al tiempo de la partida se dió en el pie una mala herida andando por el pueblo, de questuvo muy malo.

Tomó el capitán Lozano con esta gente la vía de Talaga, tanto por ver las sepulturas y ricos enterramientos que allá le habían dicho que había, como por castigar aquellos rebeldes indios que con tanta obstinación habían sustentado la guerra; los cuales como viesen la turba de gente que se les acercaba no osaron esperar en el pueblo y se dieron a huir cada cual por donde podía, y como muchas indias y muchachos yendo huyendo se metiesen por una puente de bejucos que atravesaba el río que junto a esta poblazón estaba, con la mucha carga reventaron los bejucos y la puente se quebró, y todos los quen ella estaba cayeron en el río, donde miserablemente fueron sumergidos y ahogados, y los que por su fatal fortuna cayeron junto a las riberas y allí procuraban salvarse del ímpetu del agua, llegaban los indios amigos de Calambar y con bárbara crueldad los mataban a macanazos y lanzadas, sin respetar a mujer ni a criatura de ninguna edad ni género que fuese. Y extendiéndose estos bárbaros, con el favor de los españoles, por la poblazón y casería de Talaga, en breve espacio la arruinaron y destruyeron y talaron los campos quen la sazón estaban labrados.

Tomaron los españoles esta destrucción de Talaga casi por particular venganza de lo quen el propio día les había subcedido en el camino, y fué que bajando una áspera y empinada cuesta por donde iba el camino que para este pueblo se llevaba, a causa destar la tierra mojada y resbalosa con el agua quel propio día había llovido, se despeñaron tres caballos por grandes peñascos y volando se hicieron pedazos. Hecho esto, el capitán con la guía que para las sepulturas llevaba se apartó de los demás y pro-

curó haber a las manos aquella riqueza que se le había prometido y él esperaba ver; pero todo su deseo y esperanza fué cuasi en vano; porque como el indio que había dado la noticia les enseñase ciertas sepulturas que cavaron, solamente hallaron en ellas una chaguala que pesaba sesenta pesos de oro fino, y dos o tres caracuries de buen oro y otras cuentas y chaquiras de la tierra de poco valor.

Otro día acudió donde el capitán estaba el principal Esmisa, con muchos indios amigos, a gozar de los despojos que de aquella tierra se habían y a ayudarla a arruinar y destruir; porque como estos bárbaros naturalmente sean crueles, todo otro cualquier pasatiempo y ocio posponen y desean por andar haciendo mal y ejercitando y haciendo las crueldades que pueden hacer.

Llevaba Domingo Lozano prosupuesto de hacer toda la guerra civil y criminal que pudiese a todos los indios desta provincia, para ver si con destruirlos los domaría y sujetaría, pues por bien jamás había podido. Y así luego hizo hacer un puente en el río y pasó de la otra banda con toda la gente que consigo llevaba, y alojándose en un llano poblado y bien cultivado que en las riberas del río había, por mano de los bárbaros que consigo llevaba, comenzó a talar y destruir las comidas y caserías que por delante topaba y alrededor de sí tenía, haciendo en ello todo el daño que se pudo hacer, de suerte que todo quedó por el suelo, aunque las personas de los enemigos no lo podían hacer entonces, porque llovía cada día y la tierra era muy doblada y resbalosa, y eran grande impedimento en estas cosas para poder salir de noche e ir a buscar los alojamientos y rancherías de los indios.

Hecha esta destrucción en lo llano se subieron los españoles a la poblazón de un principal llamado Pasquín, que estaba puesta en un alto, donde se alojaron algunos días, y por causa de las aguas se detuvieron, en los cuales los indios de la tierra trabaron algunas peleas en Guambias, que así se decía la poblazón del

cacique don Diego, donderan naturales aquellos indios; y como en número y en armas y soltura de cuerpos los unos y los otros fuesen iguales, hacíanse igual daño, aunque las más veces llevaban lo peor los enemigos; porque como entre la gente de Guambia viniese un indio principal, llamado don Pero, quen lugar de don Diego los mandaban, y este bárbaro fuese muy españolado, traía consigo de continuo un arcabuz bien proveído de las municiones necesarias, el cual lo tiraba y mandaba muy bien, y como los contrarios no vían españoles entre los indios acercábansele mucho, por ser sus iguales; y este principal usaba en estos tiempos tan diestramente del arcabuz, que matando con él en diversas veces muchos indios, ponía a los contrarios en huída y había vitoria dellos.

Pasóse el capitán con los soldados e indios amigos a la poblazón de Abugima, que algo apartada estaba, dejando emboscados algunos soldados en la rancheería de Pasquín, donde dende a poco entraron algunos indios de los naturales de aquella poblazón y fueron los más dellos muertos de los soldados e indios que a ellos salieron. Pero la ligereza y ánimo de un indio principal de los Esmisas no fué de menospreciar en este tiempo; porque como un indio principal de los de Pasquín fuese huyendo una ladera arriba vestido una camisa de ruán y con sus armas en las manos, este principal de Esmisa lo siguió con tanta obstinación y ligereza, que antes que pudiese el enemigo ponerse en parte segura fué alcanzado y cuasi sin hacer ninguna resistencia muerto por el principal de Esmisa, el cual le cortó la cabeza y se la trajo consigo por trofeo deste vencimiento. El propio día se alojaron en la poblazón de Abugima, donde luego los indios amigos se dieron a destruir las casas y labranzas y todo cuanto por delante topaban.

CAPITULO XIII

*De cómo Juan del Olmo volvió a Paéz con socorro
quel gobernador de Popayán le dió, y cómo con él
entró el cacique de Guambia don Diego con muchos
de sus sujetos, y el castigo quel capitán Lozano sabió
a hacer por la tierra, por temor del cual se efetuó la
paz de aquella provincia. Escríbese aquí un convite
quel señor de Guambia hizo a los españoles*

Los indios destas poblazones por donde el capitán Lozano andaba, teniendo por más que cevil guerra la que se les hacía, pues vían asolar y destruir sus tierras y haciendas sin poderlo remediar y que la turba de los indios amigos que con los españoles andaban se extendían por todas partes, abrasando con todo género de crueldad la tierra que hollaban, trataron entre sí de confederarse con los españoles por mano de don Diego, cacique de Guambia, quen el pueblo había quedado enfermo, a quien ellos mucho tiempo antes conocían por haberlo tenido en su tierra, para en el ínterin queste principal y sus indios estaban en la tierra, usar y gozar de aquella paz que pudiesen, y con ella atajar tan innumerables daños que cada día les venían a cuestras; y así le enviaron todos los más principales mensajeros al don Diego, para que con los españoles y su capitán se asentase la paz.

Y como este principal en alguna manera quisiese gratificar a los Paéz el beneficio quen otro tiempo se le había hecho en aquella tierra, tomó la mano en el

negocio, con designio de efetuar y tratándolo con Juan del Olmo, que a la sazón era alcalde y había quedado en el pueblo, y prefiriendo de asentar la paz y hacer venir allí todos los hijos de los principales de aquella provincia y que diesen la obediencia, hizo que se escribiesen cartas al capitán Domingo Lozano para que, no pasando adelante con la guerra que iba haciendo, se volviese al pueblo, donde todos los indios de la tierra le vendrían a servir y reconocer.

En el mesmo tiempo questo se trataba en el pueblo acudió al alojamiento donde Domingo Lozano estaba en Abugima una india principal, señora de una pequeña poblazón que no lejos de allí estaba, llamada Calumba, a ofrescerse con su gente a la amistad de los españoles; porque, como los vía ya cercanos a su tierra, temía verla abrasada y destruída en breve tiempo. Holgóse Domingo Lozano desto, pero los indios de Gambia pesóles dello, y mostráronlo claramente contradiciendo que con ningunas condiciones se debía admitir aquella paz, dada cautelosamente, sólo por redimir las vejaciones que presentes tenían, y quera quitarles a ellos el premio y despojos que speraban haber de aquella poblazón dentre las manos. Los indios de Esmisa deseaban que la paz se efetuase con esta bárbara mujer, con la cual tenían particular amistad, y ansí contradecían lo que los Gambias decían. Y sobreste caso se encendieron entre sí estos bárbaros, y hobieran de venir a las manos si el capitán no los apaciguara con apartarse luego de aquella poblazón y pasar adelante la vía de Talaga; y estando alojados a las juntas de Suyn para pasar el río, vinieron de paz un hijo del señor de Abirama, llamado Itaquibe, con ciertos indios cargados de comida, que los enviaba el principal de aquella poblazón a tratar paces con los españoles.

Este mancebo Itaquibe se ofresció en nombre de su padre de guardar la paz y amistad con los nuestros, y dijo al capitán que bien sabía cuán destruída y arruinada había dejado toda la poblazón y parciali-

dad de Abirama, su padre, por lo cual en ella había al presente muy poco recurso y provisión de comida; que no permitiese que aquellos crueles bárbaros sus enemigos, con el amparo y calor suyo y de los demás españoles, la acabasen de destruir y arruinar de todo punto. Prometióle el capitán de hacerlo así como se lo rogaba; y llevándolo consigo a él y a los indios que con él habían venido de paz, se fué, sin llegar a Abirama, a lo alto de la loma de Taravira, sin que allí hobiese ningunos indios que hiciesen dar grita ni ponerse con la desvergüenza que solían por los altos a echar piedras ni otras armas arrojadas; porquentre todos aquellos bárbaros reinaba gran temor después que la gente de Calambar y Guambia habían entrado en ella; y así como personas que reconocían venirles el principal daño de los indios de Guambia, se ponían muchas veces por los altos dando voces y diciendo que más sentían el daño que aquel poco tiempo les hacía la gente de Calambar, que cuanto en lo pasado los españoles les habían hecho; y así acabaron estos bárbaros de destruir y arruinar toda la poblazón de Taravira.

Y viendo los indios de la parcialidad de Páez y de Suyn que las cosas de la guerra iban tan sangrientas y coléricas, enviaron sus mensajeros al capitán, antes que se extendiese a sus poblazones el daño, a ofrecerse de paz y que se fuese el capitán al pueblo, que ellos enviarían sus indios a servir y a hacer labranzas y rozas. Y estando perplejo el capitán si se iría al pueblo o pasaría adelante con la guerra civil quentre manos tenía, porque le parecía que aquella gente de dudosa e incierta fee no cumplirían cosa de lo que prometían, e ya que lo cumpliesen sería cautelosamente, y a fin de redimir los presentes daños, le vinieron las cartas que Juan del Olmo y el cacique don Diego le escribían acerca de la paz que todos los indios en general se ofrecían a dar. Y como Domingo Lozano vió por las cartas la certidumbre quel cacique le enviaba de que habría por su mano paz general,

desde Taravira, dondestaba, se volvió al pueblo, dondel cacique don Diego hizo que viniesen los hijos de los principales de aquella provincia con muchos de sus sujetos a servir a los españoles, y les enseñaba el modo quen ello habían de tener, poniendo a sí por ejemplo y haciendo a sus indios que trujesen leña, hierbas, maíz y todas las otras cosas necessarias al servicio y sustento de los españoles; y demás desto les decía cómo él daba a su encomendero don Francisco indios e indias y muchachos y muchachas para que le sirviesen, unos de caballeros, otros de pastores, otros de gañanes y otros de pajes, y que así debían ellos hacer con el español a quien fuesen encomendados; porque Domingo Lozano los había muy presto de repartir y dar a cada español su principal y cacique para que lo sirviesen en la forma qué y los demás indios de Popayán hacían a sus encomenderos; y para más los atraer a estas cosas y que los Páez viesen cuán generoso y señor era en sus cosas, concertó de hacer un convite a todos los españoles, a los cuales rogó ante todas cosas que lo aceptasen y fuesen sus convidados para un día señalado. Y habiendo prevenido para la comida todas las cosas necessarias de pan y vino de España y de todo género de carne y aves, rogó a Villanueva, vecino de la Plata, con quien él tenía particular conocimiento, que, juntamente con otros tres amigos suyos, tomasen el cargo de ordenar aquel convite y comida qué había de dar a la española, porquentre sus criados él no tenía de quién fiarse ni a quién encargarlo, que todos carecían de pulicía, por ser criados tan bárbaramente como era notorio.

Encargáronse estos españoles de lo quel cacique don Diego les rogó, y poniendo la mano en ello, aderezaron una suntuosa cena o comida; y para este efecto mandó hacer en su alojamiento, quera algo apartado del pueblo, una muy larga ramada, la cual adornó de muchas borduras, árboles verdes y pájaros vivos de muy diversos colores y géneros, y lo hizo poner

tan en concierto, que parecía ser ordenado de hombre de curioso y agudo ingenio y que no se había criado entre bárbara gente. Llegada la hora del convite, el propio cacique fué a llamar al capitán Lozano y a los demás españoles, y volviéndose con ellos a su ramada los hizo sentar por su orden y concierto en las mesas que ya estaban aparejadas y puestas a la española, dando el primer asiento y cabecera al capitán Lozano, y tomando él para sí el segundo, y luego algunos de los hijos y principales de los señores y caciques de Páez y de aquella provincia, por honrarlos y dallos a entender cómo se habían de tratar. Y, acabado el convite, por fruta de postre hizo don Diego que se echase sobre la mesa mucha cantidad de pescado seco que había hecho traer de su tierra, que en esta provincia cosa muy estimada, a causa de no haberlo ni matarse en ella. Y acabada la comida, los españoles se levantaron y tomando sus arcabuces y cabalgando en sus caballos, que todo lo tenían allí, se regocijaron un buen rato en presencia del cacique don Diego y de los otros principales que con él estaban, y después desto dende a pocos días, queriéndose volver y salir a su tierra don Diego, juntó y trajo antel capitán todos los hijos de los principales de aquella provincia, y en presencia del capitán les habló y tornó a decir cómo habían de servir a los españoles para tener perpetua paz con ellos, y que si se tornaban a rebelar, qué volvería con toda su gente a hacerles la guerra; y con esto se despidió del capitán, prometiéndole de proveerle de maíz cuando lo hobiese menester.

Y el capitán ansimesmo habló a los principales e hijos de caciques que allí estaban, amonestándoles el conservar la paz si no querían ver destruída su tierra con crueles y severos castigos que en ella haría; y les mandó que trajesen indios y viniesen a hacer labranzas junto al pueblo para el sustento de los españoles. El costo y gasto desta comida, por haberse hecho con ánimo tan tenaz como suelen ser los de los indios, no

fué tan escasamente hecho como se pensó, porque en solo vino gastó este bárbaro más de sesenta pesos de buen oro, que son casi cien ducados castellanos, de lo cual hobo en abundancia, y en semejantes lugares se tiene por cosa generosa y de gran largueza el dar en los convites abundancia de vino de España, por no cogerse ni hacerse en estas partes; y ansí al mismo respeto este valor y gasto de las otras cosas que de España se traen, quen las Indias no se dan, por lo cual se presumía queste cacique había gastado en esta cena más de treientos escudos.

CAPITULO XIV

En el cual se escribe el guerrear de los indios de Páez, y cuán favorable les es la tierra para ello, y cómo el capitán Domingo Lozano, por su persona y por mano de Juan del Olmo, su caudillo, acompañado de los españoles, hicieron muchas salidas por la provincia a apaciguar y asegurar los amigos y castigar los rebeldes. Escríbese todo lo subcedido hasta la subida del morro de Quinche

Pareció a Domingo Lozano que, por estar los indios de paz, aunque fingida, era tiempo acomodado para visitar y correr la tierra y ver todas las poblaciones que en ella había, para más acertadamente hacer el apuntamiento y repartimiento della, porque hasta entonces los indios naturales no les habían dado lugar a ello, por haber siempre guerreado muy bríosamente y defendido a los españoles el salir a correr la tierra a lo largo con gran valor para ser gente desnuda y de tan rústicas armas ofensivas, y que no tienen ni usan de ningunas defensivas o para el amparo y custodia de sus personas, a los cuales, como he dicho, les era muy favorable la naturaleza de la tierra, que con su aspereza y dobladura causaba que los caballos no pudiesen andar ni ser llevados adonde los españoles pretendían ir, sin los cuales no les era cosa permitida en esta tierra, porque en la hora que sin llevar caballos se alejaban o apartaban del pueblo algunas jornadas, se ponían en evidente peligro de ser desbaratados y muertos; porque como esta gente sea tan belicosa y guerrera como he dicho, y su pelear ha de ser y es principalmente pie a pie, por ser sus

armas largas lanzas, procuran, aunque con los arcabuces se les haga daño, allegarse y venir a las manos con los españoles, y para este efeto les es muy favorable la tierra, porque como el caminar por ella o ha de ser bajando o subiendo, y estos bárbaros sea gente muy suelta y que con mucha presteza y ligereza se apoderan de los lugares altos, donde sobrepujan y señorean a los españoles, es grande el daño que con piedras tiradas con largas hondas les hacen, y con galgas que echan a rodar, cuyos ímpetus pocas veces se pueden esperar ni tolerar; y están los indios tan diestros en esta su manera de guerrear, que, imitando la presteza de las piedras que tiran, tras dellas se acercan y procuran cerrar con los españoles, procurando mezclarse con ellos y andar a los brazos.

El capitán Lozano, con los españoles e indios que, so color de amigos, por robar y hacer mal le seguían, se fué por la otra banda del río la vuelta de las salinas, questán por bajo de la loma de Abugima y de Abirama, y pasando por la poblazón del cacique llamado Buyomenge, la taló y destruyó toda, sin quen ella dejase cosa en pie, para con esto castigar la rebelión en queste principal y sus sujetos estaban obstinados. Los cuales, no osando acercarse a los españoles por no recibir en sus personas la misma destrucción quen sus haciendas vían, se ponían por los altos a dar grandes voces y gritas contra los indios Esmisas, amenazándoles con la muerte, diciéndoles que aquella audacia que con el calor de los españoles tenían para hacerles daño, en breve tiempo se la pagarían, pues, según la guerra aquellos pensaban hacer a los nuestros, no podrían permanecer mucho tiempo en aquella tierra. Mas a los Esmisas no se les daba cosa alguna de las amenazas de los enemigos, porque la gente de su parcialidad en manera y vigor de ánimo sobrepujaba a estos bárbaros que los amenazaban y a los queran de su parcialidad.

Los españoles, siguiendo su cevil guerra, llegaron a las salinas, y de allí, corriendo la tierra a una y otra

parte, revolvieron sobre la loma de Abingima, donde vino a ver a los españoles Itaquibe, cacique de Abirama, y disimulando con él Domingo Lozano por lo que intentó hacer en sí contra los españoles, le mandó quenviase de su gente al pueblo a cavar y a hacer labranzas..

Subió Lozano con los españoles todo lo alto de la loma de Mingima, tomó una cuchilla y loma abajo, y pasando por las juntas de los ríos de Abirama y Suyn, los Esmisas se fueron por la poblazón de Suyn, quera su deudo y confederado, a su tierra y los españoles se vinieron al pueblo, dejando la tierra por donde habían andado más destruída y arruinada ques-carmentada, aunque algunos indios no dejaban, con el color que de paz tenían, estarse en sus casas, a los cuales el capitán animaba que labrasen y sembrasen, qué guardaría sus sementeras; porque muchos indios, temiendo no gozarla, no querían labrar. Esto todo era y es en gentes apartadas del pueblo, que las questaban allí juntas y allegadas todos estaban en sus casas con ostentación de paz sin ir al pueblo a servir a los españoles sino muy raras veces. Y paresciéndole al capitán que no se debía perder ni gastar ningún tiempo en vil ocio, dende a pocos días que hobo descansado él y los soldados del trabajo desta salida pasada, envió a llamar a los Esmisas que le acompañasen, y con ellos y con los españoles que le pareció se fué al río de Abirama y Páez abajo, donde tuvo noticia que había mucha gente recogida de la de aquella provincia junto a los Pejaos que hacia aquella parte había, y pasando por las juntas de Abirama le salieron de paz el cacique viejo de Abirama y sus hijos y otros muchos principales; y más abajo, en las juntas de Abungima y Páez, junto a las salinas, le salieron ansimesmo de paz la cacica salinera y otros principales que por allí cerca había, entre los cuales fueron Umbiton y Vilomenge; y llegado que fué a las poblazones del río abajo comarcanas a los Pejaos, las halló muy enhiestas y labradas y los indios pues-

tos en arma para defenderlas; pero no fueron parte para ello, porque con gran presteza fueron desbaratados por los nuestros y por los amigos que con ellos iban, y hecho en toda su tierra la mesma destrucción y ruina quen los otros pueblos rebeldes acostumbraban a hacer, y gastando en este pueblo cinco o seis días en las cosas dichas, se volvieron al pueblo proveídos de maíz y otras cosas para el sustento y provisión del pueblo que por esta tierra hobieron.

Y queriendo Domingo Lozano repartir la tierra, tuvo noticia quen el río de Guarriba había cierta poblazón, demás de la quél había visto, y por que hobiese más que repartir entre los soldados, envió otra vez a Juan del Olmo con cuarenta soldados por un nuevo camino y más cercano que se había descubier-to, el cual tornando a entrar en Gi, y bajándose a las vegas del río, queran llanas, caminó por ellas arriba hasta dar en las nuevas poblazones que descubrió, las cuales estaban bien labradas y acompañadas de muy crecidos maizales; y como desta vez no se llevaron ningunos indios amigos, los mesmos soldados con las espadas, imitando la severidad de los bárbaros, cortaban los verdes y crecidos maizales que por delante topaban, y de lo que no se podían aprovechar ni llevar consigo lo destruían y quemaban, pegando fuego a las casas. Y después que hobieron visto lo que por allí había de ver, dieron la vuelta al pueblo sin que los enemigos les hiciesen daño ninguno más de darles gritas y tirarles pedradas con las hondas, aunque les fué en esta vuelta necessario a los españoles tomar de noche un alto, donde si de día lo subieran y los enemigos se pusieran a defenderlo había notable peligro de ser desbaratados. Y sabido el capitán Lozano lo quen el río de Gi arriba había, por la mesma ocasión fué con gente a ver ciertas poblazones que le dijeron estar en el morro de Quinche, las cuales halló y corrió y arruinó, y prendió muchos naturales della. Y hecho todo el estrago que pudo dió la vuelta al pueblo.

CAPITULO XV

En el cual se escribe cómo el capitán Domingo Lozano repartió los naturales entre los soldados que lo habían trabajado, y de cómo, por no evitar ocasiones y desórdenes, se comenzaron a alzar y rebelar los indios, y vino a haber rebelión general de los naturales en la provincia

Estas cosas así hechas y acabadas de ver las poblaciones de indios quen comarca deste pueblo de San Vicente de Páez había, el capitán Domingo Lozano, por satisfacer a los clamores de los soldados, que muy ahincadamente le pedían y rogaban que repartiese la tierra y poblaciones de aquella provincia, para que cada uno gozase del premio de su trabajo, hizo apuntamiento y repartimiento de los naturales, aunque contra su voluntad y opinión; porque Domingo Lozano vía claramente quen aquella provincia no había tanto número de naturales que con ellos bastase a contentar ni satisfacer a todos los españoles que sustentaban aquel pueblo y habían trabajado en la guerra dél, por lo cual en el punto quel apuntamiento y repartimiento se acabase de hacer y se publicase, lo habían de desamparar mucha parte destos soldados, unos por defeto de no tener ni haberles alcanzado parte de los indios, y otros porque lo que se les había de dar sería tan poco que no bastase a darlos el sustento necesario para sus casas y personas, y así se había de ver después en gran trabajo, porque le ha-

bía de faltar la gente y se le habían por esta causa de desvergonzar los indios y tornársele a rebelar y ponelle en ventura de despoblar el pueblo.

Mas todas estas cosas, aunque las tenía presente Domingo Lozano, las disimulaba cueradamente, sin dallas a entender a sus compañeros, por no perder la opinión quentre sus compañeros tenía de hombre de ánimo invencible, la cual le había dado su buena fortuna quen la guerra tenía; porque jamás le habían desbaratado ni hecho volver atrás, ni había dejado de haber entera vitoria de los enemigos contra quien había salido a pelear, y ansí los soldados le seguían con mejor voluntad que a otro caudillo ninguno de los que acostumbraban salir con los españoles.

Los naturales desta provincia de Páez habíalos repartido el capitán Domingo Lozano entre cincuenta soldados de los que más y mejor lo habían trabajado en est tierra y en otras partes, metiéndose entrellos, y dando a unos más y a otros menos, según la calidad que cada uno tenía, porque ansí es uso y costumbre en todos los más pueblos de las Indias, que no se reparte o hacen los repartimientos iguales, sino en tres maneras: unos buenos o mejores, y otros no tales, y otros peores. Y desta manera se reparten entre los soldados conforme a la calidad y trabajos y gastos que cada cual ha hecho en la conquista. Y hecho en esta manera el apuntamiento, después de haber declarado a cada uno lo que le daban, lo envió al Audiencia de Sancta Fee al presidente del Audiencia, que lo era el doctor Venero de Leiva, les confirmase y encomendase los indios, porque en este tiempo estaba sufragana esta ciudad al Audiencia del Nuevo Reino y no al gobernador de Popayán, y después vino a mandarse questuviese debajo de la administración del gobernador, por estar muy metida dentro en su gobernación y muy apartada de Sancta Fee, dondestaba el Audiencia.

El presidente, quitando algunas cosas al capitán Domingo Lozano y a otras personas a quien había

dado demasiados indios para conforme los que la provincia había, confirmó todo lo demás que había hecho e repartido, dejándolo todo en las personas a quien Lozano lo había dado, y al fin, unos contentos y otros quejosos, los que habían salido de Páez a procurar quel apuntamiento se deshiciese, todos se volvieron a su pueblo, porque lo había bien menester, porque los indios iban ya alterándose y comenzando nuevamente a ser rebeldes, que, quebrantando las fuerzas de la paz, hacían muchas desvergüenzas contra los españoles, pesándoles de que tuviese muestras de perpetuarse este pueblo, las cuales eran el labrarse que los indios iban ya alterándose y comenzando nuevamente a ser rebeldes, que, quebrantando las fuerzas de la paz, hacían muchas desvergüenzas contra los españoles, pesándoles de que tuviese muestras de perpetuarse este pueblo, las cuales eran el labrarse las minas y sacarse oro en el río de Suyn, en Tumbichao, donde ya los vecinos de aquel pueblo traían algunas personas o piezas, ansí naturales como extranjeras, que sacaban y daban cada día a sus amos muy buen jornal.

La primera desvergüenza que en este tiempo estos bárbaros hicieron fué quel cacique Quinche, matando sobre paz un esclavo negro que iba o venía de resgatar maíz, se rebeló y subió a lo alto del morro, adonde fueron una noche a dar con él y con otros indios que lo acompañaban nueve destos españoles, y los cercaron con designio de tomarlos a todos vivos; y como para este efeto se arrojasen dentro del buhío tres soldados, los indios los recogieron entre sí y casi sin armas los maltrataban y ahogaban, porque no se podían aprovechar de las espadas; pero con las dagas arredaban de sí los indios, y con todo esto fué necesario que de los de afuera les entrasen a socorrer y librar del peligro y aprieto en questaban; mas los indios, aunque se vieron cercados, no por esto se quisieron rendir, sino, pretendiendo librarse de las manos de los que les tenían cercados, pelearon muy brio-

samente. Los soldados, pretendiendo de todo punto haber vitoria o destruir estos bárbaros, viendo su obstinación pegaron fuego a la casa dondestaban recogidos, y poniéndose a la puerta herían con las espadas a los que se huían o salían y medio chamuscados del incendio, y con las heridas que les daban, unos quedaban allí muertos y otros se arrojaban y despeñaban heridos por las laderas y cuestras abajo que tenían delante, y muchos, quedándose dentro del buhío, se quemaron y abrasaron vivos; pero Quinche escapó vivo con dos heridas que al salir del buhío le dieron.

Tras desto se siguió quel encomendero del cacique de Nuesgo, deseando su particular provecho, rogó al capitán que le diese treinta compañeros para ir a tomar y prender este cacique, que estaba retirado en cierta parte, porqué tenía buenas guías y les era cosa necessaria su prisión porque había sido muy contumaz en su rebelión y era hermano del cacique Páez y de Talaga, señores de aquellas provincias, a los cuales siempre había persuadido que siguiesen su opinión. Por la utilidad que generalmente se seguía de la prisión deste cacique mandó el capitán Lozano que fusen los treinta españoles dondel encomendero decía, y dióles por caudillo a Pedro de Lizana, hombre mal afortunado o experimentado en este caso de indios, según por la obra se pareció; porque como todos los españoles saliesen juntos del pueblo y siempre decían andar así, excediéndose de lo que en este caso debía hacer, luego que llegó a la poblazón de Linas, indios que al parecer estaban de paz, dejando allí tres españoles solos con los caballos caminó con la demás gente de noche siguiendo tras un indio que llevaban por guía, el cual tomando por diferente camino los llevó a amanecer al pueblo o cibdad de San Vicente. El capitán, visto esto, escribió a los tres que en Linas habían quedado con los caballos y muchos indios ladinos del servicio que luego se volviesen al pueblo, pareciéndole que lo podían hacer muy

bien; pero esto les subcedió muy al contrario; porque como los tres rescibieron la carta y luego se moviesen la vía del pueblo, salieron a ellos muchos indios con sus armas y comenzaron a dar en los indios ladinos y a herirlos, y acudiendo a favorecerlos los tres españoles, allí luego mataron a uno llamado maese Pedro de Lizana, que a esta sazón se halló a pie. Los otros dos españoles, como estaban sobre sus caballos, comenzaron a hacer rostro a una parte y a otra; pero después que vieron la multitud de los indios que se les acercaba, diéronse a huir y guarecer sus vidas, arrojándose por lugares muy derechos y peligrosos, hasta que se pusieron en salvo. Los indios ladinos, escondiéndose por unos pequeños montes que por allí cerca había, se guarecieron muchos hasta que otro día siguiente llegaron a este mismo lugar treinta españoles que luego la propia noche el capitán envió a que enterrasen el cuerpo de maese Pedro de Lizana y a que recogiesen, si hallasen vivos, algunos indios del servicio.

Y hecho lo que les fué mandado y recogidos los indios que estaban vivos, que a las voces que los soldados daban salían, se volvieron al pueblo sin que les acometiese ni saliese indio alguno de paz ni de guerra hasta que les vieron volver las espaldas y tomar la vía; por que estaban todos los indios puestos en celada para poder ver si los españoles pasaban adelante; y después que vieron que se volvían, salió a ellos la multitud de los bárbaros que de toda la provincia generalmente estaban juntos para este efeto por consejo de Icuán, indio que mucho tiempo había andado con los españoles. Este Icuán es el que fué preso en una emboscada y por redimir su vida dijo a los españoles qué les descubriría y enseñaría ciertas ricas sepulturas que en Talaga había; porque Icuán jamás había osado volver a vivir entre sus naturales, de temor que tenía que el cacique de Talaga, cuyo hijo era el que se había desenterrado de una de aquellas sepulturas, no lo matase porque lo había descubierto;

y así todo este tiempo este mismo indio peleaba y había peleado contra sus naturales con tan cruel ánimo como los españoles, y al fin vino a tratar que se juntasen y confederasen Esmisa y Anabeima y todos los otros principales amigos con los enemigos señores de aquella provincia y, revolviendo sus armas contra los españoles, los matasen o hiciesen obras para que se saliesen de la tierra, como lo habían hecho con el adelantado Benalcázar, y por su consejo los indios habían salido a matar los tres españoles y a sus caballos qu arriba he dicho; y agora estaba con estos treinta españoles fingiendo que peleaba en su favor, porque luego que los bárbaros se descubrieron y arremetieron a los nuestros para desbaratarlos, este Icuán se puso en la delantera con sus armas a defender la parte de los soldados, los cuales constantemente peleaban así a pie como a caballo y se defendían haciendo gran daño en los enemigos; mas como ellos entre sí se animasen a la pelea y por la gran muchedumbre de indios que sobre sí vían peleando obstinadamente trataron de irse retirando, porque la munición se les iba acabando y ellos se iban cansando, Icuán, como entendía la lengua española, decía a sus naturales, fingiendo que contra ellos peleaba, que cerrasen con los españoles, que la munición se les gastaba y los ánimos les iban faltando, y con mucho ahinco les decía y persuadía a que lo hiciesen, lo cual si los bárbaros efetuaban cómo y cuándo se lo decía, sin duda alguna fueran destruídos de todo punto los nuestros. Y así le respondían los indios quera grande el daño que los arcabuces les hacían, por cuyo temor no osaban arremeter de golpe a los nuestros. El malvado indio y traidor Icuán, no cesando de animar a sus naturales y entendiendo todo lo que los españoles entre sí trataban acerca del gran aprieto en que se vían, apretando los dientes, como hombre que le pesaba de que se tardasen los enemigos en haber y alcanzar vitoria, les decía: "Cerrá, cerrá con ellos, no tengáis miedo ni os desviéis, que ya se les acaba

la pólvora con que tiran y van ya huyendo y entre sí diciendo que no tienen con qué tiraros, que se retiren.”

Los bárbaros enemigos, como oyeron estas cosas y conocieron el coraje y ahinco con que se las decía Icuán, todos juntos, apeñuscados y cerrados unos con otros, con gran alarido arremetieron tan de golpe a los nuestros, que si por delante no hallaran los de a caballo, en quien se repararon y perdieron la furia, los desbarataran y ahuyentaran y habrían la vitoria que deseaban y esperaban. Pero en esta arremetida lo hicieron los españoles muy de su valor, porque siguiendo a los jinetes que pusieron los rostros de sus caballos contra la turba de los bárbaros, los unos y los otros pelearon con tanto brío y vigor que, rebatiendo los enemigos, los hicieron volver atrás con pérdida de muchos indios que allí se alancearon y mataron. Mas no por esto dejaron de seguir su pelea y llevarla adelante, porque Icuán no cesaba de animales y dalles buena esperanza de la vitoria, avisándoles siempre en su lengua paterna de lo quentre los españoles se decía y trataba. Pero como lo que Icuán decía a sus parientes y comarcanos fuese entendido por unos indios Panches que con los españoles estaban y entendían aquella lengua, dijeron lo que pasaba a los soldados, y certificáronles dello, por lo cual, arremetiendo algunos de los que más cerca se hallaron al indio Icuán, le dieron de estocadas, y mántándole allí pagó miserablemente su maldad y traición.

Los enemigos, viendo muerto a Icuán, que los animaba, aflojando en la pelea dieron lugar a que los nuestros pudiesen descansar, aunquera ya casi noche, y después de anohecido los indios se estuvieron quedos sobre los españoles, algo apartados dellos, de suerte que tuvieron lugar de bajarse a los llanos de la vega de Páez sin que los sintiesen los enemigos, porque a sentirles cuando bajaban les harían mucho daño y aun pudiera ser matarlos a todos, por ser la bajada muy peligrosa y derecha. Y puestos en la

vega, que ya era parte segura, aguardaron a la claridad del día, con la cual se fueron al pueblo con algunos soldados heridos, todos muy trabajados y cansados de lo mucho que habían peleado; y de aquí quedaron todos los más indios de la provincia rebelados y sin querer servir ni tener paz ni amistad con los españoles, y comenzó de nuevo el pueblo a sentir calamidades y hambres y necesidades.

En esta guazabara, antes que Icuán fuese muerto, supieron los españoles cómo había habido entre los indios de toda la provincia trato y conspiración general para dar en los españoles y matallos, y si ello no fuera encaminado de la manera que se ha dicho, pudiera ser subceder en mayor daño de los nuestros.

CAPITULO XVI

Cómo Domingo Lozano envió a pedir socorro de gente y municiones y comida a Popayán, y el gobernador don Alvaro envió a don Francisco de Benalcázar con ello y lo hizo su teniente de aquel pueblo, y lo que él hizo don Francisco hasta la toma del peñón de Suyn. Escríbese cómo fué dado este pueblo por de la gobernación de Popayán.

Como, por la general rebelión, los españoles no eran poderosos para salir a buscar comida a ninguna parte ni a pacificar ni a dar guerra a los naturales, ni sus fuerzas bastaban a domarlos ni traerlos a servidumbre ni a otro ningún género de amistad, y vían que si se salían de la tierra y despoblaban el pueblo era cosa afrentosa y que los había de traer por puertas y mesas ajenas, animáronse y determinaron de antes sufrir cualquiera calamidad y trabajo que de hambre o guerra les viniese que volver las espaldas a la adversa fortuna, que con tan terribles señales les amenazaba de que ternían presto encima de sí todas estas adversidades, las cuales comenzaban ya a sentir; porque faltándoles el maíz, que estos pueblos es el principal sustento y sirve de lo que otros el trigo, entraba ya a banderas tendidas el hambre por las puertas de todos los moradores deste pueblo, la cual toleraban con la carne de unas pocas de vacas que les habían quedado y que diversas veces se ha-

bían metido en la villa de la Plata para el sustento deste pueblo.

El capitán Domingo Lozano, con acuerdo de todos los moradores de Páez, escribió al gobernador de Popayán el trabajo y necesidad en questaban y la necesidad que tenían de ser brevemente socorridos así de comida como de soldados y gente que les ayudasen a pacificar la tierra, y municiones de pólvora y plomo para los arcabuces; y no atreviéndose a deshermanar los españoles ni enviar ninguno con estas nuevas, dió las cartas duplicadas a dos indios ladinos que, saliendo de noche del pueblo y cada uno de por sí y en diferentes noches, caminasen la vuelta de Popayán como su fortuna les siguiese, por que si el uno fuese salteado y muerto de los indios quen el camino había, el otro, si tuviese mejor hado, saliese. Pero al fin entrambos salieron salvos dentre los enemigos y, llegando con las cartas a Popayán, hallaron por gobernador a don Alvaro de Mendoza de Carvajal, a quien el rey había hecho merced deste pueblo de Páez fuese de su gobernación; porque como habían salido los que lo poblaron del Nuevo Reino de jornada y con comisión y licencia del Audiencia, habíase poblado sufragando a ella, y así estaba la jurisdicción y justicia puesta por la propria Audiencia. Y por esta causa yo ansimesmo vine a tratar desta poblazón y conquista en esta *Historia del Nuevo Reino de Granada*, paresciéndome que, pues la gente que la pobló salió del Reino y él fué poblado por sufragano al Reino, y que la jurisdicción estuvo tanto tiempo por el Reino, que debía andar conjunta al Nuevo Reino y lo que dél se escribiese, no embargante que agora, por voluntad de Su Majestad, sea de la gobernación de Popayán, como lo es.

El gobernador don Alvaro, sabida la necesidad y trabajo en que la cibdad de Páez estaba, y como era luego que nuevamente se le había hecho la merced de que fuese su subjeta, proveyó con toda diligencia que fuese socorrida y proveída de todo lo quenviaba a pe-

dir el capitán Lozano; y para este efeto habló a don Francisco de Benalcázar, señor de Guambia, que con sus indios, que ya otra vez habían ido a favorecer a los españoles de Páez, y con veinte españoles que se juntaron, entrase al socorro de aquel afligido pueblo; y para que con más voluntad lo hiciese le dió comisión quen su nombre tomase la posesión de aquel pueblo y fuese su teniente en él para en las cosas tocantes a la guerra, y Domingo Lozano se quedase con la jurisdicción ordinaria del pueblo y lo sustentase.

Aceptólo don Francisco, y con los españoles dichos y algunos de sus indios entró en Páez, saliéndole a asegurar el camino algunos vecinos de aquel pueblo, pero no tan despejadamente como pensaron; porque los indios Páez, juntándose y tomando las armas, salieron a los unos y a los otros españoles y pelearon con ellos en diferentes partes para estorballes la entrada, y como viesen que con las armas no les impedían la entrada, al tiempo que los españoles bajaban por la loma de Taravira, los Páez les pusieron fuego en la sabana, la cual empezando a arder y ocupando el camino con sus llamas e incendio, y siguiendo los indios a los nuestros tras del fuego, a pedradas y lanzadas los pusieron en grande aprieto. Mas los españoles lo hicieron tan bien, que, no rescibiendo de daño más que la muerte de un indio ladino, salieron libres deste peligro.

Don Francisco, como la ambición de mandar sin igual sea tan general, ocultó la comisión que para Domingo Lozano llevaba, y, quedándose él por teniente general, usaba dentrambas comisiones, y aunque le pesaba a Domingo Lozano, disimulólo lo mejor que pudo y envió sus quejas del agravio quen quitarle el cargo se le había hecho al gobernador.

Don Francisco, tomando la mano en las cosas de la guerra y pacificación de aquella tierra, tomó consigo cuarenta soldados y todos los indios amigos que con él habían entrado de Gambia, y por un nuevo ca-

mino y rodeo, para ser menos sentido, se fué la vuelta de Esmisa, cuya poblazón en los días que ella se detuvo asoló y destruyó con los indios que llevaba de Guambia, y luego se pasó a Esquincevance a castigar la muerte de Gutiérrez su encomendero, donde, no pudiendo haber ningunos indios para en ellos hacer el castigo que deseaba, destruyó la tierra, quemándola y abrasándola toda con general incendio, de suerte que no les quedó a estos naturales cosa enhiesta verde ni seca de las que tenían para su sustento, y de aquí se pasó a Guanaja, donde halló a Castro y a otros españoles que le estaban esperando con municiones de pólvora y plomo; y procurando ver y hablar a Anabermi, cacique de aquella poblazón, el cual le salió de paz, se tornó a entrar la tierra adentro sin hacelle ningún daño, por el mal que se le podía redundar con cualquier desabrimento que a este indio se le hiciera. Y tornando a pasar por Esmisa y por Abirama, caminó a grandes jornadas para el pueblo, porque había muchos días que andaba fuera dél y entendía que no podían dejar de padecer necesidad de comida los que su guarda habían quedado.

Estúvose desta vez algunos días en el pueblo don Francisco, dando orden por diversos modos interesantes de proveer el pueblo de comida, de donde le resultó desear con grande ahinco dejar lo quentre las manos tenía e irse a Popayán. Y aunque dello tuvo noticia el gobernador disimulólo y sufriólo con envialle a rogar que no lo hiciese, porque no era cosa que convenía a su honor, mas con todo esto se estuvo obstinado en su determinación y quiso antes de salirse hacer otras correrías por la tierra infructuosas y de poca utilidad; porque después de habelle venido al pueblo de Páez un hijo del cacique Páez llamado Turisque, tomó consigo los más de los españoles y fuese la vuelta de Guanaja, por donde le habían escrito que le entraría ayuda de soldados y municiones; y pasando por la poblazón de Suyn, questaba muy entera y en pie y bien labrada, la destruyó y

asoló toda, y quemaron los indios que consigo llevaba más de quinientas casas de morada; y dejándola toda arruinada se pasó a las ruinas de Esmisa, donde tuvo noticia de cómo los españoles que le entraban a ayudar estaban esperándole en el pueblo de Anabeima; y enviándoles veinte soldados para que entrasen seguros, después de juntos todos dió la vuelta sobre Suyn a acabarla de destruir, y alojándose en parte cómoda envió los más de los soldados a que asaltasen y tomasen un alto peñol o morro que junto a su alojamiento estaba, donde se habían recogido y hecho fuertes parte de los indios de Suyn. Los soldados, aunque salieron de noche para con más seguridad suya subir sin ser vistos de los enemigos a lo alto del peñol, no lo hicieron así, porque fueron antes que subiesen sentidos de los enemigos; y temiendo el daño que con galgas les podrían hacer, esperaron el día, y fuéles acertado consejo; porque los naturales quen el peñol estaban, temiendo el daño que con los arcabuces les podían hacer, defendieron flojamente la subida a los nuestros y no les hicieron en ella ninguna resistencia; y así se apoderaron casi sin trabajo del peñol y de lo quen él había.

CAPITULO XVII

En el cual se escribe cómo los indios de Suyn hobieran de matar los españoles a la bajada del peñol y cómo vueltos al pueblo don Francisco se fué a Popayán y Domingo Lozano pacificó la tierra y la trajo de paz

Los indios amigos que con los españoles habían subido al peñol, como gente vitoriosa comenzaron a derramarse por las laderas y otros lugares inferiores que había por la parte contraria de donde los españoles habían subido.

Era esta parte, aunque muy áspera y derecha, de muchas bajadas, por las cuales los naturales se habían arrojado y descendido luego que sintieron que los españoles subían a lo alto del peñol. Pero no se apartaron mucho, por parecerles quen aquellas derechas laderas eran ellos muy desiguales en ligereza y soltura a los enemigos; y por esta causa y como los indios amigos, según he dicho, se habían esparcido por todas partes y viesen algunas cuadrillas de indios de Suyn reparados por las laderas, paresciéndoles que, como gente que iba de huída, no podían tener ánimos ni fuerzas para esperar su ímpetu y arremetida, se fueron para ellos y comenzaron a trabar pelea en diversas partes, donde los de Suyn, como gente que pugnaba por la defensa de sus personas y tierra, usasen de gran vigor y fortaleza en las peleas y escaramuzas de a pie que sus contrarios con ellos ha-

bían trabado, necesitáronlos a que pidiesen socorro a los españoles quen lo alto habían quedado a la mira, guardando aquella cumbre por que los enemigos no se apoderasen antes de tiempo en ella y de allí con piedras y galgas les hiciesen gran daño. Pero como de la vitoria que los enemigos de los indios amigos hobiesen redundaba a todos generalmente gran daño, por el nuevo ánimo quen el guerrear habían los de Suyn de tomar, bajaron con presteza parte de los españoles con sus arcabuces, y poniéndose en ayuda de los amigos y peleando juntamente con ellos, disparando los arcabuces, de los cuales andaban muy amedrentados los enemigos, se fueron retirando con pérdida de algunos indios que con los arcabuces les iban matando. Y así fueron forzados a dejarles desocupada casi toda aquella ladera, de donde los españoles e indios de Guambia, peleando con gran ardor y rigor, los echaron.

Mas esta vitoria, por la inconsideración y poca prudencia del caudillo, quera Bocanegra, la vinieron en un momento a perder y estar todos en peligro y ventura de ser muertos y tomados vivos a manos de los bárbaros; porque pasó así: Que los soldados quen el peñol habían bajado a ayudar a pelear a los indios Guambias, haciéndoseles pesado el tornar a subir el peñol para salirse dél por donde habían entrado, quera parte más segura, dieron voces y silbaron a los compañeros quen lo alto habían quedado guardando, como he dicho, aquel sitio que los enemigos deseaban tomar para echar desde allí a rodar galgas; Bocanegra, no mirando bien lo que convenía y el peligro de aquella bajada, por la cual iban a dar a una muy peligrosa y honda caldera, aparejada para rescibir daño, desamparado el alto dondestaba comenzó a descender y bajar por la cuesta o ladera abajo a juntarse donde los demás estaban, llamándolos y esperándolos. Y apenas se hobieron ido de lo alto del peñol, cuando en él se hallaron un gran escuadrón de indios cargados de piedras, las cuales comenzaron a

arrojar y tirar contra los nuestros tan de golpe y con tanto ímpetu, que no les dejaban poner en los rostros los arcabuces para ojearlos, o a lo ménos hacerles que no echasen tanta multitud de piedras sobre los nuestros, con que los desordenaban y hacían descender muy apriesa. Fué gran ventura no matar desta vez los indios a algunos soldados y hacerles pedazos por aquel despeñadero por do bajaban huyendo cada cual como podía, porque como las galgas y piedras que los indios echaban a rodar contra los españoles, con el gran vuelo e ímpetu con que rodaban, pasasen por entre los soldados, y algunos llegasen abajo rodando con las propias piedras, queriéndolo Dios Todopoderoso ansí, no se mató ni quebrantó soldado, ni menos lo tomaron a manos los indios en lo bajo, pues iban rodando y huyendo y desatinados, lo cual hicieran y efetuaran los indios quen lo bajo había derramados y no les faltaba voluntad para ello, sino que ya habían acudido españoles de a caballo y de a pie del alojamiento dondestaba don Francisco, quera cerca de dondesto subcedía, y poniéndose debajo de donde los soldados iban a parar desatinados del miedo que consigo traían de ser muertos, los recogían y defendían de que no les hiciesen más mal ni daños del que ellos rodando aquella cuesta abajo habían recibido.

Puestos todos en lo bajo, afrentados de que por el mal gobierno de Bocanegra hobiesen los bárbaros a tanto número de soldados, cargados de veinte arcabuces y otras tantas lanzas jinetas, hecho bajar más rodando que andando, cosa para ellos muy afrentosa, se fueron blasfemando y diciendo mal del caudillo al alojamiento donde don Francisco estaba, el cual luego otro día envió la propia gente a otro peñol más flaco y llano quen la propia poblazón de Suyn estaba, el cual tomaron sin ninguna resistencia, porque los naturales, no teniéndose por seguros en él, lo habían desamparado y dejado yermo y desierto. Y corriendo desde allí los españoles toda una loma bien poblada questaba conjunta al mesmo peñol, la asolaron y des-

truyeron toda y talaron las comidas que ella había, pretendiendo con esta manera de castigo humillar los soberbios bárbaros moradores de aquellas poblaciones, que, menospreciando con arrogancia estos daños y no dándolos a sentir, se estaban a la mira dando muchas voces, gritos y alaridos, mofando y burlando de lo que los españoles hacían, y por algunas partes se acercaban mucho a los nuestros, de suerte que, incitándolos y convidándolos a pelear, procuraban venir a las manos; pero los soldados, como era cosa en su daño y perjuicio, desde lejos les tiraban con los arcabuces, y aunque les mataban algunos indios, no por eso se espantaban ni arredraban mucho de los nuestros.

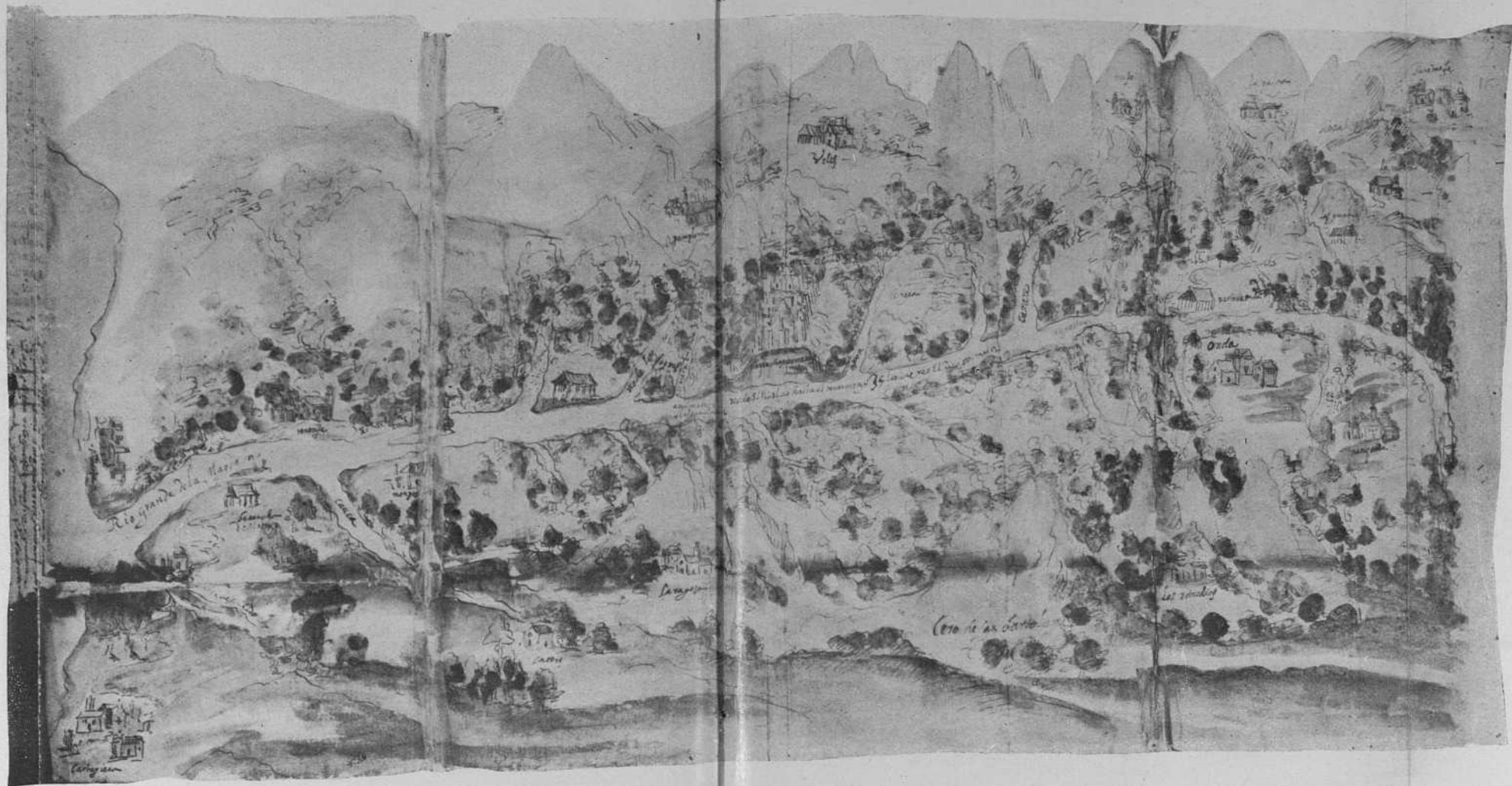
Acudió a esta destrucción don Francisco, que el alojamiento había quedado, y poniéndose con el arcabuz a tirar a los indios que por los altos estaban e como si acudieran a caza de aves o de otros monteses animales, derribaba algunos haciendo buenos y acertados tiros, con que mostraba tomar gran recreación y pasatiempo. Otro día se salió con todos los soldados de su infantería y vino a la ciudad de Páez con designio de salirse luego e irse a Popayán y dejar por algunos días el trabajo de la guerra, lo cual efectuó y puso por obra contra la voluntad de todos los vecinos y soldados de aquel pueblo, que deseaban su estada allí hasta que la tierra se pacificase y apaciguase; pero como para esto no hobiesen sido parte con don Francisco los ruegos del gobernador, los cuales menospreciando por irse a gastar el tiempo en su ociosa vivienda, dió también de mano a las suplicaciones que sobre el mismo caso todo aquel pueblo, temeroso de su destrucción y ruina, le hacían, queriendo en esto antes imitar la invención de su madre, a quien, por ser india, naturalmente le venía no tener en él esta estimación que razón las cosas de honra y pundonor y valor, que seguir como debía y era justo la excelencia de su padre, que por su gran prudencia, esfuerzo y vigor de ánimo y mostrarse en todas las cosas for-

tíssimo capitán y poblador de muchos pueblos, vino digna y justamente a merecer y alcanzar títulos y nombre de adelantado. Y así, dejando el pueblo necesitado y falto de todos mantenimientos y cercado de enemigos, pues todos los indios que a la redonda había estaban rebeldes, se salió con otros cinco compañeros y se fué la vuelta de Popayán.

Los vecinos de Páez enviaron juntamente a Pedro Gallegos, que representase al gobernador don Alvaro la necesidad y trabajo en que quedaban por la poca perseverancia de don Francisco, de lo cual rescibió el gobernador gran alteración y enojo; pero viendo questo no era bastante a remediar la calamidad de aquel trabajado pueblo, de sus propios dineros compró ducientos cargas de maíz, y enviándolas a Páez mandó luego entrar algunos vecinos que con don Francisco se habían salido, y con este recurso Domingo Lozano, fiando de su fortuna, pues entre sus soldados tenía opinión de buena, tomó consigo treinta soldados y salió a correr la tierra con mansedumbre para ver si los indios, cansados de las calamidades y guerras pasadas, se humillarían y abrazarían la paz, como cosa más útil y provechosa. Y usando en esto de todos los medios necessarios, valió tanto esta su industria, quen pocos días trajo y le salieron de paz todos los más caciques y principales de la provincia con sus sujetos e indios, los cuales hacía Domingo Lozano que, viniendo a servir al pueblo, hiciesen y cavasen y sembrasen todo lo más que pudiesen para sustento de los vecinos. Pero todo esto les era tan grave y pesado a los indios, que nunca dejaban de intentar novedades y rebelarse. Y como el demonio, enemigo del género humano, procura toda discordia y guerra para que con ella se vayan los indios muriendo y matando al infierno, por medio de sus farautes y mohanes les dice y da a entender que, si siguen la guerra, que los españoles se tornarán a salir y desamparar la tierra. Y con esto nunca tienen ni ternán entera paz ni sosiego, y si algún tiempo están pacíficos, luego se

tornan a rebelar y a tomar las armas, sin que haya ocasión legítima para ello, por lo cual ha sido una de las más reñidas guerras y conquistas esta de los Páez que ha habido en el distrito del Reino, y en ella han trabajado los españoles que con Domingo Lozano fueron y otros que después han entrado, como fortísimos varones, y han usado y dado enteras muestras de su valor, pues ni las hambres, ni los trabajos de caminar de noche y de día, a pie, con las armas a cuestas, por tan malvadas tierras como esta es, ni el continuo pelear con gentes tan desesperadas y obstinadas en la guerra, ha sido parte para hacerlos volver atrás y despoblar un pueblo de donde tan poco provecho han habido, hasta que al presente, por no poder sufrir tanta calamidad de hambre, se despobló.

FINIS



Mapa de Río Grande de la Magdalena desde su desembocadura hasta más arriba de la ciudad de Mariquita

INDICE DEL TOMO III Y ÚLTIMO

Páginas

LIBRO DOCE

- CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe la situación de la provincia de los Musos, donde al presente está poblada la ciudad de la Trinidad, y cómo fué descubierta por el capitán Lancharo, y después entró en ella el capitán Martínez y se pasó de largo sin hacer ningún efeto bueno ni poblar. (Fol. 173 del tomo segundo del manuscrito.)..... 6
- CAPÍTULO II. — En el cual se escribe cómo dende a poco tiempo que Martínez salió de Muso, en la provincia entró el capitán Pedro de Orsúa y se pasó por ella sin poblar, y después de Pedro de Orsúa entró el capitán Melchior de Valdés por comisión de los oidores Góngora y Gálarza. (Fol. 178.)..... 12
- CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo Valdés envió a Machín de Oñate con gente para que diese en donde los indios estaban congregados y los desbaratase; y cómo por el mal gobierno deste caudillo fueron heridos muchos soldados y puestos todos en grande aprieto de los indios, y él fué muerto de los indios, y los demás soldados escaparon. (Fol. 181 vto.)..... 17
- CAPÍTULO IV. — En el cual se escribe cómo Valdés ordenó la gente de su alojamiento para recibir la furia de los bárbaros, de los cuales estuvieron cercados y fueron acometidos diversas veces, y cómo temiendo ser muertos de los indios se retiraron y salieron de Muso al Reino. (Fol. 186 vto.)..... 24
- CAPÍTULO V. — En el cual se escribe el daño quen el Reino se siguió de la retirada de Valdés, y cómo los oidores Galarza y Góngora enviaron al general Pedro de Orsúa con gente que fuese a poblar y pacificar la provincia de Muso, y cómo en ella pobló Pedro de Orsúa un pueblo llamado Tudela, el cual dende a pocos días se despobló. (Fol. 190 vto.)..... 30

CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe cómo por respeto de los daños que los indios Musos solían hacer en los indios Moxcas y en la provincia de Vélez fué nombrado por el Audiencia por capitán para poblar y pacificar a Muso el capitán Lanhero, el cual entró por la vía de Vélez y se alojó en el pueblo de Paca. Escríbese lo que allí le subcedió. (Fol. 194.).....	35
CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe cómo estando Lanhero alojado en el pueblo de Cazacota forzó a los indios a que viniesen de paz y los dejó pacíficos, y de allí se fué al pueblo de Tuningua, donde le tuvieron cercado los indios ciertos días, y la ocasión por qué alzaron el cerco. Escríbese aquí la diferencia que hacen estos indios del Rincón de Vélez a los otros Moxcas. (Fol. 199.).....	41
CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe cómo salido Lanhero y los demás españoles de Tuningua y caminando, tuvieron algunas refriegas con los indios y se fueron a alojar a la loma que llamaron de San Sebastián, de donde salieron al Reino por municiones. Escríbese aquí lo subcedido durante el tiempo que estuvieron alojados en esta loma de San Sebastián. (Folio 203 vto.).....	47
CAPÍTULO IX. — En el cual se escribe cómo Lanhero pasó adelante, siendo siempre perseguido de los indios, y fué en el camino herido de un flechazo, de que estuvo muy malo, por lo cual pobló la ciudad de la Trinidad, en la loma de la Trinidad, donde estaba alojado, y lo que allí les subcedió a los españoles con los indios. (Fol. 209 vto.).....	55
CAPÍTULO X. — En el cual se escribe cómo Lanhero y sus soldados salieron de la loma de la Trinidad y caminaron teniendo algunos debates con los indios hasta alojarse en el volcán de Capacapi, donde se determinaron otra vez enviar a pedir socorro al Reino de gente y municiones. (Fol. 213.).....	61
CAPÍTULO XI. — En el cual se escribe cómo el capitán Lanhero envió la segunda vez a pedir socorro al Audiencia, y fué enviado en su favor con gente el capitán Ribera, el cual después de haber entregado a Lanhero la gente que llevaba se volvió a salir; y cómo los indios Musos, debajo de paz y cautela, pretendieron matar los indios Moxcas que con Ribera habían entrado. (Fol. 218.).....	67

- CAPÍTULO XII. — En el cual se escribe cómo Lanhero envió a ver ciertas vegas quen las comarcas del río Ascoma había, en las cuales asentó y fijó la cibdad de la Trinidad. Escríbese el gran aprieto en que los indios pusieron a los españoles, y cómo Morcillo y Saavedra salieron a buscar comida, el uno a Susa y el otro a Otopi, pueblo de indios Musos. (Fol. 223.)... 74
- CAPÍTULO XIII. — En el cual se escribe cómo por la prisión del cacique de Ascoma se efetuó la paz en Muso, y Lanhero salió a Sancta Fee y volvió con comisión para repartir los indios y los repartió. Escríbese la entrada de Melchior Ramírez en Muso, que fué causa de la muerte de Alcántara y Fuentes y cuasi del alzamiento general de los indios de Muso. (Folio 228.)..... 81
- CAPÍTULO XIV. — En el cual se escribe cómo tornándose a rebelar los indios venían a guerrear al pueblo, y la manera cómo fueron ahuyentados, y el castigo que Morcillo fué a hacer donde mataron a Alcántara y Fuentes, y cómo los indios volvieron a dar la paz y Lanhero comenzó a maltratar a algunos soldados y a hacerse malquisto, los cuales se fueron a quejar dél al Audiencia Real, y dende a pocos días se salió él tras dellos y no volvió más a entrar. (Fol. 232 vto.)... 87
- CAPÍTULO XV. — En el cual se escribe cómo los oidores proveyeron por juez de residencia contra Lanhero y Morcillo a Juan del Olmo, y dieron una provisión particular para que Morcillo fuese preso, con el subceso de su prisión; y cómo conclusa la residencia proveyeron por regidor de Muso a don Lope de Orozco, que por vía de Tunja entró en Muso. (Folio 237.)..... 93
- CAPÍTULO XVI. — En el cual se escribe cómo don Lope salió de Muso y fué sobre la villa de la Palma y se apoderó en ella, y dejando un teniente de su mano se volvió a la cibdad de la Trinidad, de donde tornó a salir con gente a visitar la provincia y pueblos della, para hacer descripción de la poblazón quen la tierra había, y después de haberla hecho y llegado a términos de Mariquita y haber hallado despoblada la villa de la Palma, se volvió a la cibdad de la Trinidad. Cuéntase en suma el subceso desta jornada. (Folio 240 vto.)..... 98
- CAPÍTULO XVII. — En el cual se escribe cómo don Lope de Orozco, pretendiendo reedificar o poblar la villa de

- la Palma, que se había despoblado, salió con gente del pueblo de la Trinidad, y cuando llegó a los Colimas halló a don Gutierre de Ovalle con gente dentro, que la habían ya reedificado, lo cual visto por don Lope se salió al Reino por la vía de Mariquita. (Folio 246 vto.)..... 106
- CAPÍTULO XVIII. — En el cual se escribe cómo, a pedimento del cabildo de Muso, fué segunda vez proveído don Lope de Orozco por corregidor, y cómo después de haber estado algunos días en Muso, fué proveído Antonio de Hoyos para que le tomase residencia y lo enviase por corregidor a la villa de la Palma; y como después se salió Hoyos y quedó el pueblo sin corregidor, y los alcaldes enviaron a deshacer ciertas juntas de indios quen Topo se hacían para venir sobre el pueblo. (Fol. 251.)..... 112
- CAPÍTULO XIX. — En el cual se escribe cómo, por la gran pobreza y necesidad quen Muso había, no quería ir ningún corregidor allá, y cómo el doctor Venero, presidente, proveyó por corregidor a Cepeda de Ayala y dió oeden de quentrasen soldados a ayudarle a sustentar; y cómo en este tiempo fueron descubiertas las minas de las esmeraldas. (Fol. 255.)..... 118
- CAPÍTULO XX. — En el cual se escribe cómo por la divulgación de las esmeraldas que se habían descubierto fué proveído Penagos por corregidor de Muso, y cómo Cepeda de Ayala entró en Muso y repartió las minas, y dende a poco tiempo entró Penagos en su lugar, y cómo fué a sacar esmeraldas de comunidad, y cómo por matar los indios a Valdelomar y a Serroña se tornaron generalmente a rebelar. (Fol. 259.)... 123
- CAPÍTULO XXI. — En el cual se escribe cómo Juan de Penagos se salió de Muso, y cómo Morcillo, a quien Penagos dejó por su teniente, salió con gente a pacificar los naturales de la parte y poblaciones de Topo. (Fol. 264.)..... 130
- CAPÍTULO XXII. — En el cual se escribe cómo Penagos tornó a entrar en Muso con más cumplidas comisiones que de antes, y halló los indios obstinados en su rebelión, los cuales no pudo pacificar, y cómo fué proveído segunda vez Cepeda de Ayala por corregidor y juez de residencia contra Penagos, el cual entrado en Muso fué a la villa de la Palma y hizo que los términos dentrestos dos pueblos se echasen y amojonasen. (Fol. 268.)..... 136

CAPÍTULO XXIII. — En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala repartió los indios deste pueblo de la Trinidad y fueron encomendados por el presidente, y cómo después desto se entendió en la pacificación de los naturales por mano de Benito López de Poveda y del propio corregidor, que los redujeron a la servidumbre, que algunos llaman paz y dominio del rey. (Fol. 272.).....	142
CAPÍTULO XXIV. — En el cual se escribe cómo Poveda, entendiendo que los naturales de las poblaciones de Topo se habían rebelado, fué a ellos con su gente y los halló pacíficos, y cómo Cepeda de Ayala, después de haber venido últimamente del Reino, pobló las minas de las esmeraldas y salió tras Juan Patiño, que había ido de su autoridad con gente a buscar minas de oro. (Fol. 276.).....	148
CAPÍTULO XXV. — En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala salió en busca de minas de oro y fué a dar a la cibdad de Vélez, y de allí se volvió a entrar en Muso, y fueron descubiertas minas de oro por Poveda. Conclúyese aquí la guerra y conquista de los españoles y dícese los muchos quen esta tierra han sido muertos. (Fol. 280.).....	154
CAPÍTULO XXVI. — En el cual se escribe la manera de las vetas y tierra donde se sacan y crían y hallan las esmeraldas de Muso, y algunas cerimonias y costumbres de los naturales desta provincia. (Folio 284 vto.).....	160

LIBRO TRECE

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe cómo los vecinos de Pamplona pidieron en el Audiencia que se les diese licencia para poblar una villa en el valle de Sanctiago, y cómo les fué dada y nombrado por capitán para el efeto, por el Audiencia, a Juan Maldonado, vecino de Pamplona. (Fol. 288.).....	166
CAPÍTULO II. — En el cual se escribe cómo Maldonado salió de Pamplona con gente y, pasando por el valle de Cúcuta, fué a Zania, poblazón de antigua fama, y de allí, enviando primero a descubrir, se pasó al valle de Quenemari y le salieron los indios de paz. (Fol. 290 vto.).....	170
CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo los espa-	

ñoles y su capitán Maldonado salieron de Quenemari y, pasando por Azúa, entraron en el valle de Santiago, donde poblaron la villa de San Christóbal. Trátase de la manera y gente y fertilidad deste valle de Santiago. (Fol. 293.).....	174
CAPÍTULO IV. — En el cual se escriben algunas bárbaras costumbres de los indios del valle de Santiago. (Fol. 296 vto.).....	178
CAPÍTULO V. — En el cual se escribe cómo los españoles, para su seguridad, hicieron en la villa un fuerte de tapia, donde se recogían, y cómo el capitán Maldonado con veinte y cinco hombres fué a descubrir los valles del Espíritu Sancto y Corpus Christi, y se volvió a la villa. (Fol. 300.).....	183
CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe las discordias quentre los vecinos de Pamplona y la villa de San Christóbal hobieron sobre la jurisdicción y términos, y lo que sobrello se hizo; y cómo el capitán Maldonado descubrió el valle de San Agustín. (Fol. 304.)	189
CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe cómo Hernán Martín Peñuelas fué con gente a descubrir las poblaciones de Burba por mandado de Maldonado y fué rebatido y desbaratado de los indios. (Fol. 306.).....	194
CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe las crueles muertes que los indios dieron a Medina y a Baracaldo, sus encomenderos, y el castigo que por ello se hizo. (Fol. 309 vto.).....	198

LIBRO CATORCE

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe cómo Ospina salió a contar ciertas casas de indios por mandado del cabildo de Vitoria, y metiéndose la tierra adentro con la gente que llevaba, pobló la cibdad de Nuestra Señora de los Remedios. (Fol. 313 vto.).....	204
CAPÍTULO II. — Cómo el Audiencia, teniendo noticia de la poblada de los Remedios, envió a prender al capitán y oficiales del pueblo y a que despoblasen; y cómo después fué proveído el capitán Saucedo, que mudó el pueblo al valle de San Blas. (Fol. 316.).....	208
CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo a pedimento de algunas personas se le tomó residencia al capitán Saucedo, en cuyo lugar fué proveído Gabriel de Vega,	

y después déste a Pedro Pablos de Salazar, vecino de Arma. (Fol. 318 vto.).....	212
CAPÍTULO IV. — En el cual se escribe cómo Bernardo de Loyola salió de los Remedios con gente por comisión de Antonio Bermúdez, corregidor de aquel pueblo, y pobló la cibdad de Guadalupe. (Fol. 321.).....	216
CAPÍTULO V. — En el cual se escribe cómo los españoles que poblaron a Guadalupe pasaron adelante en busca de gente y naturales que les pudiesen sustentar, y dieron en unas montañas despobladas, donde hoberan de perecer de hambre, y lo que les subcedió hasta alojarse en un buhío donde hallaron comida. (Fol. 323.).....	220
CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe cómo, pasando adelante Loyola con los españoles, llegó al río de la Simitarra, donde le mataron tres soldados los indios y otros tres escaparon nadando; y cómo los naturales alzaron y quemaron las comidas que tenían, por lo cual se volvieron a salir de las montañas al sitio y lugar donde se había poblado la cibdad de Guadalupe. (Fol. 326 vto.).....	225
CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe cómo don Diego de Carvajal, por comisión del Audiencia, fué a Guadalupe, y prendió los alcaldes y regidores; y cómo volviéndose a salir y enviando por su teniente a Juan Velasco, por consejo del mesmo Carvajal se volvieron los españoles al río de la Simitarra. Cuéntase lo que allí le subcedió hasta la víspera de Sanctiago. (Folio 330.).....	230
CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe lo demás que subcedió a los españoles en el palenque dondestuvieron alojados en las riberas de la Simitarra, hasta que se volvieron a salir y despoblaron de todo punto la cibdad de Guadalupe. (Fol. 333.).....	235
CAPÍTULO IX. — En el cual se escribe y prosigue y da fin a las cosas de la cibdad de los Remedios y subceso della. (Fol. 336 vto.).....	240

LIBRO QUINCE

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe cómo don Antonio de Toledo, siendo alcalde de Mariquita, salió con gente cautelosamente, con título y color de que

- iba a correr los términos deste pueblo, y se metió por la tierra de los Colimas con designio de poblar un pueblo. Escríbese la causa del correr destes términos, y cómo o por qué son llamados Colimas los indios desta provincia de la villa de la Palma, y lo que subcedió a don Antonio en el tiempo questuvo alojado en la loma de Caparrapi. (Fol. 339 vto.)..... 244
- CAPÍTULO II. — En el cual se escribe cómo don Antonio, bajando al valle de Caparrapi, se empuyó, de questuvo muy malo, y se tornó a retirar a la loma donde antes había estado, hasta que mejoró y se quiso salir y volver a Mariquita, y a ruego de los soldados lo dejó de hacer. Trátase la causa por qué muchos indios comarcanos a este Reino no se han convertido ni convierten con la facilidad que los del Pirú y Nueva España lo hicieron y han hecho. (Fol. 344 vto.)..... 252
- CAPÍTULO III. — En el cual se escribe la muchedumbre de los bárbaros que vinieron sobrel alojamiento de los españoles a dar guazabara, y cómo fueron desbaratados y ahuyentados, con pérdida y daño suyo, y cómo don Antonio salió por cierta parte de la provincia y le salieron de paz algunos indios, y hobo a las manos a un cacique indio Panche retirado entrestos naturales; lo cual hecho se volvió al alojamiento de Calamoima. (Fol. 349 vto.)..... 259
- CAPÍTULO IV. — En el cual se escribe cómo después de haber andado don Antonio toda la mayor parte de la provincia de los Colimas y haberle salido de paz los indios y naturales della, entró con toda la gente a la loma de Minipi, donde pobló la villa de la Palma. (Fol. 353 vto.)..... 265
- CAPÍTULO V. — En el cual se escribe cómo don Antonio se salió de la villa de la Palma a dar cuenta al Audiencia de lo que había hecho, donde fué preso y en su lugar proveído Juan de Otálora. Escríbese cómo los indios de la Palma se alzaron y mataron muchos indios ladinos, y después hirieron y mataron algunos de los españoles que les fueron a castigar. (Fol. 357 vto.)..... 270
- CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe cómo Juan de Otálora envió españoles a hacer el castigo de los indios que habían sido matadores, y cómo los indios se juntaron y dieron en los españoles y hirieron algunos dellos y los forzaron a que de noche se

retirasen, y cómo Juan de Otálora con toda la gente se retiró y dejó desierto el pueblo de la Palma. (Fol. 360 vto.).....	274
CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe cómo don Antonio de Toledo y don Gutierre de Ovalle volvieron a la provincia de los Colimas, y fué por mano de don Antonio reedificada la villa, y del estrago que Pero Hernández de Higuera hizo en los indios hasta que se encontró con don Lope de Orozco. (Fol. 364.).....	279
CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe cómo don Gutierre mudó el pueblo o villa a Itoco, y envió a Pero Hernández con gente a pacificar la tierra. Escribese aquí lo que un indio dijo e hizo desque los españoles le prendieron hasta que fué muerto. (Folio 367 vto.).....	284
CAPÍTULO IX. — En el cual se escribe cómo los españoles y Pero Hernández, caudillo, prosiguieron su pacificación, en la cual fué muerto el caudillo y fué por ellos elegido por caudillo Alonso de Molina, que siguió la conquista hasta que se volvieron al pueblo dondestaba don Gutierre. Escribese el subceso de la guerra. (Fol. 370 vto.).....	289
CAPÍTULO X. — En el cual se escribe cómo don Gutierre visitó lo que faltaba de la tierra y le salieron de paz los indios, y de la segunda traslación del pueblo que hizo adonde agora está, y cómo repartió los indios de la provincia y le fué quitado el cargo de corregidor de la villa. (Fol. 374 vto.).....	295
CAPÍTULO XI. — En el cual se escribe cómo don Lope de Orozco fué por corregidor a la villa de la Palma, y el poco tiempo que gobernó, y lo quen él subcedió y se hizo en esta villa. (Fol. 377.).....	299
CAPÍTULO XII. — En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala fué por corregidor a la villa de la Palma, y de allí a Muso, y dende a poco le fué quitado el cargo de Muso y se volvió a la Palma y fué en descubrimiento del desembarcadero del río Grande, y lo quen ello le subcedió. (Fol. 379.).....	302
CAPÍTULO XIII. — En el cual se escribe cómo Cepeda de Ayala fué a buscar minas de esmeraldas, y después desto quiso volver a descubrir el puerto del río Grande, y se volvió del camino y se salió al Reino; y cómo los vecinos o el cabildo enviaron a Juan Esteban con gente a pacificar los rebeldes. (Fol. 382 vto.)	308

CAPÍTULO XIV. — En el cual se escribe cómo don Antonio fué proveído por corregidor desta villa, y entró en ella y entendió en la pacificación de los indios questaban rebeldes, y dejándolos casi a todos de paz se volvió a Mariquita, donde era vecino. (Fol. 385.)	312
CAPÍTULO XV. — En el cual se escribe cómo don Antonio volvió a la villa y repartió los indios y el presidente los encomendó, y después fué Hernando Velasco por corregidor a la villa de la Palma. (Fol. 388.)	316
CAPÍTULO XVI. — En el cual se escribe la disposición y temple de la tierra de la Palma y algunos de los ritos y costumbres que los naturales tienen y usan. (Fol. 391.)	321

LIBRO DIEZ Y SEIS

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escriben los daños que los indios Pejaos hacían en los pueblos comarcanos, y cómo para castigarlos y poblar un pueblo fué por el Audiencia Real nombrado por capitán Domingo Lozano, vecino de Ibague. (Fol. 395.)	328
CAPÍTULO II. — En el cual se escribe cómo de Tocaima e Ibague salieron los soldados de Domingo Lozano y se juntaron en el río de Saldaña, y de allí, marchando por las faldas del cerro nevado de Páez, fueron a salir a los altos del valle de Neiva. (Fol. 398.)	332
CAPÍTULO III. — Cómo hallando camino los españoles bajaron de los Organos de Neiva y caminando por el halda de la cordillera y castigando los indios se alojaron en la loma de las Carnicerías, donde tuvo noticia el gobernador de Popayán dellos y pretendió estorballes la jornada. Escribese quién fué el primer descubridor de los Páez y lo quen ellos ha pasado. (Folio 400 vto.)	336
CAPÍTULO IV. — Cómo los españoles y Lozano, su capitán, llegaron a Guanaca, repartimiento de la villa de la Plata, y de allí pasaron a la sabana de la Puente de las Piedras y tuvieron de paz los caciques Anabeima y Esmigua y sus sujetos, y cómo fueron a dar vista cuarenta soldados a la población de Abirama. (Fol. 403 vto.)	340
CAPÍTULO V. — Cómo los españoles pasaron a Esmisa, y de allí entraron en Abirama y saquearon la pobla-	

- zón sin rescibir daño ninguno, y lo quen en el camino les subcedió con unos indios Abiramaes. (Fol. 407.) 344
- CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe cómo fué poblada la cibdad de San Vicente de Páez, y algunos recuentros que los indios tuvieron con los españoles, y la muerte de un muchacho que tomaron a manos y el castigo que sobrello se hizo. (Fol. 411.)..... 351
- CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe el temor que los españoles cobraron de la guazabara pasada, y cómo fueron reprehendidos dello por su capitán, y algunas emboscadas que se hicieron, y cómo Pedro Gallegos fué con gente a las poblaciones de la otra banda del río de Páez, y lo quen ella le subcedió. (Fol. 414 vto.)..... 356
- CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe cómo un indio, señor de las salinas de Páez, salió de paz, y la entrada del capitán Narváez en esta tierra; y cómo los españoles levantaron sus toldos y caminaron la vía de Páez a buscar sitio para fijar el pueblo, y lo quen el alojamiento de Taravira les subcedió. (Folio 417 vto.)..... 360
- CAPÍTULO IX. — En el cual se escribe cómo el capitán Lozano se partió del alojamiento de Taravira y, bajando con gran peligro de su gente al río de Páez, caminó por las riberas dél y se fué alojar a la mesa de Páez, dondel pueblo se había de fijar. (Folio 420 vto.)..... 365
- CAPÍTULO X. — En el cual se escribe las propiedades y condiciones del sitio donde se pobló la cibdad de San Vicente de Páez, y cómo fué en él fijada por el capitán Domingo Lozano, y otras cosas que subcedieron hasta que Juan del Olmo salió a pedir socorro a Popayán. (Fol. 424 vto.)..... 370
- CAPÍTULO XI. — En el cual se escriben algunas muertes de españoles que comenzaron a haber en esta provincia por la desorden de algunos soldados y la hambre y necesidad que de comidas se padesció entre los españoles, por no ser parte para correr la tierra por falta de municiones y gente. (Fol. 427 vto.)..... 375
- CAPÍTULO XII. — En el cual se escribe cómo les entró socorro a los españoles por mandado del licenciado Valverde, y luego salió el capitán Domingo Lozano a correr la tierra y a pacificarla, y lo quen esta sali-

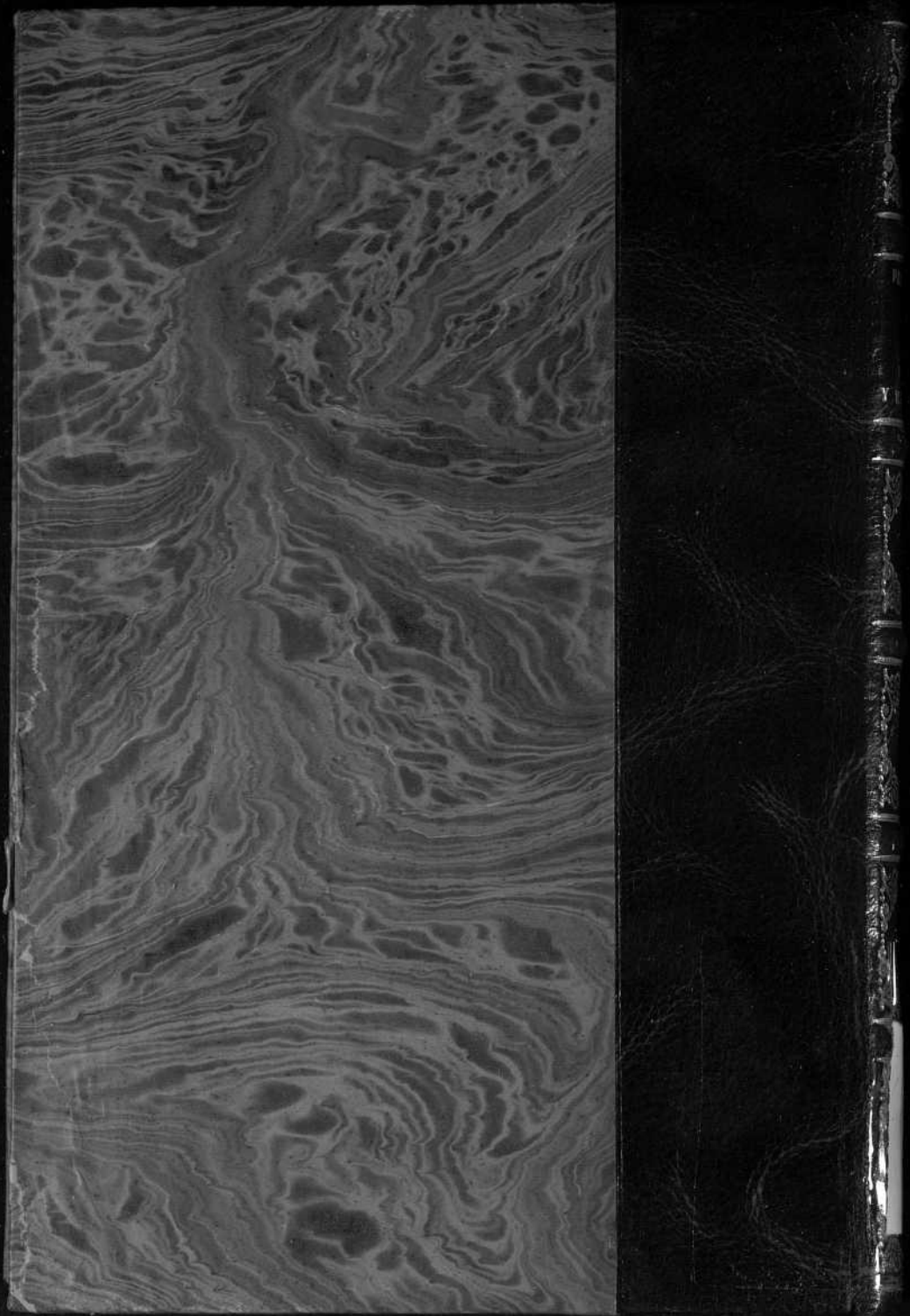
da les subcedió hasta que llegó a la poblazón de Abugima. (Fol. 429 vto.).....	378
CAPÍTULO XIII. — De cómo Juan del Olmo volvió a Páez con socorro quel gobernador de Popayán le dió, y cómo con él entró el cacique de Guambia don Diego con muchos de sus sujetos, y el castigo quel capitán Lozano salió a hacer por la tierra, por temor del cual se efetuó la paz de aquella provincia. Escríbese aquí un convite quel señor de Guambia hizo a los españoles. (Fol. 433 vto.).....	383
CAPÍTULO XIV. — En el cual se escribe el guerrear de los indios de Páez y cuán favorable les es la tierra para ello; y cómo el capitán Domingo Lozano, por su persona y por mano de Juan del Olmo, su caudillo, acompañado de los españoles, hicieron muchas salidas por la provincia a apaciguar y a asegurar los amigos y castigar los rebeldes. Escríbese todo lo subcedido hasta la subida del morro de Quinche. (Folio 437 vto.).....	389
CAPÍTULO XV. — En el cual se escribe cómo el capitán Domingo Lozano repartió los naturales entre los soldados que lo habían trabajado, y de cómo, por no evitar ocasiones y desórdenes, se comenzaron a alzar y rebelar los indios, y vino haber rebelión general de los naturales en la provincia. (Fol. 440 vto.).....	393
CAPÍTULO XVI. — Cómo Domingo Lozano envió a pedir socorro de gente y municiones y comida a Popayán, y el gobernador don Alvaro envió a don Francisco de Benalcázar con ello, y lo hizo su teniente de aquel pueblo, y lo quen él hizo don Francisco hasta la toma del peñol de Suyn. Escríbese cómo fué dado este pueblo por de la gobernación de Popayán. (Folio 446 vto.).....	401
CAPÍTULO XVII. — En el cual se escribe cómo los indios de Suyn hobieran de matar los españoles a la bajada del peñol, y cómo, vueltos al pueblo, don Francisco se fué a Popayán y Domingo Lozano pacificó la tierra y la trajo de paz. (Fol. 450.).....	406



B.P. de Soria



61176555
DR 5207



PEDRO DE AGVEDO
—
PROVINCIA
DE
SANCTA MARTA
REINO DE GRANADA

III

DR
5207